
Entre tormentas y arcoíris
CATALINA VALENCIA FUENTES
CROSS BOOKS

Entre tormentas y arcoíris

CATALINA VALENCIA FUENTES

Entre tormentas y arcoíris



Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Violeta Castro Rickemberg
@lauchiita._

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: junio de 2023
Inscripción Nº 2023-A-3668
ISBN impreso: 978-956-6145-44-8
ISBN epub: 978-956-6145-45-5

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com

“The devil’s in the details, but you got a friend in me
Would it be enough, if I could never give you peace?”

Peace, TAYLOR SWIFT

Para mi madre, porque todo lo que he logrado es gracias a ella.

Y para todas las personas que deben
lidiar con monstruos invisibles.

A veces, la mejor manera de comunicarse es a través de la música. Escanea el QR para encontrarte con las canciones que unieron a June y Leigh e inspiraron cada capítulo de su historia.



1. Ella

Hold On - Chord Overstreet

Presente

Veo un desfile de luces rojas, azules y blancas abrirse paso en la oscuridad de la noche mientras lucho por alcanzar su mano, pero está demasiado lejos, la están alejando de mí.

Por un momento me quedo de pie sin saber muy bien qué hacer, hasta que una persona con el rostro borroso llega hacia mí y me toma de los brazos para evitar que siga caminando, pero no puedo detenerme. Necesito llegar a la camilla donde yace Leigh; necesito tocarla y saber que sigue respirando; necesito decirle que todo estará bien, que estoy aquí.

Pero ni siquiera puedo mantenerme de pie.

Comienzo a sentir un fuego infernal que amenaza con convertir mi pecho en cenizas. No puedo respirar. Ya no veo a Leigh por ninguna parte. La persona del rostro borroso me habla, pero no puedo entender ni una palabra de lo que dice.

Debo llegar a ella.

—Necesito que me responda unas preguntas. ¿Conoce a la chica que ha tenido el accidente? ¿Estaba aquí? —escucho una voz femenina, pero soy incapaz de responder.

La sensación de fuego solo aumenta al oírla. No puedo procesar sus palabras, ni siquiera puedo ver qué carajos está ocurriendo a mi alrededor. Necesito aire. Necesito saber que ella está bien. Tiene que estarlo.

—¿Dónde está? —pregunto con desesperación mientras miro hacia todas partes, hasta que logro divisar las puertas de una ambulancia cerrándose—. No pueden llevársela —grito—. Tengo que estar con ella.

Aparto a la mujer que tengo al lado y corro hacia la ambulancia.

«Inhala, exhala, inhala, exhala...», escucho sus palabras en mi cabeza, *«cuenta hasta diez, tú puedes hacer esto».*

«Estás bien, no pasa nada», me decía, *«estoy contigo. Te tengo».*

Le hago caso incluso si no puede decírmelo. Leigh siempre me cuida. Ella me protege de mi propia mente. Sin ella no soy nada.

Tiene que estar bien, no hay otra opción.

Cuando llego al vehículo me encuentro con un paramédico de piel de colores gracias a las luces de la baliza.

—Tiene que dejarme ir con ella —le suplico. Mis ojos arden, mi boca me escuece, siento que todo me duele—. Por favor.

—¿Estuvo durante el accidente? —cuestiona con voz grave—. ¿Tiene alguna herida? ¿Cree que requiere atención médica?

—¡Lo que quiero es que abra esa maldita puerta y me deje ir con ella! Me necesita —digo, pero en realidad soy yo la que la necesita a ella.

El paramédico se queda un momento sin hacer nada mientras mira hacia algún punto detrás de mí, donde está la mujer de hace unos segundos.

—Muy bien —dice luego de lo que parecen siglos. Toca las puertas y pide que las abran. De inmediato me impacta una fuerte luz blanca y la peor escena que he visto jamás: Leigh siendo conectada a miles de cables mientras alguien exclama que deben darse prisa o la perderán. Me quedo helada—. Puede subir, pero tiene que ser de inmediato.

Me niego a procesar lo que acabo de escuchar y le hago caso al paramédico. Estoy temblando desde la cabeza a la punta de los pies.

Me subo con dificultad a la ambulancia mientras me indican que tome asiento en un rincón. Lo único en que puedo pensar es que por fin puedo tomar su mano, pero está helada y llena de heridas y sangre seca. Me prohíbo soltarla.

—Se está estabilizando, pero no podemos perder más tiempo —dice alguien —. Hay que darnos prisa, debemos partir ya.

Todo se vuelve un caos cuando la ambulancia se pone en marcha a toda velocidad. Mi respiración se hace más dificultosa y Leigh sigue sin moverse. Hay un horrible sonido que me taladra la cabeza sin piedad. Los signos vitales.

Siento que alguien se sienta a mi lado con un lápiz y una libreta.

—Necesito que me responda unas preguntas sobre la señorita —dice la misma mujer de antes.

La miro sin soltar la mano inerte de Leigh. Tiene el cabello afro y corto y está despeinado en todas direcciones. Su piel achocolatada luce brillante debido al sudor que debió causarle todo el ajetreo. Me mira con compasión, pero también con determinación. A ella no parece importarle que esté muriéndome por dentro.

Pero, en realidad, ¿qué importa? ¿Cómo podría importarle yo cuando Leigh podría morir en esa camilla?

—Necesito que me diga el nombre de la chica.

—Leigh —murmuro—. Se llama Leigh Callen.

—De acuerdo. ¿Sabe qué es lo que ocurrió? ¿Hay algún familiar al que podamos contactar?

Mi mirada se dirige automáticamente a la morena, que lucha por mantenerse respirando.

¿Que si sé qué ocurrió? Claro que sí.

Fue mi culpa.

2. A casa

I'm Not Enough And I'm Sorry - Teqkoi Snow

Pasado
6 meses atrás
La primera vez que la vi, en realidad, no era la primera vez.

Era viernes y Lena, mi mejor amiga, me estaba obligando a probarme atuendos para ir a la fiesta a la que la había invitado su especie de novio. Era un panorama bastante normal para las adolescentes promedio que éramos, excepto que a mí no me gustaba ir a lugares donde hubiese mucha gente y ella lo sabía, pero creía que estaba siendo quisquillosa.

La historia de cómo conocía a Lena no era épica ni sentimental. Simplemente nos encontramos en la escuela en uno de los primeros días de clase cuando teníamos nueve años. Ella se acercó a mí porque estaba sola y nos dimos cuenta de que teníamos cosas en común, como nuestro gusto por las gomitas de ositos o nuestro odio por las matemáticas, así que nos hicimos amigas.

El problema comenzó cuando crecimos y yo me fui haciendo mucho más consciente de mis problemas. A ella le interesaban las típicas cosas que les gustaban a los adolescentes, quería salir a fiestas y conocer personas, mientras que yo solo quería quedarme en mi habitación porque me aterraba hablar con chicos de mi edad y la sensación de no poder respirar —que luego reconocí como ataques de pánico— se hacía cada vez más frecuente.

Con el tiempo fui temiendo que un día se diera cuenta de que no había nada genial en ser mi amiga y decidiera alejarse completamente, así que comencé a hacer lo que ella quisiera, incluso si eso terminaba mal para mí.

Ninguna era una buena para la otra, pero perderla significaría quedarme sola y no sabía qué sería de mí cuando eso pasara.

—Prueba con esa falda —dijo al mismo tiempo que me tiró la prenda en la cara.

—Eh, cuidado con mis lentes —me quejé, pero ella no me hizo caso.

Extendí la falda de cuero frente a mí e hice una mueca. Era linda, tenía algunos brillos y cierres de adorno, pero no era para mí. No me gustaba usar faldas ni ropa ajustada, me hacía sentir incómoda. Prefería usar pantalones cargo y sacarle las camisetas a mi hermano. Era una de mis tantas formas de ocultarme.

—¿No tienes algo más... de mi estilo? —le pregunté.

Lena soltó un bufido y revoloteó por su habitación. Estaba hecha un

desastre, había ropa tirada por todas partes: sobre la cama, sobre su pequeño escritorio blanco, en la manilla de la puerta, en la esquina del espejo de cuerpo completo… Así era cada vez que Lena salía. Era la persona más desordenada que conocía, incluso más que Lucas, mi hermano menor, y eso era decir mucho.

—Jamás me pondría algo de lo que te pones tú —respondió luego de haber rebuscado por todos los montones de ropa—. Mejor ve como quieras.

Negó con la cabeza y me dio la espalda para seguir maquillándose frente al espejo.

Desde que llegué a la casa de Lena había permanecido sentada en un hueco libre de la cama, mientras que ella se había movido por todas partes creando su desastre. Ella era así: desordenada y atrevida, no tenía miedo de ser ella misma frente al mundo. Era hermosa con ese cabello rosado, su piel lechosa perfectamente cuidada, sus labios carnosos y sus ojos cafés. Nada parecía ser suficiente para ella, siempre estaba buscando *algo más.* Y por otro lado estaba yo: callada, nerviosa, siempre escondida detrás de mis lentes, mi cabello castaño y mi ropa ancha, preocupada de que pudieran notar algo diferente en mí… No quería ser el centro de atención. Éramos más que diferentes, y aunque el resto pudiera pensar que nos complementábamos, a veces sentía que ella seguía a mi lado por costumbre o porque, en ocasiones, le era útil.

—¿Te quedarás así? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos. Miró de pies a cabeza mis cargos negros y la camiseta roja que tomé del ropero de Avery, mi hermano mayor. Me encogí en mi lugar—. ¿No quieres que te maquille, al menos?

—Podrías delinearme —murmuré, era casi lo único que me gustaba como se veía en mis ojos grandes y verdes—. Si quieres.

—¡Claro que sí! —chilló. Era como si que aceptara cambiar mi apariencia fuera un gran triunfo para ella. Siempre era así, y eso me hacía cuestionarme muchas cosas. ¿Qué más había mal en mí?—. Ven aquí.

Me paré por primera vez desde que llegué y caminé hacia el espejo para estar junto a ella. Se veía preciosa, como siempre. Se había puesto una falda negra junto con una malla color crema semitransparente que dejaba ver su sujetador del mismo color.

Me tuvo ahí unos cinco minutos hasta que su trabajo estuvo listo. No era la gran cosa, era probable que, por los lentes de armazón negro, ni siquiera se notara, pero cuando me miré al espejo me sentí un poco mejor. Tal vez era porque la había hecho feliz y sabía que dejaría de molestarme durante un rato, o porque me hacía sentir bonita, aunque sabía que no lo era. De cualquier manera, sonreí con timidez mientras ella comenzaba a buscar sus cosas.

—Vamos, Gus nos está esperando abajo.

Gus era el chico que le gustaba y algo así como su novio, aunque no era nada oficial, iban y volvían. Parecía un buen chico, le gustaban las mismas cosas que a ella y nunca vi que le faltara el respeto, además, no me trataba mal. Aunque… a veces me miraba de una manera que no me gustaba tanto, como si yo tuviera algo que él quería.

Bajé con Lena hasta el primer piso donde su madre, una mujer de unos

cuarenta años con cabello negro y los mismos ojos que su hija, que nos esperaba para despedirse, pues le tocaba turno de noche en el hospital donde trabajaba de enfermera.

—Cuídense y no lleguen tan tarde —nos dijo. Esa noche me quedaría a dormir ahí. Dejó salir a su hija y, antes de que pudiera seguirla, me tomó el brazo con suavidad para detenerme—. June, por favor, échale un ojo, que no se emborrache y haga alguna estupidez.

Eso pasaba siempre. Cuando salíamos me pedían que cuidase del resto, que los vigilara. Casi podía escuchar la voz de mamá diciendo «procura que Avery no maneje borracho» o «cuida que Lucas no coma tanto helado porque luego le duele el estómago», y no los podía culpar, en cualquier lugar yo me veía como la responsable, pero la verdad era que no sabría qué hacer si algún día pasara algo. No era la persona adecuada para vigilar y cuidar. Sin embargo, miré a la madre de Lena y asentí con toda la seguridad que podía aparentar.

Afuera estaba helado, pero no tanto como para lamentar no haberme puesto alguna sudadera.

Nos subimos al jeep gris de los padres de Gus, listas para una larga noche. Ni siquiera sabía de quién era la fiesta, probablemente era el cumpleaños de alguno de los amigos de Gus, o tal vez ni siquiera conocían al anfitrión. Esas cosas no importaban mucho.

Durante el camino apenas hablé, solo abrí la boca para responder las preguntas que me hacían o para negar los ofrecimientos de Gus de presentarme a alguno de sus amigos.

Cuando llegamos al lugar de la fiesta me di cuenta de que tal vez no debí haber aceptado ir. Era una casa gigante de dos pisos, tenía piscina y había demasiada gente, más de la que era capaz de soportar.

Me comenzó a doler el estómago y me sudaban las manos. Ni siquiera habíamos entrado y ya me costaba respirar. Miré a Lena, pero ella estaba colgada del brazo de Gus mientras saludaban a otros chicos y chicas que estaban alrededor de la piscina.

—Hoy pienso emborracharme —anunció Lena en medio de una sonrisa despreocupada.

—Tu mamá… —comencé a decir, pero me cortó con un encogimiento de hombros.

—No seas aguafiestas. Emborráchate, quizás así dejas de estar tan tensa todo el tiempo.

No respondí, en cambio, volví a encogerme. Estaba segura de que mis mejillas estaban coloradas por la vergüenza. No me gustaba sentir que me juzgaban, me daban ganas de esconderme y los latidos de mi corazón comenzaban a alterarse.

—No la molestes —la reprendió Gus, lo que me hizo mirarlo; él me sonreía con esa mirada que no era de mi agrado.

—Ay, si a ella no le molesta —respondió Lena y pasó un brazo sobre mis hombros para acercarme a ella—. ¿Verdad que no, June?

—N-no, claro que no —respondí con torpeza. Me sentía ridícula.

Casi agradecí cuando Gus abrió la puerta de la casa, no quería entrar, pero tampoco quería ser el blanco de las bromas de Lena por más tiempo. Sabía que, en cuanto entráramos, se olvidaría de mí.

Adentro abundaba el caos, la gente bailando y conversando en grupos.

—Iré por algo de beber —anunció Lena—. Vamos, Gus. ¿Quieres algo, June?

—Agua —respondí, recibiendo un bufido de su parte.

—Aburrida —resopló.

Cuando me quedé sola inhalé profundamente antes de buscar un rincón que estuviera vacío. De esa manera podría estar alejada del gentío, pero también podía hacer el intento de vigilar que Lena no se excediera. En realidad, nunca había pasado, aunque tenía la sensación de que hoy sería el día.

Unos diez minutos más tarde llegó mi amiga con una botella de agua para mí.

—Iremos a jugar *beer-pong* con los demás. Te invitaría, pero tú no bebes —rodó los ojos—. Háblame si necesitas algo.

Abrí la boca para responderle, pero ya se había marchado.

Sentí unas incontrolables ganas de llorar. Siempre hacía lo mismo: insistía para que la acompañara a lugares y luego se iba con el resto de sus amigos y me dejaba a mi suerte. Lena era completamente consciente de que no me gustaba ir a lugares cerrados con mucha gente como el cine, fiestas o el tren subterráneo, pero yo hacía un esfuerzo por ella. Sin embargo, a veces creía que me invitaba solo porque, de otra forma, no le darían permiso. Era patético, aunque también era mi culpa. Tal vez si fuese una persona normal sería más fácil. Tal vez, si pudiera relacionarme con las personas y me gustara estar rodeada de gente; tal vez, si no tuviera ataques de pánico cada vez que me sentía sobrepasada; tal vez, si me esforzara en superar mis problemas…

Mi cabeza comenzó a nublarse de tantos *tal vez.*

Observé el panorama para evitar perderme más en mis pensamientos. Conocía a algunas personas, pero seguramente no me conocían a mí.

Seguí mirando hasta que me entretuve viendo cómo bailaba un grupo de chicas. Dos de ellas parecían ser idénticas. Tenían el cabello rubio y ropa bastante llamativa; una estaba vestida con pantalones ajustados y metalizados color plata y un top verde fluorescente, mientras que la otra tenía puesto un vestido rosa chillón. Inconscientemente sonreí, era lindo cuando alguien hacía lo que se le daba la gana, sin temer llamar la atención. Pero la sonrisa se borró en cuanto me di cuenta de que quería ser una persona así, lo quería con todas mis fuerzas, aunque no era valiente para intentarlo.

Mi vista se posó en la tercera chica y me quedé paralizada por unos segundos. Era morena, tenía el cabello negro un poco debajo de los hombros y algunos mechones rojos.

Estaba sonriendo.

Sonreía como si fuese la persona más feliz del mundo, como si no tuviese ningún problema y su único propósito fuera divertirse con sus amigas un viernes por la noche.

Y era hermosa. No de una manera perfecta, sino de una manera que hacía que mis palmas sudaran más de lo normal, que mi corazón revoloteara por mi pecho y se me achicharrara el cerebro. Era más que su aspecto físico; era la energía que irradiaba.

No, no quería ser como las otras chicas, quería ser como ella.

Quería verme así de feliz, quería poder sonreír y hacer que a alguien se le iluminara la vida. Quería bailar rodeada de gente sin miedo a no poder respirar, sin temer ser vista, sin estar al borde del colapso.

Quería... Sí, quería vivir en una fantasía.

Aparté la vista y saqué mi celular para distraerme un rato. Era bonito soñar, me encantaba observar a las personas e imaginar que era como ellas, pero también era un arma de doble filo, porque me recordaba que no podía, que mi cabeza no cooperaba y me podía traicionar en cualquier momento.

Luego de unos cuarenta minutos de navegar por internet, recordé que debía vigilar a Lena.

La busqué con la mirada por un largo rato, hasta que me di cuenta de que, si quería encontrarla, debía abandonar mi rincón seguro. Así que tomé una larga bocanada de aire y me armé de valor para colarme entre la gente, pero entonces sentí la voz aguda de mi amiga.

—¡June! —exclamó, no había que ser una experta para saber que estaba borracha—. Adivina de qué me he enterado.

Sentí su brazo sobre mi hombro antes de que pudiera girarme hacia ella.

—¿Cuánto has bebido? —pregunté.

—¡Eso no importa! —se rio—. Lo importante es que he descubierto que le gustas a alguien.

Me puse incómoda, no me gustaba cuando me querían emparejar a la fuerza. Siempre me dejaban como una persona cruel por no querer darle la oportunidad a alguien, cuando en realidad los rechazaba porque simplemente no me gustaban los chicos. Aunque, claro, nadie lo sabía, así que no era culpa del resto. Era mía. Otra vez.

—Lena, sabes que no me interesa eso por el momento —respondí para tratar de cambiar el tema—. Tu madre dijo que no bebieras tanto, necesitas sentarte.

Comencé a llevarla a algún espacio donde pudiese sentarse, pero ella me soltó. Me giré para verla, tenía el cabello un poco alborotado y los ojos brillantes.

—¿Alguna vez dejarás de ser tan aburrida? —me cuestionó—. ¡Nunca quieres hacer nada divertido! No quieres salir con chicos, debo obligarte para que me acompañes a fiestas, ¡y te vistes horrible! —señaló. A pesar de estar diciéndome cosas que me hacían sentir miserable, ella mantenía esa sonrisa característica, como si en realidad no se enterara de nada. Eso la hacía dolorosamente cruel.

Apreté la mandíbula para evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas, aunque era demasiado tarde. Tenía razón, pero había miles de personas como yo, ¿por qué en mí estaba mal? ¿Por qué todo el mundo quería que fuera como a

ellos se les antojara?

Tal vez porque ni siquiera yo sabía quién carajos era.

—Creo que has bebido mucho —respondí con la voz entrecortada, la respiración estaba comenzando a fallarme, pero ella no podía verme así. Me aguanté—. Quizás podríamos volver a casa.

—¿Sabes qué, June? ¡Vete a la mierda! —exclamó riéndose. Sentía que muchos nos miraban, aunque no quería confirmarlo o eso me haría estallar—. Me cansé de ti.

Me quedé en silencio. El mundo comenzó a dar vueltas a mi alrededor mientras sus palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza. Eso era lo que más temía, y ahora estaba pasando.

Estaba sola. Sola contra el mundo y mi mente inestable. ¿Cuánto tardaría en caer completamente?

—Lena, estás diciendo tonterías —me reí con nerviosismo.

—Estoy siendo sincera —se encogió de hombros, bajando un poco la voz—. Debí decírtelo hace mucho tiempo. Lo siento, pero estoy cansada de ti.

Entonces se fue, dejándome en el rincón de una casa donde todo el mundo estaba disfrutando mientras yo solo quería desaparecer.

Como pude, me abrí paso entre los ojos curiosos y las miradas de diversión. No quería verlos, no quería saber qué estaban diciendo. Tenía las manos empuñadas mientras trataba de salir de ahí, mis ojos estaban completamente nublados por las lágrimas y me ardía el pecho. En algún momento comencé a correr hacia la calle, los ruidos se hacían cada vez más lejanos en mi cabeza, aunque sabía que estaba a tan solo unos metros de la música.

Me senté en la vereda de la calle, justo al lado del coche de Gus, y me hice un ovillo.

No podía respirar. Mi garganta estaba ardiendo, no escuchaba nada más que mis respiraciones entrecortadas y mi corazón acelerado.

Tonta, tonta, tonta.

Rara.

Loca.

Patética.

Aburrida.

Estoy cansada de ti.

—Oye, te vi adentro y quería saber si estabas bien —escuché una voz femenina detrás de mí. Por alguna extraña razón, lo único que pude pensar era en que la reconocía—. Ey, ¿estás bien?

Sentí su mano en mi hombro y me aparté dando un respingo. Fuera quien fuera, no quería que me viera. Quería estar en mi casa, en mi habitación, para esperar a que mi cabeza estuviera cansada de hacerme enloquecer, hasta que mi pecho dejara de incendiarse y todo volviera a la normalidad, para que luego comenzara de nuevo.

Pero la persona no se apartó. La sentí agacharse a mi lado.

—Respira —me dijo. No quería mirarla—. Estás bien. Mírame, podemos hacerlo juntas. Inhala, exhala —me instó. Hice todo lo posible para poder

mirarla porque su voz me producía algo extraño, algo de calma. Entonces me di cuenta de que era la misma chica de antes, la de los mechones de pelo rojo—. Eso. Mírame —me tomó de los brazos—. Respira conmigo. Inhala, exhala, inhala, exhala. Eso, muy bien.

Entre todo ese caos, recordé que tres años atrás, mientras estaba sufriendo un ataque luego de haber intentado tomar un tren subterráneo, una chica se me acercó. Jamás le vi el rostro, pero fue la única de todas las personas que estaban en la estación que se acercó a ayudar a la pobre chica que había colapsado en el piso. Ella me ayudó, repitió las mismas palabras que acababa de decir la persona que tenía enfrente, hasta que conseguí calmarme.

Me fui antes de que alcanzaran a llegar los guardias de seguridad, pero jamás olvidé esa voz.

Era esta misma chica.

—Tranquila —repitió con una sonrisa amable—. Estarás bien. Te llevaré a casa.

Pero hizo mucho más que solo llevarme a casa.

3. Nunca paran de doler

Lost Without You - Freya Ridings

Presente

Le cuento todo lo que pasó a la mujer de los rizos. En su cara no hay ningún signo de que esté culpándome o juzgándome, pero, honestamente, no importa. Da igual si el resto cree o no que yo causé todo esto, porque yo sí lo sé, y eso es suficiente para atormentarme.

Leigh se mantiene en el mismo estado durante todo el viaje: no se mueve y necesita ayuda para respirar. La herida más grande que tiene es en el abdomen, además de una contusión cerebral importante. Lo único que puedo hacer es seguir tomando su mano. Estoy segura de que ella hubiese sabido qué hacer y qué decir, pero yo estoy en blanco. Trato de enfocarme en su voz, que no deja de resonar en mi cabeza, de lo contrario perdería el control y no puedo permitirlo. Ella querría que me controlara.

Es más fácil hacerlo por ella que por mí. Siempre ha sido más fácil hacer las cosas por el resto que por mí.

Quizás ese es mi mayor problema. No hago las cosas por mí, no es motivación necesaria, no siento que valga la pena el esfuerzo.

Cuando mi respiración comienza a volverse un poco más descontrolada, me obligo a desviar el rumbo de mis pensamientos y me enfoco en el contacto de nuestras manos. Observo sus dedos finos, sus yemas llenas de callos por tocar tanto la guitarra, sus uñas pintadas de rojo intenso, el anillo que le regalé hace unos días para Navidad, los cortes en su palma, la sangre seca…

Termino desviando la mirada también.

Estoy bastante segura de que ya les han avisado a sus padres y de seguro están en camino al centro de salud. No sé qué les diré cuando los vea, no sé cómo los podré mirar a los ojos.

Cuando llegamos al hospital, ellos me piden que me aleje, pero no los escucho y trato de seguirles el ritmo lo más rápido posible, hasta que cruzan unas puertas que llevan al pabellón de cirugía y un guardia de seguridad me impide entrar.

Después de haber llorado todo el camino en la ambulancia, siento que no me quedan lágrimas, que mi voz está desgastada y mis piernas ya no tienen fuerzas para seguir sosteniendo este cuerpo destruido. Y mientras el guardia me pide con determinación que espere en los asientos, me doy cuenta de que no puedo hacer nada para que toda esta situación se arregle. Nunca puedo arreglar

nada, solo empeorarlo, así que me obligo a obedecer al guardia y me voy a esperar a que mis pesadillas no se hagan realidad.

Me quedo en silencio mirándome las manos manchadas de su sangre y mi estómago se revuelve. Comienzo a reproducir las imágenes de hace un rato mientras siento la bilis subir por mi garganta. Cierro los ojos y me obligo a bloquear los recuerdos, pero invaden mi cabeza como todo en mi vida: descontroladamente.

Soy capaz de ver el humo por todas partes, el coche azul de la señora Callen destrozado y el cuerpo de su hija en el asiento del conductor con la cara llena de sangre y un gran pedazo de metal incrustado en el estómago.

A una parte de mí, aquella que me repugna reconocer, le hubiese gustado no haber encontrado el vehículo. La escena se repetirá por completo en mi cabeza, y tengo mucho miedo de que esa sea la última imagen que tenga de ella.

No me doy cuenta de que mis manos están empuñadas en mi regazo hasta que comienzo a sentir el dolor de mis uñas insertándose en mis palmas, y suelto el aire contenido.

Es mi culpa.

Todo lo que toco se destruye.

No merezco estar aquí.

Soy veneno…

—¿Nita? —alzo la cabeza al oír esa voz tan familiar—. ¿Qué sucedió? ¿Estás bien?

Lo siguiente que sé es que tengo las protectoras manos de mi hermano encima de mí, verificando que no esté herida. Y aunque estoy repleta de ellas, él no las encuentra, porque no son de las que se pueden ver. Son invisibles, están abiertas al rojo vivo, y duelen, nunca paran de doler.

Avery retrocede unos pasos, visiblemente confundido. Su expresión está teñida de preocupación. Su cabello caoba está completamente mojado, lo que me hace pensar que ha comenzado a llover afuera. Pronto la nieve se irá…

Ella ama la lluvia.

—¿Nita? —repite Avery ese estúpido apodo que me puso cuando apenas sabía hablar, lo veo acuclillarse frente a mí y tomar mi rostro entre sus manos. El contacto se siente extraño, pero de alguna manera también es reconfortante. Antes de Leigh, mi hermano siempre fue mi lugar seguro, aunque él no lo supiera ni se lo demostrara—. Por favor, háblame.

—¿Cómo llegaste aquí? —pregunto. Él no quita sus manos de mi rostro en ningún momento.

—Meghan le dio mi número a los padres de Leigh, estaban desesperados porque no estaban en la ciudad y tú no contestabas las llamadas de nadie. Vine lo más rápido que pude. ¿Qué fue lo que pasó? Dijeron que también podías estar herida…

No le pregunto por mi madre, aunque en el fondo de mi cabeza hay una vocecilla que se cuestiona por qué no ha venido con Avery, a pesar de que yo no la quiero aquí.

—Tuvo un accidente —respondo, es todo lo que mi maldito cerebro puede

hacerme decir.

Se pone de pie, se lleva las manos a su cabello húmedo y mira hacia todos lados.

—¿Estabas con ella? —pregunta luego de un rato y en respuesta niego con la cabeza—. ¿Leigh está bien?

—Está en cirugía. Llegué al lugar cuando ya había ocurrido, yo… —mi voz se quiebra de manera dolorosa— llamé a la ambulancia.

—Oh, June —dice, su tono se vuelve débil. Se sienta a mi lado y pasa su brazo por mis hombros para acercarme a su cuerpo—. ¿Cómo…?

—Se va a morir —susurro con la voz áspera, él se tensa y me rodea con más fuerza.

—No se va a morir. Ella es fuerte. Sé que te lo ha demostrado muchas veces, no será diferente ahora.

Quiero creerle, pero no puedo.

Me oculto en el hueco de su cuello porque quiero que me proteja como siempre lo ha hecho, aunque no encuentro alivio. Lo que sí encuentro son mis lágrimas. Sollozo por largos minutos en los que él lo único que hace es sobar mi espalda con la protección y el amor de un hermano mayor.

Ojalá fuera suficiente.

4. Chica de pocas palabras

I'm In Here - Sia

Pasado
Fue un viaje un tanto silencioso. Estaba agotada física y mentalmente. Las palabras de Lena se repetían una y otra vez en mi cabeza. Solo quería llegar a casa y esconderme bajo las frazadas.

La chica que me ayudó —quien dijo que se llamaba Leigh— estuvo la mayor parte del viaje callada. Me sorprendía que tratara de ayudarme cuando no nos conocíamos de nada, a veces me olvidaba de que en realidad había gente que se preocupaba del resto.

Leigh me daba algunas miradas de vez en cuando, como si quisiera comprobar que seguía respirando. En algún momento puso música y comenzó a golpear el volante con sus manos al ritmo de la canción.

Una persona musical, pensé, y por alguna razón eso me hizo esbozar una débil sonrisa.

—Hum... Sé que no te conozco, pero lo que dijo esa chica no estuvo bien —me tensé y desvié la mirada—. No fue mi intención escuchar, lo juro, aunque fue imposible evitarlo —se excusó, su voz era dulce y calmada.

—Está bien —respondí en un susurro, con la mirada puesta en el paisaje de afuera—. De todas maneras, tenía razón.

Me comenzaron a sudar las manos.

—¡Claro que no! —exclamó como si fuera lo más obvio del mundo, lo que me hizo mirarla con curiosidad.

—No me conoces.

—Pues sí, tienes razón —murmuró—, pero no importa, nadie merece ser tratado así.

Me puse nerviosa. Me di cuenta de que era la primera vez que alguien se quedaba conmigo luego de tener una crisis. Usualmente evitaba estar rodeada de gente por miedo a que pasara algo y que me vieran, así que en muy pocas oportunidades alguien presenció alguno de mis ataques. En clases, cuando sentía que estaba por perder el control pedía permiso para ir al baño, e incluso cuando ella me ayudó, años atrás, logré huir antes de tener que dar explicaciones. Era terreno nuevo para mí y no me gustaba lo nuevo.

—Da igual —dije finalmente.

—Claro que no. Necesitas amigos... *mejores*.

Decidí no responder porque sus palabras me dolieron en un lugar muy

profundo.

No, no quería más amigos. Y, aunque los quisiera, no los obtendría. Era probable que pasaría más tiempo en mi habitación, lo que provocaría más discusiones con mi mamá, Avery se preocuparía e intentaría presentarme personas y eso haría que la ansiedad creciera y las crisis aumentaran, seguro me tocaría almorzar en algún lugar apartado en la escuela, triste y sola... De alguna manera, estaba dispuesta a soportar todo eso si significaba no tener que tratar de agradarle a la gente, era demasiado agotador y el rechazo era aún más duro.

El GPS dio las últimas indicaciones y mi casa apareció en nuestro campo de visión. Leigh se estacionó afuera y se giró para mirarme.

—¿Te sientes mejor? —asentí. Estaba mintiendo, pero ¿qué le importaba eso a una desconocida? —. ¿Segura?

—Sí —me obligué a responder con una sonrisa débil—. Gracias por traerme.

—No es nada —se encogió de hombros. Me dispuse a bajarme del coche, pero ella murmuró algo y me detuve. Lo dejé pasar, y entonces se aclaró la garganta—. Este... hum... Te recuerdo. Nunca olvidé tu rostro. ¿Tú me recuerdas?

Me puse rígida, seguía con la mano en la manilla y no me giré para mirarla.

—No —mentí—, lo siento.

Leigh emitió un suspiro de decepción. Aun así, no me giré, pues seguramente notaría que estaba mintiendo.

—Está bien, no pasa nada. Eh... antes de que te vayas, ¿me darías tu número? Para chequear que estés bien. Mi hermana pequeña ha tenido algunas crisis de ansiedad, sé que ese tipo de cosas pueden ser una mierda —dijo con nerviosismo, esta vez sí me giré—. Solo si quieres.

Aunque no había mucha iluminación, vi que sus ojos color miel me miraban con expectación.

Por alguna razón, se lo di, aunque probablemente nunca le respondería. Tener una conversación por mensaje era más fácil, pero Leigh no parecía de las personas que se limitaban a mensajearse con la gente.

—Por cierto, me gusta tu estilo —sonrió—. Nos vemos.

En respuesta le levanté la mano, era lo mejor que podía hacer sin parecer una estúpida.

¿Un cumplido por mi ropa? Eso era nuevo.

Ella no se marchó hasta que entré a mi casa. Una parte de mí estaba un tanto eufórica, como si nada hubiera pasado y simplemente hubiese tenido una noche tranquila en la que conocí a una linda chica a la que le gustó cómo me vestía, pero la otra parte de mí —la que siempre ganaba— solo quería ir a mi cuarto a esconderse y dormir. Agradecía que fuera fin de semana. Tenía dos días para aparentar que nada había pasado.

Adentro estaba todo oscuro, así que prendí la luz de la sala de estar y quedó a la vista una habitación con decoración anticuada llena de fotografías de la familia y feos jarrones con flores que mi madre amaba comprar.

Procuré no hacer ruido porque no quería despertar a nadie, así que fui a la cocina para tomar agua —la botella que me dio Lena quedó olvidada en la fiesta

— y subí las escaleras para ir a mi habitación. Pasé por fuera del dormitorio de mi madre y mi padrastro, que tenía la puerta cerrada y la luz apagada. Al llegar a mi cuarto, prendí la luz y cerré la puerta con cuidado.

Suspiré, llena de alivio. Por fin me sentía completamente segura.

Como era el lugar donde pasaba la mayor cantidad de tiempo, mi cuarto estaba adaptado para tener todo lo que necesitaba sin llamar la atención de la familia. En las paredes celestes tenía pegados algunos pósteres que me había regalado mi hermano de una banda que me gustaba, junto a un viejo escritorio de madera tenía un pequeño estante blanco donde tenía algunos libros y un parlante donde ponía música cuando quería distraerme. Mi cama individual estaba perfectamente tendida —si no podía tener el control de mi cabeza, al menos debía controlar el orden de mi cuarto—, y debajo de ella tenía una caja llena de gomitas y otras golosinas que me gustaban, además de una pequeña libreta que usaba a veces para desahogarme.

Me agaché y saqué una bolsa de regaliz. Mientras comía, me quité la ropa y me puse mi viejo y grueso pijama gris; no hacía frío, pero quería sentirme arropada. Ni siquiera me preocupé de lavarme los dientes.

Estaba por acostarme cuando sentí pasos en el pasillo.

—¿Nita? —casi sonreí, a veces me molestaba que me llamara así, aunque también me hacía sentir cálida y especial. Todos me decían June; sin embargo, Avery siempre me llamó como lo hacía cuando éramos niños y no hablaba lo suficientemente bien para decir «hermanita»—. ¿No se suponía que ibas a dormir donde Lena?

Entró a mi habitación con su pantalón habitual de chándal rojo y una camiseta gris vieja y llena de hoyos.

Avery era la persona que se preocupaba de mí, y a veces sentía que era la única. Sabía que mamá también, sin embargo, entre nosotras había un abismo oscuro y desconocido que nos separaba y siempre terminábamos peleando. Así que mi refugio era Avery. Era a quien acudía cuando mamá dejaba dinero para comprar comida, pero no podía salir de casa; era quien me llenaba de golosinas cuando me notaba ansiosa; era quien se acercaba a mí y me preguntaba cómo había estado mi día, aunque siempre le diera la misma respuesta. Y, a pesar de todo, nunca había podido ser sincera con él sobre lo que me pasaba.

—Me aburrí y me vine, nada más —respondí mientras le daba un mordisco al regaliz, él se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó, mientras me quitaba un mechón de la cara con su mano—. Tienes los ojos hinchados.

—Estoy bien, no fue nada.

—A veces me gustaría tener el poder de leerte la mente —me tocó la punta de la nariz—. Sé que no solemos hablar de nuestros problemas, pero sabes que puedes pedirme un abrazo cada vez que lo necesites.

Hice una pequeña mueca. En esta casa, los problemas jamás se hablan, aprendimos a fingir que nada pasa y que todo está bien. Mi familia estaba casi tan rota como yo, y ni siquiera sabía por qué. Quizás era yo el problema...

Al menos tenía a mi hermano.

—Lo sé —susurré—, pero estoy bien.

—De acuerdo, ¿necesitas algo? —negué con la cabeza y él besó mi frente—. Me iré a dormir, entonces. Mañana iré a acampar con unos amigos. ¿No quieres venir?

—No, gracias. No te preocupes, de todas maneras, tengo tarea que hacer —mentí, apenas había terminado la primera semana de clases, ni siquiera habían aparecido todos los estudiantes nuevos—. Diviértete, buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando se fue, una pequeña lágrima se deslizó por mi mejilla.

Sentía que no merecía tener a un hermano como Avery, no cuando yo no podía estar a su lado como él lo hacía conmigo. Era injusto que le tocara una hermana como yo, pero jamás se quejaba, y eso, de alguna manera, lo hacía peor. Estaba incondicionalmente para mí, aunque yo no podía estar para nadie, ni siquiera para mí.

Apagué la luz, dejé mis lentes en la mesita de noche y me acosté. No pude evitar volver a pensar en lo que me dijo Lena y comencé a llorar hecha un ovillo en mi cama.

Odiaba ser así. Odiaba no poder tener un mal momento y olvidarlo al día siguiente. Tenía la horrible habilidad de recordar a la perfección todo lo que había hecho mal. Lo único que no podía recordar era el comienzo de toda esta mierda. A veces sentía que había nacido defectuosa; sin importar cuánto tratase de averiguar por qué tenía todos esos sentimientos, siempre terminaba en un callejón sin salida, sin respuestas.

Estaba quedándome dormida con ese pensamiento en la cabeza cuando mi celular vibró sobre la mesita de noche. Me di la vuelta y lo tomé porque podía ser Lena, quizás se había arrepentido de todo y quería pedirme disculpas —ja, sí, claro—, pero no, era un número desconocido.

Fruncí el ceño mientras me acomodaba, en un principio la luz me molestó y veía algo borroso porque no tenía mis anteojos puestos.

Entonces leí el mensaje y los nervios volvieron a mí.

Ey, soy Leigh.

Solo quería saber cómo estabas.

¿Te desperté?

Ay, mierda, debí haber esperado hasta mañana L

Bueno, no importa. ¿Cómo te sientes?

Sonreí sin poder evitarlo. Me planteé responder, pero al final decidí no hacerlo. ¿Qué más podría decirle? Ya le había dicho que estaba bien.

El celular vibró otra vez.

Es de mala educación ver los mensajes y no responder.

Volví a ignorar el mensaje. Sin embargo, no se rindió.

¿Esa es una manera muy directa de decirme que quieres que te deje tranquila? Si es así, solo dímelo. No hay con problema con eso. No quiero ser insistente.

Me comencé a sentir culpable, solo estaba tratando de ser amable, no tenía idea de que en realidad no le respondía porque hacerlo implicaba demasiadas

cosas para mí. Odiaba sentir que el resto esperaba algo de mí, porque siempre era algo que no les podía dar.

Lo siento.

Estoy bien, gracias por preguntar.

Esperé a ver si me respondía, y sucedió casi de inmediato.

Genial.

Oye, a propósito, nunca me dijiste tu nombre.

June.

Chica de pocas palabras. Me gusta J

Bueno, de seguro solo quieres dormir y yo estoy aquí molestándote.

Espero que de verdad te sientas bien y no me estés mintiendo.

Y sigo manteniendo lo que dije antes, esa chica no debió tratarte así.

Si necesitas hablar con alguien, puedes hacerlo conmigo :p

Buenas noches <3

No supe qué hacer. ¿Qué se suponía que debía responderle?

Frustrada, apagué el celular y enterré la cabeza en la almohada, pero luego de unos minutos lo volví a tomar y escribí una respuesta rápida.

Gracias, buenas noches.

Eso era lo que cualquier persona hubiese escrito, ¿verdad?

Esperé, pero no recibí una respuesta. Eso era todo, ¿no? La conversación por mensajes más larga que había tenido con alguien que no fuese Lena o alguien de mi familia se reducía a eso. Pero, por alguna razón, me sentía un poco mejor.

Le había gustado mi ropa.

5. Egoísta

I Can't Carry This Anymore - Anson Seabra

Presente

No sé cuánto tiempo pasa sin que haya noticias de cómo va la cirugía. Avery me mantiene en sus brazos todo el tiempo mientras yo dejo que me reconforte, solo se mueve para ir por café para pasar la noche. Es una suerte que estemos de vacaciones, pero, a decir verdad, si no lo estuviéramos me importaría una mierda la escuela. No tengo cabeza para pensar en algo más que no sea ella.

Es el peor inicio de año que he vivido, y si es así como comienza, no sé si quiero saber cómo va a seguir.

—Mamá quiere hablar contigo —dice Avery sacándome de mi congelamiento momentáneo.

Mamá…

Se me vuelve a formar un nudo en la garganta y me tenso completamente. No quiero saber nada de ella por el momento, es la última persona con la que quiero hablar, y no sé cuándo sea capaz de hacerlo otra vez. No sé si es por vergüenza, porque me duele o porque estoy demasiado molesta.

—Dile que estoy bien —me acurruco contra su costado, pero él se aparta—. No preguntes. No quiero hablar de eso ahora.

—June, ¿qué más pasó hoy? —pregunta ignorándome por completo. Me giro para encararlo; me está mirando con el ceño fruncido y el celular en la mano, hasta que suspira y se relaja—. Le diré que estás bien, pero cuando todo esto pase hablaremos sobre eso, ¿de acuerdo?

Aprieto la mandíbula. «¿Cuando todo esto pase?» Parece convencido de que no es nada más que un percance, casi como si en la próxima media hora fuéramos a ver a Leigh saliendo por esas puertas blancas riéndose sobre lo estúpido que ha sido todo. Y no es así. Probablemente, *todo esto* jamás pase.

Lo único bueno es que significaría que no tendríamos que hablar jamás de lo que ocurrió con mi madre hace unas horas. Pero tener esa esperanza me hace ingenua y retorcida.

Avery está volviendo a rodearme con su brazo cuando los escucho: son los padres de Leigh.

Alzo la vista y veo cómo los Callen se acercan con una expresión de preocupación y consternación terribles, me pongo de pie casi por inercia. El padre de Leigh viene tomando del brazo a su esposa, su cabello azabache está igual a como lo tenía mi hermano cuando llegó. Lleva puesto un abrigo negro y,

mientras se acerca, veo que tiene sus ojos hinchados. Elizabeth está peor, tiene el cabello rubio todo alborotado y el rostro rojo, sus ojos cafés están aún más hinchados que los de su esposo, al igual que sus labios.

Cuando llegan hasta donde estamos lo primero que hace la mamá de Leigh es envolverme en un fuerte abrazo.

—¿Estás bien, June? ¿Te hiciste daño? —cuestiona con preocupación, niego con la cabeza para tratar de ocultar el dolor que me provoca que estén preocupados por mí cuando yo ni siquiera iba en ese coche—. ¿Qué fue lo que pasó?

Su voz se quiebra y se aleja de mí para dejar que su esposo la abrace.

Trato de encontrar las palabras para intentar contarles qué fue lo que pasó, ya que lo único que parecen saber es que su hija tuvo un horrible accidente que la dejó con serias heridas en todo el cuerpo, siendo la peor la que tiene en el abdomen y el golpe en la cabeza.

Me quedo en silencio mientras ellos esperan a que hable, Avery me toma de la mano, pero no dice nada. Él tampoco lo sabe.

Finalmente me armo de valor y les cuento por qué Leigh perdió el control del vehículo y cómo fue que llegué al lugar tan rápido, guardándome para mí lo que pasó antes de eso.

—Lo siento —susurro.

—Sentirlo no deshará lo que pasó —me reprocha la señora Callen, y me quedo inmóvil mirándola. Está molesta y lo merezco, pero me duele. Se gira hacia su esposo hecha una furia. No puedo culparla, seguro está queriendo enfocarse en algo más que no sea el hecho de que su hija lleva al menos dos horas en cirugía—. Yo le dije que no saliera, pero ella insistió en que debía hacerlo porque tú la necesitabas —se gira de vuelta hacia mí—. ¿Alguna vez dejas de ser tan egoísta?

Y esa es la misma persona que minutos atrás me abrazaba creyendo que estaba herida. Si hay alguien a quien culpar, nadie dudará en hacerlo. Culpar es fácil, sobre todo si es a mí. Yo misma soy una experta.

—Elizabeth —dice su esposo con tono de advertencia—. Ella no tiene la culpa. No te ensañes con June, no es el momento para ponernos a discutir.

—Está bien —murmuro mientras me abrazo mi cuerpo—. Sé que no debí...

—¡Claro que no debiste! —me interrumpe la señora Callen—. Sabes lo peligroso que es conducir durante esta época del año, sobre todo sabiendo que Leigh es capaz de hacer cualquier cosa por ti y lo imprudente que es, pero, claro, no pudiste pensar en eso porque la necesitabas. ¿Cuándo vas a entender que mi hija no es un centro de rehabilitación para tus... *problemas*?

Me hago pequeñita mientras siento el brazo protector de mi hermano acercarme hacia él.

—Señora, no es el momento. Mi hermana está tan preocupada como usted —dice con la voz calmada—, no hay necesidad de hacer esto más difícil.

Por un momento me enoja que me defienda, porque las palabras de ella son verdad. No pensé en nada más que en mí cuando permití que dejara la seguridad de la casa de sus abuelos para venir a verme porque estaba perdiendo la cabeza.

Es mi culpa y, si ella muere, tendré que cargar con eso por el resto de mi vida.

—Es mi hija, esto no puede ser más difícil —espeta la madre de Leigh, y se gira hacia su esposo, quien me mira con tristeza y compasión.

—June —dice el señor Callen mientras su esposa se seca las lágrimas para intentar mantener la calma—. Esto no es tu culpa, ¿de acuerdo? Elizabeth solo está alterada.

No le respondo, simplemente me alejo de mi hermano y me voy a sentar a donde estaba antes. Me llevo las rodillas al pecho y me hago un ovillo en la incómoda silla. Cuando me doy cuenta, mis mejillas están empapadas y siento que me falta el aire.

Inhala. Exhala. Inhala...

¿Cómo pude hacerle esto a ella? ¿Cómo se supone que pueda perdonarme a mí misma si Leigh deja de respirar?

—¿Por qué no me contaste eso? —pregunta mi hermano cuando llega a mi lado. No suena a reproche, más bien suena a que está tratando de entender qué demonios pasó. No me gusta su pregunta, pero me sirve para desviar mis pensamientos—. ¿Mamá tiene que ver con algo?

—Av, no me hagas hablar de esto ahora —le suplico sin mirarlo, mis ojos están fijos en el piso manchado.

—No, no es el momento. Lo siento.

Espero que ese momento no llegue nunca.

6. Normal

What's Good - Fenne Lily

Pasado

Habían pasado varios días desde la última vez que hablé con Lena.

Todo el fin de semana me lo pasé en mi cuarto pensando en cómo sería verla en la escuela. ¿Me ignoraría? ¿Me diría algo? ¿Se burlaría de mí? Ese tipo de preguntas no me dejaba dormir por las noches y no me dejaba concentrarme durante el día. Había intentado leer o ver alguna película, pero terminaba desconectada de lo que estaba pasando, comenzaba a pensar en todas las posibilidades y… bueno, no sabía cómo parar.

Siempre era así. Los pensamientos comenzaban como pequeñas semillas que crecían y crecían hasta que en mi mente no había espacio para nada más. Era desesperante, frustrante e incontrolable, sobre todo cuando eran pensamientos negativos, lo cual ocurría la gran mayoría de las veces.

Era agotador vivir de esta manera, pero estaba acostumbrada, era mi rutina. Mamá ya ni siquiera se molestaba en pedirme que compartiera con la familia, y, cuando se atrevía a hacerlo, terminábamos discutiendo. Era mejor para mí, aunque para ella también parecía ser un alivio. A veces sentía que no me quería cerca.

Por otro lado… también habían pasado varios días desde el último mensaje de Leigh.

No sabía qué pensar al respecto. No estaba segura si me sentía aliviada o decepcionada. ¿Realmente quería que me hablara? ¿O simplemente me dolía sentirme ignorada? Porque lo más probable era que ni siquiera se acordara de mí.

En realidad, no valía la pena darle vueltas a ese asunto. Quizás no la iba a volver a ver en mi vida, ¿por qué preocuparme por alguien de quien solo sabía su nombre?

Como si fuera tan fácil…

Bajé las escaleras con mi mochila en la mano y fui directo a la cocina. Allí estaba mi madre, una mujer de baja estatura y cuerpo robusto. Estaba de espaldas preparando algo, de seguro era la colación de mi hermano menor, Lucas.

Entré al lugar sin hacer ruido y tomé la leche de la nevera para servirme un vaso.

Mi hermano estaba sentado en la isla de la cocina comiendo yogur con

cereales. Tenía cuatro años y no se parecía en nada a Avery ni a mí. Lucas era una copia de su padre: ojos casi negros, piel trigueña, labios delgados y cejas pobladas. Lo único que había sacado de mamá era el cabello castaño. Por otro lado, Avery y yo éramos una mezcla entre nuestra madre y nuestro padre biológico —quien había muerto años atrás—. Ambos teníamos los ojos verdes de mamá, pero Avery tenía el cabello un poco más rojizo, era de un color caoba bastante curioso, mientras que el mío era castaño sin más. Nuestra piel era de un tono claro, mi hermano tenía manchas de acné y una nariz un poco ganchuda como mamá, y yo tenía las pecas y los ojos grandes de mi padre.

No me consideraba atractiva, pasaba desapercibida y eso estaba bien —estaba genial—, pero Avery sí que era guapo. Cuando estaba en la escuela muchas chicas estaban enamoradas de él —y estaba bastante segura de que varios chicos también—, y ahora que estaba en la universidad imaginaba que la situación era la misma. Mamá mencionó una vez que tenía el encanto de nuestro padre, pero yo no podía imaginar que alguien más fuera como mi hermano; él era amable, respetuoso y alegre, incluso aunque a veces su mirada se oscurecía y parecía perdido. Avery era real, y mi padre era... un fantasma.

Lo único que teníamos de él eran fotografías, incluso algunas donde sostenía a un Avery llorón. Esa era la única prueba que tenía de que sí existió y no era un invento de mi madre. Yo no lo conocí, murió un poco después de que naciera. Era un tema que no me importaba mucho, nunca se hablaba de él y me acostumbré a sentir que en realidad no tenía padre. Es decir, estaba mi padrastro y era una persona agradable, amaba a mi madre y jamás hizo una distinción entre Lucas y nosotros, pero yo era distante, así que no había un lazo. Era solo el padre de mi hermano pequeño y la pareja de mi mamá.

—Por lo que veo ya te sientes mejor —dijo mi madre cuando se dio la vuelta y me vio tomando un vaso de leche.

Ayer había dicho que no me sentía bien del estómago porque no quería ir al escuela. Con tan solo pensarlo la respiración me comenzaba a faltar, así que fingí no poder levantarme de la cama para no ir. No sé si me creyeron o ya estaban acostumbrados a mis esporádicas faltas a clases. No solía hacerlo, pero cuando pasaba algo importante evitaba enfrentarlo a toda costa, y en esta ocasión tenía que ver con que ya no tenía mejor amiga, varios me *vieron* en la fiesta mientras Lena me decía que estaba cansada de mí y... bueno, tenía la mínima esperanza de que Leigh fuera una de las estudiantes nuevas que llegaban durante la segunda semana, pero al mismo tiempo me aterraba la idea. Eran grandes cambios para mí, así que no fui, aunque sabía que no podía seguir haciendo eso, era infantil e inmaduro.

—Seguro fue algo que me cayó mal —respondí.

—Debe ser esa porquería que comes, vas a terminar con un agujero en el estómago. Si tan solo...

...comieras comida de verdad, completé en mi mente. Era un cuento viejo. Sí me alimentaba bien, pero también me gustaban los dulces.

—¡Buenos días! —la interrumpió mi padrastro.

Entró a la cocina con una sonrisa alegre. Estaba vestido con un pantalón

caqui y una camisa azul. Su cabello negro estaba superbién peinado, se notaba que recién había salido de la ducha. A mi madre se le iluminó el rostro. Se olvidó automáticamente de mí y el regaño, así que aproveché de lavar lo que había ocupado y sacar una fruta para el camino.

A veces se me hacía un poco insoportable la manera en la que mamá y Eric actuaban. Siempre parecían dos adolescentes que recién experimentaban el amor, ajenos al mundo, sobre todo ella, como si fueran alguna pareja perfecta de revista y nosotros fuésemos los adornos a juego. Suponía que era porque estaban enamorados, pero tenía la sensación de que estaban tratando de tapar el sol con un dedo. Es decir, estaba feliz de que mi mamá hubiera encontrado el amor luego de perder a mi padre, era solo que se sentía irreal, demasiado perfecto. La vida no era así.

Eric había llegado a nuestras vidas hacía unos siete u ocho años, nosotros nos habíamos mudado aquí un año antes de que apareciera. Era un compañero de trabajo de mi mamá, al menos, eso creíamos nosotros, pero resultó ser su jefe en la empresa constructora donde ella ejercía como contadora. Tres años después se casaron y tuvieron a Lucas. Muchos de mis recuerdos antes de él estaban borrosos, así que era como si siempre hubiese estado con nosotros, pero no me cuadraba. Además, por alguna razón, ver a mi madre junto a alguien me incomodaba. Era una sensación persistente que no sabía de dónde venía.

—June, ¿te llevo hoy a la escuela? —preguntó Eric cuando me notó.

—Si no te molesta —respondí mientras dejaba el vaso en la encimera.

—Claro que no me molesta —me sonrió. Me irritaba su felicidad infinita, pero era un buen tipo—. Bueno, me temo que debemos ir saliendo, se me hace un poco tarde.

—¿No comerás algo antes, cariño?

—No creo que alcance, ya comeré después.

—Te llevaré un sándwich —le ofreció mamá, como si él no tuviera el dinero suficiente para mandar a alguien a comprar comida—. Pasaré a dejar a Lucas al jardín y nos vemos en la empresa —le dijo mi madre y luego le besó la mejilla.

Eric caminó hasta su hijo y le revolvió el cabello. Lucas estaba viendo algo en el celular de mamá, así que no le prestó mucha atención.

—Ten un buen día, campeón —le dijo.

—Adiós, pa —fue la respuesta de él. Era un niño muy inquieto y desordenado, pero levantarse temprano lo dejaba atontado durante unas dos horas.

Salí del lugar siguiendo a Eric.

Me planteé llevar una sudadera, pero afuera ya estaba comenzando a hacer calor, así que me quedé con mis jeans sueltos y la camiseta rosada, que era unas dos tallas más grandes y tenía una flor en el centro.

En cuanto nos subimos a la camioneta de Eric, el silencio se volvió pesado e incómodo. Durante los quince minutos que duraba el viaje él intentó conversarme, me preguntó cómo estaba, si había conocido a alguien interesante en la escuela y cosas así, pero siempre terminaba respondiendo con monosílabos porque no me interesaba mucho hablar con él. Con nadie, en realidad.

Luego las preguntas comenzaron a ser un poco más directas y comencé a ponerme incómoda de verdad.

—¿Segura de que estás bien? —quiso saber—, tu madre y yo hemos estado preocupados de que te la pases tanto tiempo encerrada en tu habitación.

Claro…

—Me gusta estar ahí —respondí de manera escueta.

—Lo sé… lo sabemos, pero no es *normal* que una adolescente de dieciséis años no salga de casa.

Hice una mueca. Odiaba que usaran esa palabra. *Normal.* Todo lo que yo no era según el mundo.

—¿Cuántas adolescentes de dieciséis años conoces? Además, ¿eso no es algo que debería hablar con *mi* mamá? —respondí, a ver si así se quedaba callado. No quería ser así de borde con él, pero no me gustaba que me cuestionaran ese tipo de cosas.

Él lucía incómodo, pero no quitaba esa expresión de entendimiento y amabilidad que tenía.

—No a muchas, pero aun así. Y ella lo ha intentado, pero tú no la dejas.

Fruncí el ceño y miré mis manos sobre mi regazo. Sentía la molestia crecer dentro de mí.

—Ella no lo intenta, Eric —le dije con la voz dura, quizás era lo más sincero que había dicho en semanas—. Simplemente se queja de todo lo que hago. Eso no es intentarlo —murmuré hacia el final.

Con eso conseguí que se quedara en silencio hasta que llegamos al establecimiento.

—June —me dijo antes de que bajara de la camioneta—, te conozco desde hace años. Eres como mi hija. También puedes hablar conmigo si lo necesitas.

Suspiré y suavicé mi expresión. Él solo estaba tratando de ayudar.

—Gracias —traté de sonreírle—, pero no hay nada de lo que hablar. No te preocupes.

Me bajé y me adentré en el edificio, directo a la biblioteca para esconderme ahí hasta que tuviera que ir a clases.

Lena no me dirigió la palabra en todo el día, pero me había mirado un par de veces. Era como si quisiera acercarse a decir algo, pero no encontrara el momento, o quizás el valor.

¿Estaría avergonzada?

¿Alguien como ella sentirá remordimiento?

Al menos todo seguía igual de tranquilo. Nadie me prestaba atención.

Estaba dándole vueltas a lo de Lena mientras comía en la biblioteca cuando me llegó un mensaje.

Holaaa :p

Era Leigh.

Ignoré completamente el almuerzo que había comprado en la cafetería y me

quedé mirando el celular sin saber qué hacer por minutos.

¿Me estás ignorando de nuevo?

Mis palpitaciones comenzaron a acelerarse, pero era algo diferente, no era por un inminente ataque de pánico, era algo que no había experimentado muchas veces. ¿Emoción?

¿Qué debía hacer?

No es muy divertido conversar sola, chica de pocas palabras J

Antes de poder analizarlo mucho, mis dedos se estaban moviendo sobre la pantalla del móvil.

Hola

Escribí, y quise golpearme. ¿Hola? ¿En serio? Pude haber escrito algo más ingenioso, pude...

Estaba escribiendo.

Me comenzó a temblar la mano. ¿Qué demonios me pasaba?

¡Así que sí existes! Estaba temiendo haberte imaginado.

¿Cómo estás?

¿Eso significaba que había estado pensando en mí?

La perspectiva de alguien, sobre todo ella, acordándose de mí hizo que se formara una pequeña y muy patética sonrisa en mis labios.

Estoy bien, gracias por preguntar.

Eso estaba mejor, ¿no?

Yo también estoy bien, gracias por preguntar.

Se agradece el interés.

Me puse roja. No podía verme, pero me ardía la cara. Y me frustré. Era una simple conversación, ¿por qué no podía hacerlo bien?

Lo siento.

Está bien, solo bromeaba.

Así que... te hablo porque desde el viernes no me puedo sacar algo de la cabeza y necesito preguntártelo otra vez.

Pero debes ser sincera.

Tragué saliva con dificultad mientras observaba mi comida, ya no tenía apetito. Estaba segura de lo que preguntaría.

Claro, pregúntame.

En realidad, no quería que lo hiciera.

¿En serio no te acuerdas de mí?

De esa vez en la estación de metro. Estoy segura de que eras tú, no puedo estar tan loca.

O sea, sí lo estoy, pero no taaaanto como para imaginar cosas, ¿me entiendes?

Me planteé seriamente no responderle, pero una parte de mí quería seguir conversando con ella, incluso cuando la otra parte me decía una y otra vez que abandonara la misión ahora que estaba a tiempo. *Lo vas a arruinar, la vas a espantar, no le respondas...*

Recuerdo lo que pasó, recuerdo que alguien me ayudó, pero no te recuerdo a ti.

No sabía por qué lo hacía. No era como si ella no supiera lo jodida que

estaba, teniendo en cuenta que me había vuelto a encontrar en la misma situación. Quizás solo quería que Leigh pensara que era normal, que el viernes había sido un caso aislado, pero ¿por qué seguía negando recordarla? Ella lo sabía, me había reconocido de inmediato.

¿Qué intentaba hacer?

Mentira.

Sí te recuerdo.

Y bloqueé el celular.

Ordené mis cosas y me puse de pie para botar la basura en el contenedor.

Me latía rápido el corazón, era una mezcla insoportable de sentimientos que no podía identificar. Cuando llegué al contenedor que estaba cerca de la cafetería, la basura estaba toda aplastada en mis manos por haberla apretado tanto. Estaba molesta, y no sabía por qué ni con quién... ¿Conmigo por ser incapaz de entenderme? ¿Con ella por seguir hablándome?

Quería agradarle, aunque no fuese a volver a verla, quería que, al menos, se quedara con un buen recuerdo. No quería que me recordara como la chica extraña con problemas.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que no me di cuenta de que había alguien detrás de mí hasta que choqué con un cuerpo.

—¡Ay, lo siento! —se disculpó la chica que tenía en frente, y me quedé muda.

Era una de las gemelas que bailaba con Leigh en la fiesta.

Estaba vestida con una blusa negra de tirantes y una falda hecha de distintos tipos de tela, desde fluorescente a *animal print*. Algo me decía que ella misma hacía su ropa. Pero eso no era lo importante.

Me miraba algo avergonzada con sus ojos azules, como si hubiese sido su culpa y no mía.

Había perdido el poco dominio que tenía sobre mi cuerpo y no podía hablar.

Si ella estaba aquí, ¿cuál era la probabilidad de que Leigh también?

Antes de que la chica rubia pudiera decir algo más, me di la vuelta y hui del lugar, dejándola con el ceño fruncido y con la confusión latente en su rostro.

7. Nada

Lovely - Billie Eilish ft. Khalid

Presente

Han pasado unas tres horas cuando vemos al doctor salir por la misma puerta donde ingresaron a Leigh.

Me pongo de pie como un resorte, asustando un poco a Avery, quien dormitaba a mi lado.

Sin embargo, cuando veo a la señora Callen caminando hacia el hombre de bata blanca, me paralizo. Luego de lo que ella dijo, dudo mucho que me quiera ahí. Después de todo, esa información es para la familia, y yo solo soy la chica que causó todo esto.

No tengo el derecho de escuchar lo que ese hombre tenga para decir.

—¡June! —escucho la voz del padre de Leigh y levanto la cabeza, me mira y me hace una seña para que me acerque.

Respiro profundamente y camino hacia ellos, sin pensarlo mucho.

Necesito saber cómo está y, si son malas noticias, necesito oírlas primero. Quizás así tendré más tiempo para procesarlo, o tratar de hacerlo, porque dudo que alguna vez entienda por qué estas cosas les pasan a las personas buenas.

Miro a sus padres mientras camino y siento una punzada en el pecho.

Culpa.

Ellos no se merecen pasar por esto. Leigh no se merece tener que luchar por su vida. Y yo… quisiera decir que tampoco merezco esto, nada de toda la mierda que me rodea, pero no puedo.

El doctor que está junto a nosotros es mayor, debe tener unos cincuenta años. Tiene puesta una bata blanca sobre un uniforme azul marino, su mascarilla está corrida hacia abajo, tiene una especie de ficha en su mano y su rostro demuestra cansancio. Las luces blancas del edificio hacen que sus ojeras y arrugas se noten mucho más.

Ni me imagino cómo me veo yo.

—Familiares de la señorita Callen, ¿verdad? —pregunta con la voz gruesa.

—Sus padres —responde Elizabeth, luego me echa una mirada y se abraza a sí misma.

—De acuerdo —mira la ficha y carraspea—. Me temo que su hija aún no sale del quirófano. Ingresó con una grave herida en la zona abdominal, y, si bien no tiene perforado ningún órgano vital, no podemos descartar complicaciones durante la cirugía, ya que aún no sabemos la profundidad exacta de dicha lesión.

Hasta el momento sus signos vitales han estado estables, pero ha perdido mucha sangre y aún no sabemos qué tan fuerte fue el golpe que tiene en su cabeza. Les daremos más información de su estado en cuanto estemos seguros de los daños sufridos.

La madre de Leigh ahoga un sollozo a mi lado y escucho a Gael respirar con dificultad.

Yo ni siquiera sé cómo me mantengo de pie.

—¿Qué podemos hacer? —pregunta Gael.

—Lamentablemente, no hay nada que puedan hacer por el momento. Solo esperar para ver cómo evoluciona su hija —responde el doctor. Habla como si estuviera acostumbrado a esas palabras, y no puedo evitar pensar en lo horrible que debe ser estar en su lugar—. Si hay alguna novedad, se les avisará de inmediato. Es probable que la cirugía continúe una o dos horas más.

—Mi bebé —solloza Elizabeth, me atrevo a mirarla por un segundo y la veo aferrada a su marido—. No es justo.

No, por supuesto que no lo es.

—Voy a necesitar que alguno de ustedes me proporcione unos datos sobre la paciente —informa el doctor, y eso es lo único que puedo escuchar.

Me doy la vuelta y salgo de ahí lo más rápido que puedo. Escucho la voz preocupada de Avery llamándome y, de alguna manera, consigo decirle que me deje en paz y que no me siga.

Todo esto es demasiado.

Siento que me duele todo, la garganta me arde y mis ojos están completamente borrosos mientras camino por los pasillos sin ningún rumbo fijo.

Y estoy molesta. Estoy enojada con la vida por ser así de cruel, con Leigh por ser tan impulsiva y no pensar en el maldito clima; conmigo por no hacer otra cosa que arruinarlo todo... Conmigo, conmigo, conmigo, conmigo... y con mamá, porque ya no me quedan fuerzas para seguir odiándome, es más fácil dirigir mi frustración a ella por todo lo que pasó y las cosas que me ocultó.

Es más fácil, me repito una y otra vez, aunque sepa que mi madre no tiene la culpa de esto. *Es más fácil así.*

Varias veces siento que voy a perder el control mientras vago por el hospital, pero me obligo a mantenerme cuerda. Me digo que ella no está en esa maldita cirugía para que yo vaya y haga alguna estupidez. Eso es lo único que me mantiene a raya.

Ella.

Siempre ella.

Porque, ¿qué sería June sin Leigh? Nada. ¿Qué sería June sin Avery? Nada. ¿Qué era June cuando no estaba Lena? Nada. Absolutamente nada. No existo si no hay alguien a mi lado, y antes me gustaba, pero ya no. Quiero ser alguien, quiero *saber quién soy,* y creí que lo estaba descubriendo con Leigh, pero ahora me doy cuenta de que no. Porque sin ella sigo siendo nada. Y así será hasta que esa nada me devore y finalmente deje de existir una June.

—Por favor —susurro en medio de un sollozo silencioso—. Haz que pare.

Me abrazo a mí misma porque nadie me va a responder. Nadie puede hacer

que esto pare, solo yo. Pero no sé cómo hacerlo.

—¿June? —escucho mi nombre entre la tormenta de emociones que ruge dentro de mí—. Oh, June.

No me alcanzo a girar cuando ya tengo los brazos de Zoe sobre mí, y un minuto más tarde tengo los de Meg.

Las gemelas.

—¿Qué pasó? —pregunta Meg con la voz débil.

—No lo sé —miento.

No quiero que me miren y me culpen, como lo hizo Elizabeth. Porque, aunque lo que nos une es Leigh, las quiero conmigo. Quiero sentir que soy una chica normal con amigas que le cuidan la espalda, amigas con las que llora desconsoladamente y a quienes les pide que no la dejen caer, porque sola no puede, sin *ella* no puede.

Y eso es lo que tengo. No lo quiero perder.

8. Te encontré

Find You - Ruelle

Pasado
La vi al día siguiente.

Estaba con las gemelas en la cafetería mirando su celular con el ceño fruncido, justo cuando me llegó un mensaje.

Creo que soy masoquista, aunque me ignores olímpicamente sigo queriendo hablarte

J

En cuanto leí el mensaje me di media vuelta y me fui a la biblioteca. Era un espacio donde sabía que podía esconderme porque era muy raro que hubiese mucha gente.

La pregunta era, ¿por qué me estaba escondiendo?

Pasé los siguientes tres días evitando los pasillos e ignorando sus mensajes, aunque había algunos que respondía por impulso. Podía decir que era testaruda y no se daba por vencida, y en el fondo me gustaba. Me gustaba que no se rindiera, como si yo realmente valiera la pena. Era graciosa y a veces se me hacía un poco hiperactiva. Quería responderle todo lo que me escribía, pero me aterraba lo que eso pudiera significar para mí.

Cada vez que intentaba interactuar con las personas sentía que ellos esperaban algo de mí, algo que yo jamás podría darles, y lo odiaba. Detestaba esa sensación de no poder ser lo que querían, y odiaba aún más que todos quisieran cambiarme. Por eso amaba a mi hermano y nunca tuve problemas para interactuar con él. Sabía que él me quería y me aceptaba tal cual era, incluso si no sabía lo atormentada que estaba por mi propia mente. Él era un lugar seguro, era el único que tenía.

No quería sentir que Leigh esperaba algo de mí, no la conocía, pero no quería decepcionarla. Ella era buena, no tenía idea de cómo, pero lo sabía.

Así que la evité lo que más pude, hasta que ya no conseguí hacerlo.

Pasó el viernes durante la hora de almuerzo.

Durante los días anteriores había conseguido traer comida desde mi casa para así poder ir directamente a la biblioteca, que se había convertido en mi guarida. La bibliotecaria me esperaba todos los días y me ofrecía un caramelo. Ella era amable y dulce. Pero ese día tuve que dirigirme a la cafetería primero porque no había llevado nada y moría de hambre.

Iba de camino al lugar cuando Gus se cruzó en mi camino.

Tenía el cabello rubio y ondulado desparramado por toda su frente y lucía esa sonrisa que me inquietaba. Tenía las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón negro, como si estuviera algo nervioso.

Por alguna razón, eso me intimidó y me incomodó.

—Hola —me saludó, sus ojos celestes me miraban con timidez. Gus nunca se mostraba tímido, solía ser superseguro y, a veces, hasta un poco arrogante. Esto se sentía falso—. Quería saber cómo estabas. Últimamente no te he visto por ninguna parte.

Al menos sus palabras demostraban que estaba escondiéndome bien, pero eso terminaría si él no se apartaba de mi camino pronto.

—Estoy bien, gracias por preguntar —respondí. Quise esquivarlo e irme, pero él me tomó del brazo. No me gustó cómo se sentía su mano sobre mí y me aparté.

—Quería decirte que… bueno, lo que hizo Lena estuvo horrible. Y que terminamos.

Eso me sorprendió. No por el hecho de que hubiesen terminado con su pseudorelación —eso había ocurrido varias veces antes—, sino por el hecho de que me lo estaba contando a mí. Ni siquiera éramos amigos, no había confianza, no había nada más que un precario lazo de respeto mutuo gracias a Lena, y ya estaba roto.

—Oh —murmuré, más nerviosa de lo que había estado alguna vez frente a él—, lo lamento.

—No lo hagas —se apresuró a decir y lo miré con sorpresa—. Es decir, Lena ha cambiado. No es la misma.

—Mhh… —volví a murmurar, no sabía qué decir. O sea, nunca lo sabía, pero en esta ocasión ni siquiera podía formar una oración. Quería largarme.

Estuvo en silencio durante unos segundos. No podía mirarlo, así que tenía la vista puesta en mis Converse sucias. Era demasiado raro e incómodo para mí.

—¿Crees que…? —suspiró con frustración—. ¿Crees que podríamos salir algún día? Tú y yo. Solos. Bueno, creo que ya entendiste mi punto.

Me puse roja.

¿Cómo le decía que no estaba interesada y que jamás lo estaría?

En cualquier caso, no tuve que responder. Lena lo hizo por mí cuando apareció junto a Gus con cara de quererme lejos.

—Veo que me superaste rapidísimo —dijo. Su voz se oía diferente. Estaba más fría, más envenenada, y me asustó—. De todas maneras, estás perdiendo tu tiempo. ¿Verdad, *amiga?* Ella no está interesada, ¿no es así? ¿O eso era lo que querías que creyera?

Me paralicé y las manos me comenzaron a sudar. Mi corazón latía rápido. Solo quería hacerme pequeñita hasta desaparecer.

Lena me miraba con superioridad, casi con desprecio.

¿Qué le había hecho? ¿Dónde estaba mi mejor amiga? A veces me costaba recordar los buenos momentos que tuvimos porque se empañaban con todo lo malo, pero sabía que existían, como cuando iba a su casa y le pedía a su madre que me preparara mi postre favorito. En algún punto de nuestras vidas fuimos

dos mejores amigas comunes y corrientes, ¿cómo terminamos así?

—Lena, ya déjala —le pidió Gus, y no me gustó que me defendiera.

—¿Por qué? Después de todo, June te alejó de mí, tengo el derecho de molestarme con ella.

¿De qué carajos estaba hablando?

Y entonces lo recordé.

«He descubierto que le gustas a alguien», me había dicho en la fiesta.

Y ahora Gus me había invitado a salir, literalmente luego de una semana de haber terminado con Lena.

Estaba molesta y sabía que iba a dirigir todo ese enojo contra mí. Porque era fácil molestarse conmigo cuando no hacía nada por defenderme, ella lo sabía.

La garganta me comenzó a quemar, el pecho y los pulmones me ardían.

—¿No vas a decir nada? —me cuestionó. Los demás estudiantes nos estaban comenzando a prestar atención y sabía que eso tenía a Lena encantada, amaba la atención—. Eres una mosquita muerta, ¿lo sabías? Actúas como si fueras indefensa, pero confié en ti durante años y a la primera oportunidad te lanzaste sobre mi novio.

¿Por qué algunas chicas eran así? No las entendía. Pelear por un hombre o por cualquier persona no tenía sentido para mí, nunca lo iba a tener.

—No éramos novios —respondió Gus por mí y comencé a enfadarme con él.

¿Por qué, entre todas las chicas bonitas que había en la escuela, se había fijado en mí?

—Pero estábamos juntos —le respondió Lena, y pude ver que estaba dolida. Sin embargo, eso no la justificaba. Lo que había dicho en la fiesta era cierto, tenía el derecho a estar cansada de mí y mi mierda, pero yo no había hecho nada para que esto pasara. Ni siquiera hablaba con Gus mientras ella no estaba. Lena se giró hacia mí—. Todos van a saber que no eres más que una puta santurrona. Y vas a quedar sola, más sola aún, si eso es posible.

Y sucedió. Me encontró. Otra vez.

—Ella no está sola —dijo Leigh a mi lado, su voz era segura y se oía molesta. Lo único que pude hacer fue girarme y observarla atónita. Hizo una mueca—. Ay, dime que no soné como creo que soné.

—¿Como una maldita posesiva? Síp, fue exactamente como sonaste.

Esa voz no la conocía, pero vi el cabello rubio de quien estaba al lado de Leigh.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Esto no es asunto tuyo —respondió Lena.

Gus había optado por dar un paso atrás, se notaba incómodo. Quería gritarle que se fuera al diablo por haber causado esa situación.

No sabía qué hacer. Quería irme, quería desaparecer para siempre, pero no podía moverme, mis pies estaban clavados al suelo.

—Eres una idiota impulsiva —volvió a hablar la chica rubia. Me parecía que no era con quien había chocado días atrás, pero no estaba segura, eran prácticamente iguales—. ¿Por qué siempre me metes en problemas?

—Cállate, Meg —respondió Leigh.

—¿Qué mierda? —dijo Lena. Observó a las chicas y luego se giró a mí, su rostro estaba sonrosado, no sabía si era de vergüenza o de enojo—. ¿Necesitas que te defiendan? Patética.

—¿Es en serio? —se rio Leigh a mi lado.

Me sentía una mera espectadora de toda la situación. Quería abrir la boca y decirle a Lena que se fuera a la mierda, que estaba actuando como una niña, que yo no había hecho nada para que Gus terminara con ella, pero no podía. Estaba en blanco. Me odiaba. Odiaba toda esta escena estúpida.

—Leigh, en serio, no hagas una idiotez —le advirtió la chica llamada Meg.

—¡Es que esto *es* una idiotez! —exclamó, se escuchaba incrédula y divertida a la vez—. Es ridículo. ¿Dónde crees que estás? ¿En una estúpida película cliché de los 2000? ¿O te crees la abeja reina de este lugar? —le hablaba a Lena, y ella no se veía contenta. Leigh bufó—. Creí que mi antigua escuela era un caos, pero aquí no es muy diferente.

Y lo vi. Percibí el momento exacto en que Lena se quebró. Sus ojos se cristalizaron por un momento. Fue un segundo, pero ocurrió, y yo lo vi.

No entendía lo que había pasado con ella. No sabía en qué momento había cambiado tanto. Antes era divertida y amable. Iba a mi casa porque a mí no me gustaba salir, y nunca se quejaba. Luego creció, y mi mejor amiga dejó de serlo. La persona que tenía enfrente no se parecía en nada a la chica que se me había acercado años atrás.

—No olvides lo que dije, June, todos lo sabrán —me advirtió, se dio la vuelta y se marchó hacia donde sus amigas la esperaban.

Gus se quedó ahí parado durante unos segundos sin saber qué hacer hasta que susurró unas débiles disculpas y se fue tras Lena.

Me giré sobre mis talones, aunque no quería.

Leigh estaba de brazos cruzados mirando con incredulidad a Lena. Su piel morena estaba ligeramente sonrosada por la exaltación, sus ojos color miel se veían fríos y desafiantes, luego se giró hacia mí y su mirada se suavizó.

Volví a paralizarme, y esta vez por una razón completamente diferente. Había olvidado lo impresionante que era.

—¿Estás bien? —me preguntó.

No respondí, sino que giré mi cabeza para mirar a Meg. Tenía una ceja alzada y nos miraba como si estuviera por encima de la situación. Me intimidó, pero luego me miró y suspiró.

—Estoy bien —susurré, mi voz apenas se oía. Sentía vergüenza de mí.

—¿Segura? Pareces estar a punto de llorar —señaló la rubia.

—No estás ayudando.

—Lo siento. Mejor me callo —le respondió, vi que Leigh le dio una mirada extraña y Meg abrió los ojos con lo que parecía ser entendimiento—. Creo que mejor iré a ver si Zoe necesita ayuda con... algo.

Y se marchó.

No entendía nada, pero me dolía la cabeza y no quería entenderlo tampoco.

—Oye —susurró Leigh mientras daba un paso hacia mí—. ¿Segura de que

estás bien?

Mis ojos se llenaron de lágrimas antes de que pudiera girarme para ocultarme.

Daba pena. Lena tenía razón. Era patética.

Patética.

Patética.

Patética.

—Esa chica es… un maldito cliché andante, no deberías preocuparte de lo que diga.

Sentí su mano en mi hombro y me aparté. Ella retrocedió un paso, parecía arrepentida.

—Lo siento —susurré, porque eso era lo único que podía decir siempre.

—No, está bien. ¿Necesitas que te acompañe al baño? ¿O quieres ir sola? Es decir… ay, a la mierda.

No alcancé a responder, sentí sus brazos rodear mi cuerpo en un abrazo un tanto extraño… y reconfortante.

Leigh era como un calmante. Era cálida y amable. Y no la conocía. No sabía absolutamente nada de ella y, aun así, ahí estaba yo: dejando que me abrazara luego de defenderme de mi ex mejor amiga.

En ese momento mi vida era una completa locura, todo había cambiado demasiado rápido y no estaba lista para enfrentarlo. Era aún más loco que no me importara que todos estuvieran mirándome con curiosidad.

—Esa chica no merece que llores por ella.

—Necesito ir al baño —susurré, porque el momento de paz había pasado tan rápido como había llegado.

Ella se separó y reparó en todas las miradas. Sonrió con suficiencia y aplaudió con fuerza una vez.

—El espectáculo gratis ya acabó. Métanse en sus asuntos —dijo con la voz lo suficientemente alta como para que los curiosos escucharan y apartaran la mirada—. Así está mejor.

—Gracias.

—No es nada —me sonrió—. ¿Necesitas que te acompañe?

—No —respondí—. Está bien así.

—¿Sabes qué? —se cruzó de brazos—. Quizás sí deba acompañarte. No quiero arriesgarme a que vuelvas a esconderte en la biblioteca y me ignores el resto del semestre.

Abrí los ojos con sorpresa. Ella lo sabía. Por supuesto que lo sabía.

—Sé que no me conoces —dijo con una sonrisa—, no pretendo que confíes en mí de la nada, pero, a riesgo de parecer psicópata, pasaste años en mi cabeza y ahora que te encontré… dos veces, no quiero que vuelvas a desaparecer. Quiero conocerte… si me dejas.

Me quedé muda. Ella… ella… mierda, ella era diferente a todo lo que conocía.

Me tendió la mano.

Se la tomé.

¿Crees en el destino?, me había preguntado más tarde mientras yo me lavaba la cara en el baño.

La respuesta era no. No creía en el destino ni en ninguna mierda mística, pero quizás era momento de empezar a hacerlo. Porque Leigh había llegado justo a tiempo para salvarme tres veces. Ese número era demasiado alto como para que fueran puras coincidencias.

Destino. Destino. Destino.

9. Pasado, recuerdos y tormentas

Long Way Down - Tom Odell

Presente

Meg es la primera en romper el abrazo. Se quita las lágrimas de las mejillas e intenta ocultar su angustia. Por otro lado, Zoe no se esfuerza en verse un poco mejor, tiene las mejillas enrojecidas y me mira con tristeza cuando se ubica junto a su hermana. Me doy cuenta de que ambas están en pijama debajo de sus abrigos, son iguales: negros con estrellas amarillas.

Puedo ver el miedo tatuado en sus rostros. Sus ojos hinchados y rojos demuestran preocupación y dolor. Supongo que así es como me veo yo; un poco destrozada, angustiada y nerviosa, pero me vengo sintiendo así desde hace bastante tiempo, solo que ahora es peor.

—¿Dónde está? —pregunta Meg, su voz suena inestable. Es extraño ver a la dura Meg transformada en esto. ¿Es mi culpa también?

—Sigue en cirugía —respondo con la voz rasposa y les cuento lo que el doctor nos dijo hace un momento—. Solo hay que esperar.

Zoe se sorbe la nariz con desgano, parece una niña pequeña. Su cabello rubio lo tiene atado en una desprolija trenza, su abrigo rosado está un poco mojado y su nariz luce roja. Meg es una copia endurecida de ella. Desde que la conozco ha sido así, pero ahora se ven igual de vulnerables.

—Vamos —les digo. Zoe me toma de la mano con fuerza y se apega a mí. Meg abraza por los hombros a su hermana mientras las guío hacia el área de espera donde están los padres de Leigh.

Disfruto y saboreo este momento, porque luego de que hablen con Elizabeth dudo que me vuelvan a mirar igual. Probablemente me odien por haberle hecho esto a su mejor amiga, a su otro tercio.

Y no podría culparlas. Aún no sé cómo podré mirar mi reflejo en el espejo si Leigh se va. No creo... No creo que soporte vivir conmigo misma luego de eso.

Y también está lo de mi madre. El pasado. El maldito pasado.

Desearía que las cosas fueran más fáciles. Desearía poder volver el tiempo atrás y no haber tomado el celular, no haber decidido hablar con mi madre.

Hay cosas que deben permanecer encerradas. Hay recuerdos que no deben removerse. Hay tormentas que no deben ser desafiadas.

Ojalá lo hubiese sabido antes.

10. Pajarito asustado

Older Than I Am - Lennon Stella

Pasado

La semana siguiente fue completamente diferente a como esperé que fuera.

Las amenazas de Lena no eran nada más que palabras vacías —al menos, por el momento—, y lo agradecía. Cuando llegué el lunes a clases estaba muy alterada. Durante el fin de semana estuve imaginándome mil escenarios de lo que podría haber hecho o dicho Lena, pero al final todo fue como siempre, salvo algunas miradas de quienes habían visto lo de la cafetería.

Vi a Lena en las clases que compartíamos, pero ella no me miró en ningún momento, y traté de evitar todo lo que pude a Gus. Era la última persona que quería tener cerca. No me gustaba, ni siquiera como amigo. Lo que había hecho era desagradable. Lena podía ser una mala persona y lo que quisieran, pero él había roto con ella hacía una semana y ya estaba tratando de salir con alguien más. Quizás eso era normal para otros, pero conmigo simplemente no iba.

Por otro lado, al parecer había sido adoptada por un trío de amigas, y no sabía cómo sentirme al respecto.

El lunes Leigh me había estado esperando afuera de la biblioteca luego de la primera clase. Estaba afirmada en la pared junto a la puerta y me sonreía.

—¿Te habían dicho que pareces un pajarito asustado? —fue lo primero que me dijo cuando me vio.

Al principio no supe qué decir. Entré a la biblioteca y ella me siguió.

—Así que lo de ignorarme va en serio, ¿eh?

La miré de reojo.

No había contestado ninguno de sus mensajes durante todo el fin de semana. No sabía por qué. Quizás porque no había dejado de pensar en su abrazo.

—No soy buena hablando con las personas —me encogí de hombros mientras dejaba mis cosas en un asiento y me afirmaba en la mesa.

Mi actitud era torpe, estaba tratando de actuar relajada, pero no podía. Debía verme ridícula con mi espalda encorvada y la manera en que siempre me abrazaba el cuerpo porque no sabía qué hacer con los brazos.

—¿Cómo lo sabes si no lo intentas? —cuestionó. Estaba parada frente a mí, y me quedé mirándola sin saber qué decir—. Te he dejado sin palabras, Pajarito.

Pajarito.

Mierda. ¿Por qué un simple y tonto apodo me hacía respirar con tanta

dificultad?

—No me digas así —le pedí en voz baja ella se rio.

—¿Disculpa? No te oigo, Pajarito.

Lo traté de evitar. Juro que lo intenté. Pero terminé esbozando una sonrisa torpe y nerviosa.

—Dije que no me llames así —repetí, esta vez con la voz un poco más firme, claramente fingida.

Leigh alzó una ceja y no pude evitar pensar en que se veía linda. Tenía puesto un pantalón negro y recto que le quedaba un poco suelto y una camiseta ajustada con franjas de distintos colores. Tenía el cabello atado en un medio moño desprolijo que dejaba dos de sus mechones rojos sueltos moldeando su rostro redondo.

Me sentí tan común y corriente con mi camiseta roja, mis cargos negros, mi cabello seco y los anteojos que hacían que mis ojos se vieran aún más grandes. Bajé la mirada, demasiado intimidada y cohibida.

—¿Qué haces aquí, de todos modos? —le pregunté.

—¿Puedes...? —se cortó, luego soltó un bufido—. ¿Puedes mirarme cuando me hablas? Tienes unos ojos preciosos, no deberías esconderlos.

La miré, pero ya no podía decir ninguna palabra. No estaba acostumbrada a los cumplidos, menos viniendo de una chica. No sabía cómo tomármelo, sobre todo porque Leigh parecía saber exactamente cuáles eran mis inseguridades.

Primero mi ropa, ahora mis ojos.

¿Qué podía ver en mí alguien como ella? ¿Por qué insistía en hablarme y acercarse? Es decir, alguien como Leigh podía conseguir lo que quisiera en una escuela como esta. No entendía por qué perdía su tiempo conmigo. No tenía sentido.

—¿Esto de dejarte sin palabras se volverá algo habitual? Creo que podría acostumbrarme. Es decir, es algo bueno, ¿no?

—Mmh... —murmuré con torpeza.

—Bueno, no importa —se rio, pero, de alguna manera, no me hacía sentir estúpida—. La verdad es que no quiero darte tiempo para que te vuelvas a esconder, así que nos largamos de aquí.

Antes de que pudiera responderle, tomó mis cosas de la silla, me pasó el brazo por los hombros y me guio fuera de la biblioteca. En el pasillo los demás estudiantes caminaban y conversaban con sus amigos. En la pared de enfrente estaban las gemelas, mirándonos con curiosidad.

—¿A dónde me llevas? —pregunté—. ¿Y por qué?

—Solo quiero presentarte a mis amigas —me respondió.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Desistí de tratar de entender qué pretendía.

Nos detuvo cuando estuvimos frente a las gemelas. No estaba cien por ciento segura de quién era quién, pero la de la izquierda tenía una mirada más dura, me intimidaba un poco.

—June, estas son Meg —apuntó a la chica de la mirada intimidante, la cual

contrastaba con su ropa chillona—, puede verse ruda, pero le das un café y se le pasa —se rio y Meg rodó los ojos, pero le devolvió la sonrisa, sin dejar de mirarme fijamente—. Y esta es Zoe —estaba bastante segura de que era la chica con quien había chocado. Me puse roja y aparté la mirada—, se ve adorable, pero atrévete a criticar su horrible gusto en ropa y estás muerta.

—Ignoraré eso solo porque estoy impresionada de tus agallas —le respondió Zoe, mirándome con una sonrisa curiosa.

—Es estúpida, eso es lo que pasa —habló Meg—, y una acosadora intensa. Deberías correr ahora que estás a tiempo, o cuando te des cuenta no se va a despegar de ti. Llevamos años tratando de deshacernos de ella, pero no hemos tenido suerte. Tómalo como un consejo de bienvenida —me dijo, sonriendo con burla.

Me quedé sin palabras, no estaba segura de que recordara cómo hablar.

—Bueno, ya basta —les pidió Leigh, su voz sonaba un poco nerviosa.

Me sentía mareada y las manos me comenzaban a sudar.

—Chicas, esta es June. Es una chica de pocas palabras —explicó al percatarse de no iba a decir nada. Me puse roja otra vez—. June nos enseñará la…

La miré confundida, pero ella me sonreía con naturalidad.

—Leigh, sé que eres una idiota dispersa, pero ya nos… —estaba diciendo Zoe, pero Meg le dio un codazo que la hizo saltar—. ¡Ay! Qué te pasa, mal… Oh, ya entendí. ¿Nos vamos?

Meg negó con la cabeza, Zoe me sonreía con gentileza y Leigh a mi lado suspiraba.

Jamás en mi vida había estado tan confundida.

Como literalmente no tenía nada más que hacer, accedí —aunque en realidad nadie me lo había pedido—. Les mostré el auditorio, el gimnasio y otros salones como los del club de teatro y el de música. En ese último Leigh se detuvo a observar. Mientras miraba el salón y los instrumentos sus ojos tenían un brillo que nunca había visto, ni en ella ni en nadie. Me sentí como una entrometida, como si estuviera viendo algo privado.

La verdad es que dudaba que ellas necesitaran ese recorrido. El edificio no era demasiado grande como para perderse y estaba bastante segura de que a los nuevos les hacían un recorrido antes de que comenzaran las clases, pero no dije nada. Estar con ellas era confuso y un poco agobiante porque jamás estaban en silencio, sobre todo las gemelas, y la mayoría de las veces no entendía de qué estaban hablando, pero también era reconfortante, me hacían sentir menos sola.

Además, estaba Leigh.

No sabía qué pasaba por su cabeza, pero me miraba, me *observaba,* y, aunque una parte de mí quería que lo hiciera, también me asustaba. Sabía que eventualmente se aburriría cuando se diera cuenta de que no había nada interesante o especial en mí, pero quería disfrutar ese momento tan inusual en que alguien que me agradaba se interesaba en mí.

Los siguientes días fueron casi iguales.

Leigh siempre me estaba esperando afuera de la biblioteca para evitar que

volviera a esconderme en un rincón como si fuera una rata. A veces me pedía que la acompañara al salón de música, donde tocaba la guitarra y cantaba canciones estúpidas mientras yo la miraba sin poder creer que alguien tan increíble como ella quisiera mi compañía aburrida y ordinaria, y otras veces vagábamos por la escuela con las gemelas. No solía hablar mucho, a veces solo las escuchaba hablar por largos minutos sobre ropa —había descubierto que Zoe confeccionaba y diseñaba su ropa, y obligaba a Meg a usarla, por eso tenían un estilo tan... peculiar—, sobre música o películas, aunque a veces hablaban en clave y no les entendía nada. Cuando eso pasaba, Leigh me miraba de una manera extraña que me ponía nerviosa, pero trataba de evitar pensar en eso.

No lo conseguí.

Leigh era... Leigh. No la entendía. Era como si me hubiera adoptado como su hermana pequeña para que no tuviera que estar sola y dar pena, pero no me hacía sentir así, era yo la que lo creía. Leigh me hablaba, trataba de incluirme en las conversaciones, aunque no supiera qué decir la mayoría del tiempo. Era mayor que yo por un año y a veces se notaba, sobre todo en su seguridad.

Pasó una semana y me comenzaba a entusiasmar ir a clases. No sabía si era una molestia para ellas, si Leigh las obligaba a ser amables conmigo por alguna razón que no entendía o si en verdad querían mi compañía. La cuestión era que ya no me sentía tan sola. Con Lena había sido diferente, durante el último tiempo me hacía sentir muy sola, a pesar de que pasábamos juntas gran parte de nuestro tiempo. Siempre me hacía sentir menos, como si fuera inservible y una molestia. Con las gemelas y Leigh al menos me sentía acompañada. Me gustaba. Era agradable no tener que partirme la cabeza pensando en qué decir porque a ellas les daba igual.

Comencé a responderle los mensajes a Leigh. Ya no era tan insistente porque no la ignoraba, pero me hablaba seguido, sobre todo de música. Durante esos días me había dado cuenta de que Leigh amaba y prácticamente respiraba la música, era como una extensión de su ser, y eso me impresionaba. Nunca había conocido a alguien tan apasionada por algo.

El fin de semana me llenó de canciones. Dijo que mi gusto musical era pobre luego de haberle dicho que escuchaba lo que estaba de moda.

«Te hice una *playlist*», me había escrito luego de hacerme escuchar un montón de canciones de los 90.

Contiene todas mis canciones favoritas.

En cierta forma, es como si te diera una parte de mí.

Sonreí cuando leí el mensaje.

Estoy segura de que me gustará.

Y de pronto sentí que no me refería solo a las canciones, así que dejé mi celular a un lado y lo ignoré durante el resto de la tarde.

Pensé en eso —en Leigh— hasta que Avery tocó la puerta de mi habitación y entró.

Ya era de noche y estaba vestido con su habitual pijama. Solía venir mucho a esa hora, era como su ritual antes de dormir y, cuando no estaba, me llamaba, aunque sabía que odiaba hablar por teléfono. Se aseguraba de que estuviera

bien.

—¿Por qué tienes cara de que se te acabaron las golosinas? —me preguntó mientras se sentaba a mi lado en la cama.

—No tengo ninguna cara —respondí.

—¿Debo recordarte que somos hermanos hace casi diecisiete años?

—No tengo ninguna cara —repetí y él se rio. Lo pensé por un momento. Sabía que a Avery podía contarle absolutamente todo, y aunque jamás había sido completamente sincera con él, podía desahogarme un poco—. Creo que tengo amigas.

Me miró confundido.

—¿Lena?

—No. Otras chicas.

—¿Y eso no es algo bueno? —me sonrió.

Lo era. Pero las conocía hacía un poco más de una semana, no sabía cuánto duraría.

—¿Cuánto crees que tarden en aburrirse de mí? —pregunté, aunque en realidad no había planeado decirlo en voz alta.

—No sé cómo alguien podría aburrirse de ti, Nita. Eres genial.

Casi le creí.

—Peleé con Lena —le dije—. Me dijo... cosas. Y tenía razón.

—Lena es una pésima amiga —dijo rodando los ojos—. No deberías creerle nada de lo que dice.

Sonreí con pocas ganas. Eso mismo había dicho Leigh.

Mierda, Leigh. ¿Por qué tenía que pensar tanto en ella?

—¿Sonríes porque sabes que tengo razón o por algo más? —preguntó Avery. Tenía una gran sonrisa dibujada en los labios.

Dejé de sonreír de inmediato.

—Recordé algo —dije encogiéndome de hombros y desviando la mirada a mis manos sobre mi regazo.

—¿O a alguien?

—Olvídalo, Avery.

—Está bien —aceptó, luego se inclinó hacia mí y me tomó el rostro para que lo mirara—. Solo recuerda que eres alguien increíble. Lena no es una buena persona, lo sabes. Siempre necesita atención. Conocer a gente nueva es bueno, sobre todo si te hacen sonreír así —tocó mi nariz con su dedo índice y se rio—. ¿Creías que no me había dado cuenta, señorita «de pronto tengo ganas de ir a la escuela»?

—Eso no es cierto —me aparté algo nerviosa.

—Un poco de alegría no te matará. Sé que no me pediste ningún consejo, pero te diré que disfrutes y dejes de pensar tanto las cosas. Disfruta tu adolescencia porque es una etapa que nunca vuelve.

Ojalá fuera así de fácil.

—Estás hablando como Eric —rodé los ojos, pero sonreí.

—Se lo he escuchado decir tantas veces que ya se me grabó en la cabeza —se rio—. Me iré a dormir —anunció—. Buenas noches.

Me besó la frente y yo le sonreí a modo de respuesta.

—Nita —me habló cuando estaba saliendo de la habitación—, espero que sigas sonriendo así. El mundo merece ver esa sonrisa.

Desvié la mirada. Avery era… demasiado. Era el arcoíris que aparecía luego de cada tormenta.

Me paré de la cama y busqué los audífonos destartalados que tenía. Abrí Spotify y le di al botón de reproducir a la *playlist* de Leigh.

Pensé en las palabras de Avery y sonreí, pero luego mi sonrisa se convirtió en una mueca.

Me gustaba la *playlist*, me *gustaba* esa pequeña parte de sí misma que Leigh me había enviado.

De alguna forma, ya lo estaba arruinando.

Esa noche apenas dormí. Ese pensamiento no me dejó cerrar los ojos.

11. Rota

Broken - Anson Seabra

Presente

Cuando llegamos a la sala de espera, las gemelas se van directo a donde están los padres de Leigh y yo regreso a mi lugar junto a Avery, quien me mira con ojos cansados. Deben ser alrededor de las tres de la madrugada, ni siquiera he visto mi celular.

—¿Todo bien? —pregunta cuando me siento a su lado.

—No, Avery, nada está bien —respondo con sequedad, él hace una mueca de arrepentimiento y desvía la mirada.

—¿No crees que deberías ir a casa a descansar un poco?

Lo miro con incredulidad. Ambos sabemos que las posibilidades de que consiga cerrar los ojos y descansar son nulas en este momento.

—No puedo irme a casa.

—Puedes volver en la mañana. Estoy seguro de que Leigh estará bien —vuelve a intentar, esta vez mirándome—. Sé que no quieres irte, pero también tienes que descansar. Ha sido un día duro para ti.

No sé qué tanto ha estado hablando con mi madre, pero por la mirada que me da puedo llegar a hacerme una idea.

Me giro para mirar la pared blanca que hay frente a mí. No quiero verlo.

—June —me llama, me pongo rígida al escuchar mi nombre real salir de sus labios, es como si me reprendiera—. Tienes que...

—No me digas lo que tengo que hacer —le espeto. No quiero desquitarme con él, el cielo sabe que es lo que menos quiero, pero no necesito que intente manejarme, no quiero sentir que no tengo control de lo que hago, de mi vida. Ya no—. Vete tú si quieres, yo me quedo.

—Solo quiero que estés bien —me dice, y su voz dolida me hace sentir aún peor. Me giro hacia él con los ojos nublados por las lágrimas y la respiración agitada. Mis manos se aferran al asiento y estoy segura de que mis nudillos están blancos. *Contrólate, contrólate, contrólate*—. Es lo único que quiero.

—¿Tienes alguna clase de superpoder que haga que nada de esto haya pasado? —cuestiono, y no hablo solo del accidente. No responde—. Entonces no vas a lograr que me sienta mejor. Nunca me sentiré mejor.

—No digas eso —me pide, sus ojos se ven vidriosos por las lágrimas contenidas.

—Estoy rota, Avery. Mamá dejó que me rompiera... y tú también lo

permitiste —susurro, me llevo las rodillas al pecho y rodeo mis piernas con mis brazos. No quería decirle aquello, me duele más a mí que a él, pero ya no puedo deshacer mis palabras, no puedo deshacer nada, por más que quiera—. No puedes arreglarme. Ni tú, ni mamá… Leigh lo intentó, y mira cómo acabó.

Mi garganta quema, y no porque esté perdiendo el control, sino porque las palabras que acabo de pronunciar me prenden fuego por dentro. Me duele, pero no puedo evitar que esa sea la realidad.

Estoy rota.

Rota, rota, rota.

—¿No se te ha pasado por la cabeza que olvidar todo lo que pasó fue un maldito regalo? Imagina tener que recordarlo todos los días, cada noche, cada minuto. No eres la única que estuvo ahí. También estaba mamá, estaba yo. Y si nosotros hemos logrado sanar, aunque sea un poco, tú también puedes.

Recibo sus palabras como una bofetada. Ha pasado tanto en cuestión de horas que en ningún momento me he parado a pensar en Avery. Y me duele, pero no sé qué hacer con ese dolor, no puedo sufrir por él también, por mamá… Simplemente no puedo.

—Tuvieron años, Avery —respondo con la voz rasposa—. Yo solo he tenido unas horas. No soy la persona que crees que soy, no soy ni genial ni fuerte ni inteligente. No me pidas tanto.

Avery se quita una lágrima que corre por su mejilla y se inclina para besar mi sien.

—Algún día vas a ser capaz de ver todo lo yo que veo. Lo que vio Leigh cuando se enamoró de ti —susurra contra mí—. Pero hasta que ese día llegue, me tienes a mí. Siempre me vas a tener, Nita. Y a Leigh también. A todos.

Mi corazón se rompe por milésima vez.

Daría todo por creerle, pero, incluso si lo hiciera, a veces aquello simplemente no basta. A veces estás hecha para romperte y seguir rompiéndote hasta que ya no quede nada de ti.

Pero, en el fondo, siempre he esperado que ese no sea mi destino.

Leigh lo creía.

12. Lo que tú quieras que sea

To Die For - Sam Smith

Pasado

Estar con ellas era fácil, pero traté de alejarme, sobre todo de Leigh. Luego de haber escuchado su *playlist* y sentirme como me sentí, estar con ella me producía algo amargo.

Probablemente era vergüenza, porque no debía ser así. No debería desarrollar sentimientos por alguien solo porque era amable conmigo. Era patético y no era justo. Solo quería una amiga de verdad, alguien en quien confiar, ¿era mucho pedir? ¿Por qué tenía que arruinarlo así?

Dejé de acompañar a Leigh al salón de música. A pesar de que era lo que más me gustaba de estar con ella, eran los momentos en que más débil me sentía. Leigh podía decir cualquier estupidez al ritmo de la guitarra y yo creería que era lo mejor del mundo.

Al principio Leigh me dejó, no me insistió cuando le di mis excusas tontas, y yo dije *¿ya está? ¿Eso es todo?*, porque en el fondo quería que me buscara, que me insistiera, que me hiciera sentir alguien importante, aunque sabía que no lo era.

Al tercer día apareció en la biblioteca con el ceño fruncido y los brazos flexionados a sus costados, como toda una mamá enfadada. Había estado quedándome en los recesos con ella y sus amigas, pero evitaba mirarla o que se acercara demasiado a mí. A veces intervenía en las conversaciones de Meg y Zoe, más que nada cuando me hablaban directamente, pero con Leigh rehuía el contacto visual.

Al igual que en ese momento.

—¿Por qué me estás evitando? —exigió saber mientras se desplomaba en el asiento frente a mí. La biblioteca no era muy grande, pero tenía unos mesones redondos donde cabían unas diez personas. Nunca se juntaban más de tres personas en un mismo mesón. Leigh estaba lejos—. ¿No te gusto?

Alcé la cabeza hacia ella casi de inmediato, pero cuando me encontré con sus ojos mirándome con algo de temor me di cuenta de que no se refería a lo que yo creía. Me avergoncé, pero traté de actuar normal. Lo más *normal* que podía ser.

—No te he estado evitando, estaba ocupada —me encogí de hombros.

Leigh estaba inclinada sobre el mesón, se apoyaba en sus codos y me miraba de manera fija. Su cabello estaba suelto y algo despeinado, imaginaba

que por el viento. Estaba vestida de negro, había descubierto que solía hacerlo, combinaba todo con ese color. Le queda bien. Todo le quedaba bien.

Tragué saliva y aparté la mirada.

—Estás mintiendo —aseguró, la miré y ella sonrió—. ¿Es porque canto mal? Puedes decirlo, estoy abierta a críticas.

—Cantas hermoso —susurré, y era verdad. Su voz era suave y había un dejo melancólico en ella, pero al mismo tiempo era arrulladora. La sentía como un abrazo, casi como una caricia.

—¿De verdad lo crees? —preguntó, inclinándose un poco más. Sus ojos brillaban. Me gustaba que lo hicieran. Asentí y ella sonrió aún más—. Gracias... Pero sigues sin responder mi pregunta. ¿Por qué me evitas?

—Ya te dije que...

—Y yo también te dije que sabía que estabas mintiendo.

Me comencé a poner nerviosa y, como consecuencia, mis manos comenzaron a sudar.

Me puse de pie y tomé mis cosas, dispuesta a largarme de ahí, lejos de ella, pero Leigh se adelantó y me bloqueó el paso.

—Pajarito —dijo, tomándome del brazo, y por un momento la odié, porque no era justo que esa simple palabra me acelerara el pulso—, honestamente no entiendo por qué te gusta esconderte de las personas.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —le pregunté, sin pensar mucho en lo que salía de mi boca.

Se acercó unos centímetros hacia mí e inclinó su cabeza hacia mi oído.

—Me temo —susurró y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza— que no estás lista para escuchar la respuesta a esa pregunta.

Ella se rio, era una broma, pero no se sentía como una. Me aparté. Eso había sido... demasiado.

—Estoy hablando en serio —respondí a duras penas.

—También yo.

Me di por vencida y me dejé caer nuevamente en el asiento, mi mochila y mi sudadera quedaron desparramadas en el suelo. Leigh corrió la silla que había a mi lado y se sentó; estaba más cerca de lo que quería que estuviera y, a la vez, demasiado lejos.

Era un buen momento para recordarme que Leigh era una amiga... Bueno, lo era para mí. No tenía una maldita idea de qué era yo para ella.

—¿Estás bien? —preguntó, pillándome desprevenida.

—¿Qué?

—¿Estás bien? —repitió.

—¿Por qué lo preguntas?

—Tienes ojeras —señaló, y reprimí el impulso de querer taparme la cara.

Se me escapó un suspiro entrecortado. Ayer había tenido una noche horrible.

No siempre los ataques de pánico tenían algún motivo. A veces llegaban de la nada, y esos eran los peores, porque jamás estaba preparada. No importaba con quién estaba, si me sentía bien o si estaba en un lugar público, simplemente

arremetían contra mí.

Eso fue lo que pasó anoche. Perdí el control. No había dormido.

—No es nada. Trasnoché viendo una película.

—Estás mintiendo. Otra vez.

—Deja de analizarme —le pedí con frustración.

—Entonces dime la verdad —me pidió. Tomó mi mano sobre la mesa y la apretó.

—No te debo nada —susurré.

—Me importas —soltó—. Es loco, ¿verdad? Nos conocemos hace ¿cuánto? ¿Tres semanas?

¿Le importaba? ¿Yo?

—A veces las cosas solo pasan —continuó, su mano se sentía cálida sobre la mía. Era suave y no quería que se apartara—. Desde que te conocí en esa estación de metro te he buscado por todas partes, y sé que lo que te diré probablemente no sea la cosa más sensata del mundo. Tienes todo el derecho del mundo a no querer estar cerca de mí y considerarme una loca, pero te imaginé mucho, ¿sabes? Te creé una personalidad, una vida... Y no eres... —suspiró—, no eres como creí que serías.

Acercó su rostro al mío. Podía sentir su aliento cálido en mi mejilla izquierda. No quería girarme. Tenía miedo.

—Nunca he sido lo que la gente espera que sea —respondí, no podía quitar mis ojos de nuestras manos.

—Claro que no. Eres mucho mejor.

Aparté mi mano.

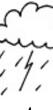
Leigh estaba equivocada. Cuando me conociera de verdad se iba a decepcionar, y no quería estar ahí para verlo. Si me alejaba ahora, se olvidaría rápidamente de mí. Era lo mejor.

Pero Leigh se acercó, como si estuviera leyendo mis pensamientos, y besó mi mejilla.

Lo supe. Ella de verdad creía en sus palabras, y nada de lo que hiciera cambiaría eso.

De alguna loca forma, Leigh creía que valía la pena.

Pobre de ella.



Era la hora del almuerzo del día siguiente.

Luego de la conversación de ayer, Leigh me había llevado con las gemelas y habíamos vagado por ahí a la espera de nuestras clases. Seguía queriendo mantenerme lejos, pero Leigh no se daba por vencida. En el fondo, debía admitir que me gustaba. No estaba buscando atención de nadie, es más, era todo lo que no quería, pero con ella era diferente, su atención se sentía bien.

Ahora estábamos en una de las mesas del fondo de la cafetería, ya habíamos comido y Meg estaba contándome por qué se habían cambiado de escuela en su último año.

No era una historia bonita, era horrible.

Su profesor de Matemática había intentado sobrepasarse con ella con la excusa de que así podría subir una nota. Meg lo había denunciado, pero no le habían creído por falta de pruebas. Una semana más tarde llegó una chica de mi edad con las pruebas que a la rubia le habían faltado.

Era horrible. Aquí jamás había pasado algo así, pero temía que, de ocurrir, terminaría siendo igual. ¿Quién le creería a una estudiante sin pruebas? Era retorcido y asqueroso, pero así era el sistema en el que estábamos. Era mucho más fácil creerle a un adulto que a una adolescente.

—¿Qué pasó con él? —pregunté, ella bufó pero luego sonrió de lado, casi con satisfacción.

—Está preso. Lo investigaron por abuso y pornografía infantil. Le dieron suficientes años como para que muera allí.

Al menos había tenido un castigo.

A veces pensaba en la cantidad de personas así que andaban sueltas y me ponía nerviosa. Me enfermaba pensar en que eso me hacía temer salir de mi casa, pero era la verdad, la idea de poder cruzarme con alguien capaz de hacerme daño me retorcía el estómago.

—Además, la escuela se vino abajo luego de eso. Se lo merecen. No me sorprendería que, de no haber estado involucrada la policía, hubiesen intentado ocultarlo. Cuando se trata de poder y renombre, la gente puede hacer de todo.

—Es una jodida mierda —se quejó Leigh—. Es enfermo.

—Así es el mundo en el que vivimos —susurré—. Hay personas así en cada esquina.

—Eso es... muy tranquilizador de tu parte, June.

—Es la verdad —me encogí de hombros.

—Pero nos tenemos —habló Leigh cuando llegó Zoe—. Entre nosotras nos podemos cuidar. Es un consuelo, al menos.

Zoe estampó su mano sobre la mesa y nos hizo saltar, luego descubrí que había puesto un papel justo en el medio. Lucía furiosa.

—El problema es que algunas no lo entienden y pierden el tiempo en hacer todo lo contrario —escupió molesta, era la primera vez que la escuchaba hablar así.

Leigh fue la primera en tomar el papel. Tenía el ceño fruncido cuando lo analizó, luego su rostro se enrojeció y se puso frente a mí para que lo viera.

—¿Qué mierda es esto? —le preguntó a Zoe. Meg las miraba sin entender mucho, hasta que le quitó el papel a Leigh y soltó un bufido de frustración.

—Lo encontré en el baño, no sé si hay más, pero es lo más seguro.

—Que maldita —susurró Meg, yo seguía sin entender qué diablos pasaba.

—¿Qué es eso? —pregunté, y Leigh se puso de pie.

—Nada —masculló, pero alcé el brazo y le quité el maldito papel a Meg.

Me quedé helada.

¿Por qué siempre lo malo me tenía que pasar a mí?

¿Cómo es que Lena me odiaba tanto? Jamás le hice nada, jamás la traté mal ni hice cosas a sus espaldas. Sabía que no había sido la mejor amiga, pero estaba

segura de que jamás le había hecho nada que mereciera lo que me estaba haciendo ella ahora.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras veía la foto del día en que Gus se había acercado a invitarme a salir, no podía dejar de leer la palabra *zorra* que acompañaba la fotografía de mí y el estúpido de Augusto.

Luego de unos segundos la respiración me comenzó a fallar. Empezaba a percibir algunas miradas sobre mí. ¿Cuántas personas habrían visto aquella hoja?

Me dolía el estómago y me sentía mareada. Todo me daba vueltas. Intenté ponerme de pie para largarme de ahí, pero no pude sostenerme.

¿Cómo no pude ver a la verdadera Lena?

¿Dónde quedó mi amiga?

¿Por qué confié en ella?

El fuego en mi garganta se intensificó hasta que sentí que el aire no entraba a mis pulmones.

Segundos más tarde, perdí el control.

Y todos lo vieron.

No había abierto la boca en una hora, no sabía qué decir.

Luego de sentir que el suelo se abría bajo mis pies y caía en un abismo oscuro e infinito, Leigh me llevó a la enfermería. No me soltó en ningún momento y se enfrentó a todos los que me miraban y susurraban.

Solo quería desaparecer. Jamás había perdido el control de esa forma en la escuela. Me sentía entumecida y agotada. Estaba realmente cansada de esta vida. No quería más guerra, solo dormir y descansar.

Necesitaba descansar.

Pero primero debía revisarme Emma, la enfermera de la escuela. No respondí nada de lo que preguntó y Leigh tuvo que hacerlo por mí.

Me recetaron un calmante suave porque no podían darme mucho más, pero lo rechacé. Jamás tomaba medicamentos. Les temía. Me daba miedo engancharme de algo y comenzar a depender de ello. Sabía que, si eso pasaba, sería imposible que lo superara, y no necesitaba más problemas.

Luego de eso, me mandaron a casa. Llamaron a mi mamá, pero no contestaba, mi padrastro tampoco, así que Leigh me obligó a dar el número de alguien más. Les di el de Avery. No estaba en casa, pero iría de inmediato.

Leigh me acompañó porque había ido a la escuela en el coche de su madre e insistía en que no quería dejarme sola.

—¿Puedes… decir algo? —me pidió cuando se estacionó afuera de donde vivía. No respondí—. Por favor.

La miré. Sus ojos me observaban preocupados y tristes, pero también sabía que estaba furiosa. Estaba molesta con todos, sobre todo con Lena. Podía asegurar que Leigh detestaba a Lena.

Me rendí.

—Estoy cansada —susurré, me incliné hacia adelante y apoyé mi cabeza en mis manos—. No quiero hablar.

—¿Quieres que te acompañe?

—No —respondí con más brusquedad de la que quería—. Estaré bien.

Se quitó el cinturón de seguridad y se acercó.

—No tienes que hacer esto sola, puedo ser una buena amiga si es lo que necesitas.

Amiga.

Amiga, amiga, amiga.

—Es mejor así. No soy buena para ti, no soy buena para nadie —le dije, mi garganta ardía. No la miré—. Luego me agradecerás.

—No tienes el derecho a decidir por mí —estiró el brazo y me obligó a mirarla—. Estuve jodida también. Mi ex era un loco psicópata que me redujo a cenizas. Me hizo mucho daño, pero logré salir de ahí gracias a Meg y Zoe. Puedo ser eso para ti también. Seré lo que tú quieres que sea, lo que necesites que sea.

—No me conoces —susurré, era el único argumento que tenía contra ella.

—Pajarito, creo que te conozco más de lo que crees. Déjame demostrártelo.

Giré mi cuerpo hacia ella, quien me miraba con ojos suplicantes. No podía decir que no. No quería decir que no.

Pero ¿me lo merecía?

Me importaba una mierda.

—Está bien —dije—, pero cuando te des cuenta de que no valía la pena, no quiero que me lo digas. Puedes alejarte, pero no me lo digas, por favor.

Apretó la mandíbula, fue casi imperceptible, pero pude verlo.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? Eso no pasará.

Tomó mi mano, esta vez con más fuerza que ayer, entrelazó nuestros dedos y sonrió.

—Seré lo que tú quieras que sea —repitió, aunque esta vez sentía que significaba algo para lo que no estaba preparada.

No te arrepientas. Por favor, no lo hagas.

13. La esperanza es peligrosa

Hope Is A Dangerous Thing For a Woman Like Me - Lana Del Rey

Presente

—¿Por qué nos mentiste? —pregunta Zoe cuando se sienta a mi lado, su voz se escucha débil y cansada.

Alzo la vista hacia ella, me mira a través de sus pestañas largas y sus párpados inflamados por haber estado llorando.

Avery a mi lado carraspea y se pone de pie, diciendo que irá por otro café.

—Lo siento —murmuro, ella hace una mueca.

—¿Alguna vez haces algo más que pedir disculpas?

Sus palabras me duelen más de lo que me gustaría admitir. No puedo juzgarla, yo también estaría molesta conmigo; *estoy* molesta conmigo. Más que nadie en esta maldita sala de espera.

—Yo... —comienzo, pero no sé qué decir. Desvío la mirada a la misma pared que he estado mirando por al menos una hora. Leigh aún no sale de la cirugía—, quisiera saber qué es lo que se supone que debo decir.

—Elizabeth nos contó todo, *su versión*. ¿Por qué nos mentiste? —vuelve a preguntar.

Decido que seré sincera con ella. Se merece que diga la verdad. Y creo que yo también me merezco un poco de honestidad.

—Tenía miedo. No quiero que me odien —confieso. Mi voz se escucha entrecortada, mis ojos se cristalizan y las manos me tiemblan. Sigo sin mirarla—. Sé que lo único que nos une es Leigh y no quiero perderlas, no soporto la idea de que yo... de que yo... —mi voz se desvanece y de mi boca sale un sollozo casi silencioso.

—Eres mucho más que la novia de Leigh para nosotras —dice. Su mano viaja a mi hombro y me da un apretón que me obliga a mirarla. De sus ojos también salen lágrimas, su voz está por quebrarse. Creo que todos aquí están a punto de quebrarse—. Eres nuestra amiga, June, y las amigas se apoyan. Ninguna de las dos te culpa de lo que pasó.

—Pero fue mi culpa —susurro—. Si no fuera por...

—Basta —escucho la voz de Meg, cuando alzo la vista me encuentro con que mi hermano está quitándole el brazo de los hombros. En otras circunstancias hubiera sonreído, pero ahora solo lo miro mientras se aleja para darnos espacio. Vuelvo mi atención a Meg, quien se agacha frente a mí y me mira algo molesta —. Deja de culparte por todo lo malo que ocurre en el mundo.

—Meg —le advierte Zoe con la voz temblorosa.

—No, déjame hacer esto a mi manera —le dice a su hermana, luego apoya sus manos en mis rodillas y me mira directamente a los ojos, tal como la primera vez, pero en esta oportunidad no hay curiosidad ni superioridad en sus ojos, hay… *cariño*. Y dolor, hay mucho dolor, pero hay cariño—. Leigh te ama, June. Ella te eligió *a ti*, perdió la cabeza por ti y fue su decisión. Nadie la obligó a fijarse en ti ni a enamorarse como una estúpida, así como nadie la obligó a subirse a ese coche sabiendo que es una época peligrosa para conducir a alta velocidad. Fue *su* decisión, y te juro que cuando despierte voy a golpearla por ser tan imprudente, pero no voy a permitir que te eches la culpa de algo que no estaba en tus manos. Has sufrido demasiado. Ya es suficiente. Necesitas detenerte.

—Pero…

—Pero nada, June. No fue tu culpa, no te odiamos y, maldita sea, no estás sola —su voz segura flaquea por unos segundos, pero se recompone tan rápido que es como si no hubiera pasado—. Tienes que ser fuerte por Leigh, por nosotras… y por ti.

No sé qué decir. No es la primera vez que escucho algo así, e intento creer cada una de sus palabras, pero hacerlo me asusta. Creerle me daría esperanzas, y eso es peligroso. Mientras más esperanzas tengas, más fuerte va a ser la caída y más te costará levantarte, si es que consigues hacerlo.

Meg me da una última mirada y se pone de pie. Con sus manos se limpia el par de lágrimas que caen por su mejilla y se da vuelta, justo a tiempo para que Avery la tome de la cintura y la acerque a él para envolverla en un abrazo que se siente demasiado íntimo, como si fuera algo que no deberíamos presenciar. Meg al principio no lo corresponde y se ve tensa, pero luego la escucho soltar un suspiro tembloroso y se aferra a Avery casi con la misma intensidad con la que yo me he aferrado a Leigh en el pasado.

—Leigh va a amar esto cuando despierte —dice Zoe a mi lado, me giro hacia ella y la veo esbozar una pequeña sonrisa, que contrasta drásticamente con sus ojos llenos de lágrimas—. ¿Crees que estaría bien si les tomo una fotografía? Así Leigh no lamentará haberse perdido el momento.

—¿Sabes cómo ocurrió? —pregunto con curiosidad.

—Meghan dejó de ser la terca que es y admitió lo que todo el mundo ya sabía. Ocurrió hace tres días. Me contó que Avery intentó hacerse el difícil, pero solo le duró un par de segundos. Tal para cual.

Había estado tan ensimismada en mí antes del accidente, que ni siquiera había notado algo diferente en mi hermano.

—Espero que sean felices —digo, y lo hago desde el corazón, espero que esto termine pronto.

Me mira, y por un momento parece que todo está bien, que esto es solo un percance mínimo, pero la realidad nos azota de la peor forma posible.

Veo entrar corriendo a dos enfermeras al lugar donde tienen a Leigh. Sus padres, que están varios asientos más cerca de la puerta que nosotros, se ponen de pie con preocupación.

No sé qué diablos está pasando, pero me pongo de pie también, justo cuando un enfermero sale de la puerta con el rostro pálido. Busca con la mirada hasta que da con los padres de Leigh, quienes caminan hacia él. No lo pienso dos veces y corro en la misma dirección.

Llego justo cuando la señora Callen se tapa la boca para ahogar un sollozo y su esposo mira con horror al enfermero, quien se ve como si quisiera estar en cualquier otro lugar menos aquí.

¿Eso es todo?, pienso cuando la madre de Leigh se lanza a los brazos de su esposo para llorar desconsoladamente.

¿Ya está?

¿Dejó de luchar?

¿Finalmente acabé con ella?

No sé cómo encuentro mi voz cuando me giro hacia el enfermero.

—¿Qué sucedió? —exijo saber, a lo lejos escucho unos pasos apresurados que deben ser las gemelas y Avery—. ¡Responda, maldita sea!

—June —siento la mano de alguien en mi brazo, pero me aparto con brusquedad.

—Dígame qué está pasando —suplico, mi voz se quiebra y siento que ya no me puedo sostener—, por favor.

El enfermero responde, pero mis sentidos deciden que es un buen momento para dejar de funcionar y lo único que escucho es una palabra: *coma.* Y es suficiente. Es todo lo que necesito para derrumbarme.

Este no es un percance pequeño.

Ella no va a despertar para quejarse de haberse perdido el abrazo entre Meg y Avery.

Yo no podré ser fuerte para ella.

Y es mi culpa.

La esperanza es peligrosa.

14. Quédate

Anxious - Sarah Reeves

Pasado

Decidí no ir a clases el resto de la semana.

Sabía que estaba siendo cobarde, pero ¿qué más podía hacer? No quería ir y enfrentar todo lo que había pasado. Muchas cosas habían cambiado. Ahora seguramente toda la escuela sabía de mí y comentaba lo que había hecho Lena, y, por si fuera poco, me habían visto cuando perdí el control.

Así que sí, una vez más me comporté como una niña cobarde e inventé que estaba enferma.

Debido a que tenía el reporte de la enfermera, no me costó que mamá me creyera al principio, sobre todo teniendo el respaldo de Avery. Ella jamás cuestionaba a mi hermano, y podría estar celosa sobre eso, pero la mayoría de las veces era un alivio que mi madre no me prestara tanta atención, así era más fácil.

El problema fue que Avery me exigió que le dijera la verdad.

No lo hice.

En cuanto entré a la casa ese día me llenó de preguntas, pero lo único que le dije es que estaba demasiado cansada y que necesitaba dormir. No me cuestionó y me dejó encerrarme en mi habitación, donde caí dormida en cuestión de minutos.

Pero volvió a preguntar en la noche.

—Necesito que seas sincera conmigo —me dijo cuando, como todas las noches, vino a verme a mi habitación—. ¿Qué es lo que está pasando?

No lo miré.

Estuve escuchando la *playlist* que me había mandado Leigh desde que había despertado, aún tenía los audífonos puestos y él me los quitó, creyendo que no lo escuchaba.

—Me sentía mal.

—June, la persona que me llamó dijo que habías tenido *taquicardia* y que debíamos llevarte a un chequeo médico. Eso es mucho más que sentirse mal —parecía preocupado y un poco molesto, lo cual, si era sincera, también me molestaba. Yo no le hacía preguntas de su vida privada, me gustaba nuestra relación porque no nos obligábamos a hablar si no queríamos, simplemente nos apoyábamos (bueno, él lo hacía y yo lo intentaba). ¿Por qué ahora se molestaba si no quería hablar? No debería sorprenderse, así éramos—. ¿Había pasado

antes?

—No —mentí—, fue la primera vez.

—No me mientas.

Me frustré. ¿Desde cuándo me había vuelto tan mala mentirosa?

—No te estoy mintiendo —intenté de nuevo, esta vez forzando una sonrisa y mirándolo—. Seguramente fue estrés, pero ya pasó. No es nada de lo que preocuparse.

Me miró. No me creía, lo sabía.

¿Y si le contaba...? No. No podía hacer eso. No quería que se preocupara por mí, no era justo para él tener que cargar con su hermana inestable y loca.

—¿Vas a ir a clases mañana? —preguntó. Tenía el ceño fruncido, aún no quitaba la expresión de molestia.

—No lo creo.

—No puedes faltar a clases cuando se te antoja, no funciona así. Recién empieza el año, tienes que ser más...

—... responsable, lo sé —lo interrumpí—. Prometo que esta es la última vez.

—¿Y qué le dirás a mamá?

—Que sigo enferma —me encogí de hombros.

—No te va a creer.

—Pero si le dices tú... —lo miré suplicante—. Por favor. Te juro que es la última vez.

Esperaba no sonar tan desesperada como me sentía. En serio no quería ir, ni siquiera quería pensar en lo que sería cuando volviera.

—Solo será esta vez —suspiró, negando con la cabeza—. Esto es lo que me gano por consentirte tanto.

Le sonreí, esta vez sin tener que fingirlo tanto.

—Gracias.

—Solo... dime si algo anda mal, ¿de acuerdo? Podemos ver a alguien, no lo sé, un doctor.

Se me apretó el pecho.

En algún momento pensé en pedir una hora con un psicólogo, incluso tal vez un psiquiatra, pero ¿de qué me serviría? No tenía nada para decir. No sabía por qué me pasaba esto. Lo único que tenía claro era que había algo mal en mí, quizás ni siquiera tenía solución. Además, me recetarían pastillas, no quería eso tampoco.

Avery me miraba como si estuviese esperando que dijera algo más. Carraspeé.

—Em... ¿Cómo va la universidad? —pregunté, sentía que era mi deber preguntar por su vida. Él esbozó una sonrisa cálida.

—Es... diferente a lo que imaginé.

—Claro que sí —rodé los ojos—, eres un cerebrito. Siempre dicen que es un infierno, pero con tu inteligencia era obvio que no te costaría.

Me miró con una sonrisa de lado.

—Nita, ¿tú...? —se cortó. Esperé pacientemente a que decidiera volver a hablar—. ¿Tú me admiras?

—¿A qué te refieres?

Avery se removió sobre la cama y se sentó con las piernas cruzadas frente a mí.

—Ya sabes, ¿crees que yo soy tu modelo a seguir? —preguntó, su voz estaba cubierta de inseguridad y se le tiñeron las mejillas de rojo.

A veces olvidaba que mi hermano era apenas dos años mayor que yo. No era un adulto completamente, pero estaba tan acostumbrada a verlo comportarse como uno que olvidaba que, en realidad, hacía poco que había dejado de ser un adolescente que salía a fiestas fin de semana por medio.

Y, aun así, seguía yendo a mi habitación cada noche para hablar conmigo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Me obligué a retener las lágrimas que amenazaban con invadir mis ojos.

Lo amaba tanto.

Demasiado. No sabía qué sería sin él en mi vida.

Ni siquiera debía pensar la respuesta a su pregunta.

Me incliné hacia adelante y le apreté las mejillas porque sabía que odiaba que hiciera eso. La madre de Eric siempre lo hacía, y cuándo éramos más pequeños Avery odiaba ir de visita a su casa por eso. Se apartó con fastidio y luego me miró, esperando mi respuesta. Me observaba como si yo fuera su mundo, y me di cuenta de que lo que fuera a decirle de verdad le importaba.

Leigh podía estarse haciendo un hueco en mi vida, me hacía sentir importante y menos sola, pero no podía compararse ni de lejos a la seguridad que Avery me hacía sentir. Sabía que jamás me haría daño. Nunca. Si algún día llegaba a causarme dolor, probablemente la herida sería mucho peor para él que para mí.

No lo olvides, me dije, porque, aunque tuviera el maldito poder de recordar cada uno de mis errores, tendía a olvidar lo bueno, lo importante. *No olvides que tu hermano te ama y estará contigo incondicionalmente*.

Lo abracé, tomándolo por sorpresa. Mis lentes se apretaron contra mi rostro y fue incómodo, pero no me importaba.

Mis ojos estaban húmedos.

—Eres mucho más que eso para mí —susurré mientras lo abrazaba—. No confío en nadie más que en ti.

—Me mata no saber qué es lo que sucede —respondió, me tomó de los brazos y me alejó lo suficiente para mirarme a los ojos—. Te escucho llorar por las noches y no sé qué hacer...

—No hay nada que puedas hacer.

Avery no insistió en continuar con aquella conversación, pero pude ver en sus ojos cómo se moría por hacerlo. Sabía que de verdad quería ayudarme, sin embargo, creía en lo que le había dicho. Ni siquiera yo era capaz de hacer algo para cambiar la manera en que estaba manejando mi vida, ¿cómo podría hacerlo él?

¿O tal vez era yo la que no sabía cómo aceptar ayuda del resto?

No me gustó la dirección que estaban tomando mis pensamientos, así que me distraje haciéndole preguntas a Avery sobre la universidad, hasta que él se

fue a dormir y volví a quedarme sola con los monstruos que habitaban en mi cabeza.

Los días siguientes transcurrieron con normalidad. Me tocó cuidar a Lucas el jueves en la tarde y me tuvo viendo las películas de *El Rey León* por enésima vez, incluido el *live action*. No me podía quejar, eso me ayudaba a no pensar en lo que la gente estaba diciendo de mí en la escuela.

Para mantener la farsa tuve que hacerle creer a mi madre que tenía vómitos, pero no era nada que no hubiese hecho antes.

Honestamente, me daba vergüenza tener que llegar a ese extremo solo para evitar enfrentarme a mis problemas, pero era buena en ello, así que también fingía que me daba igual.

La mayor parte del tiempo estuve en mi habitación, como era costumbre. Discutí con mi madre por eso el viernes. Fue a mi cuarto para ver si tenía fiebre o me sentía mal, entonces comenzó a decir que todo lo que me pasaba era por estar encerrada y bla, bla, bla. Nada nuevo. Fingí escucharla por varios minutos.

Finalmente, dijo algo que me sorprendió.

—Estoy preocupada por ti.

—¿En serio? —la miré por primera vez desde que había entrado a la habitación.

Estaba vestida con ropa de trabajo: blusa blanca, blazer, pantalones negros y tacones bajos. Se veía fría, siempre era fría conmigo, pero luego se sentó en el borde de la cama y me miró casi igual a como miraba a Avery. Había *algo* cálido ahí.

—Me gustaría que fueras más como tu hermano, así sería mucho más fácil.

Ese algo cálido desapareció.

—Lamento decepcionarte, entonces —me obligué a decir, puse mi mejor cara de póquer y la miré igual como me miraba ella.

—No me hables así.

—¿Y cómo quieres que te hable? Lamento no ser la hija que esperas que sea, esa es la verdad, ¿no? No te gusto.

—Jamás se puede hablar contigo —se puso de pie—. Estoy muy cansada para lidiar con esto ahora.

Me dolió que no negara lo que había dicho, pero no lo demostré.

—Entonces vete y déjame tranquila.

—No me hables en ese tono —me advirtió, y ahogué una risa sarcástica—. Y para que sepas, estás castigada. ¿Crees que nací ayer y no me di cuenta de que estás fingiendo estar enferma?

—No me importa —dije solo para desafiarla, parecía una niña haciendo una rabieta.

—Quiero la casa reluciente para mañana.

Me obligué a no reír para evitar parecer una desquiciada. Mamá jamás sabía cómo castigarme porque todos los castigos que ella había usado con Avery

para mí eran como seguir con mi vida normal, no me molestaba ordenar la casa, me mantenía ocupada y distraída.

—De acuerdo. Ahora vete a descansar, no quiero seguir molestándote.

Por un momento creí que se retractaría, que se volvería a sentar a mi lado y me diría que no era una molestia, pero me dio una última mirada reprobatoria y se marchó, dejando la puerta abierta.

Me limpié con brusquedad las lágrimas que comenzaron a caer de mis ojos. Cada vez que mi madre me hería me hacía sentir furiosa, y no sabía qué hacer con ese sentimiento, así que me lo guardaba, como todo lo demás.

Me puse de pie y di un portazo que resonó por toda la casa.

Me agaché en el borde de la cama y saqué la caja donde guardaba las golosinas y otra más pequeña donde tenía una libreta. Escribir lo que sentía ahí era lo más cercano a contar mis problemas. Solo recurría a ella cuando estaba al borde de colapsar. Esperaba no utilizarla pronto.

Después de unas dos horas puse música en un pequeño parlante que tenía; sin embargo, me vi en la obligación de quitarla porque escuché que alguien golpeaba la puerta.

Estaba casi segura de que era mi madre, seguramente iba a quejarse del volumen.

Abrí la puerta con molestia, pero era Avery.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Te vinieron a ver.

Lo miré atónita.

—¿Qué?

—Hay alguien esperándote abajo. Dijo que se llama Leigh.

Oh, mierda.

Me puse roja, Avery me miró con confusión y curiosidad.

Leigh, ¿qué haces aquí?

—¿Le digo que suba o...?

—Espera —dije. Me di vuelta y guardé todo lo que tenía sobre la cama con rapidez. Escuché la risa de Avery a mis espaldas y me giré—. ¿Qué?

—¿Estás bien? Pareces estar al borde del colapso.

Me sentí ridícula. Estaba actuando de manera estúpida. Me obligué a relajarme y a respirar hondo, lo que, por alguna razón, trajo de vuelta el enojo por la discusión que había tenido con mi madre.

—Dile que suba —le dije finalmente, con más brusquedad de la necesaria.

Avery se dio la vuelta, pero luego se detuvo a medio camino y volvió a mirarme.

—Esta chica... Leigh, ¿es la amiga de la que me hablaste hace un tiempo?

—Sí —admití.

—Luce agradable —señaló, me sonrió de manera extraña y luego se fue.

Minutos más tarde sentí otro golpe en la puerta.

Proferí un débil «pasa», y Leigh entró a mi habitación como si hubiese estado mil veces aquí.

—Sé que debería preguntarte cómo estás primero, pero necesito decirte esto

antes —me miró, sus ojos lucían brillantes y alegres, casi me contagió con su buen humor—. Meg y Zoe me vinieron a dejar caminando y nos encontramos con tu hermano afuera de tu casa; mientras le preguntaba por ti no dejaba de mirar a Meg y fue ultraextraño. Ni siquiera sé cómo explicártelo. Estoy cien por ciento segura de que tu hermano tuvo un flechazo a primera vista con Meg. ¡Es demasiado loco!

Eso era... completamente diferente a lo que creí que diría.

—¿Mi hermano? —cuestioné, estaba muy confundida—. No lo creo.

A decir verdad, ni siquiera había procesado sus palabras. Aún estaba tratando de lidiar con el hecho de que Leigh estaba aquí, en mi habitación, a solas conmigo.

No podía pensar en mi hermano ni en las fantasías de la chica que tenía enfrente.

—Te lo juro. Meg se puso toda incómoda y... —se detuvo, dio un paso hacia mí y me inspeccionó de pies a cabeza—. ¿Cómo estás?

Contuve un suspiro de frustración. Leigh me iba a volver loca. *Más* loca de lo que estaba.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a verte —me sonrió.

Me quedé viéndola más tiempo del necesario. Tenía puesto un top de tirantes celeste que contrastaba de manera agradable con su piel morena, y una falda negra, traía el cabello recogido en un medio moño y sus labios estaban pintados de un tono malva oscuro.

Mientras esperaba mi respuesta se dedicó a observar cada espacio de mi cuarto, entonces me di cuenta de que estaba aquí de verdad. En mi lugar seguro. Era casi igual a cuando ella me mandó su *playlist,* estaba conociendo algo importante de mi vida.

—¿Por qué? —pregunté como una tonta.

Ella se rio de manera seca y se sentó en mi cama con tanta naturalidad que parecía como si estuviera en su propia habitación.

—Quería asegurarme de que estuvieras bien y me explicaras por qué demonios no estás yendo a la escuela, como si hubieses hecho algo malo —respondió. Luego dirigió su atención al estante con libros—. Por cierto, tu habitación es linda, Pajarito. Ahora ven y siéntate.

Le obedecí, no sabía qué más hacer.

—Entonces, ¿cómo estás?

—Bien —respondí, había olvidado completamente mi enfado.

—¿Por qué no fuiste a clases?

—Yo... —no sabía qué decir—. No quería ir y ver cómo todos hablaban de lo que pasó.

Me miró y suavizó su expresión mientras soltaba un suspiro.

—No tienes que esconderte, no has hecho nada malo.

—Nunca había tenido un ataque de pánico en la escuela. Al menos no en un lugar donde todos me vieran —admití. Por alguna razón, hablar con Leigh se me hacía mucho más fácil que con el resto. Probablemente porque ella sabía más de

mí que los demás—. Deben pensar que estoy loca.

Porque lo estás, dijo una molesta vocecilla en mi cabeza.

—Lo que estén pensando no debería preocuparte.

—No es así de simple —me encogí en mi lugar y comencé a mirarme las manos sobre mi regazo—. Siempre mantuve un perfil bajo y ahora todo el mundo sabe de mí. Y lo que saben es de la boca de Lena, o sea, que no es nada bueno.

Leigh reprimió un bufido y terminó cerrando los ojos al escuchar el nombre de Lena.

—Independiente de eso, no debes esconderte. Si alguien te dice o hace algo, vas y le pateas el trasero. De lo contrario, la gente creerá que puede hacer contigo lo que quiera.

No quería seguir hablando de eso.

—Da igual. Ya falté —me encogí de hombros. La miré—. ¿Por qué no me avisaste que venías?

—Sí lo hice —entrecerró los ojos hacia mí—, solo que no contestaste.

—Lo siento —murmuré—, no estuve pendiente del celular. Estaba... ocupada.

—No importa —me sonrió—. Mañana con las gemelas iremos al cine, ¿quieres ir con nosotras?

Me puse incómoda. No soportaba ir al cine. Me sentía sofocada y encerrada. Si me llegase a dar un ataque de pánico en una sala de cine sería un desastre monumental.

—No puedo, estoy castigada —estaba segura de que el castigo no implicaba no poder salir, pero Leigh no tenía por qué saberlo.

—¿Por qué?

—Por fingir estar enferma.

—¿Tu familia no sabe que...?

—No —respondí con rapidez—. Y no tienen que saberlo.

Casi podía ver cómo estaba formulando su argumento para tratar de convencerme de que no decirles no era algo inteligente de mi parte, pero me miró a los ojos por un segundo y desistió.

—¿Y qué haces cuando sufres de algún ataque aquí?

—No suelo salir de mi habitación. Sé ocultarlo.

—¿Todo este tiempo has tenido que lidiar con esto tú sola? —me encogí de hombros a modo de respuesta—. Eso es... Es...

—¿Patético?

—Claro que no —parecía un poco molesta—. Es injusto. No es justo para ti.

—Es lo que hay...

—No —respondió, y puso su mano sobre mi hombro—. Puedes llamarme o enviarme un mensaje. Tú solo debes decirme y estaré aquí.

Lo decía en serio, tan en serio que aparté la mirada o me convencería. No era bueno para ella... Sobre todo si tenía que experimentar lo mismo en su propio hogar.

—¿Cómo es para tu hermana? —pregunté con curiosidad.

—¿Qué? —su voz se tiñó de confusión, segundos después sus ojos se iluminaron con entendimiento y quitó su mano de mi hombro. Se veía nerviosa —. Sobre eso… debo decirte algo, pero prométeme que no te vas a enojar.

Me puse rígida. Que te hicieran esa pregunta ya era mala señal, pero dudaba que pudiera enojarme con Leigh, así que asentí, aunque no me relajé.

—No tengo hermana. Soy hija única —dijo con un tono de voz inseguro.

—Pero me dijiste…

—Sé lo que dije. Pensé que si creías que yo entendía lo que te había sucedido y sabía cómo manejarlo, estarías más relajada… No lo sé. Fue una estupidez de mi parte, lo reconozco, pero en ese momento me pareció una buena idea. Con el tiempo te darás cuenta de que hago muchas estupideces —bromeó, aunque no parecía divertida, sino más bien preocupada.

Me quedé en silencio, sin saber qué decir. No me había puesto a pensar en que tenía una hermana hasta ahora, así que en realidad me daba igual, pero no me gustaban las mentiras. Sin embargo, molestarme por eso sería demasiado hipócrita de mi parte. Después de todo, yo tenía un gran historial.

—Está bien, no importa —respondí finalmente. Por primera vez desde que había llegado me sentía incómoda, y no me gustaba la sensación.

—Lo arruiné, ¿verdad? Lo siento, de verdad que…

—No, está bien, en serio. Da igual.

—¿De verdad? —asentí—. Bien… ¿Estás segura de que no puedes ir al cine con nosotras?

—Ojalá pudiera —parecía mentira, pero no lo era. De verdad me gustaría ser capaz de ir a un cine tranquila, pero no podía. La simple idea me ponía inquieta. No era seguro.

—Quieres que me vaya, ¿cierto? —preguntó, se veía culpable y eso me hizo sentir mal.

—No, no quiero que te vayas —me sorprendí diciendo.

Leigh me sonrió mostrándome todos sus dientes, y cualquier ápice de malestar desapareció.

¿Por qué una simple sonrisa tenía tanto poder sobre mí?

—Entonces puedo quedarme un poco más —dijo, aún con esa hermosa sonrisa en sus labios.

Quédate, dije internamente, *quédate todo el tiempo que quieras. Quédate en mi vida*.

Ojalá fuera lo suficientemente valiente para decírselo en voz alta.

Lo bueno es que ella sí era valiente.

15. Valiente

Brave - Riley Pearce

Presente

Contengo la respiración mientras intento no llorar, pero el esfuerzo es en vano. Un sollozo silencioso y doloroso sale de mi boca, y de inmediato comienzo a temblar.

Ni siquiera tengo fuerzas para intentar calmarme.

Frente a mí, la madre de Leigh me mira en silencio.

Afuera ha parado de llover y ya amaneció, pero aquí adentro la tormenta sigue y no sé cuándo vaya a detenerse, no sé si algún día pueda ver la luz del sol otra vez.

Nadie ha dicho una sola palabra desde hace al menos una hora.

Las palabras del enfermero siguen resonando fuerte en mi cabeza.

Coma.

Entró en coma.

Trataron de tranquilizarnos diciéndonos que era normal en estos casos, pero ¿cómo podemos siquiera pensar en estar en calma? Es inconcebible.

Cuando se dieron cuenta de que nada de lo que nos dijeran podía hacernos sentir mejor, nos soltaron aquello que estaban tratando de amortiguar. *Una semana.* Leigh tenía alrededor de una semana para despertar, de lo contrario todo se podría ir al infierno.

La clave está en el podría, había dicho Avery a modo de consuelo.

Pueden irse a la mierda él y su estúpido consuelo. Que se vaya a la mierda todo el mundo.

Me cubro el rostro con las manos para sofocar un poco mi llanto, pero mis hombros se sacuden y no se detienen hasta que siento una mano cálida en ellos.

—Ella estará bien —dice la persona a mi lado.

Es el padre de Leigh.

Al escuchar su voz tan serena y confiada mi llanto solo aumenta.

—Lo lamento —digo entrecortadamente—. Lo lamento tanto.

Ni siquiera puedo mirarlo. No he podido mirar a nadie desde que ese enfermero abrió la boca. Los alejé a todos, incluso a Avery. No los merezco. Lo que merezco es estar sola.

Sola, sola, sola.

—No es tu culpa —habla otra vez, dándome un apretón en el hombro.

—Sí lo es. Es mi culpa. Todo es mi culpa —me pongo de pie, más furiosa

conmigo misma de lo que he estado jamás. Lo miro y duele. Duele poder reconocer a Leigh tan fácilmente en su padre. Su piel, sus ojos, sus sentimientos… Que él trate de consolarme es un castigo—. Ahora su esposa me odia y Leigh… Leigh no está.

Se pone de pie frente a mí. Veo en sus ojos el dolor que le produce todo lo que está pasando, también puedo ver su lucha interna para que ese dolor no salga a la luz. Pero yo puedo verlo, puedo *sentirlo.*

—No digas eso. Leigh está aquí. Y nos necesita a todos, *juntos.*

—Leigh no me necesita a mí —susurro, jamás he pronunciado palabras tan dolorosas y verdaderas—. Mientras más lejos esté ella de mí, mejor. Soy veneno para ella. Usted debería odiarme. Merezco que me odie.

El señor Callen da un paso dudoso hacia mí.

—A Leigh le rompería el corazón oírte hablar así.

—A Leigh ya la he *destruido* —replico.

Mis lentes se nublan y se llenan de lágrimas. En un acto de desesperación me los quito y los tiro al suelo con fuerza bruta. Los veo romperse con facilidad, como si estuvieran hechos del cristal más fino, *como yo.* Más tarde me arrepentiré de haberlo hecho, pero ahora no podría importarme menos.

—No —zanja, da otro paso y me mira algo molesto—. A Leigh la haces feliz.

—¡Debería odiarme! —exclamo más alto de lo que debería, miro a mi costado y Elizabeth ha desaparecido. Avery ha llevado a las gemelas a buscar ropa ahora que definitivamente no hay nada útil que podamos hacer. Somos los únicos aquí. Lo miro furiosa, no quiero lástima, no quiero consuelo. Quiero dejarme llevar por el odio que siento por mí misma, quiero… En realidad, solo quiero dejar de sentir—. ¿Por qué no me odia?

—No puedo odiar a la persona que salvó a mi hija.

Lo miro atónita. Ya no sé quién es el que ha perdido la cabeza aquí.

—¿De qué está hablando? ¿No se da cuenta de lo que le hice a su hija?

—Sabes de lo que estoy hablando, June —dice con la voz temblorosa—. Estoy bastante seguro de que has visto su piel. Sabes cómo estaba antes de ti.

—Ella ya estaba bien cuando me conoció —replico. Mi rabia se va aplacando de a poco y no quiero, porque cuando me abandona todo lo que siento me ataca sin piedad—. Ella me salvó *a mí.*

—¿Estás segura de eso?

Sí, lo estoy.

Ella es quien me ha sostenido todo este tiempo. Leigh es fuerte. Más fuerte que cualquiera que conozco. Ella sanó sus heridas sola. Yo… yo solo le traje problemas.

A menos que… A menos que no haya sido completamente sincera conmigo.

Me miro mis manos temblorosas sin saber qué pensar.

—Aunque seas incapaz de verlo, ambas son buenas para la otra. Ella te necesita. Ahora más que nunca. Tienes razón al decir que es fuerte, pero lo es más cuando estás a su lado. *Eres su persona,* June.

Al oír sus últimas palabras algo se quiebra en mí, pero al mismo tiempo

algo se recompone.

Creo que eres mi persona, Pajarito, me dijo Leigh una vez.

Y ella es la mía, pero nunca se lo dije. Nunca fui tan valiente como para decirle todo lo que siento por ella.

Quiero creer que la vida no es tan cruel como para quitarme la oportunidad de decírselo.

Antes de que pueda hacer o decir algo, siento la calidez de los brazos de Gael rodearme. No me aparto. No quiero hacerlo porque es lo más cerca de Leigh que puedo estar en este momento.

Si Leigh fue fuerte por mí, yo puedo serlo por ella.

No puedo dejarla ir.

No puedo dejar que me abandone.

No soy valiente, pero tal vez es tiempo de tratar.

Debo ser valiente. Por ella.

Y por mí.

Aunque todos mis demonios me griten que no me lo merezco.

16. Interpretando un alma

Heal - Tom Odell

Pasado

Estábamos sentadas en el suelo frente a la ventana de mi habitación, teníamos las espaldas afirmadas en mi cama mientras mirábamos el lateral de la casa contigua. Llevábamos una media hora así, desde que le había revelado el pequeño tesoro de golosinas que tenía debajo de la cama.

—¿Has escuchado la *playlist* que te envié? —preguntó Leigh.

Dejé que mi cabello cubriera la mitad de mi rostro para que no pudiera ver mis mejillas sonrojadas.

¿Que si la había escuchado? Estaba a punto de aprenderme el orden de memoria y ella lo sabía.

Me dio un empujón juguetón con el hombro mientras se reía a mi lado. Había algo íntimo en ese roce, como si Leigh quisiera estar cerca de mí, y estaba casi segura de que eran ideas mías, pero mi corazón dio un vuelco dentro de mi pecho y me sonrojé aún más, si eso era posible.

Sorprendentemente, no estaba tan nerviosa. Leigh era muy segura de sí misma y, de alguna manera, me lo contagiaba a mí. No era suficiente como para relajarme del todo, pero sí lo era para no querer que terminara.

—¿Y bien? —insistió mientras giraba su cuerpo hacia mí.

En respuesta, tomé mi celular y lo conecté al parlante. Casi de inmediato comenzó a sonar *Fix You* de Coldplay.

Por un momento, su rostro se ensombreció, lo que me hizo girarme para verla directamente a los ojos.

Aparté la mirada. Sus ojos eran *demasiado.*

—No mentía cuando te escribí que era como un pedazo de mí —murmuró dirigiendo sus ojos hacia la ventana—. ¿Crees que las personas tengan almas?

Siempre me descolocaban las preguntas de Leigh. Eran casi existenciales y demasiado profundas, pero estaba comenzando a entender que así era ella. Era diferente a lo que estaba acostumbrada, me hacía pensar y cuestionarme cosas. Me gustaba. Nunca creí que pudiera conectar de verdad con alguien, pero con Leigh era natural, no debía esforzarme en decir lo que ella quería escuchar; incluso si no conseguía emitir palabras, ella podía entenderme.

Una voz en mi cabeza me gritaba que debía correr y alejarme lo más posible de ella, pero no le hice caso. ¿Por qué debía alejarme de la única persona —que no fuera Avery— con la que me gustaba estar?

Porque la arruinarás.

No eres buena para ella.

No eres buena para nadie...

Inhalé profundamente para tratar de calmar el temblor de mi mano izquierda. Me la llevé a la espalda y la escondí allí.

Daría todo para poder descansar de mi mente engañosa, incluso si fuera por un par de minutos. Pero no podía, así que había tenido que aprender a ocultar el miedo que me tenía, lo insegura que me sentía conmigo misma... Lo hacía bien, al menos la mayor parte del tiempo.

—Sí —respondí cuando por fin pude encontrar mi voz de nuevo.

La canción estaba terminando. Leigh inhaló casi tan profundo como yo había hecho antes y cerró los ojos hasta que la música dejó de sonar y comenzó a reproducirse *How To Save a Life* de The Fray.

—Creo que la música es mi alma —dijo con una media sonrisa luego de casi un minuto, esta vez me miraba, y sus ojos comenzaron a brillar con intensidad, como cada vez que hablaba de música—. O una extensión de mí. A veces... A veces se me hace difícil decir lo que siento, así que dejo que la música hable por mí. Y nunca se equivoca.

La miré completamente impresionada. Tenía esa sonrisa radiante de vuelta en sus labios. La pasión con la que hablaba de la música me hacía admirarla. A veces deseaba que fuera alguien más como yo, más común y corriente, así sería mucho más fácil poder ignorarla. Pero no. Ahí me tenía: admirando la curvatura de sus labios, la arruga que se le formaba en el puente de su nariz cada vez que sonreía y sus ojos hambrientos, desesperados por comerse el mundo.

—Me gusta tu alma —se me escapó.

—Me alegra escucharlo.

Me sonrojé. Otra vez.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me miró con diversión—. Además de esta.

—Todas las que quieras.

Tragué con dificultad y terminé carraspeando. Leigh me miraba curiosa, el brillo en sus ojos aún no se iba. No quería que lo hiciera.

—¿Por qué...? —dudé y me callé, no sabía si mi pregunta sería muy personal, pero ella conocía más cosas de mí que cualquiera, y yo quería conocerla también. Era lo justo, ¿no?—. ¿Por qué hay tantas canciones que hablan sobre estar rota y sola?

Se le escapó un suspiro y ese brillo que tanto me gustaba desapareció. Me arrepentí de inmediato por haber abierto la boca.

—¿Recuerdas lo que te dije en el coche el otro día? —asentí—. Estuve mal. Muy mal. Me enamoré de la persona equivocada —sacudió la cabeza como si quisiera ahuyentar algún recuerdo—. Es una historia muy larga.

—Quiero escucharla... Si quieres contármela —agregué, sin saber si me estaba inmiscuyendo demasiado.

—Cuando tenía catorce comencé a salir con un chico de diecisiete de mi antigua escuela —por alguna razón, la palabra *chico* me sentó mal—. Él era

lindo conmigo... Al principio. Salía con él a escondidas porque era emocionante tener secretos. Pero después comenzó a volverse celópata y posesivo. Se molestaba si salía con las gemelas, me decía que ellas nos querían separar porque estaban celosas, que el único que me quería era él y muchas mierdas más.

Se me apretó el estómago y me sentí como una persona horrible por hacerla hablar de eso.

—Yo era muy inmadura y él sabía cómo manipularme. Estuvimos juntos casi un año. Destruyó mi autoestima y casi me quita a mis amigas. Estuve muy mal, hacía todo para complacerlo, pero nada era suficiente. Luego se volvió agresivo —su voz se tiñó de rabia—. Me golpeó una vez y no dije nada, cuando volvió a ocurrir no pude ocultarlo y mi madre lo descubrió. Me costó mucho darme cuenta de que no había sido mi culpa, estuve con una terapeuta por casi dos años. El mes pasado fue mi última sesión.

Me quedé muda. Según mis cálculos, eso había ocurrido en la misma época en que ella me ayudó en el metro. No podía imaginar que la misma persona que me llamaba Pajarito y me sonreía con tanta libertad hubiera pasado por algo así. Apenas tenía diecisiete años. Era demasiado joven para haber sufrido tanto.

Ambas lo éramos.

—Eres muy valiente —le dije mirándola a los ojos, probablemente era lo más sincero que le había dicho desde que nos conocimos y quería que ella lo supiera.

—Tuve ayuda —se encogió de hombros—, pero se puede decir que sí. Soy valiente. La música me ayudó mucho a sanar y a recuperar lo que él había destrozado. De ahí que tantas canciones hablen de estar rotos, sanar y ser salvados.

No sabía qué decir, no era buena para estas situaciones, pero hice un esfuerzo por Leigh y tomé su mano tal como ella lo había hecho cuando perdí el control en la cafetería. La sostuve y le di un suave apretón.

—No puedo creer que alguien fuera capaz de hacerte daño —susurré sin quitarle los ojos de encima. Algo se encendió en su mirada.

—Y yo no puedo creer que me llevara tanto tiempo encontrarte, Pajarito —sonrió, la tristeza en sus ojos había desaparecido.

Me puse nerviosa por la intensidad de sus palabras y traté de quitar mi mano, pero ella me lo impidió. Me quedé inmóvil cuando Leigh se inclinó hacia mí al tiempo que comenzaba a sonar *Heal* de Tom Odell. Y entendí las palabras de Leigh cuando la letra de la canción resonó por los parlantes.

Debí alejarme, pero no lo hice. Bloqueé los pensamientos negativos y me enfoqué en la música y en lo que decía. Era como si el cantante interpretara mi alma.

Toma mi mente y toma mi dolor.

Su mano izquierda se posó sobre mi pierna flexionada y continuó acercándose.

Y toma mi pasado y toma mis sentidos.

Cerré los ojos, incapaz de hacer otra cosa, y sentí su aliento cálido chocar

con mis labios.

Y sana...

Me incliné hacia ella involuntariamente hasta que nuestros labios se rozaron. El contacto fue corto y casi superficial, pero disparó descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

Nunca había besado a alguien y no sabía qué hacer, pero dejé de pensar en eso cuando Leigh me tomó del cuello y movió sus labios sobre los míos... Justo cuando Lucas entró de sorpresa a la habitación.

Me separé de golpe.

La canción terminó y toda la magia se desvaneció en un segundo.

Mi hermano no se dio cuenta de lo que acababa de hacer y se acercó a mí con su rostro lleno de felicidad mientras estiraba un celular hacia mí.

—¡BTS sacó una nueva canción! —exclamó superemocionado.

Evité mirar a Leigh porque me sentía avergonzada y agradecí que Lucas estuviera tan obsesionado con esa banda que había visto en la tele y no prestara atención a mi incomodidad y mi rostro encendido.

Lucas tenía una gran obsesión con el *K-pop* y en esta casa nadie tenía idea de qué era eso salvo Eric y yo, así que cada vez que había alguna novedad con su grupo favorito acudía a él o a mí, aunque yo no fuera particularmente fan de esa música.

El pequeño se sentó a mi lado y me obligó a ponerle pausa a la música de Leigh para ver y escuchar el video musical. Era bueno, pero no le presté mucha atención, mi cabeza estaba en un lugar completamente diferente.

Leigh me había besado.

Había besado a Leigh.

Nos habíamos besado.

Había durado menos de dos segundos, pero no podía dejar de pensar en eso.

El video estaba terminando cuando me armé de valor para mirar a Leigh. Ella me miraba con una sonrisa ladina y, cuando nuestros ojos se encontraron, se amplió, dejando ver un pequeño hoyuelo. Luego dirigió su atención a mi hermano.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó. Lucas había entrado tan emocionado que ni siquiera había saludado. No respondió hasta que el video terminó—. Muy bien, Lucas —continuó—, aunque me encanta que te guste la música, a la próxima considera tocar la puerta.

Lucas la miró y por un momento creí que se molestaría, pero en cambio se avergonzó.

Reprimí una sonrisa al verlo cohibido. Le gustó Leigh, estaba segura.

Ya somos dos, pensé.

—Lo siento —respondió con su voz infantil, luego esbozó una pequeña sonrisa. ¿Lucas tímido? Eso no se veía muy a menudo—. ¿Conoces a BTS?

—¡Claro que sí! —respondió Leigh—. ¿Quién no los conoce?

—¿Te gusta? —preguntó él, esperanzado.

—Algo.

Y así fue como Lucas obligó a Leigh a ver un montón de videos sobre el

grupo.

En parte le agradecía porque eso mantenía a Leigh ocupada y no le daba tiempo de decir lo que fuera que pasara por su mente. Sabía que, en cuanto Lucas se fuera, ella me llenaría de preguntas, y no estaba lista para escucharlas ni responderlas.

Mi corazón continuó latiendo desbocado hasta que Lucas decidió marcharse.

—Tu hermanito es genial —dijo cuando estuvimos solas otra vez—. Un poco inoportuno, pero es muy locuaz para su edad.

No respondí, en cambio le di la espalda mientras intentaba calmar mi respiración.

Leigh no se veía como si hubiésemos arruinado algo, pero no quería averiguarlo tampoco.

No paraba de pensar en sus labios sobre los míos y en lo cerca que estuvimos de haberlo *profundizado.*

—No tenemos que hablar de eso si no quieres —dijo cuando se dio cuenta de que estaba volviéndome loca—. Lo siento si fue inesperado o te incomodó. Tal vez no debí…

Ahora la que estaba insegura era ella. Este día no podía volverse más extraño.

—No, no fue incómodo —aclaré, me di la vuelta y ella se relajó—. Pero…

—Lo entiendo —dijo dando un paso hacia mí—. Lo entiendo a la perfección.

En realidad, no sabía si nos referíamos a lo mismo, pero no me importaba si eso significaba no hablar de lo que había pasado, así que asentí con agradecimiento.

—Sin embargo, estoy disponible por si quieres, ya sabes, continuar donde lo dejamos.

La cara me ardió en llamas y agradecí cuando Leigh vio la hora y dijo que debía irse.

La acompañé afuera, donde un coche azul la esperaba, y me despedí con la mano, evitando cualquier tipo de contacto físico.

Sentía que todo había cambiado drásticamente, y tenía miedo.

Miedo de lo que pasaría si decidía alejarme, y miedo de lo que pasaría si no lo hacía.

17. Sigue mi voz

Not About Angels - Birdy

Presente

Las manos me sudan mientras espero que Gael venga a buscarme.

Han pasado dos días desde el accidente. Dos días que se han hecho eternos y, a la vez, demasiado fugaces. Cada minuto, incluso cada segundo, cuenta.

Mi madre ha estado intentando venir al hospital, pero le he rogado a Avery que la convenza de no hacerlo. Lo que está ocurriendo con Leigh es demasiado, ni siquiera puedo pensar en lidiar con toda la mierda que acarrea mamá. Y suena cruel, pero en este momento no necesito más inestabilidad en mi vida. He tomado una decisión, debo ser fuerte para Leigh, debo lograr que despierte, y no puedo enfocarme en nada más que en eso.

Durante la mañana, Avery me llevó a la casa de las gemelas para darme una ducha y dormir un poco. Aunque ambos sabíamos que sería imposible, hice el esfuerzo. Ahora, gracias a eso, estoy vistiendo un pantalón de chándal rosa fluorescente y una sudadera con estampado *animal print*.

Honestamente, me importa una mierda.

Luego de lo que parecen horas, alguien sale de la habitación donde tienen a Leigh, pero no es Gael, como se supone que sería, sino la señora Callen.

Me tenso de pies a cabeza e, inevitablemente, aparto la mirada.

—¿Has comido algo? —pregunta, lo que me obliga a alzar la vista casi al instante. No es lo que esperaba que fuera a decir—. Estás un poco pálida.

Me mira con algo de preocupación, y debo bloquear esa voz en mi cabeza que me grita que no merezco su simpatía.

—Tomé un café esta mañana —respondo con un hilo de voz, como si temiera que Elizabeth fuera a echarme en cualquier comento.

—Necesitas algo más que cafeína, June —me reprende y, por un momento, todo el resentimiento que siente por mí desaparece de sus ojos, pero dura hasta que se aclara la garganta y endurece sus facciones—. En fin, es... momento de que pases a verla. No se supone que deba recibir visitas de alguien que no sea familiar directo, pero Gael insistió. Yo estaré aquí esperando.

No respondo, simplemente le doy un débil asentimiento y dirijo mis ojos a las baldosas blanquecinas del suelo.

Agradezco que me deje a solas con Leigh, de esa manera no me sentiré tan presionada a decir las palabras correctas, porque ni siquiera sé si seré capaz de proferir alguna sílaba.

Es suficiente con la presión que yo misma me impongo.

Entro a la habitación con indecisión y cautela. No es muy grande; tiene un ventanal que deja ver el estacionamiento que está cinco pisos abajo y le da la iluminación necesaria al cuarto. Miro las paredes blancas, el pequeño sofá en una esquina, el asiento junto a la camilla, el aparato que mide los signos vitales… y luego a Leigh, pálida y conectada a cientos de cables y un respirador mecánico que le cubre la mitad del rostro.

Se supone que es temporal y por precaución, pero ver que necesita ayuda para *respirar* hace que se me revuelva el estómago vacío y quiera salir corriendo lo más lejos que pueda.

Aunque no es lo que ocurre. En cambio, hago lo que mejor sé hacer: llorar y angustiarme.

No hago ningún esfuerzo por quitar las lágrimas de mi rostro ni de calmar el martilleo de mi corazón, me limito a sentarme junto a ella y a mirarla.

Esto es lo que has hecho.

Esto es tu culpa.

Cierro los ojos e inhalo con lentitud.

Puedo hacer esto.

Puedo…

Un sollozo se escapa de mi garganta antes de que pueda evitarlo. Tomo la mano inerte de Leigh, el anillo que le regalé para Navidad no está, se debe haber perdido en el accidente. Duele. La aprieto como si eso fuera a despertarla. Por un momento creo que me va a devolver el apretón, que se quitará los cables y me dirá que es una broma de mal gusto, pero, obviamente, no sucede.

Tenía planeado qué iba a decirle, no había pensado en otra cosa durante las últimas horas, pero ahora que estoy junto a ella y veo sus moretones y magulladuras lo único que hago es dejar caer mi cabeza en la camilla y llorar como si eso pudiera solucionar algo.

No puedo evitar sentir que, haga lo que haga, nada será suficiente. Pensar que soy capaz de despertarla del coma es una idea casi infantil. En el fondo sé que mis palabras no harán ninguna diferencia, pero al mismo tiempo es lo único que puedo hacer.

Esto es mejor que no hacer nada, me repito como un mantra.

¿Y si nada funciona?, me responde esa fastidiosa voz en mi cabeza.

No sé por cuánto tiempo me limito a sollozar y a acariciar la piel de su antebrazo; cuando intento hablar siento mi garganta débil.

—Lo siento —es lo primero que digo, pues no hay nada que desee más decirle. Nunca terminaré de disculparme por ponernos en esta situación—. Perdóname por todo esto. Yo… Nunca quise que esto pasara. Si pudiera hacer algo para cambiarlo, lo haría. Te lo prometo. Haría cualquier cosa…

Sé que no tendré ninguna respuesta, pero de igual manera espero. Espero, espero y espero, aun así, el silencio nunca se acaba.

—Leí que las personas en coma pueden escucharlo todo —continúo, siguiendo mi ingenuo plan y recordando a medias lo que había ensayado antes —. Estoy segura de que tú puedes escucharme, y seguramente estás desesperada

por abrir la boca y decirme que no me preocupe. Porque eso es lo que haces, ¿no? Tú… tú me cuidas. Me proteges de todos, incluso de mí, y yo… —mi voz se quiebra—, y yo no pude hacer lo mismo por ti.

Otra vez espero.

—No voy a permitir que me dejes, Leigh. Tengo muchas cosas que decirte. Tenemos muchas cosas que hacer juntas. Aún debes volverte una superestrella y comerte el mundo. Aún… —no soy capaz de seguir.

Debo decirte que te amo y que te seguiría hasta el fin del mundo.

No me dejes.

Eres mi persona.

Por favor, no me dejes.

—Por favor —me obligo a pronunciar. Mi vista está completamente nublada por las lágrimas y mi respiración es irregular, me cuesta llenar mis pulmones. Debo verme tan destrozada como me siento—. Por favor, vuelve a mí. Si puedes… Si puedes escucharme, aférrate a mi voz. Estaré aquí cuando despiertes, seré fuerte por ambas, lo prometo. Solo… sigue mi voz. No dejes de luchar.

Lo prometo.

18. El camino correcto

Arcade - Duncan Laurence

Pasado

Pasó un mes desde el incidente de la cafetería y las cosas... iban bien.

Al principio tuve que aguantar susurros a mis espaldas, miradas divertidas, otras curiosas y otras de lástima. Lena tampoco había vuelto a molestarme —no por decisión propia, sino porque Leigh había tenido una conversación poco amistosa con ella de la que prefería no saber detalles—. Estuve una semana almorzando en la biblioteca a raíz de eso, pero, a diferencia de antes, no estuve sola. Leigh y las gemelas me acompañaron cada día, y Meg se encargaba de ponerle mala cara a cualquiera que dijera algo sobre mí.

Era... diferente. Mi vida había cambiado muchísimo y, por primera vez, sentía que era para mejor. Tenerlas me hacía sentir mucho más liviana; aun si no podía ser completamente honesta con Zoe y Meg, sabía que, de alguna u otra forma, estaban ahí. Las conocía hacía nada, pero me hacían sentir mucho más segura de lo que alguna vez Lena me hizo sentir. No sabía qué podían ver ellas en mí que valiera la pena, sin embargo, actuaban como si tenerme como amiga fuera de lo más genial. Sentía que no debía esforzarme por encajar con ellas, y aunque a veces era algo agotador seguirles el ritmo, me sentía cómoda con su presencia.

Había descubierto que las gemelas tenían un hermano como de la edad de Lucas, y habían insistido mucho en que los presentáramos, pero en el fondo solo era Zoe queriendo ver de nuevo a mi hermano porque estaba «demasiado bueno», según ella. Meg no decía nada al respecto, se limitaba a observar a su hermana con los ojos entrecerrados como si supiera la verdad detrás de sus halagos hacia Avery y eso la irritara, pero al final terminaba rodando los ojos y riendo.

Y Leigh... seguía siendo Leigh. No había vuelto a tocar el tema de nuestro beso, pero no era necesario, porque yo ya pensaba en eso todos los malditos días. A veces me sorprendía a mí misma poniendo *Heal* a todo volumen para rememorar el momento con más detalles, como si fuera posible olvidar alguno.

A veces la encontraba mirándome con una sonrisa curiosa e hiperventilaba por minutos porque creía que diría algo sobre el beso, pero no lo hacía.

Hasta que un día, mientras estábamos solas en la sala de música, lo hizo.

—¿Vamos a estar así para siempre? —preguntó mientras afinaba la guitarra de la escuela, fingiendo estar distraída.

Me tensé y me puse nerviosa, pero traté de que no se me notara.

Fallé.

—¿Así cómo? —pregunté. En consecuencia, ella me miró con obviedad y me ruboricé—. Estamos... bien.

—No, no estamos bien —replicó dejando de lado el instrumento y acomodándose sobre el pupitre—. Es decir, actuamos como si no hubiera pasado *nada*, pero tú y yo sabemos que fue *algo*.

—Dijiste que no me ibas a presionar —murmuré.

Leigh se puso de pie y caminó hacia donde yo estaba sentada, frente a ella. Se acercó hasta que estuvimos a centímetros de distancia, dejándome apenas espacio para respirar mi propio aire.

—Sé lo que dije, pero también quiero hacer algo al respecto, Pajarito.

Contuve el impulso de sonreír al escuchar el apodo, ya me había acostumbrado a él e incluso le había tomado cariño. Pero jamás lo admitiría en voz alta, mucho menos frente a ella.

—¿Respecto a qué? —pregunté mientras trataba de apartar la mirada, pero no conseguía mirar otra cosa que no fueran sus labios.

No era una buena señal. Era suficiente como para querer salir corriendo y poner distancia antes de que fuera demasiado tarde, *y quería hacerlo,* pero no lo hice.

—¿Es necesario que lo diga? —dijo mientras alzaba una ceja. Estaba afirmada en el mismo pupitre en el que yo estaba sentada, y si yo intentaba alejarme, ella se acercaba—. Hay que ser muy ciego para no darse cuenta de que me gustas.

Casi me ahogué con mi propia saliva.

Tenía razón, se notaba, pero pensaba que eran ideas mías, que había estado creándome fantasías para hacerme creer que ese beso no había sido un error. E incluso ahora que Leigh había materializado ese pensamiento, no podía creerlo.

¿Cómo yo, siendo tan insípida e inestable, podría gustarle a alguien tan intrépida y genial como Leigh? No tenía sentido. Era una estupidez.

—Estás confundida —murmuré, lo que hizo que ella se alejara un poco, parecía dolida, había algo parecido a la decepción en sus ojos. De inmediato quise desaparecer de la faz de la Tierra—. Es decir...

—¿Estás tratando de decirme *tú* cómo me siento *yo*? —preguntó casi con indignación—. Créeme, soy muy consciente de mis sentimientos y te puedo asegurar que no hay un ápice de confusión en ellos.

—Dijiste que te gustaban los chicos —me excusé como una estúpida.

—Dije que había estado con uno, que además es un imbécil, no que solo me gustan los hombres. También me gustan las chicas. En realidad, no pienso mucho en eso. Simplemente me gustan las personas que me gustan, si es que tiene algo de sentido. *Me gustas tú* —estaba divagando. En otro momento me hubiese parecido divertido, pero apenas era capaz de procesar sus palabras.

Me puse de pie y me alejé antes de poder siquiera pensar en hacer algo de lo que pudiera arrepentirme.

—No deberías —le dije con toda la seguridad que pude aparentar,

ignorando todo lo que había dicho menos la última parte.

—No puedes decirme lo que debo o no debo hacer, Pajarito.

—No te conviene. Y deja de decirme así.

—¿Por qué? —dio un paso hacia mí—. ¿Porque eres inteligente? ¿Porque eres una buena persona? ¿O será porque eres jodidamente hermosa? Y no dejaré de hacerlo, me gusta el apodo.

Antes de que pudiera evitarlo, mis ojos se llenaron de lágrimas y su seguridad se transformó rápidamente en preocupación.

—Te voy a hacer daño. Solo traigo problemas. No vas a querer saber nada de mí cuando haga de tu vida una mierda. No soy buena para ti.

—Pajarito...

—No —le advertí con la voz temblorosa y dando un paso atrás—. No intentes hacerme cambiar de opinión. Me conozco, Leigh. Seré... Seré una pesadilla para ti. Es mejor que seamos amigas y nada más. Me lo vas a agradecer.

—No... —comenzó a decir, pero se calló—. ¿Te gusto, al menos?

Decidí ser sincera, ya no tenía nada que perder.

—Eso es un poco obvio, ¿no?

Con una rapidez increíble, recorrió el camino que nos separaba y acunó mi rostro con sus manos. El tacto me quemó la piel, pero fue un ardor agradable, era como si me hiciera sentir viva. Y debía tener cuidado o podría acostumbrarme a ello, *quererlo,* y eso era peligroso.

—Entonces ¿por qué intentas alejarme? No te pido que seamos novias inmediatamente, solo... te pido que me des la oportunidad de demostrarte que estás equivocada.

Con sus pulgares apartó un par de lágrimas que caían de mis ojos.

Quise apartarme, pero no tenía fuerzas para hacerlo, su cercanía me debilitaba, y era justo eso lo que quería evitar. Algo entre ambas no iba a funcionar, lo sabía, y mientras más rápido Leigh se diera cuenta, mejor. Pero en sus ojos había tanta determinación que parecía imposible que fuera a darse por vencida. Lo confirmó cuando acercó su rostro y me besó.

Lo intenté, juro que intenté apartarme, pero no pude. Quizás porque, en el fondo, no quería.

El beso fue diferente al primero. Esta vez no hubo duda de parte de Leigh, no esperó mi respuesta, solo se abrió paso a mi boca con seguridad y audacia, guiando mi segundo beso de la vida con lentitud, pero sin darme la oportunidad de poder escapar. Y no me importaba, porque no quería.

Mientras me besaba, todos mis sentidos se pusieron alerta. Podía sentir perfectamente sus labios, su mano que había encontrado su camino a mi cintura y su cuerpo apegado al mío. Podía escuchar mis latidos y nuestra respiración irregular casi como si estuviera en mi cabeza. Su olor a lavanda me embriagaba por completo, y su sabor... quería guardar el recuerdo de su sabor a menta en un lugar donde estuviera seguro para siempre, donde pudiera rememorarlo cuando quisiera.

Ella se separó varios centímetros y me obligué a abrir los ojos para mirarla.

Era capaz de ver las manchas color ámbar en sus ojos, gracias a que tenía puestos mis lentes. Era tan… increíble. No podía describirla con otra palabra. Leigh no podía ser real.

—¿Me entiendes ahora? —preguntó con la voz algo ronca, lo que me puso la piel de gallina—. No puedo conformarme con ser tu amiga cuando se siente *así.* No me importa lo que creas, estás equivocada. No puedes hacerme daño. Al contrario. Puedes hacerme feliz. Muy feliz.

No supe de dónde saqué las fuerzas y la cordura para hablar.

—Te estoy protegiendo —conseguí decir.

Pero… ¿la estaba protegiendo o me estaba castigando?

—Estás echando a la basura la posibilidad de tener un épico amor adolescente —respondió con suspicacia (y hubiese creído que con diversión si no me mirara con tanta seriedad)—. ¿Quieres eso?

Casi me reí. Casi.

—No puedes obligarme —dije, sin embargo.

Leigh se apartó de golpe y su mirada se ensombreció como si hubiese dicho algo horrible, y, tal vez, sí lo había hecho, pero al menos había conseguido lo que quería. Lo que *creía* que quería.

—Tienes razón, no puedo.

El ambiente decayó y fue como si nos cubriera un nubarrón. En cualquier momento se pondría a llover sobre nosotras. Tal vez ya había comenzado y por eso sentía esa opresión en el pecho que no me dejaba respirar mientras veía a Leigh hacer un gran esfuerzo para recomponerse.

—Este es el camino correcto, Leigh —traté de convencernos.

—¿Lo es? —se rio, pero no había ni una pizca de diversión en el sonido que salió de su boca—. Avísame cuando te lo creas.

Iba a decir algo, iba a retractarme y decirle que sí, que podíamos ser lo que ella quisiera, pero me contuve. Leigh era la primera persona externa a mi vida a la que le gustaba tal como era. *Le gustaba.* No podía permitirme arruinar eso por intentar algo que estaba destinado al fracaso. Y no era por ella, sino por mí. Hablaba en serio cuando decía que la estaba protegiendo. No merecía ser cubierta por mi tormenta; ella merecía días soleados y arcoíris.

No quería perderla.

—Me lo creo.

Es lo mejor, me repetí mil veces hasta que me lo creí, pero entonces ella se alejó de mí, y me di cuenta de que no era el camino correcto; no era lo que yo en realidad quería. Sin embargo, no tenía la valentía necesaria para decírselo.

19. Nada que perder

Tired - NIve

Presente
—Es hora de ir a casa, June —escucho una voz femenina a mis espaldas.

Por un momento olvido dónde estoy, hasta que me obligo a abrir los ojos y me doy cuenta de que me he quedado dormida sosteniendo la mano de Leigh. La luz me lastima un poco, así que me toco los ojos con las manos y me doy cuenta de que mis lágrimas se han secado en mi piel.

Estoy bastante segura de que doy asco.

Leigh sigue exactamente igual a como estaba antes de cerrar los ojos. Dormida. Ausente. En coma.

Duele.

Cierro los ojos e inhalo con lentitud, sintiendo el cuerpo adolorido y pesado por la posición en la que estaba y el cansancio acumulado de los últimos días, el cual se ha acentuado luego de haber estado durmiendo.

—¿Qué hora es? —pregunto con voz lánguida.

—Las nueve. Íbamos a despertarte, pero... —se calla, sin saber si continuar o no. Me doy la vuelta y abro los ojos; me encuentro a la señora Callen con un café en una mano y una pequeña caja de donuts en la otra—. Pero sé que no has estado durmiendo, así que decidimos dejarte descansar un poco.

Alterno mi vista entre ella y Leigh, un pinchazo de vergüenza me atraviesa, pero lo aparto con rapidez. Lo cierto es que lo necesitaba, aunque no lo admitiese en voz alta, han sido demasiadas horas en vela. El problema es que ahora que he conseguido dormir no me siento mejor, me siento débil y sin fuerzas, peor que antes.

Miro la caja de donuts y recuerdo que no he comido nada durante horas y mi estómago cruje de hambre.

La señora Callen se percata del recorrido que han hecho mis ojos y me observa con los labios fruncidos. Me mira como una madre miraría a su hijo por haberse saltado la cena para jugar videojuegos.

Otra vez, duele.

—Te traje algo para que comas —dice al tiempo que me ofrece la pequeña caja. En otro momento lo habría rechazado, pero siento un enorme agujero en el estómago, así que lo recibo con agradecimiento y una pizca de incomodidad. No la entiendo. Detesto no entender lo que está pasando. ¿Me odia? ¿Está siendo amable por su hija?—. Leigh siempre decía que amas lo dulce. La primera vez

que fuiste a la casa formalmente ella me obligó a prepararte una tarta de chocolate porque quería que te sintieras cómoda y...

—Lo recuerdo —la interrumpo, su voz comenzaba a quebrarse y no puedo ofrecerle ningún tipo de consuelo—. Gracias.

Beso la mano de Leigh a modo de despedida y susurro un «volveré pronto», me pongo de pie y me dispongo a salir de la habitación. Siento la penetrante mirada de Elizabeth en la nuca hasta que estoy abriendo la puerta.

—Lo siento, June —murmura con la voz apenas audible, pero logro escucharla y me giro hacia ella, aferrándome a la caja de donuts y a todo lo que significa aquel objeto y sus palabras—. Nunca debí... —su voz se quiebra—, nunca debí haberte culpado de lo que pasó. Me siento avergonzada de la forma en que te traté. Las palabras pueden ser muy peligrosas y las usé de una manera muy imprudente contigo...

Se me hace un nudo en el estómago y los ojos se me nublan por las lágrimas. Aprieto el pomo de la puerta con toda la fuerza que tengo, pues estoy demasiado cansada para seguir con todo esto. Estoy harta de llorar y de sentir que no puedo respirar por todos los pensamientos que rondan mi cabeza cada noche y cada día.

¿Es mucho pedir un descanso? Solo quiero un momento. Un pequeño espacio en el tiempo para poder convencerme de que soy fuerte, de que Leigh de verdad me necesita y de que puedo hacer algo para que todo esto termine.

Miro a la señora Callen y le doy un asentimiento débil.

—Gracias —repito, y quiero creer que me entiende.

Cierro la puerta detrás de mí y me dirijo a la sala de espera, donde alcanzo a divisar a Avery hablando con las gemelas. Cuando me ve, comienza a caminar casi de inmediato en mi dirección.

—¿Todo bien? —pregunta, y aunque su elección de palabras es horrible, asiento—. De acuerdo, entonces nos vamos a casa.

—No quiero verla.

—Lo siento, June, pero no era una pregunta. Vamos a ir casa, vas a ducharte, vas a ponerte *tu ropa* y vas a dormir en *tu cama.*

Me toma del brazo para que lo siga, pero me zafo de su agarre. No puedo hacer esto ahora, y él lo sabe, no debería forzarme.

—No puedes obligarme.

—Si tanto detestas a mamá por lo que pasó, ¿por qué ahora haces con ella lo que hizo contigo? —cuestiona, y doy un paso atrás porque sus palabras son como una bofetada. Su mirada se ensombrece y puedo sentir cómo mi corazón se encoge—. Iremos a casa y vas a enfrentarla. Estoy harto de verte sufrir y no hacer nada. Ya no seré la persona que se conforma con tus respuestas evasivas. Eres... Eres la persona más importante de mi vida, no puedo quedarme viendo cómo te destruyes. Así que nos vamos. Mañana vas a volver y estaré contigo, ¿vale? Pero ahora iremos a casa —repite, da un paso hacia a mí y toma mi mano —. Lo haremos juntos, ¿de acuerdo?

Avery jamás dejará de ser un hermano mayor.

—No puedo —susurro.

—Sí puedes —me asegura, su expresión se suaviza otra vez, pero la opresión en el pecho no desaparece—. Al menos, inténtalo. Y si no quieres hacerlo por ti, hazlo por Leigh. *Hazlo por mí.*

Miro la caja que sostengo con fuerza y pienso en la señora Callen y en todo lo que no dijo con palabras al darme una maldita caja de donuts. ¿Por qué no son todos así? ¿Por qué tenemos que hablar incluso si no tenemos nada bueno que decir?

Luego miro a Avery y la imagen de un niño asustado y atormentado por lo que yo olvidé se me viene a la cabeza. Si él pudo transformarse en la persona que es hoy, supongo que yo puedo hacer esto.

—Está bien —digo—. Vamos a casa.

Después de todo, no tengo nada que perder.

20. Una tormenta y un arcoíris

Broken - Jonah Kagen

Pasado

Todos los años en mi escuela hacían un concurso de talentos donde los estudiantes podían inscribirse y competir entre ellos por un premio sorpresa. El año pasado una chica de último año que bailaba increíble se había ganado un viaje al Caribe para dos personas. Según ellos era para incentivar el desplante y la creatividad de los estudiantes, y tal vez solo era una excusa para hacer un show de talentos, pero la verdad era que lo lograban. A mí me encantaba verlo, aunque fuera por internet porque se juntaba demasiada gente.

Este año, y luego de que Zoe fuera particularmente insistente, Leigh se había inscrito.

Ni siquiera iba a intentar ocultar que estaba emocionada por ella.

E iría. No sabía de dónde iba a sacar la fuerza necesaria para no volverme loca entre tanta gente, pero estaba decidida a ir.

Luego de lo que había pasado en la sala de música, estábamos un poco distanciadas; no me gustaba sentir que había un vacío entre nosotras, pero sabía que yo lo había ocasionado, Leigh no tenía la culpa de mi cobardía. Debía admitir que me dolía muchísimo que nuestra relación se hubiese enfriado de esa manera. Me sentía estúpida por haberla alejado, pero una parte de mí seguía intentando convencerme de que era lo mejor, aunque en el fondo lo único que quería era que volviese a mirarme como si no hubiese nada malo en mí, quería escucharla llamarme con ese tonto apodo o que me mandara mensajes aleatorios en mitad de la noche.

Lo había estropeado todo.

Pero eso no significaba que no iba a apoyarla, pues sabía que ella no pensaría dos veces en hacer lo mismo por mí. Así que, el día anterior al evento, llegué a mi casa y tomé prestados unos marcadores de colores que Lucas usaba de vez en cuando, para hacer un cartel que decía «Leigh Callen les pateará el trasero». Me moriría de vergüenza al levantar la pancarta, pero no se me ocurría nada más cierto que eso. Me gustaba. Quería que ella lo viera y sonriera.

El día del evento, un viernes soleado y completamente despejado, lo único que hicimos fue ayudar a preparar la escenografía en el gimnasio. El ambiente estaba encendido, los estudiantes hablaban sobre la competencia y apostaban por quién ganaría. Yo no necesitaba analizarlo mucho. Estaba segura de que Leigh lo haría.

Este año, la temática de la decoración era un tanto extraña, pero se veía sorprendentemente bien. Habían puesto luces ultravioletas y pintaron planetas y estrellas en una tela blanca con pintura que se veía solo cuando prendían las luces. En el centro habían escrito «Conviértete en una estrella» con distintos colores. Se veía genial y me recordaba a las gemelas; si no supiera que había un comité detrás de la idea, juraría que era obra de ellas.

Apenas vi a Leigh durante el día. Imaginaba que estaba ocupada con su presentación, pero algo me decía que, en realidad, me estaba evitando, y me sentía como la mierda.

Me fui a casa caminando, sin poder quitarme de encima la sensación de haberlo arruinado. Sin embargo, había algo en mí, una chispa de valentía que jamás había tenido, que quería hacer algo, cualquier cosa, con tal de hacer que Leigh volviera a sonreírme como a mí tanto me gustaba. Pero, para cuando llegué a casa esa chispa había desaparecido, como si jamás hubiese existido.

Me encerré en mi cuarto y, como venía haciendo hacía varios días, puse la *playlist* de Leigh a todo volumen, aprovechando que estaba sola. Luego de una hora de estar recostada mirando el techo, se reprodujo una canción a la que nunca le había prestado mucha atención. Se llamaba *Broken.* Me puse a analizar la letra y, luego de escucharla tres veces en bucle, me paré de la cama con los ojos llorosos y ganas de ir adonde fuese que Leigh estuviera y pedirle que olvidara lo que le había dicho.

Estaba cansada de estar sola y a Leigh de verdad le gustaba, ¿por qué yo misma me lo ponía tan difícil?

Me quité los lentes y me aparté las lágrimas del rostro con brusquedad mientras tomaba mi celular. Abrí Spotify, seleccioné *Broken* de Jonah Kagen y se la envié a Leigh, con la esperanza de que pudiera entenderme.

Esperé por largos minutos a que respondiera, pero no lo hizo.

Las gemelas habían pasado por mí en el coche de sus padres y estábamos a punto de llegar a la escuela. Meg iba conduciendo y Zoe estaba de copiloto. Hablaban sobre las personas que iban a participar y cómo es que no tenían ninguna posibilidad contra Leigh. Probablemente éramos las únicas que lo pensábamos, pues casi nadie la había escuchado por ser una estudiante nueva. Estaba segura de que se llevarían una gran sorpresa.

Yo había permanecido la mayor parte del viaje en silencio, tratando de calmar los nervios ante la perspectiva de estar en un lugar cerrado con un montón de personas. La única vez que había ido fue cuando tenía catorce, y terminé pidiéndole a Avery que me llevara de vuelta a casa porque me sentía mal. Esperaba que esta vez fuese diferente. Lo necesitaba.

Instintivamente, miré mi celular, Leigh había leído mi mensaje y no me había contestado. Me mordí el labio y luego abrí la boca sin pensar muy bien en lo que saldría de ella.

—¿Leigh es una persona rencorosa?

Zoe se giró hacia a mí, quedando en una posición incómoda, y me enarcó una ceja.

—¿Por qué lo preguntas?

—Solo... quiero saber —me encogí de hombros, fingiendo tranquilidad.

—Depende —respondió Meg mientras buscaba un lugar libre en el estacionamiento—. Leigh es impulsiva y un poco terca, así que va a depender de la persona. Pero tranquila, June, estoy segura de que si le sonríes un poco se le va a pasar.

Zoe soltó una risita y mis mejillas se tiñeron de color carmesí. A veces olvidaba que ellas eran como hermanas y se contaban absolutamente todo, era obvio que sabían lo que había pasado. Quise desaparecer en mi asiento.

—No sé de qué hablas —mentí con descaro.

—Claro, y yo sé cantar —respondió Meg.

—¿Quieres un consejo, June? —habló Zoe, me encogí de hombros y eso fue suficiente para ella—. No lo pienses demasiado. Leigh está loquísima por ti. En serio, llega a ser un poco vergonzoso, incluso para ella. Pero para ti es bueno. No tienes que esforzarte, solo ve y cómele la boca como en las películas.

El rostro me ardía de pura y vil vergüenza.

—La espantaste —le recriminó su hermana, lo que derivó en una estúpida discusión sobre quién era más bocazas, pero me desconecté de todo cuando sentí vibrar mi celular.

Ve a los camerinos luego de mi presentación.

Era corto y conciso, pero fue suficiente para que mi corazón se pusiera a dar piruetas en mi pecho, a tal punto que ni siquiera le presté atención al gentío que había dentro del gimnasio. Iba como si no estuviera ahí, sosteniendo el cartel como si no pesara en mis manos, pues la verdad era que mi mente estaba imaginándonos en el camerino. Me di el permiso de imaginar lo que le diría, y me gustó. Me gustó imaginarme siendo valiente.

Adentro, las gradas estaban casi llenas. Nos sentamos al medio, lo más cerca que pudimos del enorme escenario que habían instalado.

Comencé a morderme las uñas mientras esperaba que comenzara, y cuando no fue suficiente, empecé a mover las piernas, hasta que Zoe me puso una mano en la rodilla y me pidió que me tranquilizara con su voz dulce.

Cinco minutos más tarde, el director salió a dar un discurso. Luego comenzaron a presentar a los participantes. No tenía la más mínima idea de cuándo sería el turno de Leigh, pero logré distraerme con los números, que iban desde rutinas humorísticas hasta demostraciones de talentos muy raros.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando nombraron a Leigh. Lo anterior había pasado en un cerrar de ojos, probablemente no lo recordase al día siguiente. Pero esto sí que lo recordaría más que bien.

—Ahora es el turno de una talentosa joven que ha llegado este año a nuestro establecimiento y que viene a deleitarnos con su hermosa voz —anunció el profesor de Teatro, quien siempre hacía de presentador—. ¡Señoras y señores, con ustedes, Leigh Callen!

El gimnasio se llenó de aplausos de entusiasmo, pero en cuanto Leigh

apareció en mi campo de visión, me desconecté de todos y solo existió ella.

Traía una guitarra que jamás había visto colgada en sus hombros, sobre un vestido azul marino que le llegaba un poco encima de las rodillas. Su cabello estaba atado en un medio moño, dejando dos mechones rojos sueltos que contorneaban su rostro. No alcanzaba a distinguir si estaba maquillada, pero en realidad daba igual, se veía preciosa. Se veía como una maldita estrella, y lo único que pude pensar fue que esa era la misma persona que dijo que yo podía hacerla feliz.

Sentí un tirón en el brazo que me sacó de mi ensimismamiento momentáneo. Zoe me sonrió y me obligó a ponerme de pie junto a ella y su hermana. Tomé mi cartel y lo levanté. Estaba muerta de vergüenza, pero también estaba muy embobada por Leigh como para darle importancia.

—Buenas noches —dijo a través del micrófono. Su voz transmitía nerviosismo, por lo que Zoe profirió un fuerte grito de aliento que provocó que Leigh nos encontrara entre la multitud. Nuestras miradas conectaron por un par de segundos, ella sonrió y luego leyó mi cartel. El mundo volvió a desaparecer —. Tenía planeado cantar una canción diferente, pero hubo cambios de último momento —me sonrió—, y he decidido interpretar una canción que escribí hace algún tiempo. Se llama «Entre tormentas y arcoíris» y es para alguien que está entre el público —el gimnasio se llenó de vítores y olvidé cómo respirar—. Espero que les guste.

Se acomodó la guitarra al mismo tiempo que una luz la enfocó solo a ella.

Entonces, comenzó a cantar.

Toma mi mano

Estoy a tu lado

Puedes sostenerte de mí

No te dejaré caer

La canción no era ni lenta ni rápida, tampoco era alegre ni triste. Era un punto medio, tal como su nombre. Era increíble. Su voz suave transmitía demasiado como para ser real, y solo habían sido un par de versos. O tal vez era porque estaba hablando de mí.

Ahora puedo respirar

Eres buena para mí

Cierra los ojos

Vamos a volar a través del cielo

Una sonrisa temblorosa apareció en mis labios y tuve que tomar a Zoe del brazo para sostenerme. Era demasiado. Leigh era demasiado.

Donde hay tormentas y arcoíris esperando por nosotras

Donde puedas ser libre y pueda ser yo misma

Aguanta

Sosténme a tu lado

Podemos volar

Entre tormentas y arcoíris

Tuve que sentarme. Estaba demasiado abrumada. Era una maraña de sentimientos contradictorios, algunos negativos y otros increíblemente

hermosos. Por primera vez, los negativos perdieron la batalla.

Y me reí. Una carcajada estrangulada salió de mi boca porque todo era demasiado loco, extraño y muy intenso, pero tan real que sentía que iba a estallar.

Leigh no dejó de mirarme en ningún momento, ni siquiera me importó si alguien se daba cuenta. En ese momento todo dejó de importarme, excepto ella.

Llévame donde no pueda sentir más dolor
Bésame hasta que no haya nadie más
Tócame donde nadie más me ha tocado
Solo tú puedes llevarme lejos de aquí

Volvió a cantar el coro y el público estalló en aplausos. Ella sonrió y entonces lo supe. No tenía opción, quizás nunca la había tenido. No había ninguna maldita posibilidad de que pudiésemos ser amigas. Leigh y su jodido destino. Leigh y su jodida luz. Leigh y su jodida voz. Estaba perdida y, por primera vez, no tuve miedo. Tenía un nuevo lugar seguro y era su voz, sus brazos, su sonrisa...

Cuando la canción terminó me di cuenta de que tenía las mejillas empapadas. A duras penas conseguí ponerme de pie mientras el público aplaudía y Leigh los miraba con una sonrisa tremenda, a sabiendas de que ya había ganado. Era lo justo. Leigh había nacido para esto, yo lo sabía y ahora el mundo también.

Escuché la voz de Meg llamarme, pero ya había logrado salir de las gradas y me dirigía hacia los camerinos, sintiendo una euforia y una valentía que no creí que existiera dentro de mí.

El cartel había quedado abandonado junto a las gemelas.

El lugar estaba vacío, a excepción de bolsos y maquillaje por ahí y por allá. Debieron pasar unos cinco minutos hasta que Leigh hizo acto de presencia. Sentía el corazón en la garganta, estaba mareada y mis manos temblaban, pero conseguí sonreírle.

Ya no tenía su guitarra y venía con una sonrisa que demostraba lo feliz que estaba, sin un poco de timidez. La misma sonrisa que tenía cuando la vi en la fiesta, aquella que capturó mi atención la primera vez.

—¿Te gustó? —preguntó cuando estuvo frente a mí.

—Yo... —traté de hablar, pero las palabras no salieron.

—¿Te he dejado muda otra vez, Pajarito?

—¿En serio era sobre mí? —logré preguntar.

—Eres la única que logra sacar mi lado cursi, así que sí, está bastante claro que *es* para ti.

Dio un paso hacia mí y estaba segura de que iba a besarme, pero me adelanté y la envolví en un abrazo inesperado, tanto para ella como para mí. Antes de poder evitarlo, comencé a llorar. Leigh me estrechó en sus brazos como si fuera una delicada pieza de porcelana, frágil, importante, única...

—Espero que sean lágrimas de las buenas —susurró contra mi cuello y logré asentir a duras penas—. Está bien, June. Puedes llorar todo lo que quieras, no voy a soltarte.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —asentí y me separé de ella para poder mirarla a los ojos.

—No soy buena expresando lo que siento —dije, ella me miraba con calidez —. Pero eso fue…

—¿Increíble? ¿Asombroso? ¿Inspirador?

—Esperanzador —respondí.

—Ay, Pajarito, vas a acabar conmigo.

Me tomó del rostro con toda la delicadeza del mundo y me besó.

Me di cuenta de que sus labios también eran mi lugar seguro.

Me di cuenta de que ella era un arcoíris y yo una tormenta; la combinación más improbable y, sin duda, mi favorita.

Me di cuenta de que Leigh no me iba a dejar caer.

Me di cuenta de que la quería.

Y me di cuenta de que ella iba a quererme de vuelta.

21. Cosas de adultos

Older - Sasha Sloan

Presente
El camino a casa es tortuosamente silencioso. Me como las donuts para calmar un poco los nervios, pero al final solo termino con el estómago revuelto. No he estado ahí desde que tuve *esa* conversación con mi madre, tampoco he hablado con ella ni quiero hacerlo, pero ya no puedo retractarme.

Cuando llegamos, son alrededor de las nueve de la noche. Las luces están prendidas cuando entro, pero no hay señal de vida hasta que escucho una risa infantil proveniente de la cocina. Miro a Avery en busca de ayuda, pero él se limita a tomar mi mano y llevarme hacia aquel lugar.

Ese maldito lugar.

Me tiembla todo el cuerpo, y me doy cuenta de que, después de todo, no soy capaz de hacer esto.

En cuanto nos ven entrar, todos se quedan en silencio. Eric me da una mirada de pesar y se acerca a Lucas mientras hago un enorme esfuerzo para dar otro paso.

—¿Te parece si vamos a jugar videojuegos? —le pregunta Eric a mi hermano pequeño, quien está sentado sobre la isla, probablemente viendo a mi madre cocinar.

—Pero tú eres horrible jugando.

—Prometo que he mejorado. Te daré una paliza —replica de manera nerviosa. Es obvio que quiere dejarnos solos. Desearía que no lo hiciera—. O podemos ver videos de BTS en la tele.

—¡Sí! —exclamó mi hermano, bajándose de inmediato. Eso siempre funciona, y suele hacerme gracia, pero no ahora.

Cuando se van, el silencio vuelve a instalarse. Mi mamá está delante de la cocina y me mira como si estuviese viendo a un fantasma, pero no dura mucho. Lo siguiente pasa muy rápido: se acerca a mí a paso apresurado y me estrecha entre sus brazos, sin darme tiempo para apartarme antes de que nuestros cuerpos entren en contacto. No le correspondo, me quedo estática con los brazos colgando a mis costados, hasta que ella se separa.

—¿Estás bien? —su voz suena temblorosa. No sé cómo seguir respirando. No respondo—. Te preparé algo de comer. Debes estar cansada y hambrienta.

Me tenso y empuño mis manos a los costados. El estupor inicial se acaba y comienzo a molestarme, un sentimiento oscuro parecido al odio se apodera de

mí.

—Mi novia tiene que estar a punto de morir para que te preocupes por mí —escupo. A mi lado, Avery suspira y se afirma en el marco de la puerta—. Estoy tomando nota.

Mi madre da un traspié y, honestamente, no sé si la sorpresa y el dolor que veo en sus ojos verdes es porque acabo de decirle que Leigh es mi novia o por el verdadero significado de mis palabras.

—No puedes decir eso —responde.

—El que no tuvieras ni puta idea de que Leigh es mi novia y no una simple amiga cercana prueba que te importo una mierda.

¿De dónde saco la fuerza para pronunciar las palabras? No tengo idea, pero quiero parar. No me gusta ser así, no soporto herir a los demás, incluso si esa persona es alguien que me ha herido tan profundo que siento que toda mi vida se destruyó a raíz de ello.

—June... —me advierte Avery, pero lo ignoro.

—¿Cómo puedes venir y preguntarme si estoy bien luego de...? —mi voz se rompe—. ¿... luego de todo lo que pasó? —no dice nada, sus ojos están inundados de las lágrimas que intenta retener—. Responde. ¡Di algo de una maldita vez!

Me abrazo el cuerpo al tiempo que un sollozo se escapa de mi garganta.

No quiero estar aquí.

—Ser adulto no significa ser perfecto, también cometemos errores —responde luego de un rato. Su voz suena casi tan quebrada como la mía y me duele, me duele demasiado—. No puedes culparme por lo que hice.

—¿Y a quién culpo, entonces? ¿Te gustaría que culpara a Avery? ¿O a mí, más de lo que me culpo cada día por todo? Sería mucho más fácil, ¿no? Si quieres puedo obligarme a olvidar todo de nuevo, estoy segura de que eso te encantaría. Amas todo lo que te haga la vida más fácil, por eso siempre has preferido a Avery antes que a mí.

—Hija...

Es todo lo que puedo soportar. No quiero hacer esto. No ahora. Ni nunca.

Quisiera no recordar. Desearía volver a olvidar, pero no puedo hacerlo, por más que lo intente. Incluso si mi preocupación está con Leigh, no puedo parar de reproducir en mi cabeza imágenes de lo que pasó en el pasado. Es doloroso, me quema y no me deja respirar.

¿Es así como será toda mi vida? ¿Estoy condenada a vivir siendo presa de mi mente, siendo torturada por los recuerdos?

Miro a mi madre una última vez, su rostro está rojo y empapado de lágrimas que me hacen sentir odio y culpa a partes iguales. Desearía que las cosas fueran diferentes, pero no lo son. Mi vida es un desastre, una tormenta imparable. Debería aprender a vivir con eso y resignarme al hecho de que mi madre me mintió, me hirió, me quitó la posibilidad de entender mis problemas y no puedo perdonarla, incluso aunque en el fondo sepa que ella también está rota...

Un fugaz recuerdo de hace años se me viene a la cabeza. Eric acababa de

llegar a esta casa y no me terminaba de agradar su presencia. Sentía que lo desordenaba todo. Había salido de mi habitación para tomar un vaso de jugo y me percaté de que mi padrastro y mi mamá estaban hablando en la cocina. Mantenían un tono de voz bajo y eso me dio curiosidad, así que me escondí para escucharlos. No alcancé a entender nada porque justo llegó Avery y me asustó. No dije lo que estaba haciendo hasta que él mismo se dio cuenta de lo que estaba pasando en la cocina, entonces su mirada se ensombreció y me sacó de ahí.

—Son cosas de adultos, June —me había dicho.

Ahora, en el presente, mientras todo hace *click* en mi cabeza, me giro y lo miro. Tiene los ojos llorosos y se muerde el labio.

—Prefería cuando eran cosas de adultos —le digo antes de ir a mi habitación.

22. Un comienzo

You Are In Love - Taylor Swift

Pasado
Luego de un par de minutos en que lo único que hicimos fue besarnos, decidimos salir a ver el resto del espectáculo. Leigh me tomó de la mano, pero cuando llegamos a donde estaban las gemelas, la solté. Si se molestó o se le hizo extraño, no lo dijo.

Nunca me había preocupado de tener que salir del clóset porque jamás creí que le fuese a gustar a una chica de esa manera, pero cuando caí en cuenta de nuestras manos unidas y el centenar de personas que podían vernos y decir algo que pudiera herirme, me comenzó a preocupar. No se lo dije a Leigh.

Finalmente, y para sorpresa de nadie, la morena ganó. El premio fue una suma de dinero bastante elevada para ser un concurso de talentos escolar.

—Mi padre me va a querer asesinar por no hablarle sobre esto —se rio Leigh. Estábamos en el coche con las gemelas e íbamos camino a mi casa.

La miré extrañada, y entonces me di cuenta de que no había mencionado a sus padres en ningún momento. Si yo fuera ella, los hubiera obligado a ir. No sabía lo que era que mis padres estuviesen orgullosos de mí. Me gustaría experimentarlo alguna vez.

—¿Por qué no les dijiste? —pregunté. Estábamos sentadas en la parte de atrás del auto y ella seguía observando su galvano de primer lugar con una sonrisa de orgullo.

—Por si perdía —se encogió de hombros, esta vez mirándome—. Supongo que no quería que me vieran fracasar. Esta era la primera vez que me presentaba de verdad.

—Con un talento así yo no lo hubiese dudado... —murmuré, pero en realidad no estaba segura de eso. Conociéndome, probablemente no dejaría que ni siquiera Avery me escuchara. O tal vez, si tuviera algún talento, mi vida sería diferente.

—Ay, por favor, basta —se quejó Meg desde el asiento del conductor—. Mientras más la elogien, será peor. Se va a convertir en un grano en el culo y ni siquiera tú la vas a poder soportar, June.

Se escuchó el sonido de un golpe, seguido de una queja de Meg.

—Deja de ser tan bruta —se quejó Zoe.

—¿Bruta yo? ¡Me acabas de golpear y voy manejando, idiota!

Leigh a mi lado rodó los ojos y me sonrió, un poco ajena a la pelea que se

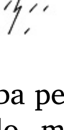
estaba formando entre las gemelas.

—Probablemente este es el mejor día de mi vida.

—Deberías estar orgullosa de ti —respondí con una sonrisa un poco tímida.

—No lo digo solo por ganar el concurso.

Aparté la mirada y escuché su risa a mi lado cuando volví a mirarla estaba tirando de mi brazo para que me acerca a ella, y no me resistí.



Al parecer, Leigh era un poco famosa.

Todo el mundo en la escuela estaba pendiente de lo que hacía y le sonreían en los pasillos. La habían felicitado miles de veces, y como yo estaba generalmente con ella y las gemelas, eso significaba que también habían empezado a reparar un poco en mí, más de lo que ya lo habían hecho luego de lo que pasó con Lena. Pero, por alguna razón, no me enloqueció como debió hacerlo, aunque sí era muy incómodo tener que ver cómo un montón de chicos la saludaban a mitad de un pasillo y le sonreían...

Vale, existía una mínima posibilidad de que esa incomodidad en realidad fueran celos. Pero no lo iba a admitir.

La cuestión era que en el fondo me hacía feliz ver que las personas reconocieran su talento y la admiraran.

Por otra parte, sentía que lo que pasaba entre nosotras era demasiado, y estaba preocupada, pero a la vez me sentía más liviana. Era como si estuviese dejando caer por fin los muros que me separaban de las personas, pero solo con Leigh, lo que, al mismo tiempo, me asustaba. Tenía miedo de comenzar a depender de ella. Sabía que era una posibilidad grande, pero trataba de no pensar en eso porque era demasiado pronto. Ni siquiera sabía si esto iba a funcionar. Aunque, si era sincera, quería que funcionara con todas mis fuerzas.

Ya era jueves y Leigh me había acompañado caminando a mi casa. En la escuela no teníamos ninguna clase de interacción romántica cuando había gente. Era un acuerdo al que habíamos llegado tácitamente, y lo agradecía. En el fondo, sabía que no era algo que la hacía feliz, era una mierda esconderse, sobre todo para alguien tan abierta como ella, pero yo no estaba lista. Quizás estaba siendo egoísta, sin embargo, no quería forzarme, y sabía que ella tampoco quería presionarme, así que fingía que no le importaba.

Estábamos llegando a mi casa y Leigh me estaba contando que sus padres aún no la perdonaban por no haberles dicho sobre el concurso. Se estaba riendo, y se le hacían unos pequeños pliegues alrededor de sus ojos que no había notado antes; había empezado a notar varias cosas desde aquel momento en que nos besamos en los camerinos, como la pequeña cicatriz que tenía bajo la ceja o el lunar que tenía justo arriba del arco de sus labios.

Estaba bastante segura de que era algo subjetivo, pero Leigh era preciosa, tanto que a veces se me hacía un poco irreal.

Nuestros brazos se rozaron y ella aprovechó de tomarme de la mano. Me tensé sin poder evitarlo, miré hacia todos lados de la manera más disimulada

posible, esperando que no hubiese nadie observando. Para cuando por fin me relajé, ya habíamos llegado a mi casa y Leigh me había soltado. Se me encogió el estómago y un pinchazo de culpabilidad me atravesó el pecho. Ojalá fuese más fácil.

—¿Nos vemos mañana? —me preguntó. Se estaba mordiendo el labio. Lo hacía cuando estaba nerviosa, probablemente ni siquiera era consciente de ello. Asentí—. Hmm... June, ¿estamos bien? Es decir, ¿estás bien? ¿Te sientes incómoda? Sé que he sido muy insistente y un poco intensa, pero no quiero que hagas algo para lo que no estás preparada.

No sabía qué decir. ¿Por qué tenía que ser tan buena para leerme? Era como si me conociera más que yo misma.

—Yo... no lo sé. Estoy bien. Me gusta esto, pero... —me callé, ella me miraba como si cualquier palabra que saliera de mi boca pudiera lastimarla—. ¿Quieres pasar?

Leigh me miró algo sorprendida, pero terminó asintiendo, así que la guie adentro. A esa hora no había nadie en casa; Avery estaba en la universidad, Lucas debía estar en el jardín y el resto, trabajando.

Una vez adentro, le ofrecí algo de beber y comer, pero no quiso, así que terminamos subiendo en silencio a mi habitación. No era incómodo, pero sí un poco extraño. No estaba acostumbrada a que Leigh se quedara callada, siempre estaba hablando de algo, o al menos viéndome. Ahora evitaba a toda costa mirarme.

—¿Entonces...? —habló finalmente, se había sentado en el borde de mi cama, mientras que yo estaba de pie frente a ella sin saber qué debía decir.

—Esto es nuevo para mí.

Me senté a su lado con frustración.

—Lo sé.

—Nadie sabe que me gustan las mujeres.

—¿Ni siquiera tu hermano? —negué con la cabeza. Ella me estaba viendo con una mueca hasta que se acercó y puso su mano en mi rodilla, como si intentara infundirme confianza. En todo caso, no era necesario; confiaba en ella plenamente—. ¿Qué es lo que quieres hacer? Ya sabes que no te obligaré a nada.

—¿Podemos...? ¿Podemos, simplemente, guardárnoslo para nosotras?

—Las gemelas ya saben.

—Sí, pero...

—Y mis padres también.

La miré horrorizada.

—¡Leigh!

—Lo siento —se encogió de hombros, fingiendo culpabilidad—. Es que no hay secretos entre nosotros. Ellos preguntaron qué canción había cantado, se las mostré y... pues, se los conté. ¿Es muy terrible? —ahora sí parecía algo preocupada.

La miré. Traté de no alterarme, me dije que daba igual, que ni siquiera conocía a sus padres. No era relevante.

—No —terminé diciendo y ella sonrió.

—Genial, porque hay algo más.

—¿Debo preocuparme?

—Depende...

Me puse de pie con nerviosismo y ella me siguió, me tomó de la mano y me detuvo frente a ella.

—Sé que es demasiado pronto, pero insistieron mucho y... ellos quieren conocerte. Me pidieron que te invitara a cenar este fin de semana. Es algo que les preocupa mucho porque antes yo...

—No.

Leigh dio un traspié ante mi respuesta tan tajante.

—¿Por qué?

—No voy a conocer a tus padres... —dije. Ella se cruzó de brazos y me entrecerró los ojos.

—Eso no fue lo que te pregunté. Solo será una cena, simplemente quieren saber quién eres. Tómalo como una invitación normal. Como si fueras una amiga y ya.

—No —repetí.

Tan solo la idea me hacía hiperventilar. Si iba a esa cena terminaría muerta de un ataque al corazón. Muchas cosas podían salir mal, partiendo por el hecho de que ni siquiera podía tener una conversación extensa y no sabría cómo comportarme para agradarles, era mucha presión. No iba a gustarles.

Leigh dejó caer sus brazos a los costados con aire de derrota, y en parte me sentí mal por ella. Podía notar que la idea le hacía ilusión, pero ella tenía razón, era demasiado pronto.

—Lo siento —dije, consiguiendo que se volviera a acercar a mí y me rodera la cintura con un brazo de manera cariñosa—. Más adelante, tal vez. No quiero arruinarlo tan pronto.

—Creo que ellos te amarían, sobre todo mi padre —sonrió—, pero está bien. No te puedo forzar, así como no te obligaré a salir del clóset si no estás lista. Va a ser difícil no besarte cuando quiera, pero puedo vivir con eso.

Le sonreí de vuelta sin poder evitarlo.

—Gracias por entenderlo.

—Solo espero que sepas que no hay nada de lo que avergonzarse, Pajarito.

—Deja de decirme así —me quejé, ignorando sus palabras.

Sabía perfectamente que lo que sentíamos no era motivo de vergüenza, pero en cuanto la gente lo supiera, comenzarían a juzgarnos, a señalarnos, y no iba a poder controlar mis pensamientos cuando eso pasara.

La gente era cruel, lo sabía y no quería exponerme así. Me aterraba.

Cerré los ojos para intentar espantar esos pensamientos, pero era difícil. Siempre lo era.

Leigh me tomó de la mejilla y me dio un beso corto en los labios que me tuvo a la deriva por unos segundos. Sentía que nunca me acostumbraría a lo que sus besos me hacían sentir. Era como tener mil tormentas eléctricas en mi interior, jamás había sentido algo así y me gustaba la sensación.

¿Para qué preocuparme por el futuro cuando podía centrarme en ella?

La atraje hacia mí y profundicé un poco más el beso. Seguía siendo una completa inexperta, pero Leigh me dejaba llevar el ritmo, y la idea de tener el control sobre algo me fascinaba.

—Debería irme —dijo contra mis labios—. Tengo tarea que hacer.

—Puedes hacerla aquí —propuse con timidez.

—Dudo que pueda concentrarme.

Me puse roja y ella se rio en mi cara. Intenté alejarme, pero su brazo en mi cintura me detuvo y me volvió a besar. Estaba en el cielo.

—¿June, estás en...? —escuché la voz de mi hermano—. Oh, mierda.

Me paralicé. Leigh alzó la cabeza y abrió con sorpresa los ojos, dejándome claro que ya no estábamos solas.

Me alejé de la morena lo más rápido que pude y me di la vuelta para encontrarme con un Avery completamente sorprendido y algo avergonzado parado en el marco de mi puerta.

—Lo siento por no tocar —murmuró.

—Puedo explicarlo —dije con rapidez. A mi lado escuché a Leigh reír y quise golpearla por primera vez desde que nos conocimos—. Es decir... Yo... Nosotras...

Nos inundó un horrible silencio cargado de incomodidad. Era el momento perfecto para desaparecer por siempre. No quería estar aquí, no sabía cómo iba a enfrentarlo.

Entonces Avery sonrió, como si nada hubiera pasado.

—¿Por qué no me contaste que estabas saliendo con alguien?

Me di cuenta de lo estúpida que era la situación. Era Avery, no iba a decirme que estaba mal o que era una loca pecadora hija de Satán. Era mi hermano, sabía que podía confiar en él, era hora de ponerlo en práctica.

—Ahora lo sabes —respondió Leigh por mí, y me giré para darle una mala mirada, que ella respondió frunciendo el ceño.

—Así que, Leigh, ¿no? —preguntó mi hermano, lucía un poco más serio que antes.

—La misma.

—¿Debería preguntarle cuáles son sus intenciones contigo? —consultó Avery dirigiéndose a mí, y no pude evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Estaba tratando de hacerme reír, y lo amaba por eso. Avancé hacia él y, antes de darme cuenta de lo que hacía, lo estaba abrazando. Él me envolvió en sus brazos y me acarició la espalda.

—Te amo —le susurré. No sabía si Leigh estaba escuchando o qué estaba pensando, pero no me importaba—. Gracias.

—Esto es muy tierno —respondió él—, pero de verdad quiero saber qué intenciones tiene contigo.

—Puedo asegurarte que no todas son buenas —escuché que Leigh respondía.

Me reí.

Sabía que no iba a ser así de fácil cuando el resto lo supiera, pero en ese

momento me importaba una mierda. Había sido honesta con mi hermano y me había hecho bien. Era algo completamente nuevo para mí, y sí, me aterraba, pero tal vez lo nuevo no fuera tan malo. Quizás lo nuevo podía ser una oportunidad, un comienzo para cambiar las cosas.

Me separé de mi hermano y me reí.

Esperaba que fuese un comienzo; se sentía como uno.

23. A un paso del abismo

Ghosts - BANNERS

Presente

Me recuesto en mi cama luego de unos largos e interminables días, y por un momento pienso que me sentiré mejor al estar aquí, pero la tranquilidad que necesito nunca llega. Mi habitación siempre ha sido un lugar seguro. Dentro de estas cuatro paredes puedo sentirme un poco más auténtica y más segura, sin embargo, ya nada es lo mismo.

La June que era hace un par de días ya no existe, ni siquiera siento que esté existiendo en este momento.

Cierro los ojos cuando comienzo a sentir esa familiar opresión en el pecho.

Mi cabeza se llena de imágenes de todo lo que ha pasado durante los últimos días.

Leigh el día de Año Nuevo diciéndome que se quedarían un par de días más donde sus abuelos.

La vieja June queriendo respuestas de lo que pasaba con su cabeza.

La conversación con mi madre.

Su llanto.

Mi dolor.

Las mentiras.

La llamada.

Las últimas palabras de Leigh antes del accidente...

Es demasiado.

Me pongo de pie sintiendo que todos mis problemas se me atoran en la garganta y no me dejan respirar. Me dirijo hacia la pequeña ventana de mi habitación y la abro, desesperada por obtener un poco de oxígeno. Mis mejillas se humedecen con rapidez, ya no puedo distinguir qué es lo que me hace llorar. ¿El dolor? ¿La sensación de estar ahogándome? ¿Los recuerdos? ¿Todo?

El aire helado me muerde el rostro, saco la cabeza hacia afuera e inhalo, deseando que todo termine de una maldita vez, pero aquella angustia jamás se marcha. Observo la mancha negra que es el cielo. La noche está iluminada por la luz tenue de las farolas, todo parece tan tranquilo que siento el desgarrador deseo de fundirme con aquel paisaje y experimentar un poco aquella serenidad.

Me llevo las manos al lugar donde mi corazón late exaltado y me invade una necesidad insoportable de gritar y sacar de mi sistema todo lo que siento. Lo necesito. Mi cuerpo me lo exige. Pero cuando intento arrancar el grito de mi

garganta, lo único que sale de mi boca es un sollozo lastimero.

Estoy tan cansada de todo.

Quiero ser fuerte y valiente como todos me dicen que sea, pero no sé cómo hacerlo.

Con frustración, golpeo el alféizar y continúo llorando enfurecida hasta que siento el golpe en la puerta.

—Vete —logro pronunciar, no me importa quién sea.

—Estamos preocupados —se escucha desde el otro lado.

Eric.

—Vete a la mierda —mascullo, pero no lo suficientemente alto como para que él escuche. Me enderezo y me acerco a la puerta—. Quiero estar sola. Vete.

—June, somos tu familia, queremos apoyarte en esta situación difícil —su voz suena genuina, pero sus palabras me enfurecen.

Me dejo caer en el borde de mi cama y termino hecha un ovillo en el suelo, mi respiración es cada vez más irregular y mi cabeza es una maraña de pensamientos inconexos.

—¿Mi familia? —cuestiono con la voz rasposa—. Mi familia está rota, y tú ni siquiera eres parte de ella.

En el fondo sé que Eric no tiene la culpa de nada de lo que ocurre, pero soy incapaz de controlar lo que sale de mi boca.

—Esta familia no existe, es una mentira. Una farsa.

—June...

—¡Vete a la mierda! —grito, pero él no desiste y entra a mi habitación de todas formas. Antes de que pueda apartarme, siento sus manos en mis brazos—. Déjame. Vete de aquí —le ruego, pero en el fondo no quiero que lo haga.

—Estás... —comienza a decir, pero se calla.

Decido que es momento de rendirme.

—No puedo respirar —logro pronunciar en medio del llanto. Eric se acuclilla frente a mí y me obliga a mirarlo, pero pronto su cuerpo es reemplazado por el de mi hermano, su rostro está teñido de angustia—. No... puedo...

—Mírame —me dice al tiempo que toma mi rostro y me quita el cabello que se me ha pegado en la piel y la boca—. Cuenta conmigo. Uno, dos, tres...

Pero no lo sigo. El fuego en mi pecho se incrementa. Siento que voy a morir.

—No está funcionando —escucho la voz de Eric—. Hay que llamar a la ambulancia.

No escucho ni veo a mi madre por ningún lado. No me sorprende.

Mi hermano no le presta atención.

—Vamos, June, tú puedes hacer esto. Respira lento. Hazlo conmigo, ¿de acuerdo? —comienza a inhalar y exhalar con exageración e intento seguirle el ritmo, pero la sensación de ahogo no se va—. Vamos, pequeña. Estoy contigo, tienes que calmarte. Estás a salvo.

A salvo... ¿De qué? ¿De mí? Nunca estaré a salvo de mí.

—Respira...

Avery sigue intentando calmarme por largos minutos; al principio no funciona, pero después de un rato logro estabilizarme un poco. No sé cuánto tiempo transcurre. No sé qué sucede a mi alrededor. Solo soy consciente de Avery.

Hasta que escucho la voz de Eric.

—Necesita ayuda profesional, no puede seguir así —dice, aunque no sé a quién, probablemente solo habla en voz alta, no importa.

La habitación se inunda de un pesado e insoportable silencio ante la verdad de sus palabras.

Necesito ayuda.

Estoy a un paso del abismo, si sigo jugando en el borde como lo he venido haciendo hasta ahora, voy a caer, y la caída será sin retorno.

¿Por qué tuve que llegar a este punto para darme cuenta?

24. Dejarse llevar

Growing Pains - Alessia Cara

Pasado

Acababan de suspendernos las clases por el resto de la semana. Algún tipo con complejo de gemelo Weasley creyó que era gracioso hacer colapsar las cañerías. Gracias a él toda la escuela está inundada y tardarían días en reparar los daños. Hace un par de meses me hubiese encantado estar en una situación así, pero ahora echaría de menos ver a las gemelas y a Leigh.

Las cosas comenzaban a ser diferentes.

Me acomodé los tirantes de mi mochila y salí al estacionamiento. Era alrededor de la una de la tarde; Avery estaba en la universidad y no podría venir a buscarme, y las chicas no estaban por ningún lado, así que tendría que irme sola y caminando a casa. Era algo a lo que estaba acostumbrada, pero últimamente prefería irme con Leigh o Zoe y Meg, aunque debía admitir que me gustaba más cuando nos íbamos las cuatro. Nuestra amistad era completamente diferente a la amistad que tenía con Lena; ahora me sentía cómoda, me estaba acostumbrando a eso y no sentía miedo.

Suspiré con resignación. Al menos podría pasar a comprar dulces.

Antes, con Lena solíamos pasar a comprar dulces justo después de salir de clases. En ese entonces pasábamos mucho tiempo juntas, ya que su madre trabajaba demasiado para cubrir los gastos de ambas y su padre hacía años que había dejado de ser una presencia constante en su vida, así que estaba muy sola. Teníamos eso en común, además de nuestro gusto por las golosinas. Era muy diferente a lo que tenía con Leigh y las gemelas, pero era un vínculo que funcionaba a nuestra manera. Nos convertimos en la zona de confort de la otra, hasta que ella comenzó a encontrar lo que buscaba en otros lados y personas. Dejé de serle útil. Dejó de necesitarme.

Cuando me hacía sentir insignificante, solía preguntarme por qué aguantaba que me tratase como mierda, y siempre terminaba llegando a la conclusión de que era para no estar sola, pero ahora me daba cuenta de que también era por los recuerdos que teníamos juntas. De alguna manera, esperaba que volviera a ser la Lena de antes, la que escondía los regalices de mí porque eran sus favoritos, la que me acompañaba a casa cuando no podían recogerme en auto, la que me acompañaba en silencio porque no tenía ganas de hablar.

Lena no siempre fue una mala amiga. Me preguntaba cómo sería la amistad entre la vieja Lena y la nueva June. ¿Las cosas hubiesen resultado distintas?

¿Y por qué estaba pensando en eso?

Sacudí la cabeza. No quería pasar demasiado tiempo en el pasado. No tenía sentido. Lena era otra persona y yo también. Nos habíamos convertido en dos rectas paralelas; no volveríamos a coincidir jamás.

Me preparé para cruzar la calle cuando escuché que gritaban mi nombre. Me quedé parada en medio de la acera sin saber si seguir caminando o darme la vuelta. Reconocía esa voz y no lo quería cerca, así que me eché andar más rápido, pero, antes de que pudiera alcanzar una distancia importante, sentí sus pasos detrás de mí.

¿Por qué no se rendía y ya?

—June —me llamó de nuevo, riéndose, como si fuese alguna especie de juego—, casi no te alcanzo.

Esa era justamente la idea.

Me detuve a regañadientes, me quedaba media cuadra para llegar a la dulcería.

Me di la vuelta y me encontré a Gus con su habitual sonrisa de «nunca me entero de nada y, si lo hago, finjo que no» y su cabello rubio alborotado por la brisa.

—Hola —lo saludé, tratando de fingir que no era una presencia desagradable.

—¿Cómo estás? —preguntó, se llevó las manos a los bolsillos traseros de su pantalón y comenzó a balancearse sobre sus pies.

—Bien —respondí de manera cortante, sin preguntarle de vuelta, a ver si pillaba la indirecta.

—¿Qué harás durante la tarde? —insistió, y ahí estaba de nuevo.

No quería ser cruel con él, pero ¿por qué no podía aceptar mi negativa y ya? ¿Por qué me obligaba a rechazarlo una y otra vez? Esto parecía casi un juego para él, y no me gustaba sentirme como si yo fuese algo que él estuviera tratando de conseguir.

Iba a responder cuando mi celular comenzó a vibrar dentro de mi mochila.

—Espera —le pedí mientras sacaba el móvil. Era Leigh. Reprimí una sonrisa y decidí no contestarle y acabar con este asunto de una vez por todas. Tal vez no había sido lo suficientemente clara con él, quizás si me ponía en plan firme lograría quitármelo de encima. Lo volví a mirar—. Tengo planes —mentí, y él no parecía decepcionado.

—¿Y mañana? —probó.

Suspiré. ¿Por qué lo hacía tan complicado?

—Gus, seré sincera —adopté una actitud seria, que era una farsa, porque por dentro era un manojo de nervios. Quería acabar con esto cuanto antes—. No estoy interesada en ti. Lo siento.

—¿Es por Lena? Puedo...

—No —lo interrumpí—, no es por ella. Ni por nadie. Simplemente no estoy interesada.

Me comenzaron a sudar las manos, pero me mantuve imperturbable. Debía ser capaz de solucionar mis problemas.

—Oh… —murmuró, y por un momento me sentí culpable, hasta que me miró con diversión y volvió a abrir la boca—. Supongo que tendré que hacerte cambiar de opinión.

Lo miré atónita. Eso era… ridículo y retorcido. No era tan complicado aceptar un «no» como respuesta. No quería ser su capricho, solo quería que me dejara en paz de una vez. Había miles de chicas mucho más guapas e interesantes que yo, y estaba segura de que estarían dispuestas a salir con él. No lo entendía. ¿Era su intento de ser romántico? Porque en este momento todos mis instintos me gritaban que debía tener cuidado con él.

E iba a decírselo, pero mi celular comenzó a sonar y él aprovechó que estaba distraída para darme un beso en la mejilla e irse.

—Me encanta cuando se hacen las difíciles —canturreó, no sabía si lo había dicho solo para él o tenía intenciones de que lo escuchara, la cuestión era que sus palabras me dejaron tensa.

Cerré los ojos y conté hasta diez para intentar tranquilizarme, pero las manos me seguían sudando y el corazón me latía con más rapidez de lo necesario. Era… miedo. Ese estúpido ego con pies me daba miedo.

Leigh comenzó a llamarme de nuevo, así que me obligué a ignorar la sensación de incomodidad y nerviosismo que me dejó ese encuentro con Gus, y contesté.

—¡Pajarito! —me saludó la morena, una pequeña sonrisa se escapó de mis labios y pude sentir mi cuerpo relajarse un poco, así que seguí mi camino—. ¿Dónde estás?

—Voy camino a casa —respondí.

—¿Sola?

—Síp.

—¿Quieres que te acompañe?

Sonreí.

—Si quieres… No estoy muy lejos, pasaré a la tienda de dulces que hay cerca de la escuela.

—De acuerdo, espérame ahí.

Estaba metiendo gusanitos ácidos en una pequeña bolsa transparente cuando sentí que abrían la puerta del local.

—Interesante elección, Pajarito —señaló Leigh cuando me enderecé con la bolsa llena de gusanos de colores.

—No me digas así —me quejé, pero en el fondo no me importaba, podía llamarme como se le diera la gana y me encantaría igual.

—Percibo una leve obsesión por aquí —dijo, observando las demás bolsas que estaban sobre una pesa. La dependienta del lugar miraba su celular sin prestarnos la mínima atención—. ¿Me puedo quedar con los ositos?

Me encogí de hombros. No era como si tuviera alguna opción.

Cinco minutos más tarde se había comido casi la mitad.

—¿Qué harás durante estos días? Son como vacaciones.

—Supongo que lo de siempre —lo cual significaba nada.

—Las gemelas vendrán a mi casa esta tarde, veremos películas o algo y se quedarán a dormir —me contó mientras caminábamos—. Deberías venir…

—Leigh, ya te dije el otro día que…

—Lo sé —me interrumpió, parecía nerviosa—, pero no estarán mis padres, y ni siquiera debes quedarte si no quieres. Solo ven, será divertido hacer algo todas…

… *como la gente normal*, completé en mi mente. Y una vez que el pensamiento apareció, no hubo vuelta atrás.

Seguimos caminando en silencio. Leigh no me presionó por una respuesta y, de alguna manera, me hizo sentir peor. Comencé a imaginar todo lo que podríamos hacer si fuera una persona normal como ella y las demás, y no se sintió bien.

—Ey… —rompió el silencio luego de un par de minutos, estábamos por llegar a mi casa—. ¿En qué piensas?

—En nada.

Quise continuar el camino, pero ella me tomó de la mano y me detuvo. Estábamos en un pequeño parque donde iban los niños a jugar por las tardes. Leigh me guio hasta una vieja banca y me obligó a sentarme.

—Ahora dime la verdad.

La miré y luego sentí su mano cálida sobre mi rodilla. Quería ser sincera con ella, sabía que podía serlo, pero las palabras no salían de mi boca.

—Son solo… estupideces —la palabra me supo amarga. Estaba acostumbrada a mentir, pero con Leigh era diferente.

—¿Quieres que te deje aquí? —tanteó, de pronto la atmosfera que nos rodeaba no se sentía agradable. No me gustaba.

—Si quieres…

—Te estoy preguntando a ti.

—No, no quiero —respondí finalmente.

—Puedo cancelarles a las gemelas, de todas maneras, las veo todos los días. Si quieres puedes venir solo tú o voy a tu casa o simplemente no hacemos nada, es normal no querer salir.

¿Por qué me gustaba tanto complicarlo todo?

—No tienes que hacer nada por mí —desvié la mirada hacia un viejo columpio que se movía gracias al viento—. Estoy bien.

Y era verdad. No quería que cancelara o cambiara sus planes solo porque a mí me incomodara. No era justo para ella.

—June, mírame —me pidió, y le hice caso. Me veía con el ceño fruncido, como si tratara de leerme la mente o estuviese buscando las palabras adecuadas —. Lo que sea que estés pensando, deséchalo.

—Me gustaría ser más normal —murmuré con resignación.

Siempre terminaba haciendo una tormenta en un vaso de agua. No era como si jamás hubiese pasado tiempo con las gemelas, es más, me *gustaba* estar con ellas. ¿A qué le tenía tanto miedo?

—Ser normal es aburrido. No deberías preocuparte por ser normal cuando puedes ser tú, la persona con la que quiero pasar mi tiempo... Ey, no llores, Pajarito —intenté apartarme porque odiaba que me vieran llorar, pero ella se inclinó sobre mí y me cubrió en un abrazo protector.

—Lo siento —murmuré con la cara escondida en su cuello.

—No te disculpes...

—Lo siento —repetí, haciéndola reír.

Ni siquiera sabía por qué lloraba. Tal vez porque, aunque pudiera ser yo misma cuando estaba con Leigh, no sabía exactamente quién era. No sabía nada de mí, ya no podía distinguir entre qué era real y qué no, pero, tal vez, era algo que podría descubrir con ella.

Así que decidí intentarlo, por Leigh y por mí.

Y porque, en el fondo, temía que la historia con Lena se repitiera.

Me separé y me sequé las lágrimas con torpeza, ella me observó con paciencia y depositó un suave beso en mi mejilla. No me preocupó que alguien nos viera.

—¿A qué hora debo estar en tu casa? Da igual quién esté allí.

La casa de Leigh era grande, había más espacio del que necesitaban, según sus propias palabras.

Era de dos pisos y tenía un estilo rústico y bohemio que, de alguna manera, combinaba muy bien con ella. Había piezas de arte por todas partes, desde jarrones hasta cuadros. No era lo que había imaginado, pero encajaba con lo poco que sabía de los padres de Leigh.

Luego de que ella me dejara en mi casa, había conseguido permiso para salir sin que mi madre me hiciera muchas preguntas, y luego le pedí a Avery que me viniera a buscar en la noche.

Al principio fue todo muy incómodo. Ambas estábamos nerviosas, aunque por razones muy diferentes. Estuve todo el camino implorando no tener que cruzarme con los padres de Leigh. El miedo de no ser suficiente siempre estaba ahí, y no quería arruinar la tarde. Y ella... bueno, no sabía por qué se había puesto tan nerviosa, tampoco pregunté.

La incomodidad duró poco, luego de un par de minutos ya tenía a Leigh contándome alguna anécdota de cuando era pequeña —así es como descubrí que la cicatriz que se hizo en la ceja fue producto de chocar con la puerta de la cocina por escabullirse para buscar comida a escondidas cuando era pequeña—; cuando me di cuenta, ya había pasado media hora.

—¿Quieres subir? —me preguntó mientras le daba un sorbo al jugo que me había ofrecido—. A mi habitación. Quiero enseñarte algo.

Me puse como un tomate e intenté que no se me notara que me había puesto nerviosa otra vez, pero fallé rotundamente.

—¿Qué cosa? —me enderecé en el sofá, dejé el vaso sobre una mesa de centro de madera e intenté ocultar el leve temblor de mis manos. Leigh se rio en

la otra punta.

—Es sorpresa —respondió con una sonrisa.

Se puso de pie y me extendió la mano para que la siguiera. Me guio por un pasillo estrecho hasta que llegamos a una escalera curva. En la pared había una secuencia de fotografías familiares, y no pude evitar detenerme a mirarlas.

—Ay, no, por favor —se quejó al ver que me había detenido en una foto donde salían Leigh y un hombre muy parecido a ella, suponía que era su padre. Debía tener unos seis o siete años, estaba en brazos de aquel hombre y reía, mostrando su falta de dientes. Tenía un corte de cabello en forma de hongo y llevaba una camiseta de Dora La Exploradora. Era adorable. Sonreí.

—Lindo corte.

—¿Podemos continuar?

—Cuando haya visto todas las fotos —respondí, solo para molestarla. La verdad no sabía por qué se avergonzaba, era una niña tierna.

—No —zanjó y volvió a tomarme de la mano para arrastrarme hacia su cuarto.

—¡Oye! —me quejé, pero no me soltó.

—No puedes volver a pasar por ahí hasta que haya quitado todas las fotos vergonzosas.

—Pero si eras una niña linda.

Finalmente me soltó cuando estuvimos frente a una puerta que decía «Cabaña 3». Nos quedamos las dos de pie y no pude evitar reírme.

—¿Eso es de Percy Jackson?

—Tengo un lado *fangirl,* ¿de acuerdo?

Me limité a sonreír con burla mientras ella abría la puerta, pero me detuve cuando vi el interior.

Vale.

Iba a entrar a su habitación.

Estábamos solas.

No era la primera vez, así que ¿por qué el corazón me latía tan rápido?

—¿Estás bien? —me preguntó Leigh, y me obligué a mirarla.

—Sí, ¿por qué?

—Estás... roja —se rio, luego me miró e hizo una floritura con sus manos apuntando a su cuarto—. ¿Pasas?

Lo hice, y en cuanto puse un pie adentro, el nerviosismo se fue. No sabía dónde mirar primero. En el fondo había dos guitarras colgadas en la pared, una acústica marrón —la que había usado en el concurso— y la otra era una eléctrica roja. Frente a la cama desordenada había un teclado y un pequeño banquillo. La miré, un poco sorprendida porque siempre la había imaginado con su guitarra, pero claro que Leigh tocaba más de un instrumento, era increíble. El resto de las paredes estaban tapizadas en pósteres y fotografías de una forma bastante estética.

—Es...

—Un desastre, lo sé, pero eso no es lo importante. Ponte cómoda —me dijo, señalando su cama llena de cuadernos para que me sentara. Lo hice—. No se lo

he contado a nadie, pero usaré el dinero del concurso para arrendar un estudio y poder grabar una canción de manera profesional.

La miré y no pude evitar sentir que Leigh era demasiado para mí, que no la merecía, pero alejé ese pensamiento de mi cabeza y le sonreí.

—Eso es genial. ¿Qué canción quieres grabar?

Ya había escuchado varias, a veces me mandaba audios de baja calidad a la una de la mañana. Era la primera en escucharlas. Por supuesto que no sabía nada de música, pero me gustaban, me hacían sentir algo, y eso era suficiente para decir que eran increíbles.

—Aún no está lista. Eso es lo que quería mostrarte, quiero saber tu opinión.

—No creo que sea la persona más calificada para darte una opinión —alegué, pero en el fondo me emocionaba que me considerara de esa manera.

—Pero tienes buen gusto —me guiñó un ojo.

No respondí. Me dediqué a verla acomodar el teclado y el banquillo para no darme la espalda, hasta que se sentó frente al instrumento y comenzó a tocar.

La canción era lenta y la parte instrumental me transmitía nostalgia; por alguna razón, se me formó un nudo en la garganta que empeoró cuando Leigh empezó a cantar.

La letra era sobre crecer y tener que enfrentarse al mundo, de cómo, mientras más conscientes éramos de lo que ocurría a nuestro alrededor, más nos costaba ser felices y extrañábamos cómo era ser un simple niño.

Pude sentir reales cada una de sus palabras, porque eran verdad. Crecer era complicado, mucho más de lo que te decían. Ojalá estuviéramos preparados para todo lo que debíamos enfrentar al dejar de ser niños, ojalá hubiera algún manual de cómo tomar decisiones, de cómo enfrentar los cambios, de cómo pedir ayuda cuando era necesario.

Así que sí, crecer era difícil.

Aunque la canción no estaba lista, podía decir que era de mis favoritas.

Era... dolorosa y hermosa al mismo tiempo.

La canción terminó luego del primer coro, y Leigh me miró con nerviosismo mientras esperaba mi veredicto. El problema era que no sabía qué decir. No era buena con las palabras, me costaba expresar lo que sentía en voz alta, pero necesitaba decirle que esa canción había movido algo dentro de mí.

—¿Y bien...?

—Creo que cada vez entiendo más eso de comunicarse a través de la música —fue lo que logré decir, pero sé que ella lo entendió—. Será un éxito.

—¿Lo crees?

—Estoy segura.

Leigh se puso de pie y rodeó el teclado para sentarse junto a mí. Cuando estuvo a mi lado se inclinó y me besó. Fue un roce tierno y superficial, pero sin duda era más de lo que alguna vez imaginé tener.

—Gracias —me dijo, y no tenía idea de qué era lo que me estaba agradeciendo, pero asentí, demasiado mareada por su cercanía—. Me gusta que estés aquí.

—A mí también —respondí, y era cierto.

Volvió a besarme, esta vez tomándose su tiempo. No sabía si lo estaba haciendo bien, esto era nuevo para mí, pero simplemente me dejé llevar. Nos besamos hasta que escuchamos pasos en las escaleras.

—¡Espero que no estén haciendo bebés ahí arriba! —escuché la voz de Zoe y me separé de golpe. Leigh rodó los ojos y suspiró—. Ah, verdad que no se puede. ¡Espero que no estén haciendo cosas indebidas! —gritó de nuevo.

Nos pasamos la tarde viendo películas y comiendo. Por un momento pensé que, por fin, sabía cómo era ser una adolescente normal, pero luego recordé las palabras de Leigh cuando estuvimos en el parque y decidí divertirme.

Dejarme llevar. Quizás eso era todo lo que necesitaba.

25. Miedo

Starting Line - Luke Hemmings

Presente
Llego al hospital a eso de las doce del día, no sé si estoy en horario de visitas, pero me importa una mierda. Solo sé que, si no la veo ahora, no seré capaz de hacer lo que debo.

Ayer fue un día completamente perdido, todos se pusieron de acuerdo para mantenerme en casa, aunque era el último lugar donde quería estar. No soportaba mirar a mamá, no la quería cerca. No ahora.

Luego de lo que pasó en mi cuarto, Eric insistió en agendarme una hora con una psicóloga. Todos estuvieron de acuerdo, incluso yo, pero no creí que sería tan pronto, ni siquiera me dieron tiempo de asimilar lo que significaba. Sé que debo hacerlo, pero estoy aterrada. ¿Qué se supone que debo decir? ¿Y si no puedo abrir la boca? ¿Y si termino contándole todo a una completa extraña y termina siendo en vano? No sé si, luego de todo lo que ha ocurrido, tenga arreglo.

Han pasado demasiadas cosas, cada una peor que la anterior.

Y la cita es en tres horas.

Y en dos días se cumple una semana desde el accidente.

Y Leigh no muestra mejoras.

Y estoy aterrada de lo que vaya a pasar ahora.

De manera inconsciente, empuño mis manos a los costados, mis uñas se entierran en mi piel, pero no duele Me da igual si me queda una herida o no.

Levanto la vista cuando llego a la ya familiar sala de espera. Veo a Elizabeth sentada en una de esas incómodas sillas mientras bebe un café. Dirige su atención a mí como si sintiera mi presencia, y se esfuerza en regalarme una débil y falsa sonrisa, que yo correspondo con un asentimiento de cabeza. Aunque se haya disculpado, no puedo quitarme sus palabras de la cabeza.

—¡June! —escucho que me llaman. Me quedo inmóvil en medio de la habitación. Conozco esa voz. *Odio* esa voz.

Quiero continuar con mi camino, pero me toman del brazo y me veo obligada a girar sobre mis talones y encarar a la persona que tengo enfrente.

Lena me suelta y se queda viéndome de manera incómoda, como si no quisiera hacerlo realmente. Luce algo cansada y puede que esté más delgada su cabello, usualmente rosa, ahora está desteñido y algo descuidado.

—Vine a ver a mi madre y quise pasar, por si estabas aquí… Quería, ya

sabes, saber cómo va todo.

La miro. Sus palabras suenan un poco a la Lena que solía ser, pero evidentemente no son la misma persona. Nunca lo serán. Esta chica es todo lo opuesto a como debería ser una amiga, y no la quiero aquí, no quiero que se me acerque ni que sienta compasión por mí, mucho menos que finja que algo de esto le importa, que *yo* le importo. No después de cómo me trató, de cómo me humilló sin ninguna razón.

—Vete a la mierda, Lena —respondo. Mi voz suena tan fría que incluso yo me sorprendo.

—June… —dice. Parece afligida, como si necesitara algo de mí, como si le debiera algo—. Lo siento.

—Suéltame.

—June, por favor.

—Que me sueltes —repito, y esta vez deja ir mi brazo—. ¿Qué quieres realmente?

—Yo…

Se queda en silencio, sus ojos rebosan de culpa en forma de lágrimas. Retrocedo un paso, luego dos, entonces me doy la vuelta y camino hacia donde está Elizabeth, dejando a Lena y sus inservibles disculpas atrás.

Cuando llego a donde la madre de Leigh, no me molesto en preguntarle cómo está. Es evidente incluso para el más ciego. Su rostro luce sin vida, tiene dos enormes bolsas amoratadas bajo sus ojos y pareciera que no ha dormido en años. Se me estruja el corazón.

Me siento a su lado y la observo beber café con una lentitud impresionante, casi como si no tuviera fuerzas para hacer ese simple movimiento.

—¿Has comido algo? —pregunto. Ella me observa y se encoje de hombros —. ¿Quieres que vaya por algo de comer?

—No te preocupes, June, estoy bien así —responde, sin ser demasiado cortante ni demasiado amable—. Quieres verla, ¿verdad?

Asiento. No soy capaz de pronunciar palabra alguna, pero en mi interior siento que debería hacer más, tratar de ayudar, confortarla, tal vez decirle cómo me siento… Sin embargo, no lo hago, no sé cómo.

—Se supone que solo pueden pasar los padres ahora, no es horario de visitas, así que no puedes demorarte mucho —su voz suena tan triste que es doloroso oírla.

Se pone de pie y me insta a que la siga, todo el camino hacia la habitación de Leigh lo hacemos en silencio, con cuidado de que no me vean. Cuando llegamos, hay un joven enfermero saliendo del pequeño cuarto, quien nos ve y se acerca.

—Ella no tiene autorización para estar aquí —dice, y sé que está haciendo su trabajo, pero no puedo evitar pensar en cómo puede ser tan cruel.

—Por favor —dice la señora Callen—, solo será un momento.

El enfermero alterna su mirada entre la puerta detrás de él y yo. Es fácil ver cómo la voz cansada de Elizabeth hace mella en su determinación, quiere ceder, pero sabe que no está permitido dentro de los protocolos, y aun así…

—No puede tardarse mucho tiempo —dice finalmente. Nos da una última mirada y sigue su camino.

—¿Hay alguna mejora? —pregunta la mujer a mi lado, y me duele la manera en que lo hace, como si ya estuviera cansada de repetir aquellas palabras, pero a la vez no pudiera evitar hacerlo.

El enfermero se da la vuelta y niega con la cabeza.

—Cuando tengamos alguna novedad, se lo comunicaremos. Aún queda tiempo, incluso si la semana acaba, hay posibilidades, pero…

—Entiendo —lo interrumpe Elizabeth—, gracias.

—¿Dónde está Gael? —pregunto cuando llegamos a la puerta.

—En casa, aseándose y comiendo algo. Se suponía que yo debía quedarme cuidándola, pero no pude aguantar mucho tiempo —su voz se quiebra—. No soporto verla así y no poder hacer nada. Ser madre es hermoso, pero también es difícil. Nadie te enseña a serlo, todo lo aprendes en el camino… y, aun así, hay una cosa que sabes desde el primer momento: harás lo que sea para que tus hijos estén bien, pero nada ni nadie te prepara para cuando no hay nada que puedas hacer excepto esperar y rogar por un milagro…

Por un momento, me pregunto por qué tiene que desahogarse conmigo. No hay nada que yo pueda decir que alivie su dolor, pero, en cuanto el pensamiento llega, lo desecho inmediatamente, sintiéndome enferma y egoísta. Y es que es verdad que nada de lo que diga hará una diferencia, pero al menos puedo intentarlo.

—Lo estás haciendo bien —respondo mirándola a sus ojos cristalizados—, todos estamos haciendo lo mejor que podemos, a nuestra manera.

Me sonríe a duras penas, y por un momento pienso en abrazarla, pero ella abre la puerta y me recuerda que no tengo mucho tiempo.

Cierro la puerta al entrar y suspiro.

—Todo se está yendo a la mierda sin ti —digo mientras llego junto a Leigh y tomo su mano—. Iré a ver a una psicóloga —voy directo al grano, aprieto su mano y observo sus ojos cerrados, los míos se llenan de lágrimas—, como querías. Ojalá te hubiese hecho caso entonces, ojalá pudieras acompañarme y tomar mi mano mientras espero.

Casi puedo imaginar qué diría si pudiera responderme.

No puedes cambiar el pasado, Pajarito, pero tienes el presente.

—Por favor, despierta —le ruego al silencio—, te necesito. Te necesito más que nunca. Todos lo hacemos.

Me pregunto si es correcto poner ese peso sobre ella. ¿Está mal necesitarla tanto?

Me acuclillo al lado de la camilla y me llevo su mano a la boca.

—Tengo miedo de lo que será de nosotros si no despiertas.

Si ella pudiera oírme, si supiera que de verdad está procesando mis palabras, ¿sería capaz de decirle lo mismo?

Se me escapa un sollozo.

—Tengo miedo de que ellos me necesiten y no pueda ayudarlos.

Porque sé que no puedo hacerlo.

Extiendo su mano y entrelazo nuestros dedos.

—¿Cómo podría ayudar a alguien si ni siquiera soy capaz de ayudarme a mí misma?

Acaricio su brazo.

—Te echo de menos.

Nadie me responde, y duele.

—Prometo hacer todo lo posible para que esto funcione. Seré la mejor versión de mí, voy a sanar cada una de mis heridas… Pero tienes que despertar. Tienes que estar conmigo.

Este sería el momento perfecto para que el milagro ocurra y ella abra los ojos. Estoy segura de que sería cómico, ella se reiría y diría alguna tontería, luego me pediría agua y yo al principio me quedaría paralizada como una idiota, pero luego sonreiría como nunca lo he hecho…

Sin embargo, esta es la vida real y nada de eso sucede, así que me inclino hacia adelante y beso su frente. Mantengo mis labios ahí todo el tiempo que puedo, aunque sé que debo irme. Le doy una última mirada y salgo de la habitación con el corazón un poco más roto que antes y mis palabras dando vueltas en mi cabeza; debo, al menos, intentar cumplir aquella promesa.

26. Cicatrices

Another Love - Tom Odell

Pasado

Las últimas semanas habían sido, probablemente, las mejores semanas de mi vida. No todo era perfecto, pero me sentía más liviana, incluso más feliz. Por un momento creí que mi vida se volvería mejor y mejor.

Obviamente, me equivoqué.

Irónicamente, la gran tormenta comenzó el mismo día en que me sentí más cerca de Leigh que nunca.

Mi madre, Lucas y Eric habían viajado el día anterior para visitar a los padres de él, así que Avery y yo tendríamos la casa sola durante todo el fin de semana. No era algo extraño. Nunca me agradó ir de visita donde los abuelos de Lucas, y no porque fuesen malas personas, sino porque me sentía fuera de lugar. Jamás los sentí como familia, y Avery se quedaba para no dejarme sola. Así que era normal; sin embargo, esta vez decidí invitar a mis amigas a una especie de pijamada mientras mi hermano salía con sus compañeros de universidad.

Las gemelas y Leigh llegaron juntas alrededor de las siete de la tarde. Avery estaba a punto de salir y yo estaba hecha un manojo de nervios porque, aunque sonara estúpido, era mi primera pijamada con alguien que no fuera Lena.

—¿Necesitan algo antes de irme? —preguntó Av mientras bajaba las escaleras y se ponía una chaqueta de cuero. Visto así parecía todo un chico malo, pero era la persona más buena y amable que conocía.

Guie a las chicas hacia el sofá para que se pusieran cómodas y me giré hacia Avery.

—No te preocupes, está todo bien —le respondí con una sonrisa nerviosa.

—¿Segura? —insistió y moví de manera afirmativa la cabeza, Avery miró por encima de mí hacia donde estaban las gemelas y esbozó una sonrisa casi imperceptible. Lo miré confundida y luego recordé lo que había dicho Leigh hace un tiempo—. Pueden usar mi cama si están muy incómodas en la habitación de June, yo dormiré en el sofá.

—Hm… ¿gracias? —respondió Zoe. Me giré hacia ellas y Meg miraba nerviosa su celular mientras su gemela y Leigh intercambiaban miradas divertidas.

¿Qué demonios?

—Me avisas si ocurre algo —me pidió Avery, como si no se diera cuenta del ambiente extraño que se había formado en la habitación—. Pórtense bien.

—Tú igual —respondí y lo acompañé a la puerta.

Cuando volví, me encontré con que Zoe y Leigh estaban viendo algo en el celular de Meg mientras ella intentaba quitárselos.

—¡Lo sabía! —exclamó la morena—. ¿Ven que tengo un sexto sentido? Nunca me equivoco.

—¿Qué sucede? —pregunté, y en cuanto las palabras salieron de mi boca, las tres se quedaron en un extraño y pesado silencio. Leigh se puso de pie, devolviendo el celular y se acercó a mí—. ¿Pasó algo?

Por un momento, creí que podrían haber estado hablando de mí y eso me puso nerviosa e incómoda. Comencé a pensar en todas las cosas que pudieron estar diciendo, y no todas eran buenas.

Miré a Leigh en busca de alguna explicación, pero se limitó a rodearme los hombros con su brazo en un intento fallido de parecer despreocupada.

—Nada —respondió, pero estaba mintiendo, y eso me hizo sentir terrible. Por alguna razón, creí que me estaban tomando el pelo, lo cual me hacía sentir tonta, pues sabía que no era algo que ellas harían, menos Leigh. Por otro largo minuto nadie emitió palabra alguna, Zoe se miraba las manos y Meg la miraba con molestia. Estuve a punto de volver a preguntar cuando Leigh suspiró a mi lado y me soltó—. No es nada malo. Creo. Es decir, no creo que te lo tomes a mal...

—No entiendo —pronuncié con verdadera curiosidad, ya no sentía que fuese algo malo, Leigh se aguantaba las ganas de reír mientras me miraba.

—Es que no hay nada que entender —habló finalmente Meg.

—¿Entonces...?

—Resulta que mi hermanita habla con tu guapo hermano por Instagram, ¿puedes creerlo? Acabamos de revisar sus conversaciones y...

—Oh, cierra el pico —se quejó Meg, poniéndose de pie y alzando la vista hacia mí—. No es nada de eso, de verdad. Solo hemos hablado un par de veces.

—Sí, seguro —murmuró Leigh junto a mí, le di un disimulado apretón en el hombro para que se callara, y en respuesta se rio.

—Sigo sin entender cuál es el problema.

—Ninguno —respondió Leigh—, si es que no te molesta tener a Meghan de cuñada, claro.

—¡Que no se trata de eso, idiota! —volvió a quejarse la rubia, mientras Zoe se carcajeaba en el sofá—. Solo somos amigos, ¿vale? Tal vez ni siquiera eso. Solo comenzamos a hablar de casualidad. No me interesa de esa forma, ni él ni nadie. Los hombres son basura.

—Avery no es basura —solté, casi indignada.

—Claro que no, Pajarito, Meg solo lo dice porque le gusta.

—No me gusta.

—Querida copia barata, te estás esforzando demasiado en negarlo para que sea verdad lo que dices.

—No me...

—No importa —la interrumpí—. Te guste o no, sean amigos o no, me da igual. De verdad.

—¿Sí? —preguntó, y podía jurar que había cierto alivio en su rostro.

—¿Ves? Le gusta —señaló Zoe, consiguiendo que su hermana tomara un cojín del sofá y se lo estampara en la cara, dando inicio a una pequeña discusión entre ellas.

Leigh aprovechó ese momento y me tomó la mano para que la mirara.

—¿De verdad te da igual?

—Es que no entiendo por qué debería molestarme.

—Concuerdo —respondió y luego me besó en la boca—. Entonces, ¿hacemos una apuesta al respecto?

—No, gracias, no quiero perder.

—Aguafiestas —se quejó y me besó de nuevo.

No me había dado cuenta de lo tensa que estaba hasta que me relajé bajo los labios de Leigh. Seguía sintiéndose condenadamente bien ser besada por ella.

—Me encanta el amor —murmuró Zoe—, pero no creo que aguante toda la noche viéndolas comerse la boca.

Y eso fue todo lo que necesité para apartarme de Leigh y ponerme como un tomate.

—¿Quieren ver algo en Netflix? —les pregunté, demasiado consciente de que no había planeado absolutamente nada para la noche. Al menos tenía comida.

—Solo si es algo gay —respondió Meg.

—¡Tengo la serie perfecta! —exclamó Zoe con entusiasmo, y comenzó a hablarnos sobre una nueva serie sueca de la monarquía donde el protagonista era el príncipe y se enamoraba de un chico.

Busqué el control de la televisión, que estaba empotrada en la pared de enfrente, y se lo pasé a Zoe para que pusiera la serie.

—Iré a hacer palomitas, ¿quieren algo de beber? Tengo Coca-Cola y jugo de naranja.

—Coca-Cola —respondieron las tres en automático, lo que me hizo esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Necesitas ayuda? —me preguntó Leigh cuando me disponía a ir a la cocina, y realmente no la necesitaba, pero asentí con la cabeza.

—Ayuda para meterle mano —escuché que murmuró Zoe, pero no le hice caso.

Ya en la cocina, saqué el maíz y puse una olla en el quemador. La ayuda de Leigh consistía en observarme desde la isla de la cocina.

Comencé a hacer el caramelo, no me quedaba muy bien, pero traté de hacerlo decente. Cuando terminé, Leigh aún no pronunciaba ninguna palabra, lo que terminó por ponerme nerviosa. Agregué el maíz al caramelo, le puse la tapa a la olla para que no saltara para todas partes y me giré hacia ella.

—¿Qué pasa? —pregunté, y Leigh esbozó una sonrisa ladina.

—Te ves linda.

No era cierto, me veía como todos los días. Tenía el pelo recogido en un moño suelto y mis lentes hacían aún más notorias mis ojeras, estaba vestida con una camiseta de Avery y un pantalón de chándal gris.

De igual manera, me puse colorada.

—Igual tú —respondí.

Y, claramente, aquello sí era cierto.

Leigh llevaba su cabello suelto, se había hecho un delineado morado que yo jamás en mi vida podría hacer. Tenía algo de rubor (¿o tal vez estaba sonrojada?) y los labios pintados de un color malva bastante natural. Además, iba vestida con un top rojo suelto y jeans negros anchos. Nunca me iba a cansar de decirlo, pero Leigh tenía un estilo increíble.

¿Alguna vez podría encontrar algo malo en ella?

—Gracias —me sonrió, y sabía que debía cuidar las palomitas, pero mi cuerpo no me hizo caso y comencé a caminar hacia ella—. ¿Estás bien? —preguntó cuando estuve frente a ella, y por la forma en que lo dijo, sabía a qué se refería.

Sorprendentemente, mi respuesta fue:

—Sí, me siento superbién en este momento.

Tal vez lo dije con más entusiasmo de lo necesario, pero hizo que Leigh me tomara de la cintura y acercara su rostro al mío, así que no me preocupé de sentirme avergonzada. Quería que me besara. No, en realidad *yo* quería besarla.

Así que lo hice.

Noté que Leigh se sorprendió en un principio, pero salió de su estupor inicial con rapidez. Le rodeé el cuello con mis brazos y me acerqué más. El resto del mundo desapareció y me encantó la sensación de estar perdida en ella. Cuando Leigh me besaba, todo el resto pasaba a segundo plano, incluso mis pensamientos, porque solo podía pensar en ella.

El beso comenzó siendo lento y tierno, pero pronto dejó de serlo. Era algo completamente nuevo para mí, pero me gustaba, así que no me aparté cuando me acercó más a su cuerpo, ni cuando su mano descendió por mi cintura ni mucho menos cuando profundizó el beso con su lengua.

Nos separamos un momento para tomar aire, y entonces noté que me comenzaba a picar la nariz de una manera desagradable.

—Mierda —me separé y fui a ver las palomitas—. Mierda, mi mamá me va a matar.

La cocina estaba repleta de humo y, como era de esperarse, las palomitas estaban casi calcinadas dentro de la olla, de seguro el caramelo jamás iba a salir.

—Pediré pizza —anunció Leigh mientras yo le echaba agua a la olla.



El olor a humo tardó horas en desaparecer, y las gemelas no dejaban de molestarnos. A pesar de eso, fue una tarde increíble. Vimos la serie completa y todas lloramos con el final, incluso Meg había soltado un par de lágrimas.

Eran alrededor de las tres de la mañana cuando Zoe se quejó de que tenía sueño y comencé a ser consciente de que, probablemente, dormiría con Leigh en la misma cama. Traté de evitar pensar en eso mientras botaba las cajas de pizza, pero no lo conseguí. De vuelta en la sala de estar, hice la gran pregunta:

—¿Cómo dormiremos?

Las tres se miraron entre ellas y se encogieron de hombros.

Genial.

—Podemos dormir todas en mi cuarto —dije—, pero es muy pequeño y será incómodo.

—Según tu hermano... —comenzó a decir Leigh.

—Prefiero dormir en el piso —la interrumpió Meg, y no aguanté las ganas de reírme.

—Está decidido, entonces, dormiremos en el cuarto de Avery —anunció Zoe.

—No pienso...

—Tú puedes dormir hasta en el baño si quieres, yo prefiero dormir cómoda.

Creí que Meg seguiría negándose, pero tomó su mochila con sus cosas de mala gana y me miró, esperando a que las guiara.

Veinte minutos más tarde, las gemelas ya estaban acostadas y con Leigh estábamos en mi habitación, sin saber muy bien qué hacer.

—Si quieres puedo dormir en el piso —propuso al darse cuenta de que estaba nerviosa, pero no lo estaba por las razones que ella creía.

—No —me apresuré a decir—, está bien, podemos dormir juntas.

—¿Segura? No quiero que estés incómoda —se rascó la cabeza de manera nerviosa y esperó mi respuesta.

—Segura.

—De acuerdo, me pondré el pijama —me avisó, dándose la vuelta.

Y entonces me puse realmente nerviosa, porque su pijama consistía en una camiseta que le llegaba por la mitad de los muslos y unos pantalones cortos que no se veían.

Se me puso la cara caliente y comencé a sentir que no había espacio suficiente en la habitación, pero no se sentía mal. Para nada mal.

—¿En qué lado te gusta dormir? —me preguntó, se estaba terminando de desmaquillar, y descubrí que no era rubor, sino que sus mejillas estaban completamente sonrosadas.

—El rincón —murmuré en respuesta; aún no me cambiaba, así que aproveché el momento, me quité los lentes y me puse mi pijama.

Luego de cinco minutos, estábamos las dos acostadas mirando el techo, solo se tocaban nuestros brazos.

Era extraño, pero no de una manera negativa, sino que era la típica incomodidad que hay cuando dos personas hacen algo por primera vez.

—¿Lo pasaste bien hoy? —preguntó Leigh, rompiendo el silencio y girándose hacia mí.

La miré, y casi me olvidé de respirar.

—S-sí —balbuceé, la sentía demasiado cerca.

La quería aún más cerca.

—También yo, deberíamos hacerlo más seguido, ¿no crees?

—¿Qué cosa? —pregunté estúpidamente, y ella se rio.

—Dormir juntas.

No respondí, en cambio, me giré y la besé.

Sus labios se sentían cálidos y suaves mientras me rodeaba la cintura con un brazo y me acercaba a ella, y, si creía que antes estábamos demasiado cerca, ahora no había espacio alguno entre las dos.

Leigh se detuvo un momento y me miró a los ojos. En la oscuridad de la noche los suyos se veían casi negros, pero podía percibir aquel brillo que aparecía cuando hablaba de música o cantaba, y me estaba mirando *a mí*.

Aquello me aceleró el corazón, que ya latía desbocado en mi pecho.

¿Cómo era posible que tuviera tal impacto en mí? Me aterraba, trataba de no pensar en eso, pero moría de miedo por todo lo que sentía por Leigh. Sin embargo, también me llenaba de una adrenalina que jamás había experimentado antes, y no quería dejar de sentirlo.

—¿Está bien si…? —interrumpió mis pensamientos, y lo próximo que sentí fue su mano en mi cintura por debajo de la camiseta del pijama. Me estremecí. Jamás había estado en esa situación con nadie y estaba llena de inseguridades, pero se trataba de Leigh y, en ese momento, mi confianza en ella era más grande que mis miedos—. ¿Puedo…? —volvió a preguntar, esta vez juntando nuestras frentes de manera tierna.

¿Estaba nerviosa?

—Está bien —dije, acariciando su mejilla con mi pulgar. Era extraño ser yo quien tratara de tranquilizarla.

—Necesito mostrarte algo —dijo. Noté humedad en sus mejillas y me preocupé.

No dije nada mientras la veía sentarse en la cama y prender la luz. Toda la magia de antes desapareció y temí lo peor. ¿Había hecho algo mal?

—Sé —comenzó a decir y se sentó en la orilla del colchón, frente a mí. Tenía los ojos algo rojos y me di cuenta de que no estaba preparada para ver a Leigh llorar. Me dolía como si fueran mis propias lágrimas— que siempre me he mostrado de una manera contigo, pero…

—¿Pero? —pregunté de manera temerosa, no sabía qué esperar y, como siempre, creí que el problema tenía que ver conmigo.

Me apoyé en la cabecera y me encogí ahí, pero Leigh tomó mi mano y, de alguna manera, eso me tranquilizó.

—En realidad tengo miedo.

—¿De qué?

Una lágrima se deslizó por su mejilla y me incliné para quitársela, no soportaba verla así.

—De no ser lo suficientemente buena para ti.

No podía creer que esas palabras salieran de la boca de Leigh, la persona más increíble que había conocido en toda mi vida. Ella era maravillosa, claro que era suficiente para mí, lo sería para cualquiera, ella lo era todo. No la entendía.

Y entonces recordé todo lo que me había contado sobre su ex, y me di cuenta de que todos lidiamos con alguna batalla interna, solo que algunos lo saben ocultar mejor que otros.

—No tienes que preocuparte por eso —le aseguré—, tu...

—Tengo miedo —susurró, su voz sonaba rota, se veía como si lo estuviera. No sabía qué hacer o qué decir, así que me acerqué y la abracé como hubiese querido que hicieran conmigo si estuviera en su lugar, y lo había estado muchas veces. Leigh apoyó su cabeza en mi hombro y suspiró con tristeza—. No quiero hacer contigo lo mismo que hicieron conmigo.

—No lo harás, estoy segura de que no serías capaz.

Era irónico cómo los papeles se invertían.

—No soy perfecta.

—Nadie lo es.

—Pero quiero serlo para ti, eres... Eres más de lo que esperaba y no quiero arruinarlo, quiero ser lo que necesitas, pero no sé si puedo serlo.

Ay, Leigh...

—No debes ser nada por mí —la aparté e hice que me mirara. No me di cuenta de lo que iba a hacer hasta que abrí la boca, pero no me detuve—. Te quiero.

Leigh sonrió, y debió verse horrible sonriendo y llorando al mismo tiempo, pero no.

—Tienes que querer cada parte de mí, y no todas son bonitas.

—No me importa.

No me respondió, en cambio tomó su camiseta y se la levantó, dejando ver sus muslos. Al principio no entendí, hasta que vi las delgadas líneas en su piel; parecían estrías, pero no lo eran.

Cicatrices.

—Apenas voy a cumplir dieciocho años y he tenido momentos realmente oscuros —dijo mientras observaba las delgadas y pálidas líneas. Tenía un enorme nudo en la garganta—, no quiero lo mismo para ti.

—¿Cuándo fue...? —traté de preguntar, pero mi voz me traicionó; de igual manera ella entendió.

—Hace unos cinco meses fue la última vez que lo hice.

Cinco meses.

No era hace tanto. Es decir, ¿cuánto tiempo había pasado entre eso y la primera vez que nos conocimos? ¿Cómo podía verse tan bien la mayor parte del tiempo? ¿Cuántas veces había aparentado ser fuerte por mí?

Era tan egoísta de mi parte pensar que era la única sufriendo.

Mi corazón me dolió por ella.

—No tienes que ser fuerte por mí, Leigh —le dije mirándola a los ojos, pero en el fondo era mucho más fuerte que yo, y nunca dudó en serlo por mí.

—Te quiero —susurró antes de besarme.

La noche pudo terminar ahí, en el momento donde Leigh se abrió ante mí y me confesó el que era, probablemente, su secreto más doloroso. Hubiese deseado irnos a dormir y despertar abrazadas al día siguiente, así podría decir que había sido uno de los días más significativos de mi vida, pero debía aprender que no todo era blanco o negro.

Nos dormimos abrazadas, pero en cuanto cerré los ojos comenzaron las



pesadillas.

27. Es fácil decirlo

Wildfire - SYML

Presente

Soy completamente consciente de que debí haber hecho esto hace mucho tiempo, pero tenía miedo. Temía descubrir que, en realidad, nada ni nadie podía ayudarme. Esa idea me hizo guardarme absolutamente todo, y me acostumbré tanto que, luego de un tiempo, perdí toda capacidad de comunicarme con el mundo, si es que alguna vez pude hacerlo.

Era consciente de ello cuando Leigh me mencionaba pedir ayuda profesional y lo soy ahora que es la única opción que me queda, pero, aun así, no sé si puedo hacerlo. ¿Cómo se supone que me pare frente a una completa desconocida y le desnude mi alma? ¿Cómo seré capaz de entregarle aquellos recuerdos que acabo de recuperar y que, irónicamente, intento, con todas mis fuerzas, mantener lejos? ¿Cómo sé que puedo confiar en esa persona? ¿Y si no me entiende? ¿Y si me juzga y destruye todo lo que me queda?

Y lo más importante: ¿cómo podré hacerlo sin Leigh?

Se intensifica el nudo en el estómago que me ha acompañado desde la noche del accidente. No importa cuánto trate de decirme que puedo hacer esto, que debo hacerlo por Leigh; da igual cuántas veces se lo prometa a ella o a Avery, porque, a pesar de todo eso, sigo sintiendo que no soy capaz.

Como si hubiese leído mis pensamientos, mi hermano se aclara la garganta y dice:

—Estoy seguro de que podrás con esto.

La única condición de aceptar hacer esto fue que Avery me acompañara. Mi madre quería venir, pero me negué. Son demasiadas cosas ocurriendo al mismo tiempo, y necesito lidiar con una a la vez o fracasaré antes de intentarlo siquiera.

Sé que no debería, pero sus palabras me molestan.

Lo observo mientras conduce. Tiene ojeras y se nota cansado. Sé que no está en su mejor momento, y no es solo por mí. Aunque nunca lo ha dicho, sé que quiere a Leigh por todo lo que significa para mí, y está tan preocupado por ella como lo estamos todos. También está Meghan; desconozco el estado de su relación porque no me he enfocado en nadie más que no sea Leigh, pero sí conozco a mi hermano y sé que hará todo lo que esté a su alcance para alivianar el sufrimiento de ella, porque así es cuando quiere a alguien. Por otro lado, está lo que ocurrió años atrás... Si no es fácil para mí, no puedo imaginar cómo es

para él volver a desenterrar recuerdos tan dolorosos.

¿No se te ha pasado por la cabeza que olvidar todo lo que pasó fue un maldito regalo?, me dijo en el hospital.

Tan pronto como apareció, el enfado desaparece. No es su culpa, nada de esto lo es.

—Gracias —respondo con la voz ronca.

—Este es un paso enorme, es un gran avance, debes estar consciente de eso. No es necesario que le cuentes todo en la primera sesión, es un proceso lento.

—Lo sé —murmuro, desviando la mirada hacia los coches de adelante.

¿Lo sabía?

Cuando comencé a entender lo que me ocurría, recuerdo encontrar un sinfín de frases motivadoras como «¡tú puedes!» o «tu mente cree todo lo que le dices, empieza a hablarle bonito», pero las sentía tan huecas, como algo que se había creado automáticamente por si alguien se topaba con aquellas palabras. Y es que muchas veces la gente habla así, sin pensar en todo lo que hay detrás de cada frase. ¿Qué pasa si me dicen «tú puedes», pero cuando lo intento fracaso y me quedo con la idea de que no soy capaz? Decir palabras que suenen lindo es fácil, pero llevarlas a cabo es mucho más difícil de lo que se cree.

Así que no, Avery, no lo sé con exactitud, pero gracias por intentarlo.

Me doy cuenta de que hemos llegado al edificio de la consulta cuando mi hermano se estaciona. Procede a apagar el motor y nos quedamos en silencio por largos segundos. Él me mira, pero yo me mantengo mirando hacia adelante, donde se extiende una pared de concreto gris.

—¿Quieres que te acompañe? Es en el segundo piso. Puedo esperar contigo si eso te hace sentir mejor.

Lo miro y quiero decirle que no, que puedo hacerlo sola, pero ha llegado la hora de aceptar que no puedo continuar con esto por mi cuenta, así que le respondo con un leve asentimiento y nos bajamos del coche.

El edificio no es grande, debe tener poco tiempo de haber sido construido porque aún conserva un tono gris limpio. De todas maneras, no le presto demasiada atención a lo que me rodea, me limito a seguir a Avery, quien me guía de la mano, y a concentrarme en mantener mi respiración estable.

Puedo hacer esto.

Puedo.

Pero ¿y si no?

Retengo cada una de las lágrimas que luchan por salir, no quiero llorar, no quiero romperme ahora. Estoy tan cansada de llorar y no hacer nada al respecto...

Avery me da un apretón en la mano cuando llegamos al pasillo donde se encuentra el despacho. No hay nadie más que nosotros, así que me permito levantar la cabeza y mirar la puerta, que tiene una placa con el nombre de la psicóloga.

—Estaré aquí esperándote —me asegura Avery, dándome un beso en la sien e instándome a que me dirija hacia el despacho.

Suelto su mano e inspiro hondo, dándome valor para enfrentarme a quien

se encuentre detrás de esa puerta.

Ojalá Leigh estuviese aquí, sé que sería más fácil. Me tomaría la mano y me sonreiría, le diría que me aterra la idea de que esto no sirva de nada, ella me diría que es normal tener miedo, pero que eso no debe detenerme, que soy capaz, y yo le creería porque Leigh nunca me ha mentido.

Pero no está.

Así que obligo a mi corazón a que se comporte, camino hacia la puerta y la toco.

Luego de un par de segundos, me abre una mujer que no debe pasar los treinta, lleva el cabello liso y corto hasta los hombros, su piel acaramelada brilla, al igual que sus ojos verdes. Me saluda con una sonrisa amable y me indica que pase. Le doy una última mirada a Avery, él me sonríe y cierro la puerta detrás de mí.

El despacho no es muy grande. Las paredes están pintadas de un color crema que transmite calidez. Al fondo hay un escritorio que tiene lápices y papeles encima, y junto a él hay un pequeño organizador de madera lleno de carpetas de distintos colores. Cerca de la puerta hay una silla acolchada, donde me indica que me siente.

Al principio es todo lo que esperaba: es incómodo, ella me dice su nombre —Danielle—, me pide los datos que necesita para rellenar una ficha y yo respondo con un hilo de voz, mientras que la suya es dulce y cálida. Cuando termina, me preparo mentalmente para que me acribille de preguntas sobre mi vida personal, pero no lo hace. En cambio, dice:

—Cuando estés lista, estará bien. No te obligaré a hablar de nada que no quieras, sé que no me conoces y no espero que confíes en mí a ciegas, así que no importa si en esta sesión quieres hablarme del clima o de cualquier otra cosa. Nada de lo que hablemos saldrá de aquí a menos que una vida corra peligro o esté legalmente obligada a contarle algo a alguien. Y, por supuesto, si no te gusto como profesional, estás en todo tu derecho a decírmelo. ¿Quieres que ponga música? ¿Eso te hace sentir más cómoda?

Música.

Mierda.

Me invaden las ganas de llorar, pero asiento. Aunque me duela, la música me hace sentir menos sola, como si Leigh estuviera conmigo.

Saca un pequeño parlante de un cajón del escritorio y lo conecta a su celular. Comienza a sonar una canción cualquiera y nos quedamos en silencio por un largo rato, ella cumple su palabra y no me presiona. Me cuenta algunas cosas aleatorias sobre su gato, Scar, y sobre una pequeña planta que tiene en la ventana junto al escritorio.

No respondo a nada de lo que dice, pero no parece molestarle, es como si estuviese acostumbrada. Empiezo a creer que no diré nada porque realmente no sé qué debería decir, hasta que comienza a reproducirse una canción que estaba en la *playlist* de Leigh. Siento una punzada de dolor en el pecho, y no logro distinguir si se trata de dolor físico o algo más. Todo lo que ha pasado esta semana me golpea como un huracán y aprieto el acolchado de la silla para

intentar mantener el control. Danielle lo nota, pero no dice nada. En cambio, lo hago yo:

—Me estoy ahogando, no sé cómo detenerlo.



28. Pesadillas

Comedown - Luke Hemmings

Pasado

Estaba en una habitación oscura, no conocía el lugar, me sentía perdida y asustada.

¿Qué demonios?

Quise hablar por si alguien me escuchaba, pero tenía la garganta seca, no conseguí pronunciar ninguna palabra. Comencé a moverme; todo estaba oscuro, no sabía a dónde ir o si había alguna salida.

De pronto, los oí.

Comenzaron como murmullos, pero se convirtieron en gritos.

No sabía dónde carajos estaba ni qué estaba pasando, pero comencé a tantear el aire y caminé hasta que conseguí llegar a una pared. La rodeé y encontré una puerta.

Me sentía pequeña y vulnerable, pero no podía detenerme. No era yo quien controlaba mi cuerpo. Quise llorar, pero tampoco pude hacerlo.

Abrí la puerta y la luz me azotó la cara. Estaba en el pasillo de una casa, frente a mí había una escalera. No quería bajarlas, pero no tenía elección. Mis pies comenzaron a moverse, el suelo se sentía frío y me di cuenta de que estaba en pijama y descalza. Pero no era mi pijama, este era mucho más pequeño. *Yo* era mucho más pequeña.

¿Qué estaba pasando?

Mi corazón latía más rápido de lo humanamente posible y no conseguía dominar mi cuerpo.

Llegué al final de la escalera y continué hacia una habitación con una iluminación tenue.

De ahí provenían los gritos.

No comprendía las palabras, se escuchaban distorsionadas, pero reconocí la voz femenina. Era mi madre.

Debía dar la vuelta y volver, debía correr. Algo me decía que debía salir de ahí, pero no me detuve hasta llegar al marco de una puerta.

No alcancé a ver nada, porque unas manos me taparon los ojos y la boca y me apartaron del lugar.

Quise gritar, pero de nuevo no salió ningún sonido de mi boca.

Las manos no me soltaron hasta que estuvimos en una habitación pequeña. Era un baño.

—No debes mirar —me advirtió, me abrazó y me obligó a sentarme a su lado en el frío piso del baño. Me di cuenta de que estaba temblando, por frío y por algo más que reconocía como miedo. La única respuesta de mi cuerpo que podía controlar. Pero no sentía miedo de la persona que tenía a mi lado; tenía miedo de los gritos—. Yo te cuido. No debes mirar nunca. Duele.

Abrí los ojos con el grito atrapado en la garganta y completamente desorientada. Mi cuerpo entero sudaba y temblaba. No sabía dónde estaba, en la habitación no había más que oscuridad. Entonces recordé los gritos y comencé a llorar con desesperación, con una sensación de angustia mortificante en mi pecho.

Me senté en la cama y me llevé las manos a la cara. Podía moverme, por fin mi cuerpo me obedecía.

—¿June? ¿Qué sucede?

Entonces recordé dónde estaba y con quién.

Aun así, mi primera reacción fue esconderme en el rincón de la cama. No podía parar de llorar.

De pronto la luz iluminó toda la habitación y me volví a tapar el rostro, aterrada de un modo que no podía comprender.

Es Leigh, me dije, *solo es Leigh, no te hará daño.*

No funcionó.

—June —me habló, sentí que el colchón se hundió cerca de mí, pero no me moví de mi rincón, no se sentía seguro—, ¿qué ocurre?

Sentí sus manos sobre las mías, eran cálidas y suaves.

Solo era Leigh, no iba a hacerme daño.

¿Por qué tenía miedo de que me hicieran algo?

¿Había sido una pesadilla?

Demasiadas preguntas me llegaron de golpe y comencé a abrumarme. Ahora el martilleo de mi corazón se debía a otra cosa, pero intenté controlar la tormenta que se estaba desatando en mi interior. Lo seguí intentando hasta que logré dejar de temblar y tuve los brazos de Leigh alrededor de mi cuerpo mientras me susurraba palabras tranquilizadoras.

—June, mírame —me pidió con esa voz confortante que tenía, pero aun así se escuchaba teñida de preocupación.

Con cuidado, Leigh me apartó las manos del rostro para mirarme y vi cómo la confusión y preocupación habían calado hondo en sus facciones. Tenía el entrecejo fruncido y una mirada llena de angustia, aunque algo en sus ojos se despejó cuando se dio cuenta de que la estaba mirando.

—Fue una pesadilla —dijo; por alguna razón, era más claro para ella que para mí. Se había sentido tan real. Los gritos, las palabras susurradas en mi oído, los brazos de ese extraño alrededor de mi cuerpo, cuidándome, calmándome—. Estás conmigo, ¿de acuerdo? Solo tú y yo, nada va a pasarte.

Debí decir algo, debí asentir o hacer algo para darle a entender que estaba bien. Pero no lo estaba, así que me arrojé a sus brazos y continué llorando como

si estuviera a punto de morir.

Leigh me abrazó y me sostuvo hasta que las lágrimas se acabaron y los espasmos cesaron.

—Fue tan real —conseguí decir. Tenía el rostro enterrado en su cuello, ella me mantenía a su lado como si me fuese a desvanecer—. Fue…

—Tranquila —susurró justo en mi oído—, estás a salvo conmigo.

Lentamente me separé y me limpié la humedad de mis mejillas. Seguía aterrada, pero mi corazón estaba latiendo normal y mi respiración se había regularizado.

—Lo siento.

—June… —repuso Leigh, acercó nuestros rostros y me quitó los mechones de cabello que se me pegaban a la piel—. No tienes que disculparte, ¿de acuerdo? No pasa nada.

Me di cuenta de que su voz sonaba inestable. Se había asustado. *La había asustado.*

—Necesito aire —murmuré. Pasé por su lado y abrí la ventana con la poca fuerza que me quedaba en ese momento.

Había una brisa agradable, casi cálida. El viento aún no entendía que se había acabado el verano.

Cerré los ojos y llené mis pulmones de todo el aire posible, luego exhalé y repetí el proceso varias veces hasta que sentí a Leigh afirmarse en la pared junto a mí.

—No me hagas a un lado —me pidió y me giré para mirarla, sus ojos estaban vidriosos.

Asentí, pues no tenía nada que decirle.

Me sentía perdida. Aunque lo peor hubiese pasado, seguía quedando algo de esa angustia visceral que sentí cuando abrí los ojos.

Se había sentido tan real…

—¿Qué hora es? —le pregunté; afuera seguía oscuro, pero no debía faltar mucho para el amanecer.

Leigh fue en busca de su celular y yo cerré la ventana.

—Son un poco más de las cinco.

Me giré hacia la cama y abracé mi propio cuerpo.

—No quiero volver a dormir —confesé. Leigh caminó hacia mí, me cogió del rostro y me dio un beso tierno en los labios—. Puedo ir abajo para que descanses.

—No pienso dejarte sola. Podemos escuchar música —me ofreció. Yo asentí con cansancio y ella me devolvió una pequeña sonrisa.

Leigh me tomó de las manos y me llevó hacia la cama. Hizo que me acostara y me acomodara mientras ella buscaba sus audífonos. Luego, se metió bajo las frazadas junto a mí, me invitó a descansar la cabeza en su pecho y me ofreció un auricular.

—¿Qué quieres escuchar? —preguntó.

—Tu *playlist* —le pedí, y logré percibir que su corazón latió un poco más rápido—. Me da calma.

—¿De verdad? —quiso saber con genuina curiosidad.

—Es como tenerte cerca —confesé.

—Pero estoy aquí.

—Lo sé —susurré. Ella se quedó en silencio, aún no ponía *play*—, es un premio doble.

Acarició mi mejilla con su pulgar y no pude evitar cerrar los ojos ante su tacto. Se sentía tan bien, tan correcto. No quería que me soltara jamás. Nunca.

Me hizo mirarla.

—Te quiero, Pajarito.

—Te quiero —respondí, y me besó la frente.

—Ahora, hagamos un pequeño paseo por mi historia —canturreó.

Se dedicó el resto de la noche a distraerme. Escuchamos las canciones de su *playlist,* me contó por qué había escogido cada una de ellas, me contó anécdotas, me dijo que me quería muchas veces y me besó cada vez. No sé cómo lo hacía, pero Leigh me daba paz, me producía una calma enorme, y en mi mente me preguntaba: ¿es la calma antes de la tormenta o es la calma que viene cuando ya no hay peligro? Se sentía como ambas.

Afuera había amanecido. Había un fuerte sol que se filtraba por la ventana, las gemelas seguían durmiendo y sabía que Leigh tenía sueño, así que le dije que dormiría un poco. Me di la vuelta para darle la espalda, pero ella me lo impidió y me mantuvo en sus brazos hasta que el sueño la venció y se durmió. Yo no lo conseguí.

Leigh me hacía sentir segura. Me hacía sentir como en casa, pero cuando se durmió ni siquiera el calor que desprendía su cuerpo logró calmar mis pensamientos.

¿Qué significaba esa pesadilla?

Se había sentido demasiado real, era demasiado dolorosa. No podía quitar los gritos de mi cabeza, ni la sensación de protección que me daban esos brazos. Avery. No podía ser otra persona. Pero ¿por qué? ¿Por qué sentía que había algo más?

No sé cuánto pasó hasta que escuché que golpeaban la puerta. Me quité con cuidado los brazos de Leigh y traté de salir de la cama sin despertarla, pero fracasé.

—¿June? —preguntó con voz soñolienta.

—Están tocando la puerta, sigue durmiendo —la tranquilicé, seguro creía que me había vuelto loca otra vez.

—¿Seguir durmiendo? —cuestionó la voz de Zoe al otro lado de la puerta, seguramente estaba hablando con su hermana—, tuvieron una noche intensa.

Suspiré. Si supiera…

Abrí la puerta y me encontré a las gemelas vestidas. Zoe llevaba unos pantalones rojos y rectos, un top de cuero naranja y una sobrecamisa de tonalidades rosadas. Por otro lado, Meg llevaba ropa deportiva negra. Era extraño no verla con la ropa llamativa que su hermana escogía para ella. Aunque no siempre iba vestida como Zoe, se me hacía algo característico de ambas.

—Hola —dije, no sabía qué más decir.

—¿Qué tal la noche? —preguntó Zoe de manera coqueta y Meg luchó por ocultar una pequeña risa.

—Dormimos bien —mentí—, ¿ustedes?

Ellas se miraron por un momento, tal vez sintiendo el cansancio de mi voz, un cansancio que nada tenía que ver con lo que estaban pensando.

—¿Todo bien? —preguntó Meg, asentí con la cabeza—. ¿Segura?

—Sí, es solo que nos quedamos hasta tarde hablando.

No me creyeron, por supuesto, pero no hicieron más preguntas. En cambio, me comentaron que hoy tenían una comida familiar y que su mamá las había venido a buscar. Así que le gritaron a Leigh una despedida digna de su amistad y las fui a dejar a la puerta. Cuando se fueron, pasé por un vaso de agua en la cocina y me encontré con Avery guardando unas tazas.

Y recordé toda la pesadilla de nuevo. Sentí náuseas.

Por un momento quise contarle y preguntarle, pero me convencí de que no tenía importancia y le pregunté qué tal había estado la fiesta.

—Volví temprano, no desperté hace mucho. Tomé desayuno con tus amigas —me respondió mientras me tomaba mi vaso con agua. Leigh seguramente se había vuelto a dormir.

Recordé todo el asunto de él y Meg. Sentía que habían pasado días desde eso, pero solo habían transcurrido unas horas.

—Así que desayunaste con Meg —lo molesté, pero mi voz se escuchaba apagada y él se dio cuenta.

—Te ves cansada, ¿todo bien? —quiso saber, ignorando la referencia a mi amiga.

Asentí.

—Es que me desvelé, eso es todo —respondí de manera escueta—. Volveré arriba con Leigh, no sé si nos vamos a levantar aún, tenemos sueño.

No escuché qué me respondió.

Leigh se quedó el resto del día, bajamos a comer alrededor de las dos de la tarde, Avery había pedido comida china y conversamos un rato. Ellos se llevaban bien y eso me hizo sentir un poco mejor, me gustaba que mis dos personas favoritas congeniaran.

No había dormido nada, aunque Leigh me había insistido en que lo hiciera, así que me sentía cansada y desanimada. Mi hermano volvió a preguntar si estaba todo bien y volví a mentir, prefería que no se enterara. La morena también quiso hablar, pero le dije que lo hiciéramos otro día. No quería discutir el tema con nadie, sentía que, si lo decía en voz alta, se haría más real de lo que ya se sentía.

Cuando Leigh se fue, me hizo prometer que la llamaría si lo de anoche se repetía y acepté, pero no lo haría, no quería despertarla en mitad de la noche solo porque ahora mis demonios internos habían conseguido un pase libre a mis sueños.

De todas maneras, no ocurrió. Aunque con miedo, logré dormir toda la noche. Me dije que no era nada importante, que había sido una pesadilla sin más, y de verdad me lo creí. Pero, en el fondo, sabía que era algo más y que,



tarde o temprano, se repetiría, una y otra vez.

29. Catarsis

Hold On - Extreme Music

Presente

La mujer se mantiene en silencio mientras suelto todo lo que me ha estado atormentando. Y aunque pudiera parecer fácil, no lo es. Cada palabra hace que mi garganta arda, que mi corazón se retuerza en mi pecho y me duela cada músculo. Después de todo, mi cuerpo y mente están acostumbrados a ocultar lo que siento, no es sencillo dejar ese hábito de un día para otro. Sin embargo, aunque todo en mí me grite que cierre la boca, que me estoy dejando vulnerable ante una completa desconocida, no puedo parar.

Le cuento de mis ataques de pánico, cuándo empezaron y cómo es que han hecho de mi vida un calvario. Le hablo de Lena, de lo sola que siempre me he sentido hasta que conocí a Leigh, le hablo de Avery y de lo que significa para mí a pesar de que no puedo ser completamente honesta con él.

Pero me detengo en cuanto llego a lo que pasó antes del accidente. Aún es demasiado reciente, no puedo hablar de eso porque hay muchas cosas que desconozco y que no sé si quiero saber.

No puedo pensar en aquello sin sentirme enferma hasta los huesos, en parte porque es demasiado doloroso para mí y en parte porque soy consciente de que estoy dirigiendo mi furia hacia la persona equivocada, pero ¿qué más puedo hacer? Nadie me enseñó a controlar mis sentimientos, nadie antes de Leigh, ni siquiera Avery, hasta hace un tiempo, intentó saber qué sucedía conmigo sin hacerme sentir que había algo mal en mí.

Ni siquiera mi madre. La persona que, se supone, debió haber velado por mí. Escogió el camino fácil, prefirió ignorar el pasado y fingir que nada pasó. Puedo escucharla a la perfección diciéndome que no era lo que esperaba, que deseaba que fuera diferente, asumiendo que yo era el problema, cuando ella jamás quiso acercarse realmente a mí.

La cuestión es, si yo estuviera en su lugar, ¿hubiese actuado de manera diferente?

La pregunta no ha dejado de rondar mi cabeza durante días, pero no me he parado a pensar en ello realmente, implica demasiadas cosas, conversaciones para las que no me siento lista.

Luego de un momento de silencio, me hago un ovillo en la silla, pues es la única manera que tengo de protegerme en este momento.

Me doy cuenta de que solté todo, y me sabe amargo. No sé cómo me siento,

solo sé que me quiero largar de aquí cuanto antes.

—Has sido muy valiente al contarme todo esto —habla por fin Danielle, pero no quiero mirarla. Una parte de mí tiene miedo de que su reacción lo haga todo peor, porque si una profesional no puede comprenderme, ¿quién más lo hará? —. ¿Está bien si te hago algunas preguntas?

Un sonido extraño sale de mis labios, es mi manera de hacerle saber que estoy de acuerdo.

—¿Alguna vez sentiste la necesidad de pedir ayuda?

—Nunca supe cómo hablar de esto, estaba asustada y confundida —es mi respuesta.

—Pero con Leigh pudiste, ¿por qué ella fue la excepción?

Recién soy capaz de mirarla a la cara. Y ahí no hay nada, simplemente me mira con atención. No hay lástima, no me juzga, solo me está escuchando.

Pienso en su pregunta y en la respuesta, y reprimo una sonrisa triste.

—Jamás fue mi intención contarle lo que me pasaba, aunque ella lo supiera. Pero insistió, fue la primera persona en hacerlo de verdad, y sentí que, si había alguien que podría entenderme, sería ella.

Danielle me mira y asiente mientras anota algo en su libreta.

—Aún tengo varias preguntas que hacerte, pero creo que hoy ya ha sido demasiado. Este será un proceso largo e iremos al ritmo que tú necesites. Lo primero que haremos será aprender a controlar los ataques de pánico, ¿de acuerdo? Hasta ahora es algo que ha condicionado tu vida, pero no tiene por qué ser así. Hay mucha información que te servirá, ejercicios que mejorarán tu calidad de vida. También será necesario eventualmente una terapia familiar, podemos empezar con tu hermano si eso te hace sentir más cómoda. Pero, por lo pronto, nos centraremos en lo más urgente —hace una pausa y me regala una sonrisa cálida—. ¿Has venido sola? La idea es que te sientas lo más cómoda posible, y venir con alguien de confianza podría ayudar. Leigh, ¿tal vez?

Me pongo rígida y trago saliva con dificultad.

—Ella no puede, está en coma —suelto como si estuviese hablando del clima; sin embargo, mi voz se quiebra al final—, pero vine con Avery.

Es casi cómico, pero la verdad es que duele como la mierda.

Se forma un pesado silencio en la habitación. Debí habérselo contado antes, aunque cuando lo intenté no pude. Me duele incluso pensarlo.

—Si quieres, podemos quedarnos un poco más —me ofrece.

—Prefiero irme a casa —miento, pues iré directo al hospital.

—Es completamente entendible —responde—. Nos vemos la próxima semana, el mismo día a la misma hora. ¿Te acomoda?

Me percato de que le da particular importancia a saber lo que pienso respecto de todo, me hace parte de la decisión, aunque no haya sido mi idea venir aquí. Me hace sentir un poco mejor, supongo.

Asiento y me pongo de pie mientras seco mis lágrimas. Este último tiempo, lo único que hago es llorar, al punto de que no siempre me doy cuenta de que lo estoy haciendo.

Siento mis músculos acalambrados por la posición en la que estaba, pero me

obligo a caminar hacia la puerta luego de darle una última mirada a la psicóloga.

—June —me llama cuando tengo la mano sobre el pomo. Dejo pasar unos segundos antes de girarme hacia ella. Está a un par de pasos de distancia—. Gracias por ser sincera conmigo. Sé que hay muchas cosas que no me has contado, pero lo que has hecho hoy da cuenta de que una gran parte de ti quiere hacer esto. Yo no estoy aquí para decirte qué hacer, sino para ayudarte a que tú misma seas capaz de encontrar las respuestas y soluciones que necesitas, así que aprovecha esa fuerza interna que tienes, porque muchos llegan aquí sin nada, y tú tienes algo ahí dentro —señala mi cabeza— que no te dejará rendirte. Aférrate a eso.

Le sostengo la mirada sin saber qué decir, así que termino yéndome sin responderle, pero sus palabras no me abandonan en ningún momento; ni cuando salgo de la consulta y abrazo a Avery ni cuando llego al hospital.

Allí me encuentro con las gemelas. Ellas no saben que he ido a ver a una psicóloga; saben muy poco de lo que me pasa. Por un momento pienso en contarles, pero me siento agotada, así que prometo hacerlo otro día. Es una promesa de verdad.

—Iremos por algo de comer —me dice Avery mientras toma la mano de Meg. Se me hace extraño verlos juntos, sobre todo porque la rubia se pasó meses negándonos que sentía algo por mi hermano, pero al mismo tiempo me hace sentir aliviada de que se tengan el uno al otro—. ¿Quieres algo en especial?

Me lo pienso un poco.

—No —niego con la cabeza—, pero quiero gomitas.

Avery ríe y luego guía a Meg fuera de la sala de espera.

Quedamos solo Zoe y yo, además de personas que están aquí por otras razones. Los padres de Leigh están con ella, así que me siento junto a la rubia a esperar que sea nuestro turno.

En cuanto estoy a su lado, afirma su cabeza en mi hombro y suspira.

Nos quedamos en silencio por minutos, y las palabras de la psicóloga vuelven a aparecer. No estoy segura de cómo interpretarlas o si tienen razón, ni siquiera sé si fue profesional de su parte decirlo, pero no puedo dejar de pensar en eso.

¿Eso significa que no soy un caso perdido?

Y es que, en el fondo, siempre hubo algo que me ha impedido perderme del todo. Siempre he sabido que necesito ayuda, y a pesar de que cuando conocí a Leigh jamás tuve la intención de abrirme a ella, lo hice. Una parte de mí decidió que ya no podía lidiar con todo yo sola.

¿Se referiría a eso?

Por un momento, me permito pensar en que esto podría salir bien. Cuando salí de la consulta, no me sentí más liviana, como todo el mundo dice que se siente al hacer catarsis, al contrario, salí de allí más agotada que nunca, pero había algo distinto. No sé qué es ni qué significa, pero está ahí.

A mi lado, Zoe toma mi mano.

—Tengo miedo, June —rompe el silencio. Su voz, al igual que la mía, no

suena rota, sino cansada. La espera y la incertidumbre es agotadora.

—Yo también —respondo—. Nunca he estado más aterrada en mi vida.

Aprieto su mano y me la llevo a la boca para depositar un suave beso. Leigh siempre hacía eso cuando estaba inquieta o agobiada; me besaba y automáticamente me sentía mejor. Ojalá pueda tener el mismo efecto en Zoe.

—Prométeme que no me vas a dejar sola —me pide de pronto, y no puedo evitar mirarla confundida.

—No estarías sola jamás. Tienes a Meg.

—Ella parece dura, pero no lo es. Ambas sabemos que su mundo se caería a pedazos si algo malo pasara. Tendré que sostenerla, y necesitaré que hagas lo mismo por mí.

¿Y quién me sostendrá a mí?, pienso.

La respuesta llega más rápido de lo que hubiese esperado: Avery. Él jamás me dejaría caer.

Y empiezo a creer que también me tengo a mí.

—Prometo estar a tu lado pase lo que pase —digo finalmente.

30. Del miedo y otros sentimientos

Youth - Troye Sivan

Pasado

Durante los primeros días, la pesadilla no se repitió, ni siquiera recordaba lo que soñaba al día siguiente. Mi pensamiento inicial fue que había sido algo sin sentido y que no debía darle tanta importancia, pero, tal como temía, se repitió casi una semana después de la primera vez, justo el día en que iría a conocer a los padres de Leigh (luego de pedírmelo varias veces). Fue casi igual a la pesadilla anterior, con la diferencia de que esta vez podía ver la cara angustiada de Avery mientras me abrazaba.

Desperté sudando y agitada. Me quedé hecha un ovillo esperando a que mi respiración se ralentizara y, cuando me sentí un poco mejor, mi primera reacción fue hablarle a Leigh, tal como ella me había dicho, pero era demasiado tarde y debía estar durmiendo; sabía que ella no se molestaría, sin embargo, despertarla me hacía sentir egoísta, así que no lo hice. En cambio, me pasé el resto de la noche en vela escuchando los demos de sus canciones.

Ella no lo sabía, pues me daba algo de vergüenza admitirlo, pero a veces escuchaba sus canciones antes de irme a dormir, y no era solo porque fuesen de ella, sino porque las letras siempre parecían decir las palabras que necesitaba escuchar. Tal vez eso me hacía dependiente, lo sabía, pero ¿era un crimen tan grande? En el fondo, sabía que depender de Leigh era lo peor que podía hacer, pero estaba tan cansada que no quería hacer otra cosa que refugiarme en ella. ¿Me arrepentiría en el futuro? Estaba segura de que sí.

Como no había dormido, estuve lista más temprano de lo usual para ir a la escuela. Últimamente Leigh me pasaba a buscar cuando su madre le prestaba su auto, así que ya no tenía que molestar a Eric para que me llevara. Mi madre me había obligado a presentársela, y debía admitir que lucía emocionada de que tuviera otra amiga que no fuera Lena. Leigh la había saludado con cortesía y cruzaron un par de palabras, lo suficiente para que mamá decidiera que no debía preocuparse por ella. No volvió a preguntar por ella. Como siempre, no le interesaba saber más de lo que pasaba con mi vida. Por una parte sentí alivio, pero por otra parte me sentía decepcionada. ¿Tanto le costaba acercarse un poco más a mí?

Leigh vendría por mí hoy de nuevo. Llevaba alrededor de media hora esperando a que llegara, no porque ella estuviese atrasada, sino porque yo estaba lista desde muy temprano.

Cuando me subí al vehículo, su primera reacción fue besarme de manera fugaz. Era un gesto tierno y casi doméstico, aun así, no pude evitar ponerme colorada por lo mucho que me gustaban sus besos.

Cuando se separó y me miró, frunció el ceño.

—No dormiste —adivinó.

Miré hacia afuera mientras me ponía el cinturón de seguridad.

—Sí dormí —mentí sin devolverle la mirada.

Me dolía la cabeza. No quería hablar de la pesadilla, tenía sueño y me estaba comenzando a irritar.

—De acuerdo. Ahora dime la verdad —su voz sonaba preocupaba, pero también albergaba un tono burlesco. Le encantaba saber exactamente cuándo mentía y cuándo decía la verdad.

Por alguna razón, me irrité aún más.

—No es nada, ¿podemos dejar el tema? —cuestioné, esta vez mirándola. Estaba cansada, pero mi voz había sonado brusca y cortante. De verdad no quería hablar sobre la pesadilla. Más bien solo quería olvidarla.

Leigh hizo una mueca y echó a andar el auto. No era común en ella el silencio, así que a medida que nos acercábamos a la escuela empecé a temer que se hubiese molestado. Salvo esa vez que me dejó en la sala de música, Leigh nunca se había enfadado conmigo.

Habían pasado un par de minutos cuando volvió a hablar.

—Solo me preocupo, no tienes por qué hablarme así —dijo. No me miró al hablar, pues iba manejando, pero la noté tensa.

Solté un suspiro lleno de frustración y me masajeé la sien. Estaba agotada de todas las formas posibles, pero no quería desquitarme con Leigh cuando no había hecho absolutamente nada malo.

—Lo siento —terminé diciendo, a mi lado Leigh también suspiró.

—No es necesario que me pidas perdón, Pajarito, pero… —se detuvo en un semáforo rojo y se giró hacia mí— no quiero que te guardes todo para ti. ¿Es por lo de conocer a mis padres? Si no quieres ir, solo dilo. No te obligaré a nada, lo sabes.

Me lo pensé por un momento. Era algo que me asustaba y me tenía más que nerviosa, pero en el fondo quería hacerlo. Quería a Leigh y me interesaba conocer esa parte de ella, así que negué con la cabeza.

—No es eso.

—¿Entonces? —insistió. Un manto de preocupación había cubierto su rostro.

—Después —le pedí mirándola a los ojos. Estuvo a punto de insistir, pero el semáforo cambió a verde y volvió a concentrase en conducir.

Miré hacia afuera y no volvimos a hablar hasta que llegamos a la escuela.



Me había quedado dormida en la clase de Inglés. Desperté porque Lena pasó por mi lado y me pasó a llevar el brazo donde tenía afirmada mi cabeza. No sabía si

lo había hecho a propósito para molestarme o si había sido un accidente —me inclinaba por la primera opción—, pero, al menos, la profesora no me había descubierto.

Estuve el resto de la clase casi dormitando. Creo que nunca había estado tan cansada como lo estaba ahora, y eso que había pasado días seguidos sin dormir. Durante el receso, me fui al baño a lavarme la cara en un intento de espabilar, pero no fue de mucha ayuda.

Las gemelas no habían ido a clases y Leigh tenía que estudiar para una prueba, así que estuvimos en la biblioteca en silencio. Luego de la conversación en el coche no habíamos cruzado muchas palabras, y sentía que lo había echado a perder, pero no quise decir nada porque Leigh necesitaba concentrase para estudiar, y se podía distraer hasta con una mosca.

Intenté poner atención en el resto de las clases, aunque no dejaba de pensar en la pesadilla, en Leigh y sus padres. Mi mente era una maraña de pensamientos y estaba comenzando a estresarme. Al menos, no volví a dormirme.

A la hora de almuerzo no tenía ganas de ver a nadie, así que me refugié en la sala de música, que sabía que estaría desocupada. Le mandé un mensaje a Leigh avisándole y me senté sobre una mesa para esperarla. Llegó diez minutos después con un paquete de galletas de chocolate y una leche de frutilla.

—Sé que no es un almuerzo, pero es algo —me dijo mientras me pasaba la comida. Le sonreí, no había pensado en comer durante todo el día.

—¿Cómo te fue? —le pregunté, estaba parada frente a mí.

Odiaba el ambiente que nos rodeaba, era algo incómodo. Leigh se veía tímida y yo no sabía cómo actuar.

Hizo una mueca.

—Me conformo con aprobar —se sentó en una mesa a mi lado—. La verdad es que no me pude concentrar mucho.

Me puse tensa. Era por mi culpa, estaba segura. Dejé las galletas y la leche a un lado, no tenía hambre.

—Lo siento.

—No es tu culpa —respondió casi de inmediato, girándose hacia mí—. ¿Quién se puede concentrar en Matemática?

—Meg.

—Meg es un bicho raro.

Entorné los ojos.

—Al menos es inteligente.

—¿Estás tratando de decirme que no soy inteligente? —cuestionó de manera indignada, haciéndome reír. La tensión se esfumó casi por completo.

—Si te sientes identificada es cosa tuya.

—Estás siendo particularmente mala hoy —se cruzó de brazos, y a pesar de ser una broma, no pude evitar sentirme culpable. Se dio cuenta antes de que lograra desviar la mirada. Se paró y se posicionó frente a mí, lucía arrepentida —. No era en serio, solo estoy jugando.

Me tomó el rostro con ambas manos y me obligó a mirarla. Sentía los

párpados pesados, no sabía si era por el sueño o por las ganas de llorar.

—Lo sé —respondí, me zafé de su agarre y apoyé mi cabeza en su hombro, derrotada—. Tuve la misma pesadilla otra vez —admití mientras Leigh acariciaba mi espalda de manera suave—. No dormí nada y estoy cansada, solo quiero irme a casa y dormir.

Se quedó en silencio un momento y me abrazó. Escondí mi cabeza en su cuello y ella me besó la sien. Por primera vez en todo el día pude relajarme de verdad. Estando entre sus brazos sentía que nada podía hacerme daño. Quería quedarme así para siempre.

—Sé que soy demasiado insistente a veces —comenzó a decir.

—¿A veces?

—Sé que siempre soy insistente —se corrigió, estaba segura de que sonreía—, y sé que no siempre te gusta, pero lo hago porque me importas y no soporto verte mal. Lamento haberte incomodado en la mañana, debí aceptar que no quisieras hablar, pero... siento que a veces olvidas que me tienes a mí, y quiero ser tu apoyo mientras pueda serlo.

La abracé más fuerte.

—Te quiero —susurré. Era la única respuesta que podía darle.

—Yo también —respondió, me separó y volvió a sostener mi rostro—. ¿Estamos bien?

Asentí y luego la besé. No me importaba si alguien entraba y nos veía, solo quería sentirla a ella. No era buena hablando, pero necesitaba darle a entender lo que significaban sus palabras para mí y el miedo que sentía de terminar haciéndole daño cuando ella me había entregado solo cosas buenas.

No podía evitar pensar en que, a la larga, Leigh terminaría lastimada por mi culpa. No quería que tuviese que estar preocupada por mí cada vez que sucedía algo, porque era agotador. No quería depender de ella, porque si algún día me faltaba, no sabría qué hacer sola. No quería contagiarla con mi tristeza y mis problemas. Pero tampoco podía ni quería prohibirle que me protegiera ni que quisiera ser mi apoyo. Me encantaría saber exactamente qué hacer, pero la verdad es que no tenía idea.

Leigh intentó separarse para decirme algo, pero le rodeé el cuello con los brazos y le impedí alejarse. Quedamos lo suficientemente cerca como para que nuestras narices se tocaran.

No quería que se alejara. Quería sentirla lo más cerca posible, quería sus manos en mi piel y sus labios sobre los míos, y aquellos pensamientos provocaron que mis mejillas se calentaran de la vergüenza porque era la primera vez que deseaba de esa manera a alguien. Era nuevo y yo era una completa inexperta, pero aun así no la solté.

—Creía que no tenías hambre —me susurró Leigh, y no pude evitar reírme del doble sentido de sus palabras.

Esta vez fue ella quien me besó, y de nuevo no me importó la posibilidad de que alguien entrara por la puerta y nos viera. No estábamos haciendo nada que otras parejas no hicieran, pero nadie aquí, salvo las gemelas, sabía lo nuestro y no quería que se enteraran. De cualquier manera, le devolví el beso.

Leigh apoyó sus manos en la mesa y se inclinó hacia adelante, provocando que tuviese que envolver mis piernas en su cintura para no caerme hacia atrás. Al menos, esa fue la excusa que me di para hacerlo. En cuanto se dio cuenta, una de sus manos se posicionó en mi cadera y me acercó más. Era territorio nuevo, pero me gustaba.

Leigh profundizó el beso y nuestras lenguas se encontraron al mismo tiempo que la mano de Leigh ascendió por mi cintura peligrosamente cerca de mi pecho, hasta tomarme del cuello e inclinar mi cabeza hacia atrás.

Enredé mis manos en su cabello. Era suave y liso. Por su parte, la mano que tenía en mi cuello volvió a descender, esta vez tocando deliberadamente mi pecho izquierdo y volviéndome una mezcla de sensaciones y pensamientos desconocidos. Su mano buscó el dobladillo de mi camiseta y me acarició la piel desnuda de la espalda. Nadie me había tocado así, pero no me sentía nerviosa ni estaba asustada, Leigh bloqueaba cualquier pensamiento negativo.

De manera instintiva, mis caderas buscaron las suyas, y de la garganta de Leigh salió un pequeño sonido que me erizó la piel e hizo que se separara de golpe.

Me quedé mirándola con las mejillas sonrojadas y la respiración agitada. Ella estaba peor, tenía las pupilas dilatadas y los labios algo hinchados.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

¡Estábamos en la escuela! ¿Qué me pasaba?

El sueño y el cansancio habían desaparecido por completo.

—Estamos en la escuela —dijo ella como si pudiera leerme el pensamiento, pero no respondí. Se me había achicharrado el cerebro—. No podemos... Yo... No...

Me reí. No sabía si me había terminado de volver loca o estaba demasiado nerviosa, pero seguí riéndome mientras ella me miraba con mala cara.

—¡June! —se quejó, y la mención de mi nombre me hizo cerrar la boca—. Eres... Tú... ¡Agh!

Me daba ternura verla nerviosa. ¿Es así como yo me veía todo el tiempo?

Leigh se movió rápido; la seguí con mi cuerpo cuando me rodeó y se dirigió a la puerta. Por un momento me tensé, creyendo que se iría, pero me relajé cuando la vi ponerle pestillo a la puerta y girarse hacia mí.

—Cinco minutos —me dijo, y luego se dirigió hacia mí.

No hicimos mucho más que besarnos, pero fueron los mejores cinco minutos de mi vida.

Luego, me obligó a comer las galletas que me había traído.

31. La vida es una mierda

Everybody Hurts - R.E.M.

Presente

La semana termina y Leigh no da señales de intentar despertar.

La semana termina y siento que no aguantaré un día más.

La semana termina y nadie sabe qué hacer a continuación.

Según el doctor a cargo de Leigh, no debemos perder las esperanzas, pues aún hay grandes posibilidades de que despierte, pero todos somos conscientes de lo que se esconde detrás de esas palabras: con cada día, las posibilidades irán disminuyendo hasta que...

No.

No me puedo permitir pensar así.

Leigh despertará, tiene que hacerlo.

—June —escucho mi nombre y alzo la vista para enfocar a Meg. Estamos en el hospital esperando a que sea nuestro turno para visitar a Leigh. Será la primera vez que nos reunamos las cuatro. Hoy todos han tenido su rato a solas con ella, pero nosotras decidimos estar juntas—. Quédate con nosotras.

Al comienzo no entiendo, pero luego me doy cuenta de que se refiere a mis pensamientos.

Asiento con la cabeza sin mucho ánimo y continuamos la espera mientras ellas hablan sobre la vuelta a clases. Técnicamente, volvemos mañana, pero aún no he decidido si ir. A estas alturas, todos debieron enterarse del accidente, no quiero enfrentarme a las miradas de lástima y a las preguntas incómodas. Quiero estar aquí. Quiero quedarme junto a Leigh todo el tiempo que pueda.

Pasan unos cinco minutos y la puerta se abre, dejando ver a una enfermera que nos indica que pasemos. La primera en entrar es Zoe, mientras que Meg me espera y me rodea el hombro con su brazo para entrar juntas. Me siento un poco mejor gracias a eso.

Leigh está igual que todas las veces que la he visto: pálida y rodeada de máquinas y cables. Su piel, que siempre fue luminosa, ahora se nota seca y poco saludable. Su cabello está peinado hacia atrás, pero está opaco y sin vida. Tiene los pómulos ligeramente más afilados que antes y dos círculos morados le rodean los ojos.

Mis ojos se llenan de lágrimas de manera inevitable mientras la observo, aun con el brazo de Meg consolándome.

Ha pasado una semana y la echo tanto de menos... Extraño su sonrisa, su

energía, su picardía y constante coqueteo, el brillo que siempre se apodera de sus ojos cuando habla de algo que le apasiona, sus ganas de comerse el mundo, sus «te quiero», sus besos, sus caricias… Me aterra pensar que aquel sentimiento se irá haciendo cada vez más intenso, más insoportable. Odio la idea de tener que acostumbrarme a esta versión de ella. Ni siquiera soy capaz de pensar en la posibilidad de jamás volver a escuchar su voz…

Daría lo que fuera por escucharla cantar una vez más; los audios que reproduzco todas las noches no son suficientes.

Me limpio las lágrimas con la manga de mi sudadera y me escondo al costado de Meg.

¿Cómo hago para apagar la parte de mí que me dice que todo saldrá mal?

La enfermera se ha ido, pero nadie se atreve a decir nada. Se forma un silencio incómodo y el ambiente se siente pesado. No me gusta. Lo odio.

Sin embargo, no dura mucho. Después de todo, estoy aquí con las gemelas.

—Ayer vi a Meghan y Avery comiéndose la boca y ahora tengo un trauma —dice Zoe en dirección a Leigh, como si nada pasara y fuera un día normal en nuestras vidas.

Reacciono de inmediato, alejándome de Meghan.

—Asco —digo.

—Basta.

—Vi lengua.

—¡Zoe!

—¡Estoy dando los detalles para que Leigh lo sepa! ¿Crees que me gusta decirlo en voz alta?

—Estúpida.

—Asalta tumbas.

—Solo nos llevamos un año, ¿qué sucede contigo?

—Asalta tumbas —repite—, pero al menos ahora eres parte de la familia de June.

Hago una mueca.

—Créeme, Meg, no quieres ser parte de mi familia.

—A Leigh le encantaba la idea —se ríe la rubia, pero pronto su sonrisa se desvanece y se transforma en un fantasma en sus labios.

Hay algunos segundos de silencio antes de que Zoe rompa en llanto y a mí se me estruje el corazón. Megan no tarda en llegar a su hermana y abrazarla, mientras que yo muevo la única silla de la habitación para sentarme junto a Leigh y tomarla de la mano. Está lánguida. Mis ojos se llenan de lágrimas nuevamente.

—No soporto verla así —dice Zoe—. No es justo. Ella debería estar riéndose con nosotras en este momento.

Meg no responde, y es que ¿qué podría decir? Su hermana tiene razón: no es justo. Leigh no debería estar en esta situación, ninguna de nosotras debería estar sintiendo el miedo desgarrador de perder a alguien que amamos. Los padres de Leigh no merecen vivir con la incertidumbre de no saber si su única hija despertará o no.

Nada de esto debiese estar pasando.
La vida es una mierda.

32. Batalla ganada

Who Are You - Aquilo

Pasado

Cuando se me pasó un poco más el estrés por la falta de sueño y la preocupación por la pesadilla, comencé a ponerme nerviosa porque esa tarde conocería a los padres de Leigh.

Iría a cenar con Leigh a su casa en plan casual, como las otras veces que había ido, pero en esta ocasión estarían sus padres presentes y, honestamente, estaba aterrada. De verdad quería agradarles y que ellos sintieran que Leigh estaba en buenas manos conmigo, incluso si era yo la que estaba en buenas manos con ella. Debido a lo que había sufrido en el pasado, sentía la necesidad de asegurarles que podían confiar en que no sería igual que su ex, pues suponía que era algo que a ellos les preocupaba. Al menos, a mí me preocuparía.

Aunque una parte de mí no estaba del todo segura de si ellos debían confiar en mí en ese sentido.

Mientras que enloquecía internamente, como era de esperarse, Leigh me miraba divertida desde mi cama.

—Luces mortificada —habló mientras yo buscaba qué ropa ponerme.

—No estás ayudando, Leigh.

Me agaché para recoger una camiseta que había tirado al suelo y, cuando me levanté, me encontré con Leigh a un par de centímetros de mí.

—Son solo mis padres, no algún integrante de BTS al que debas impresionar.

Me llevé las manos a la cara, avergonzada. Lo cierto era que estaba exagerando, pero no sabía cómo tranquilizarme. Era probable que los padres de Leigh fueran increíbles, pero aun así mi corazón latía más rápido de lo normal y mis manos no dejaban de temblar. Era agotador. Los nervios eran normales en cualquier persona, pero parecía que a mí jamás me abandonaban.

—Lucas hubiese amado la referencia —murmuré mientras retiraba las manos de mi rostro Leigh me miraba con una sonrisa ladina y los ojos llenos de ternura.

Una sensación cálida se instaló en mi pecho y sentí que por fin podía respirar con calma. ¿Por qué tenía ese efecto en mí? ¿Algún día se iba a terminar?, porque no quería que acabara nunca.

—No se lo digas, pero gracias a él los he estado escuchando un montón. No pensé que me podía enamorar de ocho personas al mismo tiempo.

Reprimí una sonrisa.

—Son siete, no ocho —repliqué. Sentía que era mi deber defender el honor de los artistas favoritos de mi hermano menor.

—No estoy hablando solo de BTS, Pajarito.

Me aparté de golpe. ¿Qué estaba tratando de decir?

—No es divertido —murmuré.

—¿Acaso me escuchaste reír? —recuperó la cercanía perdida y me dio un corto beso en los labios—. No lo pienses demasiado.

Le iba a responder que no podía decirme algo así y esperar que no pensara en ello, pero la verdad es que no quería que nos pusiéramos a hablar de sentimientos. No era buena expresándolos, no quería cometer el error de usar las palabras equivocadas con Leigh y terminar diciendo algo que realmente no sentía. Si podía evitarlo, lo haría. Aunque, a decir verdad, estaba segura de que Leigh conocía muy bien la magnitud de mis sentimientos, o no diría cosas como esas.

Volví al tema de la ropa.

No tenía gran variedad, siempre me ponía lo que me hacía sentir cómoda, que se traducía en pantalones holgados, generalmente cargo, y camisetas que me quedaran grandes. Sabía que a Leigh le gustaba, y a mí la mayoría del tiempo me daba igual, pero en situaciones así mi cerebro evocaba todas las veces que habían dicho algo de mi aspecto, como si tratara de castigarme en vez de intentar calmarme.

Podía escuchar la voz de Lena demasiado fuerte en mi cabeza.

Tu ropa es demasiado masculina.

Deberías usar ropa de tu talla.

Arréglate un poco más.

Cuando conocí a Lena, la ropa le daba igual, de hecho, a veces parecía que ni siquiera se daba cuenta de qué prendas se ponía encima, pero luego comenzó a preocuparse en exceso por su apariencia. Quería estar a la moda como las demás chicas, y eso estaba bien si era lo que ella deseaba, pero comenzó a proyectar esos gustos en mí. Necesitaba que toda su vida se viera bien, incluyéndome, pero yo no quería eso, y jamás dejó de demostrarme su inconformidad con aquello a través de palabras que seguían siendo la causa de mis inseguridades.

Solo quería causar una buena impresión, ¿era eso demasiado difícil?

La frustración me invadió y, con ello, las ganas de llorar.

Me di la vuelta y me dejé caer en el colchón, con la camiseta blanca que había recogido en las manos.

—¿Por qué es tan difícil?

Me di cuenta de que lo había dicho en voz alta cuando Leigh se sentó a mi lado y me rodeó los hombros con su brazo.

—Aún podemos cancelar —me ofreció, y estuve tentada a aceptar, pero se sentía como una derrota y estaba cansada de perder siempre, así que negué con la cabeza—. No tienes que cambiar nada de ti, Pajarito. Eres perfecta así, y a quien no le guste, que le den. No estás aquí para complacer a nadie.

Reprimo las lágrimas y me obligo a asentir con la cabeza.

—Lo intento, pero… —no termino la frase.

—Lo sé, Pajarito, sé cuánto te esfuerzas.

—Aun así, no es suficiente, ¿verdad?

Leigh dejó ir mis hombros y me acarició la mejilla, provocando que mi cuerpo se girara hacia ella y quedáramos frente a frente.

—No soy quién para decirte si es suficiente o no, todos tienen su propio ritmo para sobrellevar las cosas. Lo que sí puedo decirte es que eres muy fuerte, pero no es necesario que lidies con todo tú sola, hay especialistas, hay…

—No —la interrumpí—, no quiero tener que hablar de esto con extraños, estoy bien así.

Leigh no respondió de inmediato, sabía que era una batalla perdida. No era la primera vez que tocaba el tema y no era la primera vez que me negaba. Una parte de mí quería intentarlo, pero la otra estaba demasiado dañada como para siquiera pensar en ello; si no funcionaba iba a ser demasiado decepcionante.

—De acuerdo —dijo finalmente, besó mi mejilla y se puso de pie—. Creo que deberíamos irnos.

Solté un largo suspiro y eché a Leigh de la habitación para poder vestirme.

Se quejó mucho.



Al final me había puesto lo mismo de siempre, y me convencí de que daba igual cómo fuese vestida, aunque había una molesta vocecilla en mi cabeza que me decía que me veía horrible.

Cuando llegamos a la casa de Leigh estaba atardeciendo. Le había dicho a mi madre que iría donde Leigh a hacer una tarea, aunque ni siquiera íbamos en el mismo curso. No quería darle más explicaciones y ella no preguntó mucho más. Le agradaba que socializara; no sabía si era porque eso me hacía más parecida a Avery, como tanto quería, o porque significaba que no me tendría en casa.

Al principio creí que los padres de Leigh estarían esperándonos, me había hecho una imagen mental donde ellos nos recibían y se presentaban de manera desafiante ante mí, pero ni siquiera estaban cuando llegamos.

Leigh se encogió de hombros y aseguró que debían haber ido a comprar comida, así que me llevó a su habitación para pasar el rato.

En ese momento me di cuenta de que todo el asunto de la ropa había sido más que ridículo. Me preguntaba cómo es que Leigh tenía tanta paciencia conmigo.

—¿Alguna vez has querido aprender a tocar algún instrumento? —me preguntó cuando me senté en su cama, sacándome de mis pensamientos.

—¿Ah?

Suspiró de manera exagerada y repitió la pregunta mientras se sentaba detrás de su teclado.

—No tengo… habilidades para eso —respondí.

—Eso no fue lo que pregunté.

Comenzó a improvisar una melodía lenta y dulce que obtuvo toda mi atención de inmediato. Podría escuchar a Leigh tocar ese teclado toda la vida. Era cautivante y hermoso, y siempre parecía que Leigh se transportaba a otro lugar.

¿Cómo se sentiría tener ese nivel de pasión por algo?

Pensé en la libreta donde escribía cuando estaba realmente mal, pero no era igual. Yo lo hacía porque era una forma de desahogarme, no porque quisiera dedicarme a escribir en el futuro. Ni siquiera sabía qué haría más adelante.

Sentía que mi vida no tenía rumbo.

—Estás alejándote del planeta Tierra otra vez —susurró Leigh luego de dejar de tocar el teclado.

—Lo siento.

—¿En qué pensabas?

Me planteé mentirle, pero al final decidí que quería hablar de esto con ella.

—En que no hay nada que me apasione, no tengo ningún pasatiempo.

—Pero escribes —señaló. Se lo había contado hacía un tiempo y había insistido en leer lo que escribía, pero me negué rotundamente. Era algo que permanecería oculto para siempre, tenía palabras que dolían demasiado.

—No es lo mismo.

—¿Te preocupa? —quiso saber. Me miraba con curiosidad.

—A veces. Me preocupa no saber qué hacer con mi vida cuando termine la escuela.

—Aún tienes tiempo. Quizás estás enfocando mal todo eso de la libreta. ¿No has probado hacerlo porque tienes ganas de crear algo y no como una necesidad?

No respondí, en verdad, nunca lo había visto como algo que podía hacer en mis ratos libres. Leigh tenía razón, me limitaba a tomarlo como una necesidad.

Me dije que lo intentaría cuando llegara a casa, pero me conocía. No lo haría.

—¿Quieres tocar algo? —preguntó al ver que no iba a responder.

—Te dije que no tengo lo necesario.

—Al menos inténtalo.

—No.

—Por favor —me pidió, e incluso hizo un puchero. Se veía tierna, me convenció de inmediato.

Leigh me hizo una señal para que me acercara y luego me pidió que me sentara en sus piernas. Por un momento dudé, pero terminé haciéndolo de todas maneras.

Era un poco más alta que yo, sin embargo, en esa posición le sacaba alrededor de una cabeza. Sentía su aliento en la nuca, me daba escalofríos y me hacía cosquillas al mismo tiempo.

Comenzó a explicarme cosas técnicas que apenas retuve. Me enseñó qué era una octava y una escala, señaló las notas que correspondían a cada tecla y comenzó a tocar una secuencia sencilla que probablemente hasta Lucas podría

hacer.

Excepto yo.

Mis dedos eran torpes y descoordinados. Además, sentir su cuerpo pegado al mío no ayudaba mucho. Me temblaban las manos y estaba poniéndome como un tomate.

—Déjame guiarte —dijo luego de ver el desastre sin ritmo que estaba hecha.

Puso su mano sobre la mía y comenzó a guiarme sobre las teclas y, mientras lo hacía, apoyó su mentón en mi hombro.

—No puedes buscar el ritmo —susurró, su voz sonaba demasiado suave. No quería que se callara, podría escucharla hablar por horas—, el ritmo te encuentra a ti.

—Estoy segura de que no quiere encontrarme —dije, provocando que Leigh soltara una pequeña carcajada que resonó por toda la habitación.

La mano que guiaba la mía me soltó mientras se reía y con la otra me rodeó la cintura.

—Eres un desastre, Pajarito.

—Eso es lo que intentaba decirte —me quejé.

Giré mi rostro hacia ella y le sonreí. Era uno de esos momentos en que sentía que todo estaba bien y que cualquier cosa que se me ocurriera era posible porque tenía a Leigh conmigo y ella me tenía a mí. Me hubiese gustado que ese momento durara para siempre, pero fue interrumpido por un toque en la puerta.

Me puse de pie de un salto y traté de ignorar la risa de Leigh mientras me sentaba en la cama.

—¿Sí? —preguntó ella.

—La cena está lista —dijo quien, suponía, era su padre. Ni siquiera noté cuando habían llegado. ¿Cuánto tiempo había pasado? Me puse rígida—. Dense prisa.

—Ya vamos, danos un segundo —respondió Leigh.

Pensé que se iría, pero, en cambio, abrió la puerta con una gran sonrisa.

—Puerta abierta, Leigh —le recordó. Luego recorrió con sus ojos la habitación hasta que me encontró sentada de manera rígida e incómoda en la cama de su hija—. Es un gusto por fin conocerte, June, mi hija nos ha hablado como loca sobre ti, hasta siento que eres parte de la familia.

Abrí la boca para decir algo, pero terminé por cerrarla, repetí el gesto varias veces hasta que formulé un débil «hola».

—¡Papá! —se quejó Leigh, y se veía en verdad avergonzada.

Su padre no le hizo caso y se adentró en la habitación como si fuera suya, lo cual, técnicamente, era cierto.

Me tendió su mano con formalidad, pero la sonrisa plasmada en su rostro logró que me relajara un poco. Me sorprendí al darme cuenta de que era él de quien Leigh había sacado la mayoría de sus rasgos. Tenían los mismos ojos, grandes y color miel. Su piel era un poco más morena, pero tenían la misma sonrisa amable y llena de vitalidad. Su cabello lo tenía corto y era negro como el carbón. Además, era probablemente la persona más alta que había visto en mi

vida.

Le devolví el apretón de manos de manera torpe.

—Gael —se presentó.

—Un gusto —logré decir.

El padre de Leigh se dio la vuelta y vi cómo le guiñó un ojo al salir de la habitación.

—Puerta abierta —repitió mientras bajaba la escalera.

Nos sumimos en un incómodo silencio mientras lo escuchábamos alejarse.

A pesar de que había sido un primer encuentro sorpresivo, no había sido tan terrible como creí. El hecho de que tuviera un aura tan parecida a la de Leigh ayudaba. Era más fácil así, era un terreno conocido.

Me di cuenta de que, probablemente, con su madre no sería así de fácil. Era imposible que ambos fueran de esa manera.

—No hablo toooodo el tiempo de ti —dijo Leigh después de un rato y no pude evitar reírme.



Había tenido razón. La madre de Leigh, Elizabeth, no era para nada como su hija y esposo. Para empezar, físicamente eran polos opuestos. Era rubia, baja y de contextura un poco más gruesa, sus ojos cafés miraban con detenimiento todo lo que estaba a su alrededor y era mucho más silenciosa. En ese sentido se parecía un poco a mí, era observadora y buena escuchando. No había dicho gran cosa, pero fue amable al presentarse.

Estábamos en la mesa comiendo pizza, Gael y Elizabeth estaban sentados frente a nosotras, más interesados en mí que en la comida. El padre de Leigh no había parado de hablar y hacerme preguntas. No eran en plan papá sobreprotector, sino que sus cuestionamientos nacían de la mera curiosidad. Era como si quisiera saberlo todo y, de nuevo, era increíble la similitud entre él y Leigh. Me preguntó si me iba bien en la escuela, qué actividades disfrutaba hacer y qué pretendía estudiar. También habló bastante de él y su trabajo en una universidad vecina, incluso mencionó que había escrito un par de libros cuando Leigh le contó —sin mi consentimiento, por cierto— que a veces escribía.

A decir verdad, fue un poco caótico. No estaba acostumbrada a las comidas donde se hablara tanto. Por lo general, ni siquiera comía con mi familia, estaba acostumbrada a esa dinámica. Por un lado, disfruté de la experiencia nueva, pero, por el otro, me sentía un poco abrumada. Leigh me tomó la mano bajo la mesa durante toda la cena, y la quería mucho por eso.

Cuando terminamos de comer, Leigh y su padre se ocuparon de limpiar la mesa y me quedé a solas con Elizabeth. Hubo un momento en que ninguna de las dos habló y estaba muerta de nervios, hasta que ella se aclaró la garganta.

—Disculpa a mi esposo, no suele saber cuándo parar de hablar. Es un cuento sin fin y es peor cuando está con Leigh. Juntos son una bomba.

—Está bien, no importa —respondí restándole importancia, aunque en el fondo agradecía ese momento de calma y silencio.

—Por lo que veo, no eres muy habladora —mencionó.

—No soy muy buena conociendo a gente nueva —admití. No sabía por qué, pero sentí la urgencia de ser sincera con ella, como si fuese alguna clase de prueba.

—No nos des tanta importancia, podemos ser los padres de Leigh, pero ella al final siempre hace lo que se le da la gana, así que esta no es ninguna prueba que sortear, June. Es decir, nos preocupamos de que Leigh esté con una buena persona, pero también confiamos en su juicio.

No supe qué responder. ¿Significaba eso que le había caído bien? Esperaba que fuese eso, porque a mí me habían agradado.

Ninguna volvió a hablar hasta que Leigh y su padre regresaron con el postre, que era una tarta de chocolate que se veía deliciosa. De inmediato se me hizo agua la boca y no pude ocultar la sonrisa al pensar en Leigh pidiendo algo dulce para mí.

Mientras comíamos el postre, comenzaron las preguntas relacionadas con mi familia. No era un tema del que me agradara hablar, así que respondía con monosílabos cada vez que podía y me ponía nerviosa cuando debía responder algo más elaborado. Leigh no tardó en darse cuenta y desvió el tema de conversación hacia algo que le había ocurrido en la escuela con las gemelas, sobre un trabajo de idiomas que no entendí porque mis pensamientos se dirigieron a mi familia y cómo no quería que ellos se dieran cuenta de que era todo lo contrario a la suya.

Ni siquiera era que me avergonzara que mi familia fuera disfuncional, sino que no podía ocultar el dolor que me provocaba hablar de ellos.

Cuando volví mi atención a la conversación, la madre de Leigh se estaba parando de la mesa y recogiendo los platos mientras que Gael se excusaba para ir a terminar algo relacionado con el trabajo. Ambos se despidieron de mí con una sonrisa.

—Esperamos verte seguido por aquí, June —me dijo el padre de Leigh. Le sonreí a modo de respuesta.

Quedamos solas en cuestión de segundos, y de nuevo nos inundó el silencio incómodo que, nuevamente, rompió Leigh.

—¿Y bien? Sé que mi padre es muy intenso, pero...

—Estuvo bien. Es una versión potenciada de ti —la molesté.

—¿Segura? Entiendo que pudiera ser incómodo, sé que no te gusta hablar mucho de ti...

—De verdad, Leigh, estuvo mejor de lo que creí.

Y era verdad, pero aun así necesitaba un poco de aire.

—¿Quieres subir un rato?

Me lo pensé por un momento. ¿Quería pasar más rato con ella? Ni siquiera era necesario responder aquello, era obvio, pero de igual manera quería irme a casa.

—Creo que debería irme antes de que se haga más tarde, le dije a mi madre que haríamos algo de la escuela.

—Tienes razón, es tarde —Leigh se puso de pie y me extendió su mano para

que la siguiera—, y las tareas no se tardan tanto tiempo a menos que no estés haciendo una tarea, sino que estés comiéndole la boca a alguien.

Ni siquiera alcancé a asimilar lo que había dicho cuando sentí sus labios sobre los míos. Fue un beso lento y no duró mucho tiempo, pero fue suficiente para dejarme con el corazón acelerado y queriendo más.

—Me encanta besarte, Pajarito, es como una adicción —dijo contra mis labios—. Y gracias por aceptar conocer a mis padres, es importante para mí.

—No tienes que agradecerme nada —susurré.

Me incliné para besarla nuevamente, pero ella se apartó.

—No quiero que te vayas, si me besas de nuevo será peor.

Me puse roja, y las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensar en lo que estaba diciendo.

—El próximo fin de semana estaremos solo Avery y yo en mi casa, pero él de seguro saldrá con sus amigos. ¿Quieres quedarte conmigo?

—¿Con las gemelas? —preguntó, mientras me miraba con los ojos entrecerrados.

—No, solo tú.

—Sería un crimen rechazar una oferta así —aseguró. Trató de parecer despreocupada, pero sus mejillas se tiñeron ligeramente de rosa y me pregunté qué pasaba por su cabeza en ese momento.

Esperaba que fuera lo mismo que pasaba por la mía cuando volví a besarla.

Cuando llegué a casa me puse a pensar en todo lo que había ocurrido durante el día. Se había sentido interminable, habían pasado un montón de cosas y terminé agotada de todas las maneras posibles, pero, aun así, se sentía como si hubiese ganado una batalla, sobre todo cuando me dormí y ninguna pesadilla perturbó mis sueños.

Ojalá todo hubiese continuado de esa manera.

33. Inocencia

Yellow - Coldplay

Presente

El tiempo de visita ahora es más largo, así que me paso los siguientes días en el hospital. Llego a eso de las doce del día y me voy en la noche, lo más tarde posible. Por un lado, puedo estar más tiempo con Leigh, y por otro lado, puedo evitar a mi madre todo lo que quiera.

No tengo la oportunidad de estar con Leigh todo el tiempo que estoy aquí, pues sus padres tienen prioridad por razones obvias, así que a veces me quedo en la sala de espera o vamos con las gemelas a comer algo a la cafetería del hospital. Y la verdad es que es mucho más fácil cuando estoy acompañada. Cuando estoy sola no siempre puedo controlar lo que pienso y termino imaginando lo que pasaría si Leigh no despertara. Esos son los peores días. Pero cuando estoy con más personas a mi alrededor es diferente, porque al menos sé que todos compartimos el mismo dolor y, de alguna manera, eso hace la espera más llevadera. Incluso aunque nadie hable, no me siento sola. Y es algo nuevo para mí, no estoy acostumbrada a compartir mi sufrimiento con alguien, pero estoy aprendiendo a hacerlo.

Lo más difícil es cuando me debo quedar a solas con Leigh. A veces lo único que hago es llorar, otras veces le hablo con la esperanza de que mi voz tenga algún efecto en ella o, como hoy, me quedo en silencio y escuchamos música juntas.

Nunca podré comprender al cien por ciento el vínculo que Leigh tiene con la música, es algo que no he experimentado y, a decir verdad, no creo que exista una manera concreta de explicarlo. Ni siquiera ella podía hacerlo sin que pareciera un eufemismo. Así que, si es que en algún lugar dentro de su cerebro puede oír lo que ocurre a su alrededor, sé que la música la hará sentir mejor. Es mi deber lograr que ese vínculo no se rompa ni se desgaste.

Y también me ayuda a mí.

Leigh está a centímetros de distancia, pero la mayoría de las veces siento que no es ella la que está a mi lado, es difícil no escuchar su voz ni sentir la calidez de su tacto sobre mi piel, pero cuando nos pongo los auriculares todo eso deja de importar. Las canciones que ella recolectó en esa *playlist* que me compartió meses atrás nos conectan y las palabras se vuelven innecesarias. Solo somos ella, la música y yo.

Llevo alrededor de una hora en la habitación y sé que pronto se acabará mi

turno. La opresión en el pecho no me ha abandonado desde el accidente, pero se intensifica cuando sé que debo dejarla. Me aterra pensar en lo que podría pasar cuando yo no esté. ¿Y si despierta durante la noche, asustada y sola? ¿Y si tiene alguna complicación y no me entero? ¿Qué pasa si deja de luchar y yo no estoy aquí?

Los ojos se me llenan de lágrimas por milésima vez en el día.

¿Cómo se supone que podré aguantar hasta que despierte?

El tiempo avanza más rápido de lo que pensábamos, y cada día es más desgastante que el otro, más doloroso y agotador. No es solo la espera, sino la incertidumbre, el miedo, el esfuerzo por mantenerme de una pieza.

No quiero colapsar otra vez.

Me aprieto contra el cuerpo de Leigh. La camilla es pequeña, pero de alguna manera cabemos las dos. Me muevo con cuidado de no lastimarla o pasar a llevar algún cable, y le rodeo la cintura con mi brazo.

En ese momento comienza a reproducirse *Yellow* de Coldplay, y las lágrimas se intensifican. ¿Cómo es posible que la música pueda describir tan bien lo que siento?

Sabes que te amo tanto…

La abrazo un poco más fuerte.

Si Leigh no despierta, jamás me perdonaré no haberle dicho que la amo.

Y si despierta, jamás dejaré de decírselo.

—Te amo, Leigh. Te amo demasiado.

Tocan la puerta con suavidad y sé que ha llegado el momento de despedirme. Nos quito los audífonos y me pongo de pie con cuidado mientras me seco las lágrimas del rostro.

—Estaré aquí mañana —le aseguro—. Por favor, espérame. Si te atreves a despertar cuando yo no esté, terminamos. Que conste que te advertí.

Me río de mis propias palabras, pero la risa se convierte rápidamente en llanto.

Me inclino hacia ella y deposito un beso en su mejilla, me mantengo ahí con la esperanza de que ocurra un milagro, pero no ocurre, así que me dirijo a la puerta con el corazón un poco más roto que ayer, pero menos que mañana.

Sin embargo, cuando abro la puerta no me encuentro con sus padres. No. Las personas que me devuelven la mirada no se parecen en nada a ellos.

—¿Qué hacen aquí? —pregunto sin poder ocultar la sorpresa.

Mi mamá me entrega una mirada que roza la vergüenza, como si supiera que no debiese estar aquí. También luce cansada, pero no me detengo a pensar mucho en ello. Por otra parte, mi hermano pequeño me regala una sonrisa, probablemente ajeno a todo lo malo que está ocurriendo a su alrededor.

Ojalá se quedara como un niño siempre, de esa manera no tendría que sufrir por los errores que comete el resto del mundo. Espero que él nunca tenga que sufrir lo que Avery y yo hemos sufrido.

—Sé que no me quieres ver, June, y lo respetaré por el momento. Pero Lucas insistió en que quería verla…

Se me aprieta el estómago y mis ojos se vuelven a llenar de lágrimas.

—¿Los papás de Leigh están de acuerdo? —pregunto con la voz entrecortada y ella asiente—. Pasen.

No quiero estar cerca de ella en este momento, pero tampoco puedo negarles la entrada, menos a Lucas.

—Le traje a Leigh un peluche para que se mejore —menciona Lucas cuando entra a la habitación. No creo que entienda completamente el estado en el que se encuentra Leigh. Después de todo, es solo un niño, y aunque sea mucho más inteligente de lo normal, sigue teniendo solo cuatro años. Aun así, verlo aquí me recompone un poco el corazón—. Es mi favorito, así que es especial. Es de BTS.

De mi garganta sale un sonido que es una mezcla de una carcajada y un sollozo.

Por supuesto que es de BTS, no podría ser de otra manera.

Lucas se acerca a la camilla y deposita sobre el pecho de Leigh un peluche de color celeste que parece ser un koala. Se queda un momento ahí observando el cuerpo de mi novia y los aparatos y cables que la rodean, luego se para de puntitas y le da un pequeño beso en la mejilla.

—Espero que te recuperes pronto, así todos dejarán de estar tan tristes y podremos ver videos juntos otra vez.

Sé que mi madre me mira, pero no puedo apartar los ojos de Lucas y el gesto tan inocente pero tan hermoso que ha tenido. Su corazón aún es puro. Me duele saber que, a medida que pase el tempo, esa pureza irá desapareciendo poco a poco.

—¿Cuándo va a despertar? —pregunta Lucas.

No puedo aguantar mucho más. Rompo en llanto y me debo afirmar en la pared para no perder el equilibrio.

Me siento tan débil...

Cubro mi rostro con mis manos en un intento de que Lucas no me vea así, pero no es algo que pueda ocultar realmente. Lo siguiente que siento son unos brazos que me rodean, y nunca había deseado y odiado algo de tal manera al mismo tiempo.

—Suéltame —le pido a mi madre, pero no hago nada para apartarme—. Por favor, suéltame.

Después de tanto tiempo, por fin sé lo que es recibir un abrazo cálido de mi madre, y lo necesito, pero no lo quiero. Ya no.

—Lo siento mucho, hija. Creí que estaba haciendo lo correcto, creí que te estaba protegiendo.

Desearía poder tener la pureza y la inocencia de mi hermano, así no odiaría tanto aquellas palabras.

34. Seguridad

Feels Like - Gracie Abrams

Pasado

Estaba afirmada en un pilar de la entrada de la escuela esperando a Leigh mientras observaba la primera lluvia de la temporada. Hacía frío, pero disfrutaba de los días lluviosos, sobre todo porque eso significaba poder ponerme toda la ropa grande que quisiera.

Hoy iba vestida con un jogger azul marino, una camiseta gris y un cortaviento negro que le había sacado a Avery. Luego de la primera vez que había tomado prestada su ropa, se volvió costumbre. A Avery le molestaba al principio, pero después de un tiempo dejó de darle importancia. Incluso me había regalado un par de cosas que a él ya no le gustaban.

Avery haría todo lo posible por darme en el gusto siempre.

Hubo una oleada de viento que provocó que la lluvia lograra salpicarme en mi cara. Me aparté para limpiarme, pero terminé chocando con un cuerpo duro. Me puse rígida de inmediato, me daba una idea de quién podía ser.

Por desgracia, no me equivocaba.

—Qué gusto encontrarte aquí —escuché la voz de Gus cerca de mi oído y me aparté de un respingo.

Miré a mi alrededor para ver si Leigh estaba cerca, pero aún no llegaba.

August no solía molestarme siempre. Es más, era como si se olvidara de mí unos días hasta que se aburría y se me acercaba de nuevo. Quizás para él era gracioso, pero no para mí. Era desagradable y cada vez que me decía algo me daban ganas de darle una patada donde más le dolía.

Decidí que no tenía por qué aguantarlo más. Estaba harta.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —repliqué con disgusto.

Yo no era una persona desagradable, técnicamente no interactuaba con nadie, y cuando lo hacía los nervios me comían viva, así que tampoco tenía muchas oportunidades de serlo. Y estaba bien, no me gustaba hacerle mal a la gente, quería mantenerme alejada del resto todo lo que pudiera, pero esta vez tenía los recuerdos vívidos de todas las veces en las que August me había puesto incómoda y no había hecho mucho más que rechazarlo de buena manera. Esta vez sería diferente.

—Entonces… —comenzó, ignorando lo que acababa de decir. Me rodeó hasta pararse frente a mí, me miraba con una media sonrisa y con los brazos cruzados—, ¿cuándo será el día en que aceptarás salir conmigo?

Estaba casi segura de que de pequeño se había caído de su silla y se había dado un fuerte golpe en la cabeza, por eso no entendía todas las veces que le había dicho que no me interesaba nada que tuviera que ver con él.

—¿Puedes dejarme en paz? —le pedí, me sentía pequeña parada frente a él, pero traté de sonar lo más desafiante posible.

—¿Y qué hay de divertido en eso? Vamos, no te estoy pidiendo mucho.

Dio un paso hacia mí, obligándome a retroceder y chocar con el pilar que había detrás.

Ahora la idea de encararlo no me parecía tan buena. Solo quería largarme.

—No quiero nada contigo, ¿por qué me sigues molestando?

Dio otro paso, estaba demasiado cerca. Ni siquiera a las gemelas las dejaba estar tan cerca.

Me dieron ganas de vomitar y el pulso se me aceleró.

—Ya te lo dije, me gustas. Nunca fuiste solo la amiga de Lena para mí. La dejé por ti, ¿recuerdas? Le dije que creía que tú también me veías como algo más, ella se puso furiosa, pero no lo negó, así que supongo que tenía razón. Te gusto, pero finges que no.

Maldita Lena. Malditos todos.

Dio otro paso.

La verdad era que ni siquiera lo pensé. Cuando se iba a acercar otra vez, tomé impulso y le di un rodillazo en su entrepierna.

Jamás le había pegado a alguien, quizás a Avery cuando éramos niños, pero eso no contaba. Debí haber sentido remordimiento o algo por el estilo, pero, honestamente, me hubiese gustado haberle pegado aún más fuerte. Un rodillazo no era suficiente para él.

August se inclinó hacia adelante y se llevó las manos a la zona del golpe. Lo escuché jadear y mascullar algo en contra mí que no merecía la pena repetir.

Lo miré un par de segundos antes de decidir abrir la boca.

—¿Quieres que te diga lo que pienso? —no respondió, me estaba dando la espalda y seguía quejándose. Había gente mirando, pero me daba igual. En ese momento solo quería desahogarme, y aunque también quería largarme lo antes posible, ganó lo primero—. No terminaste con Lena por mí. Ni siquiera te gusto. Estuviste con Lena porque podías, terminaste con ella porque podías, y ahora estás molestándome a mí y haciéndome sentir incómoda e insegura porque puedes. Los chicos como tú creen que pueden hacer todo lo que se les plazca porque les han enseñado siempre a tomar lo que quieren, incluso cuando les dicen que no —me temblaban las manos y había comenzado a llorar. Quería cerrar la boca a irme, pero no podía—. Los chicos como tú son capaces de fingir ser gente decente para conseguir lo que quieren, para conseguir que la otra persona ceda. Pero no es así como funciona. Si te digo que no me interesas ni para tomar un helado, es porque no me interesas y ya. No me niego para que insistas más, no estoy jugando al mismo juego que tú... No estoy jugando a nada. Es un siempre no, mierda, no debería ser tan difícil de entender.

August por fin se puso de pie, tenía los ojos algo cristalizados por el dolor del golpe y me miraba furioso. Tenía las mejillas encendidas y su respiración se

notaba pesada. Nunca lo había visto así y la verdad es que me dio miedo. Ante mis ojos estaba el resultado de lo que ocurría cuando se le negaba algo a un hombre que siempre ha obtenido lo que ha querido.

—Deberías agradecer que alguien te dedique un segundo de su tiempo. Lena siempre tuvo razón contigo, te crees mejor que el resto, pero no eres más que una perra cínica —prácticamente escupió—. No esperes que algún hombre quiera estar contigo.

No sé por qué lo hice, pero no procesé lo que había dicho hasta que no pude hacerlo desaparecer.

—¡Ni siquiera me gustan los hombres, imbécil!

Me tapé la boca en cuanto las palabras se escaparon de mi boca. Era consciente de que había perdido mi secreto, porque no había manera de que alguien como él se quedara callado. Cuando se sentían humilladas, las personas como él no se quedaban calladas, sino que, al contrario, atacaban, y ahora le había dado algo con qué devolverme el golpe.

Mierda.

Él no dijo nada, no sabía si estaba sorprendido o si le daba asco conocer esa parte de mí.

De cualquier manera, no me quedé a ver su reacción. Salí corriendo.

—¿June? —escuché la voz de Leigh, que por fin había llegado, pero no me detuve.

Tonta, tonta, tonta.

Por esto nunca debes abrir la boca.

Lo echaste a perder.

No dejaba de repetir aquellas palabras mientras la lluvia me empapaba, ni siquiera sentía el frío, solo quería salir de ahí.

Corrí unas dos cuadras hasta que me detuve porque me estaba costando respirar. Me llevé las manos a la cara y me eché a llorar como una bebé en medio de la acera. Había perdido el control una vez más, pero de una manera diferente, y lo odiaba.

—June, mierda, eres rápida —escuché una voz femenina a mi lado, se escuchaba agitada y preocupada al mismo tiempo.

Segundos más tarde, tuve al cuerpo empapado de Leigh pegado al mío para darme un abrazo.

No tardó en preguntar qué había pasado, pero me limité a llorar en su hombro mientras la lluvia no nos daba tregua y el corazón me latía a cien. Lloraba por varias razones: por la frustración de tener que lidiar con alguien como él, porque lo había humillado, pero la que había terminado peor era yo, porque había perdido el control… Sin embargo, sobre todo, lloraba porque esa parte de mí que era solo mía, ya no lo era.

Luego de un par de minutos, me separé de Leigh y me sequé las lágrimas, aunque era algo absurdo teniendo en cuenta la lluvia.

Leigh me miraba con cautela, esperando cuál sería mi siguiente paso. Tenía el cabello pegado al rostro, su jardinera y abrigo rojo estaban empapados.

Me sentí aún más estúpida por haber salido corriendo con este aguacero.

¿Por qué siempre tomaba las peores decisiones?

—No debiste salir detrás de mí —fue lo primero que dije.

—Me gusta la lluvia —me aseguró.

Me llevé las manos a la cara y comencé a llorar de nuevo. Estaba segura de que nos íbamos a resfriar.

Tonta.

—Pajarito… —susurró mientras me apartaba las manos.

Creí que diría algo más, pero se quedó en silencio. Me tomó una mano y me guio hasta el techo de un negocio para protegernos de la lluvia.

Una vez allí, sacó su celular, intentó en vano secar sus manos y llamó a alguien.

—Hola. Sí. Ven a buscarnos, te mandaré la ubicación. No pasa nada, es solo agua. Que no, bruta —hizo un gesto de frustración, aunque no dejaba de mirarme. Suponía que estaba hablando con Zoe—. Te esperamos. Gracias.

Colgó la llamada y entró al chat de Zoe para mandarle la ubicación, luego simplemente me abrazó y esperamos en silencio. Era incómodo porque nuestra ropa estaba empapada, pero tampoco me aparté. Quería irme a casa.

El auto de las gemelas no tardó en aparecer. De nuevo, Leigh me tomó la mano y me guio hasta donde estaba el coche estacionado.

—Dejaremos todo mojado —señalé cuando Leigh abrió la puerta de atrás.

—Solo súbete. Un problema a la vez, Pajarito —dijo Zoe al volante, y aunque no estaba viendo, pude imaginarme a Leigh poniéndole mala cara por usar el apodo.



En mi casa no había nadie, Avery estaba en la universidad y el resto se había ido a donde los padres de Eric a eso del mediodía.

Lo primero que hice al llegar fue buscar una toalla para darle a Leigh.

—Deberías darte una ducha caliente —dijo, pero me negué.

Busqué ropa para las dos y dejé a Leigh en la habitación para ir a cambiarme en el baño. Tenía frío, así que saqué el calefactor de la habitación de mi madre y lo llevé a la mía.

—¿Quieres el secador de pelo? —le pregunté a Leigh cuando entré al cuarto. Tenía puesto un pantalón de chándal gris y una sudadera verde de la universidad de mi hermano. Era extraño verla vestida como yo.

—De acuerdo —se encogió de hombros.

Volví al baño y le llevé el secador, sin embargo, no lo usó con ella, sino conmigo.

Me obligó a sentarme en la cama y me secó el cabello con una suavidad increíble. Era tan cuidadosa que estuve a punto de quedarme dormida, no se escuchaba nada más que el ruido del aparato y nuestras respiraciones. Tardó unos quince minutos, y luego me ofrecí a hacer lo mismo por ella. Fue la misma dinámica, pero Leigh tenía mucho menos cabello que yo, así que no tardé mucho.

Dejé el secador en el suelo y ella se dio la vuelta para estar frente a frente.

—¿Quieres hablar? —preguntó, y la quise muchísimo por hacer esa pregunta. Era un detalle mínimo, pero ayudaba a sentirme con el control de la situación. Lo necesitaba.

Y me di cuenta de que habíamos estado varias veces en la misma posición: en mi cama, sentadas frente a frente, y cada vez se sentía más íntima que la anterior. ¿Cómo era eso posible si ni siquiera nos estábamos tocando?

Asentí con la cabeza y le conté todo, pues ella solo había alcanzado a escuchar lo último que le había dicho.

—No sabía que él te estaba... acosando —dijo, no a modo de reproche, pero aun así me di cuenta de que debí haberle dicho. Leigh estaba furiosa, aunque también triste y preocupada. Finalmente, me encogí de hombros—. Me alegro de que lo golpearas. Si alguna vez se te vuelve a acercar así, debes decírselo a alguien, puede llegar a ser peligroso.

Me sequé las lágrimas que corrían por mi rostro y me sorbí los mocos. Para nada atractivo, pero ¿qué importaba?

—Leigh... —comencé, no me gustaba verla enojada.

—Ya, lo siento, un problema a la vez.

Me tomó de las manos y se acercó para darme un corto beso en los labios cuando estuvo más tranquila.

—¿Por qué lo hice? —cuestioné, aunque no estaba buscando una respuesta.

—Es normal reaccionar así cuando alguien te lleva al límite, Pajarito. Yo he cometido muchas estupideces porque no pienso antes de hacer las cosas. Es algo que les ocurre a todos, así que no te mortifiques. Si tiene alguna decencia, no dirá nada. Y si lo hace... estamos en el siglo XXI, ni siquiera debiese ser un tema.

La miré. Lo hacía sonar tan fácil, pero para mí no lo era.

—No es eso lo que me preocupa. Es mi vida privada, debiese ser mi decisión si la gente se entera o no. Cuando has luchado toda tu vida por conservar el control de las cosas, algo como esto duele, porque al final siempre estoy perdiendo algo.

Sabía que Leigh me entendía, pero aun así quería explicarle por qué eso era tan importante. No quería que pensara que era porque me avergonzaba o porque quisiera esconderla.

—Ven aquí.

Acortó la distancia y me estrechó entre sus brazos por largos minutos.

—Eres la única que tiene el control de tu vida, June, solo falta que te des cuenta y lo comprendas.

No respondí. No sabía si Leigh tenía razón o no, ya no quería pensar en eso.

Al final terminamos acostadas en la cama, Leigh me seguía abrazando y yo me fui tranquilizando a medida que pasaba el tiempo. Sabía que la calma sería momentánea, que, a medida que se acercara el lunes, la sensación de angustia por no saber qué pasaría iba a aumentar, pero decidí disfrutar de la tranquilidad mientras durara.

Luego de un rato, me separé de Leigh, me senté y me giré para observarla. Tenía el cabello algo esponjoso por el secador y manchas negras debajo de los

ojos por el delineador corrido gracias al agua.

—¿Te quieres quedar hoy? —pregunté, se suponía que vendría mañana, pero ya estaba aquí.

—¿Quieres que me quede?

Amaba que Leigh siempre tuviera en cuenta mi opinión, como cuando me preguntaba si me apetecía hablar, pero a veces hacía preguntas tan tontas... Sonreí.

—Si no quisiera, no te estaría preguntando.

—¿Y qué haremos? —cuestionó alzando una ceja.

Mi sonrisa se desvaneció y me dejé caer a su lado con los brazos cruzados.

—Mejor no te quedes.

Leigh se rio a mi lado y la sentí moverse. Se enderezó e inclinó la parte superior de su cuerpo sobre el mío, apoyó un brazo a cada lado de mi cabeza y se quedó mirándome con una sonrisa boba.

Amaba la sonrisa de Leigh. Había algo tan en especial y maravilloso en la certeza de que esa sonrisa era gracias a mí... Quería que sonriera así para siempre.

—¿Te había dicho que tienes muy mal genio a veces?

Y luego me besó la frente, las mejillas, la nariz y la boca.

Pensé que era un buen momento para ser sincera.

—No me siento cómoda con las personas, y nunca creí que alguien me podría hacer sentir tan segura como lo haces tú, Leigh. Cuando estoy contigo todo lo malo se transforma en algo bueno. Lo que pasó hace un rato fue horrible, pero estando aquí contigo... incluso siento que podría ser un buen día.

Leigh no respondió, solo me besó, y eso fue suficiente.

35. Seguir adelante

Time - Pink Floyd

Presente

Danielle, la psicóloga, me enseña algunos ejercicios que podrían servirme para controlar los ataques de pánico, tal como lo prometió en la primera sesión.

Algunos de ellos ya los conocía, pues he leído bastante sobre el tema, sin embargo, nunca me sirvieron. De igual manera, trato de no ser pesimista y no cerrarme a la idea de que no funcionarán, aunque, a decir verdad, no quiero tener que usarlos. Ya no quiero pasar por eso, pero sé que es probable que ocurra de nuevo.

En su mayoría son ejercicios de respiración y estrategias para poder reaccionar cuando esté atravesando un ataque, como concentrarme en algún objeto que esté cerca.

—Puede ser cualquier objeto —me dice—, un reloj, alguna pintura, un árbol, lo que sea que tengas cerca. Toda tu concentración se debe enfocar en ese objeto, detállalo y memorízalo. Ayudará a que los síntomas se calmen y tengas la oportunidad de controlar la situación.

Control. Que palabra tan aterradora. En exceso causa daño y cuando hace falta te sientes a la deriva.

—Sin embargo —continúa. Me habla con suavidad, pero con seriedad—, estos ejercicios no siempre funcionan, debes tenerlo claro y no pensar que es tu culpa, ¿de acuerdo?

Asiento e intento no apartar la mirada de ella. Es otra cosa que me recomendó hacer con ella: mirarla, para que vea que en sus acciones no hay intención de hacerme daño, dijo que me ayudaría a confiar en ella. No sé si funcionará, pero lo hago de todas formas.

Luego me pide que practiquemos. Primero hacemos las dos un ejercicio de respiración y relajación muscular, para terminar haciendo lo que me acaba de indicar.

Me pide que me enfoque en cualquier objeto que haya en la oficina, y mis ojos se van automáticamente a un reloj que no estaba la vez pasada.

—Descríbemelo, no te dejes ningún detalle fuera.

Hago lo que me pide sin pensarlo mucho. El reloj es de madera y se nota que es artesanal. Tiene un color café quemado y forma de una casa, en la parte del techo hay un paisaje tallado: un volcán, lo que parece ser un lago y unos árboles que nunca he visto, debe ser alguna clase de pino. En la parte de abajo

está el reloj como tal, es un círculo blanco cubierto por un vidrio, tiene números tallados y pintados de negro. Las manecillas son rojas y se mueven provocando un compás perfecto.

Sin darme cuenta, comienzo a pensar en el tiempo mientras le describo el aparato a la psicóloga; ella no me interrumpe, por lo que, además de mi voz, lo único que se escucha son las manecillas del reloj dando vueltas.

Tic tac, tic tac, tic tac.

El tiempo es otra palabra que me aterra, porque no se puede controlar, a veces pasa extremadamente lento y otras veces pareciera que hace carreras con algo. Lo peor es que es imparable. El tiempo no repara en sentimientos, no sabe de nostalgia ni de dolor, no le importa si en el camino hiere a las personas; solo sigue su curso y nosotros debemos lidiar con el caos que deja a su paso.

—¿June? —escucho que me llama Danielle.

—¿Sí? —respondo en automático, sigo viendo las manecillas del reloj.

—Te estaba hablando.

—Ah, lo siento —vuelvo a mirarla—, no me he dado cuenta.

Se acomoda en su asiento y espera unos segundos antes de hablar.

—Cuando te pido que te concentres en algún objeto no me refiero a que te desconectes de ti misma, ¿de acuerdo? Hacerlo tampoco te hará bien, tal vez al principio te parezca algo bueno, como un descanso... pero mientras más te desconectes de la realidad, más te costará volver.

—Lo siento —respondo. Esta vez sí aparto la mirada hacia mis manos, que descansan sobre mi regazo.

—No tienes que disculparte por nada, June, estamos aquí aprendiendo.

—Estaba pensando en el tiempo —agrego sin pensar. Las palabras se enredan en mis labios, como si no quisieran salir.

Me obligo a mirarla de nuevo. Danielle se toma un tiempo para escribir en su libreta y luego vuelve a dirigir su atención a mí.

—¿Quieres hablar de eso? —me pregunta.

Me pongo nerviosa. ¿Quiero hablar de eso? ¿De verdad quiero contarle lo aterrada que me siento de lo rápido que avanza el tiempo? Ni siquiera sé por qué lo dije.

Me encojo de hombros a modo de respuesta.

—No te obligaré a que me digas nada, pero, si lo mencionaste, es porque alguna parte de ti está tratando de desahogarse. Llevamos tres sesiones y puedo ver que cargas con un peso mucho mayor del que puedes soportar —me encojo en el sillón—, y no me refiero a que seas débil o algo por el estilo, sino a que cargas con cosas que no te corresponden. Hablar puede alivianarte esa carga.

No respondo. La habitación se llena de silencio, y ahora no puedo dejar de escuchar las malditas manecillas del reloj, como un recordatorio de que el tiempo vuela, de que, con cada minuto, es menos probable que Leigh despierte. Un recordatorio de que la vida no se detendrá solo porque un puñado de personas no saben cómo seguir adelante.

—El lunes debo regresar a la escuela, pero no sé cómo hacerlo sin Leigh sabiendo que ella está en el hospital y se perderá de todo. No sé cómo seguir con

mi vida.

—June, tú tenías una vida antes de ella, la dependencia…

—No —la interrumpo. Hablo sin mirarla. Si lo hago no seré capaz de decir lo que siento, me sentiré vulnerable y débil—, me refiero a que no sé cómo volver a la rutina sin sentirme egoísta —mi voz suena apagada, las lágrimas amenazan salir por mis ojos, pero me obligo a no llorar—. Todos… Todos siguen con sus vidas. A nadie le importa que una chica de dieciocho años esté en coma, que las personas que la queremos estemos sufriendo, y es tan injusto. Todos dicen que debo volver a la normalidad, que ella hubiera querido que no detuviéramos nuestras vidas, pero ya nada se siente normal; si ella no vuelve, nada será normal otra vez. Además…

—¿Además…? —me insta a continuar, pero no sé cómo verbalizar lo que siento.

—Mi mamá…

—¿Qué ocurre con tu madre?

—Quiere que hablemos de lo que pasó, pero no sé cómo hacerlo. Y el tiempo corre y corre…

Mi mirada se dirige a las manecillas del reloj. Ojalá hubiese escogido otro objeto, tal vez no estaría teniendo estos pensamientos ahora…

¿A quién quiero engañar? Tarde o temprano terminaría atormentándome con esto. El reloj solo lo adelantó.

—No sé qué es lo que debo hacer. No tengo idea de nada.

36. En picada

Serendipity - BTS (Jimin)

Pasado

Era diferente a las otras veces en que nos habíamos besado; en esta oportunidad había algo más. Lo sentía en cada respiración dificultosa que tomaba, en la manera en que Leigh me acariciaba el rostro, en el deseo que iba surgiendo dentro de mí como una tormenta.

Debí haber estado asustada, tener dudas o plantearme detenernos, pero lo único en lo que podía pensar era en lo bien que se sentía tener el cuerpo de Leigh tan cerca del mío.

No sé por cuánto tiempo nos besamos, quizás por horas o por minutos. Daba igual. Con Leigh el tiempo pasaba de una manera diferente, demasiado rápido y lento a la vez, se convertía en algo valioso e insignificante al mismo tiempo.

Los brazos de Leigh se tensaron mientras se alejaba de mí, y por un momento me sentí vulnerable y desnuda, aunque en realidad tuviese toda la ropa puesta. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios hinchados y enrojecidos. Una sonrisa ladina se posó en ellos mientras me miraba de manera tan intensa que me tuve que obligar a no apartar mis ojos de ella. Su cabello corto le cubría el rostro. Antes de darme cuenta, mi mano estaba recorriendo la línea de su mandíbula para tomar un mechón de pelo y ponérselo detrás de la oreja.

¿Leigh era real? Esa era una pregunta que me hacía a menudo. A veces sentía que me la había inventado. Me costaba creer que alguien como ella se hubiese fijado en alguien como yo, atormentada, desgraciada y compleja, mientras que Leigh era luz, esperanza y transparencia. Pero, de alguna manera, había ocurrido, porque estaba segura de que no era capaz de inventarme la manera en que me hacía sentir cuando me miraba, me tocaba o me besaba. No. Leigh era muy real. Y, de entre todas las personas que había en el mundo, me había escogido a mí.

A mí.

Sentí una calidez en el pecho que me llenó los ojos de lágrimas, pero me aguanté, no quería que ella pensara que estaba triste, porque no lo estaba, todo lo contrario, me sentía en la cima del mundo.

—¿Alguna vez te has preguntado qué se siente enamorase? —preguntó, tomándome desprevenida.

Claro que sí. Incluso antes de conocerla, había fantaseado con cómo sería

caer por alguien sin miedo, pero el miedo era inevitable. Enamorarse era un acto de confianza, un acto de fe, y también un salto al vacío. Las personas se enamoraban esperando que las amaran de vuelta, que la otra persona estuviera en el fondo, lista para frenar la caída. A veces salía bien, otras veces salía muy mal. Enamorarse requería fuerza y valentía, por eso muchas personas se pasaban la vida añorando ser amados, pero no se atrevían a dar amor de vuelta. No quería ser de esas personas; quería dar el salto, quería tener fe.

Asentí.

—Creí que me había enamorado antes —confesó—, pero nada se compara a lo que siento por ti, Pajarito. Y es aterrador, pero no puedo hacer otra cosa que quererte. Déjame quererte bien, déjame...

Amarte.

La frase quedó en el aire, pero ambas sabíamos qué significaba.

Mentiría si dijera que no tenía miedo, pero también sería una mentirosa si tratara de fingir que no quería recibir lo que Leigh estaba dispuesta a entregarme.

Así que di el salto y la besé.

Ella me recibió con delicadeza, cariño y algo más, y fue ese *algo* lo que terminó por apoderarse de mí también.

Leigh se dejó caer sobre mí con cuidado, hasta que nuestros cuerpos estuvieron separados tan solo por la ropa. Aun así, la quería más cerca. Sentía mis mejillas acaloradas y las manos temblorosas mientras tomaba a Leigh del cuello para profundizar el beso. Al principio sentí su sorpresa, pero se recuperó rápido, pues lo siguiente que supe fue que una de sus manos se había colado debajo de mi pijama y me acariciaba la cintura.

El simple tacto envió descargas eléctricas por todo mi cuerpo, su mano se mantuvo con firmeza en ese lugar mientras su boca me besaba la comisura de los labios, la mejilla, la mandíbula y el cuello. Cerré los ojos mientras sentía sus labios húmedos sobre mi piel y su mano tomaba el dobladillo de mi pijama. Sabía lo que vendría a continuación y, lejos de sentir inseguridad, fui yo quien se deshizo de la prenda.

Entonces recordé que no llevaba nada debajo.

Leigh se me quedó mirando por un momento y me dio un repaso que me calentó la cara completa. De manera inconsciente, me cubrí. Era la primera vez que alguien me veía de esa manera y no sabía si debía sentir vergüenza o si la satisfacción que sentí al ver su expresión era correcta. No sabía nada, pero quería aprender.

—Eres tan hermosa, Pajarito —susurró. Su voz sonaba ronca, y no sabía que aquello pudiera afectarme tanto. Luego de un par de segundos, apartó mis brazos con delicadeza y de nuevo quedé expuesta—. No te ocultes de mí. Jamás. Jamás te haría daño.

Lo sabía. Mierda. Si había algo de lo que estaba segura, era de que Leigh nunca haría algo que me dañara. Y me dolía saber que era probable que fuera yo la que la terminaría hiriendo de una u otra forma. Quizás debí alejarme cuando lo supe, pero fui egoísta y no lo hice. Por primera vez sentía que me merecía que

me quisieran de esa manera, me merecía no estar sola, ser feliz…

Leigh continuaba mirándome, con una mano sostenía su cuerpo y con la otra trazó una línea desde el centro de mi pecho hasta mi ombligo. Me estremecí. No quería que dejara de tocarme.

—¿Estás segura de esto, June? —preguntó. Me miró directo a los ojos, nunca la había visto tan seria—. Necesito que estés completamente segura. No quiero que te sientas presionada como… —se calló y desvió la mirada por un par de segundos—, como yo me sentí.

Me dolió el corazón. Ojalá pudiera borrar sus heridas, ojalá pudiera hacerle olvidar todo lo malo. Pero era imposible, lo sabía por experiencia propia.

—Estoy segura —dije, y lo decía en serio—. Solo… No esperes mucho de mí, yo nunca…

La vergüenza me invadió y me tapé el rostro con las manos, una risa estrangulada salió de mi garganta.

—Oye… —Leigh se rio—, todos han estado o estarán en la misma posición, no tienes de qué avergonzarte. Además, ¿no me crees capaz de hacerme cargo? Sé hacer… cosas.

Me volví a reír.

—Basta —le pedí, pero ya no me ocultaba por la vergüenza, sino para que no viera cómo me afectaban sus palabras—. No digas eso.

—¿Por qué? ¿Dudas de mis palabras?

—¡Leigh! —me quejé, pero entonces Leigh me besó las manos para que las apartara, y no me pude negar.

—No tengas vergüenza, Pajarito, puedes decirme lo que sea, ¿de acuerdo?

Asentí. No me salía la voz.

Entonces Leigh se acomodó entre mis piernas y me guio para que rodeara su cintura con ellas. A partir de ahí no hubo vuelta atrás.

Leigh me volvió a besar, pero no duró ahí mucho tiempo. Sus labios descendieron por mi cuello y mi clavícula hasta posarse en aquella zona sensible. Eso era lo más lejos que habíamos llegado. Y se sentía tan… bien.

Un gemido ahogado salió de mis labios cuando se presionó contra mí, y pronto me encontré buscando ese contacto con urgencia. Tomé el borde de la sudadera y la alcé para quitársela, ella se separó un momento y luego se acercó con nada más que un sujetador rojo puesto.

Vaya…

Esta vez fui yo quien tocó su piel con mis manos temblorosas, era suave y cálida, sentí que su piel fue hecha para ser acariciada por mí.

Leigh volvió a enderezarse y llevó sus manos hacia el broche delantero de su sujetador.

La miré con los labios entreabiertos mientras se lo quitaba.

Mierda. Mierda. Mierda.

Amaba a las mujeres, en serio. ¿Cómo podían ser tan hermosas?

¿Cómo podía Leigh ser tan hermosa?

—Cierra la boca —dijo con burla.

Lejos de avergonzarme, me di cuenta de que yo también quería tocarla y

besarla. Su piel me llamaba a gritos. Me pegunté cómo se sentiría bajo mis labios, bajo mi lengua…

No lo pensé mucho más. Le puse la mano en el pecho y la obligué a cambiar de posición. Leigh quedó de espaldas mientras que yo me senté a horcajadas sobre ella. Me miraba sorprendida, incluso yo estaba un tanto perpleja.

—¿Está bien? —pregunté por inercia.

—Es una pregunta estúpida —fue su única respuesta.

Así que hice todo lo que quería hacer, Leigh me dejó llevar el control y, aunque era torpe, me hacía sentir un tanto poderosa, sobre todo porque a Leigh le gustaba. Le besé toda su piel descubierta; el cuello, su clavícula, el valle de sus pechos y también la cima de ellos. Al menos conocía la parte teórica, eso era un alivio. Leigh no mostró disgusto en ningún momento, tenía la respiración agitada al igual que yo, así que suponía que lo había hecho bien.

Qué va. De alguna manera, sabía que lo había hecho bien.

¿Acaso esta era mi superhabilidad?

Estaba a punto de reírme de mis delirios cuando Leigh volvió a cambiar de posiciones, esta vez fue directo al grano y me besó el estómago.

—Basta de juegos, Pajarito —pronunció. Su voz sonaba ronca y determinada, cubierta de deseo.

Descendió con sus labios hasta el borde de mi pantalón de pijama. Me paralicé al darme cuenta de lo que iba a hacer, y no porque no quisiera, sino porque *quería* que lo hiciera.

Me quitó el pantalón como si nada, como si solo estuviera estorbando.

Lo que pasó después… ni siquiera lo podía describir. Leigh de verdad sabía lo que hacía y era cierto que tenía habilidades. No es que supiera mucho del tema, pero era imposible que no las tuviera cuando me hacía temblar y gemir de esa manera. Sus labios esta vez me acariciaron sobre la fina tela de mi ropa interior y luego debajo de ella, me besó en aquel lugar con delicadeza, pero con seguridad. Leigh sabía perfectamente cómo desestabilizarme y dejarme susurrando su nombre como una idiota.

Lo único que podía hacer era cerrar los ojos y aferrarme a las sábanas mientras me sentía desfallecer. No sabía que aquel nivel de éxtasis era posible, mis pensamientos eran completamente inconexos y estaba olvidando cómo se respiraba.

Y luego, cuando sentía que estaba en la cima, una tensión insoportable comenzó a formarse en la parte baja de mi abdomen, hasta que se liberó. Era como estar muy alto y luego caer en picada, sentía vértigo y placer a la vez.

Cuando terminó, sentí que Leigh se enderezaba y me miraba, pero yo continuaba con los ojos cerrados tratando de recuperar la respiración.

Joder. Eso había sido…

Ni siquiera tenía palabras.

¿Las primeras veces eran siempre tan buenas o yo había tenido suerte?

Leigh se acostó de espaldas a mi lado, me seguía mirando.

—¿Estás bien? —preguntó con curiosidad. Asentí a duras penas—. ¿Segura?

—Sí, muy segura.

Me estaba girando hacia ella cuando escuchamos la puerta principal abriéndose.

Avery.

—Oh, mierda. Leigh. Es mi hermano.

Salí de mi trance lo más rápido que pude y traté de buscar mi ropa para ponérmela. Leigh solo necesitaba ponerse la sudadera, así que no tardó mucho. Yo, en cambio, era un manojo de nervios que de pronto había olvidado cómo ponerse un pantalón.

—¿Me veo normal? —le pregunté a Leigh, quien estaba como si nada pasara.

—Ese es un término muy amplio...

—Soy un desastre, ¿no es así? —cuestioné, aunque no buscaba una respuesta.

Se comenzaron a escuchar pasos en la escalera. Ambas nos quedamos en silencio, a la expectativa, y entonces me di cuenta de que Avery venía hablando con alguien.

Por alguna razón, se detuvo afuera de mi habitación. Seguro que pensaba que no estaba en casa.

—Te prometo que, si es demasiado horrible pasar un rato conmigo, no volveré a molestarte nunca más en mi vida —su voz sonaba divertida.

—Está hablando con una chica, te apuesto todo mi dinero —susurró Leigh, y le hice una seña para que se callara.

—¿Ves? Zoe está de acuerdo. Hazle caso a tu hermana.

—No... —murmuró Leigh a mi lado, en algún momento ambas nos habíamos acercado a la puerta—. Está hablando con Meg. Nuestra Meg. ¡Sabía que a tu hermano le gustaba!

Leigh definitivamente no sabía lo que era la discreción. Casi había gritado.

Avery se calló y hubo unos larguísimos segundos de silencio en que ninguno de los tres se atrevió a decir nada. Leigh me miraba entre arrepentida y divertida, y yo solo quería desaparecer. Habíamos perdido la oportunidad de pasar desapercibidas, ahora Avery nos vería a las dos hechas un desastre y no le costaría mucho atar cabos.

—Si ustedes no hacen ningún comentario al respecto, yo no haré preguntas. ¿Trato?

—Trato —dije a través de la puerta.

—Lo siento, pero paso, necesito información y Meg no me la dará —respondió Leigh, y abrió la puerta.

Así que terminamos los tres en una incómoda conversación en la que Leigh interrogaba a mi hermano sobre su mejor amiga, y él y yo solo queríamos desaparecer de la faz de la Tierra.

37. Secretos

Secrets And Lies - Ruelle

Presente
Leigh no empeora, pero tampoco mejora, y ya no sé si es algo bueno o algo malo. No sé si esperar lo peor o tener fe.

Hoy es el primer día de clases después de las vacaciones. No tenía intenciones de ir, pero las gemelas insistieron en que no debíamos detener nuestras vidas porque no es lo que hubiese querido Leigh.

Y esa es otra cosa que he escuchado mucho en el último tiempo. Cada vez que alguien dice «Leigh no hubiese querido...» me dan ganas de desaparecer. Han pasado un par de semanas y ya hablan como si no estuviera. No se siente bien, no se siente correcto.

Tampoco se siente correcto estar aquí cuando ella no puede. Me siento egoísta por no querer hacer algo que ella amaría hacer, pero, al mismo tiempo, no me gusta la idea de hacer cosas solo porque ella no puede, es una carga muy grande.

Y no te corresponde, escucho la voz de Danielle. No me hace sentir mejor, pero trato de recordarlo durante el resto del día.

—Cuidado por dónde caminas, June —escucho la voz de Meg a mi lado, luego siento que me toman del brazo y me jalan hacia un lado.

Levanto la vista y me encuentro con que estuve a punto de chocar con un pilar del edificio.

—Gracias —respondo.

La verdad es que he evitado a toda costa hacer contacto visual con el resto de los estudiantes. Sé muy bien que la noticia del accidente y el estado de Leigh se ha esparcido por toda la escuela y que, luego de que August me sacara del clóset, todos saben de nuestra relación. No me hace gracia tener que recibir sus miradas de lástima. Siempre dicen que aquel sentimiento es lo peor, y tienen razón. Cuando te tienen lástima, significa que te creen débil e incapaz de superar lo que te ha pasado. Odio saber que es así como me ve la gente, aunque nunca he hecho algo para demostrar lo contrario tampoco.

Sin embargo, no puedo mantener la cabeza gacha todo el día. Eventualmente debo responder miradas cargadas de compasión y palabras de ánimo que jamás pedí.

Hasta que me topo con August.

Me lo encuentro en el pasillo mientras voy de camino a la biblioteca para

estar en silencio, pasa por mi lado y trato de actuar como si nada mientras lo pierdo de vista, pero él retrocede y piensa que es una buena idea hablarme.

—Oye, June —me habla cuando se planta frente a mí—. Siento mucho lo que pasó.

—No molestes ahora —suelto. No fingiré que no le guardo rencor por lo que hizo ni que me apetece ser respetuosa con él cuando a mí me faltó el respeto de tantas formas—. Ni siquiera intentes hacerte el bueno. Si necesitas algo, no lo vas a conseguir conmigo. No te acerques a mí, no me hables, no me mires, ni siquiera respires cerca de mí.

No sé de dónde sale esta June, tal vez del cansancio, de la frustración o del dolor que he sentido durante todo este tiempo, pero dejo que me domine por completo.

Me observa durante unos segundos. Sus labios forman una línea recta mientras intenta mantener una expresión afable, pero no le dura demasiado.

—Estoy intentando ser mejor persona —dice al fin, y me aguanto las ganas de reírme en su cara.

—Pues intenta ser mejor persona lejos de mí.

Decido que ya es suficiente por hoy, así que lo rodeo y me alejo de él a paso apresurado, con un humor incluso peor que antes. Sin embargo, él aún no ha terminado.

—Lena es quien me mandó. Quiere arreglar las cosas —lo escucho a mis espaldas.

Me detengo y le doy una última mirada.

—Lo que Lena quiere es una conciencia tranquila, que es muy diferente. Y tú... Estoy segura de que ni siquiera tú sabes qué es lo que quieres.



No alcanzo a aguantar todo el día. A la hora de almuerzo llamo a Avery para que me recoja y me lleve a casa. Ni siquiera sé por qué acepté venir. Soy incapaz de concentrarme en clases y las únicas personas que puedo tener cerca son las gemelas, pero no siempre podemos pasar los recesos juntas. No tiene sentido estar aquí.

Ya lo intentaré mañana, me digo.

Es un consuelo vacío, pero por el momento funciona.

Cuando me avisan que han venido a retirarme, no es Avery con quien me encuentro, sino con la persona que menos quiero ver en este momento.

Está esperando en el coche y tiene su mirada puesta en el celular. No me ha visto, por lo que si me voy ahora podría evitarla. Me lo pienso con detenimiento por varios segundos, pero estoy tratando de no evadir todo lo que me da miedo, y ya le he hecho el quite a demasiadas cosas por hoy.

Camino hacia el vehículo y me subo en silencio.

—Avery no pudo venir —se excusa mi madre mientras echa a andar el motor.

Es lo único que dice. Ha tratado de no presionarme tanto para hablar

durante los últimos días, y me pregunto si es porque por fin entendió que necesito tiempo o porque para ella es más fácil así.

Hay muchas cosas que no entiendo de mi madre. El día del accidente me dio muchas excusas de por qué hizo lo que hizo, pero sigo sin comprender por qué creyó que sería una buena idea dejarme completamente a la deriva para protegerme. La única explicación que encuentro es que ella se convenció de que era lo mejor para no enfrentar todo lo que me pasaba y lo que había visto cuando era pequeña.

Lo peor de todo es que eso me hace parecida a ella. Después de todo, nunca he sido el tipo de persona que enfrenta las cosas. Soy más bien de las que aguanta todo hasta que explota y hace espacio para seguir almacenando más mierda. No somos tan diferentes. Y me duele, porque ella debió, aunque sea en el fondo de su corazón, querer que yo fuese mejor, debió enseñarme a no cometer aquellos errores.

Pero aquí estamos. Ambas en silencio, sabiendo que debemos hablar, pero evitándolo porque somos demasiado cobardes.

Cuando llegamos a casa, me bajo lo más rápido posible para irme a mi cuarto. Sin embargo, ella me habla cuando estoy subiendo las escaleras.

—¿Algún día vas a perdonarme?

Me giro hacia mi madre con lentitud, sorprendida por la pregunta y tratando de que no se me note.

—¿Qué es lo que crees que debo perdonarte? Sé honesta conmigo —le pido mientras recargo mi cuerpo en la pared.

Se queda en silencio, pensativa.

—El haber sido una mala madre durante tantos años —responde al fin, y se me forma un nudo en la garganta.

—¿Cambiarías algo si pudieras volver atrás?

Esta vez no duda, su respuesta es más rápida de lo que hubiese esperado.

—No lo sé, June. Creí... creí que estaba haciendo lo correcto, pero...

No completa la frase. Se lo deja para ella. Otro secreto más.

—Para comenzar a pensar en perdonarte, necesito que seas sincera. No puedo perdonarte si solo me das las mismas excusas. Quiero la verdad. Quiero saber por qué lo hiciste. Ya ni siquiera estoy molesta porque me hayas dejado a ciegas con mi pasado, sino porque no eres capaz de decir en voz alta por qué te alejaste de mí y me dejaste sola. ¿Te sirve esa respuesta? —cuestiono, pero no espero a oír qué dice, solo me voy a mi habitación y me encierro a llorar hasta que, eventualmente, me quedo dormida.

Mi propio secreto me persigue hasta mis sueños y me atormenta ahí.

38. Círculos

This Is Me Trying - Taylor Swift

Pasado

Las siguientes semanas fueron una verdadera mierda.

Primero, estaba el asunto de la pelea con Gus y las repercusiones que aquello tuvo en mi vida. Todos, y cuando digo todos, me refiero a todos, en la escuela sabían lo que había ocurrido. La mayoría de los cursos estaban en periodos de evaluaciones, así que suponía que mi salida involuntaria del clóset les daba algo con lo que distraerse de los estudios. Era una estupidez, pero así funcionaban las cosas aquí.

Y aunque muy pocas personas habían sido desagradables al respecto, me sentía incómoda con ellos sabiendo eso de mí. Mi círculo de confianza era extremadamente pequeño, ni siquiera mi madre lo sabía, y ahora un montón de desconocidos creían conocerme solo por saber aquella pequeña parte de mí.

El primer día tuve que soportar las miradas y los susurros a mis espaldas, pensaban que no me daba cuenta, pero notaba cómo me veían. Comencé a esconderme de nuevo. Mi rutina consistía en ir a clases, pasar los recesos y el almuerzo en la sala de música —muchas veces sola porque Leigh y las gemelas estaban llenas de evaluaciones y se la pasaban estudiando en la biblioteca—, e irme a casa. No quería ver a nadie, no quería escuchar a nadie, solo quería volver a la normalidad, a cuando nadie me prestaba atención porque todos estaban muy ocupados viendo a Lena...

Y hablando de Lena.

Se había mantenido alejada los primeros días, pude percibir su mirada en ocasiones, pero nada más. Hasta que el jueves se interpuso en mi camino cuando iba a encontrarme con Leigh en el estacionamiento para irnos a casa.

Tenía el cabello rosa recién teñido, estaba maquillada a la perfección y me miraba directo a los ojos, como si así pudiera leer cada uno de los pensamientos que cruzaban por mi cabeza.

Ojalá pudiera hacerlo y se diera cuenta de que su presencia no era bienvenida.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

Y fue ahí cuando me di cuenta de que volver a la normalidad sería imposible: la June de antes jamás le hubiese hablado de esa manera porque estaba demasiado aterrada de perderla. En cambio, la June de ahora había superado su límite, sobre todo con Lena y Gus.

No podía decir que antes había sido un ángel, pues la mayor parte del tiempo me la pasaba molesta y había muchos sentimientos oscuros dentro de mí, pero nunca había sentido tantas ganas de hacer algo con esa molestia como ahora.

¿Qué estaba mal en mí?

—Este... —dijo, e intenté sostenerle la mirada, pero al final terminé mirando el suelo—. Supe lo que dijiste el otro día, Gus me lo contó, y me surgió una duda. ¿Alguna vez...? —sé quedó en silencio, pero yo sabía perfectamente qué estaba tratando de preguntar. La odié en ese momento, más que nunca, por querer hacer que todo fuera sobre ella siempre—. ¿Alguna vez te gusté? ¿Por eso siempre estabas conmigo?

Alcé mi vista para responderle, ella me miraba expectante, con verdadera curiosidad, pero también como si ya supiera la respuesta. Era arrogante, siempre lo había sido, incluso cuando éramos pequeñas le encantaba tener la razón, pero ahora era diferente, casi parecía que necesitara de toda esa aprobación y actuara como si no.

—Siento romper tus ilusiones, Lena, pero no. Si te preguntas cómo es que te aguantaba, es porque tenía miedo de estar sola, nunca se me hubiera pasado por la cabeza sentir algo más por ti. Que sea lesbiana no significa que me gusten todas las mujeres del mundo, piensa un poco, no te vendría mal.

Por su expresión, había sido más cruel de lo necesario, pero ¿no lo había sido ella conmigo durante años?

Le di una última mirada y continué con mi camino hacia el estacionamiento.

Los días que vinieron después fueron mejorando, al menos había conseguido que Gus me dejara en paz de una vez por todas y mi orientación sexual dejó de ser tema de conversación porque había aparecido otro chisme más interesante. Aun así, la incomodidad y la molestia seguían ahí.

Luego de unas semanas, regresaron las pesadillas. Era casi cada noche, la misma pesadilla una y otra vez. Apenas dormía por las noches y me pasaba todo el día pensando en lo que veía cuando lograba hacerlo. Mi humor empeoró por la falta de sueño y la opresión en el pecho que me provocaba el no saber qué significaba esa pesadilla se me hacía insoportable.

Al principio, traté de ocultar el cansancio y el mal genio con excusas que ni Lucas se creería, pero al final Leigh terminó descubriéndolo de igual manera.

Estábamos en mi casa estudiando. Al menos, eso fue lo que dijimos que haríamos, pero habíamos terminado viendo una película, abrazadas en mi cama.

En algún momento debí quedarme dormida en sus brazos, últimamente era el único lugar donde me sentía tranquila de verdad. Mi habitación se había convertido en el hogar de mis pesadillas. Ya no se sentía como un refugio.

Cuando desperté era de noche, la luz estaba apagada y me encontraba sola en la habitación. Busqué a tientas mi celular para ver si tenía mensajes de Leigh, pero no había nada. Me froté los ojos con las manos y me levanté a prender la luz. Segundos más tarde, apareció Leigh por la puerta. Traía una caja de pizza.

—Pensé que te habías marchado.

Ella me miró con detenimiento. Estaba seria, con el ceño fruncido y todo. No era algo común, así que me puse algo intranquila.

—Pedí comida para cuando despertaras, bajé a recibir la pizza hace unos minutos. Perdón si te desperté.

Dejó la caja de pizza sobre la mesita de noche y se dejó caer sobre el colchón.

—¿Qué pasa? —pregunté luego de unos segundos de silencio.

No me miró.

—Estuve hablando con Avery un momento. Me preguntó si sabía qué te pasaba, dijo que te había escuchado llorar varias veces y que ha intentado saber qué sucede, pero no lo dejas —dijo. Entonces me miró, y su rostro estaba teñido de preocupación—. No me habías dicho nada…

Dejé caer los hombros y me senté a su lado, sintiéndome derrotada.

—No quería preocuparte —me excusé. Ella iba a comenzar a hablar, pero la interrumpí—, ya sé lo que vas a decir, no es necesario.

Hubo un silencio aplastante que me revolvió el estómago. Casi podía escuchar los engranajes del cerebro de Leigh trabajando a toda máquina.

—No quiero que esto se transforme en un problema en nuestra relación, June —dijo al fin.

Ninguna de las dos se estaba mirando, tenía miedo de hacerlo.

—¿El qué? —pregunté en voz baja.

—La falta de comunicación —respondió—. Siempre sé cuándo algo va mal contigo, pero esta vez estaba esperando a que me lo contaras por tu cuenta. ¿No se supone que de eso se trata? Tú puedes confiar en mí y yo puedo confiar en ti.

—Sí confío en ti, Leigh, de verdad, lo sabes. Solo… quiero resolver esto por mi cuenta.

—Pedir ayuda no te matará.

—Pero me hace sentir débil —susurré. Sentía su mirada sobre mí, pero no se la devolví—. Y tampoco hay nada que puedas hacer.

—Ni siquiera me has dicho qué sucede… —señaló. Ante mi silencio, me tomó de la barbilla con suavidad y me obligó a mirarla—. Ya hemos pasado por esto, y no me gusta.

—Lo siento.

—No sirve de nada que lo sientas si lo seguirás haciendo —dijo y me sentí pequeña y regañada, a pesar de que lo dijera con sumo cuidado—. Nunca hemos tenido un problema tan grande, pero las veces en que hemos discutido ha sido porque no me cuentas lo que te sucede a menos que yo te llene de preguntas, y ambas sabemos que odias que haga eso. Y si te soy sincera, a mí tampoco me gusta sentir que debo insistir para que hables conmigo.

No sabía qué responderle. Desde un comienzo le dije lo diferentes que éramos, se lo advertí mil veces. Yo estaba acostumbrada a guardarme todo; en mi familia las cosas se hacían así; con Lena había dejado de intentar contarle mis problemas, aunque ella siempre me llenaba de los suyos; el único que lo intentaba era Avery, pero, aun así, él no sabía muchas cosas sobre mí. Por otro lado, Leigh era como un libro abierto. Había aprendido por las malas a serlo. Yo

aún no sabía cómo abrirme, me había pasado toda la vida sintiendo que era un problema para el resto, y no aguantaría ser eso para Leigh.

Ella ya pasó por una relación tóxica, no quería que se metiera en otra.

—Lo estoy intentando —dije finalmente, con la voz rota y apagada.

Leigh se inclinó hacia mí y me acarició la mejilla con cariño.

—Sé que lo estás intentando. Y estamos aprendiendo juntas, ¿sí? Pero debemos hablar de este tipo de cosas si queremos que esto funcione. Sé que me quieres, June, sé que confías en mí, y sé que, en el fondo, no quieres cargarme con tus problemas, pero no puedes decidir por mí cuánto puedo soportar. En mi lugar, tú te enfadarías.

—No quiero volverme una carga.

—Ya hemos tenido esta conversación. Jamás serías una carga, Pajarito, conozco mis límites.

Me besó con delicadeza por un par de segundos y luego me secó las lágrimas con sus dedos.

¿Por qué sentía que mi vida era un círculo vicioso? No sabía qué hacer para evitar pasar por lo mismo una y otra vez.

Al final terminé contándole todo, ya no tenía sentido ocultarlo y tampoco valía la pena hacer sentir insegura a Leigh. Incluso si no podía ayudarme, merecía saber lo que ocurría cuando no estaba conmigo, era lo justo, ¿no?

Leigh me escuchó con atención mientras comía un trozo de pizza grasienta. Yo no tenía hambre.

—¿Siempre es la misma pesadilla? —preguntó cuando terminé.

—A veces puedo ver el rostro de Avery y otras veces no, pero siempre despierto con la sensación de que me harán daño.

Cuando acabó su trozo de pizza, se miró las manos aceitosas y luego repasó la habitación buscando algo con qué limpiarse. Al final terminó pasándose las manos por sus pantalones negros.

—Sucia.

—La ropa se lava, Pajarito —respondió con una media sonrisa, luego volvió a adoptar el semblante serio—. ¿Has buscado por internet por qué las pesadillas se repiten tanto?

La habitación se sentía sombría y el aire se puso pesado.

Negué con la cabeza.

—¿Has tratado de buscar el significado de lo que ves?

—Es demasiado específico para que tenga algún significado místico.

—¿Crees que...? —se detuvo, dubitativa—. ¿Crees que pueda ser un recuerdo?

—Imposible. ¿Cómo podría olvidar algo así? Es una locura.

Días después de aquella conversación, las pesadillas se volvieron a detener. No tenía el más mínimo sentido. No entendía qué ocurría en mi cabeza, solo quería que parara para siempre. ¿Era mucho pedir?

Me dije que era estrés, eso decía en internet, quería que tuviera razón, sin embargo, la idea de Leigh ya estaba echando raíces dentro de mí.

Pero ¿cómo podía ser un recuerdo si, irónicamente, no lo recordaba?

39. Fe

Soon You'll Get Better - Taylor Swift

Presente
Un mes y medio.

Han pasado 48 días desde que Leigh entró en coma por la lesión cerebral que le causó el accidente.

Honestamente, no tengo ni maldita idea de cómo debo sentirme.

Es algo de lo que he hablado bastante con Danielle. Mis emociones siempre han sido confusas, incontrolables y, sin duda, intensas. Si me siento triste, me hundo en esa tristeza; si tengo miedo, me encierro en mí misma, y, cuando soy feliz, me abrumo porque vivo pensando en qué pasará cuando esa felicidad se esfume.

En una situación como esta, mis emociones son mucho más erráticas, y están siempre acompañadas de la culpa que conlleva el estado de Leigh. Cuando estoy demasiado agotada, me torturo diciéndome que no es lo que querría Leigh, pero, si tengo un buen día, no puedo evitar sentirme egoísta, algo que me pasa cada vez más, porque la verdad es que he estado mejor, lo mejor que puedo estar en una instancia así. He trabajado en los ejercicios que me ha dado Danielle, no todos son nuevos para mí, aunque esta vez sí están funcionando. No sé exactamente qué es diferente ahora, pero creo que por primera vez no estoy predispuesta al fracaso.

Me estoy esforzando. De verdad que lo estoy intentando. Esta vez es verdad. Lo hago por Leigh, por Avery, por todas las personas que desean verme mejor, pero también por mí. Sé que no ha pasado tanto tiempo desde que empecé a ver a Danielle, pero he dedicado toda mi energía a las sesiones ahora que no hay mucho más que pueda hacer, y creo que está funcionando. Trato de hablar más sobre lo que siento y confiar en su experiencia. Ya no es necesario que me sonsaque las respuestas, sino que respondo a la mayoría de sus preguntas sin miedo.

Y puede que sea parte de su trabajo, pero siento que ella sí me comprende. No me juzga ni me fuerza a nada que yo no quiera hacer; de alguna u otra forma, ha conseguido hacerme sentir un poco más segura con ella e, incluso, conmigo misma.

Ojalá pudiera decir que las cosas en mi casa han mejorado también. Apenas nos hablamos. Evito a mi madre a toda costa, trato de hacerle saber a Eric que estoy bien y, aunque Avery está siempre pendiente de mí, a veces no sé cómo

acercarme a él. Hay tantas cosas que desconozco sobre él... No sé cómo lidia con las heridas que le dejó nuestro pasado, no sé cómo se siente en realidad, y tengo la sensación de que jamás lo sabré con certeza, a menos que él sienta la necesidad de dejar de ocultarlo.

Con mi madre es otro el problema. Estoy aterrada. Esa es la verdad. Tengo mucho miedo de lo que ella tenga para decir. A pesar de que hay muchas cosas que ya intuyo, es mi madre, la persona que me dio la vida, lo que sea que diga tendrá un gran impacto en mí. No quiero que me siga hiriendo, no quiero más palabras frías, ni mentiras ni excusas. Quiero la verdad, pero aquello a veces conlleva un precio que no sé si estoy dispuesta a pagar.

Hay muchas cosas que he logrado recordar y otras que no, y una de ellas es el recuerdo de mi madre cuidándome. Solo la recuerdo intentándolo y fracasando. Recuerdo sus palabras filosas, su actitud pasivo-agresiva y su ausencia, pero no su amor. Y, en el fondo, eso es lo que siempre he querido. Que me ame como se supone que debería amarme. ¿Y si resulta que no me quiere? ¿Y si nada de lo que me diga me hará sentir mejor?

¿Realmente estoy lista para enfrentarme a esa verdad?

Yo creo que no.

Pero, por otro lado, no quiero aplazarlo para siempre.

En algún momento ocurrirá, pero será cuando yo quiera, en mis términos y cuando esté lista para escucharla.

Sacudo mi cabeza en un intento de desviar mis pensamientos, pues no quiero perderme en ellos.

No es el momento.

Continúo caminando hasta que llego a mi destino y toco la puerta con mi mano desocupada. Segundos después, me encuentro con el rostro alicaído de Meg, quien me abre la puerta de la habitación de Leigh en el hospital.

Hoy es de los pocos días en que la visitamos las tres juntas. Solemos darnos privacidad y espacio, pero también tratamos de ser las cuatro cuando se da la posibilidad.

—¿Trajiste comida? —escucho la voz de Zoe mientras entro a la habitación.

—Hola para ti también —respondo.

Meg cierra la puerta detrás de mí y le arrojo la bolsa de papel a Zoe.

Mentiría si dijera que las gemelas están bien. Ha sido muy duro para ellas. Leigh es como su hermana, incluso podrían ser trillizas si no fuera porque no se parecen en nada físicamente. Aun así, siempre ponen su mejor cara. Son realmente fuertes.

—¿No te encontraste con los padres de Leigh afuera? —pregunta Meg al tiempo que hurga en la bolsa junto a Zoe por algo de comer. Niego con la cabeza —. ¿En serio? Se fueron hace un par de minutos.

—Hum... estaba distraída —me encojo de hombros.

Se forma un silencio extraño en que las gemelas intercambian esas típicas miradas cómplices.

—¿Has hablado con ellos? —pregunta Zoe.

—Ayer. ¿Por qué? —comienzo a inquietarme—. ¿Pasa algo? —entro en

pánico—. ¿Le pasa algo a Leigh?

Otra vez esas miraditas.

—El problema es que no pasa nada, June —dice finalmente Meg—. Y creo que ellos han comenzado a desanimarse. Dijeron que han tenido varias conversaciones con los médicos que están atendiendo a Leigh y les aseguran que aún hay altas probabilidades de que despierte, pero ellos creen que solo les están dando falsas esperanzas. Sobre todo Elizabeth. Se veía derrotada.

Me desplomo sobre la silla que está junto a Leigh.

Nadie dice una palabra por varios minutos, tiempo en el que yo me dedico a observar a mi novia en coma.

A veces me pregunto cómo es que llegamos a este punto, y claro que sé la respuesta, pero la mayor parte del tiempo todo esto parece un mal chiste. Irreal. Esa es la palabra correcta.

—No pueden creer que Leigh no va a despertar —rompo el silencio mirando a Meg, escucho mi voz, pero es como si fuera de alguien más—. Hay que confiar en lo que dicen los médicos, ellos son los profesionales. Solo ha pasado un mes y medio.

—June, nos habían dicho que el rango de tiempo ideal para que despertara era una semana.

Una parte de mí no puede creer que tengan dudas, pero la otra parte los entiende. Yo también las tengo, más de las que me gustaría admitir.

Le doy otra mirada a Leigh. Está pálida, su piel y sus labios están notoriamente más resecos. No se ve para nada saludable.

Se me hace un nudo en el estómago.

Pero está con vida, me digo.

—Aun así, las personas en coma suelen despertar. Eso fue lo que dijo el doctor la otra vez, ¿no? La mayoría despierta.

Las dos asienten ante mis palabras, pero soy capaz de ver el cansancio reflejado en sus ojos, en la postura encorvada de Zoe y el semblante sombrío de Meg.

Están comenzando a perder la fe.

40. Cima

Invisible String - Taylor Swift

Pasado

Las cosas mejoraron por última vez para mi cumpleaños. Fue uno de esos días que siempre recordaré: sentí, más que nunca, que por fin no estaba sola.

Nunca había celebrado mi cumpleaños, no era una fecha que me emocionara ni nada por el estilo. Al principio recibía regalos de parte de todos, incluido Eric, pero nunca supieron qué cosas regalarme, así que dejaron de hacerlo. El único que todos los años me daba algo era Avery y siempre era lo mismo: una cajita adornada por él llena de dulces.

Este año fue diferente.

Era sábado, por lo que tenía planeado dormir y recuperar todas las horas de sueño perdidas por las pesadillas —que, por cierto, habían decidido volver a desaparecer—, pero Avery había estado haciendo ruido innecesario afuera de mi habitación durante toda la mañana. Fue imposible dormir. Así que me vestí de la manera más cómoda posible —como cada día— y bajé por algo de comer. En la cocina me encontré con Eric, mamá y Lucas tomando desayuno. En cuanto me vieron hubo un silencio incómodo y luego se pusieron de pie para darme un abrazo torpe cada uno y decirme su típico «ya estás grande».

—Te mandamos a hacer una torta de chocolate —anunció mamá en cuanto volvió a sentarse. No me miraba—. Espero que te guste. Si deseas puedo darte dinero para que te compres algo que quieras.

La miré mientras seguía comiendo, como si nada. Había sonado como si le estuviera hablando a cualquier persona menos a su hija, como si fuera una extraña. Ni siquiera me dirigió una mirada, ni una sonrisa, nada.

—Gracias, pero no es necesario —respondí. Eso era todo.

Iba a prepararme unas tostadas cuando Lucas me interceptó y me obligó a tomarlo en brazos. No pesaba mucho, pero estaba lo suficientemente grande como para que me costara un poco hacerlo.

—Te tengo un regalo —dijo.

—Ah, ¿sí? A ver, ¿con qué me honrarás esta vez? —pregunté, aunque podía ver una pequeña lámina de *stickers* en su mano.

Pensé que me los daría y ya, pero no. Me tuvo cinco minutos paseándolo en brazos mientras él me ponía todas esas pegatinas en la cara. Eran de animalitos. Lindo.

Una vez que hubo terminado su trabajo, me pidió que lo bajara y continuó

con su desayuno, así que me fui a preparar mis tostadas en silencio mientras Eric y mamá hablaban sobre trabajo.

Cuando volví a mi habitación, me encontré con una caja roja con un moño de cinta blanca. Y descrita así parecía algo delicado, pero la verdad es que se veía como si estuviese a un segundo de desarmarse. Tenía algunas hendiduras en el cartón y el moño era desprolijo, pero era linda a su manera.

Dejé mi café y el plato con las tostadas en la mesita de noche y me senté para abrirla. Segundos más tarde, escuché unos toques en la puerta y no pude evitar sonreír.

—Pasa.

Avery ya había abierto la puerta antes de que pudiera cerrar la boca siquiera.

Estaba vestido con unos shorts deportivos azules y una sudadera marrón. Se veía como alguien que recién regresaba de correr, con el pelo húmedo y todo, pero no era algo que él hiciera. Era bastante delgado y no tenía mucha musculatura. Nunca estuvo muy interesado por cambiar eso. Probablemente solo se había duchado.

—¿No tienes frío? —le pregunté cuando se sentó frente a mí; la caja maltrecha estaba entre ambos.

—¿Qué te pasó en la cara?

Ya había olvidado que tenía la cara llena de pegatinas.

—El regalo de Lucas —aclaré, luego miré la caja y me reí—. Apuesto que se ve más bonito que el tuyo. Aunque este año te superaste, le agregaste un moño. Eso es un gran punto.

—La belleza está en el interior —se defendió—, y es cosa de perspectiva.

—Eso explica muchas cosas.

Me volví a reír y procedí a desatar la cinta. No fue muy difícil, estaba bastante suelta.

Avery tenía muchas virtudes, pero las manualidades no eran una de ellas. Era algo torpe y no muy creativo, pero esas cajitas valían mucho más que todo el oro del mundo. Las tenía guardadas debajo de mi cama. Eran de diferentes colores, algunas tenían decoraciones y otras eran simples. Estaban vacías porque siempre me comía las golosinas, pero las guardaba porque significaban mucho para mí.

Retiré la tapa y miré a Avery con diversión. Esta vez, por encima de los dulces, había un dibujo.

—Es... interesante —dije para molestarlo.

Era un dibujo de Lucas, él y yo. De palitos. Lo único que me diferenciaba de ellos era el pelo largo.

—Lo hizo Lucas —respondió, entre ofendido y divertido—. Sé que no se me da bien, pero creo que puedo hacer algo mejor que palitos.

—En ese caso, está muy lindo, lo pegaré en la puerta —le sonreí.

Dejé el dibujo a un lado —de verdad lo pegaría en la puerta—, y miré qué más había en la caja. Estaba llena de gomitas de diferentes sabores y formas, además de chocolates y caramelos.

—Feliz cumpleaños, Nita.

—Gracias, Av —me incliné hacia él y le di un abrazo corto.

—Tengo algo más para ti —dijo cuando me separé. Lo miré con sorpresa, ya que nunca me había dado algo más que la cajita—. Espero que te guste, está bien si lo quieres guardar y no usarlo, solo quiero que tengas en cuenta su significado, ¿vale?

Asentí. No era amante de los regalos, pero estaba ansiosa por saber qué sería. Y algo me decía que me haría llorar.

Se metió la mano en el bolsillo de la sudadera y extrajo una pequeña caja azul de terciopelo. Estaba segura de que no era obra suya, pero imaginaba que lo que había adentro sí lo era.

Me tendió su mano y tomé la caja con cuidado. Le di una mirada significativa antes de abrirla. Adentro había una fina cadena de plata con un pequeño dije. Al principio no comprendí qué era, hasta que me fijé en el cuello de Avery y lo entendí.

Era un regalo a juego. Los dijes eran alas, y juntos formaban una delicada mariposa.

—Aunque estemos separados, nuestros… —hizo una pausa y carraspeó, nervioso. No sabía si mirarlo a él o a la mitad de la mariposa que tenía en la mano—. Nuestros corazones siempre estarán juntos.

Y, pues sí, por supuesto que lloré.

Avery surtía ese efecto. Tenía un corazón demasiado puro.

Las imágenes de la pesadilla se colaron en mi mente. Un niño asustado cuidando de su hermana pequeña. Pensé en las palabras de Leigh —cosa que había estado haciendo seguido—… Si existiera la remota posibilidad de que aquello fuera un recuerdo, ¿cómo es que Avery había logrado superarlo y convertirse en la persona que era ahora?

Se me hizo un nudo en la garganta.

No quería creer que fuera cierto, pero ¿y si lo era? ¿De qué manera había marcado a la persona que tenía enfrente? ¿Lo había olvidado también?

Me obligué a dejar de pensar en eso. No era el momento.

Ante mi silencio, Avery volvió a carraspear.

—¿Te gustó? —preguntó, su voz indicaba que seguía nervioso.

No encontré las palabras adecuadas para expresarle lo que pensaba sobre su regalo, así que solo asentí e intenté ponerme el collar, pero terminó haciéndolo él. Entonces me di cuenta de que el dije quedaba justo a la altura del corazón.

Siempre estaríamos juntos.

Sí, mi familia estaba rota, pero mi relación con Avery era fuerte, especial, y esperaba que lo fuera para siempre.

Me limpié las lágrimas y le sonreí.

—Gracias —le dije, esperaba que él supiera cuánto significaba para mí.

Iba a volver a abrazarlo cuando escuché que tocaban la puerta principal.

—Ah, sí —dijo con una media sonrisa—. Te vienen a buscar. Quiero que sepas que me costó mucho no dejarte dormir, pero era necesario. Imaginé que no querrías estar durmiendo cuando ellas llegaran.

Se puso de pie, me pasó mi celular, que estaba sobre la almohada, y me sacó de la habitación.

—Pero… —fue lo único que conseguí decir. No había entendido ni una palabra.

Pero lo entendí cuando llegamos al primer piso y me encontré a una sonriente Leigh hablando con mi madre.

Ella me miró y ni siquiera intentó ocultar la diversión en su rostro.

Las pegatinas.

Me llevé las manos a la cara, avergonzada.

Quería mucho a Lucas, pero las pegatinas tenían que irse.

—¿Y esa obra de arte? —se burló.

—Basta —me quejé mientras caminaba hacia ella, aun cubriéndome la cara —. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te vinimos a buscar.

Alterné la mirada entre ella y mi madre, esta última nos miraba con curiosidad y sorpresa.

—No sabía que ibas a salir hoy —dijo, y se oía como reproche, pero intenté ignorarla. Tampoco era como si le importara demasiado mi cumpleaños.

—Técnicamente, es una sorpresa —respondió Leigh por mí—. Avery dijo que no habría problema…

—Está bien —dijo mi madre—, le hará bien salir para variar. Se la pasa todo el día en su habitación, ya sabes —se rio, pero se sentía como si estuviera reprendiéndome.

Nadie respondió y se formó un silencio incómodo. Para ella era algo con lo que bromear, pero para el resto no. No era divertido que aprovechara cualquier oportunidad para criticarme.

Al final fue ella quien rompió el silencio, pidiéndome que no volviera tan tarde, para luego dejarnos solos. Avery también se despidió y quedamos solo Leigh y yo en la puerta.

—¿Fue una mala idea? —inquirió, y aunque las palabras de mi madre me habían dejado un mal sabor de boca, negué con la cabeza. Estaba siendo un buen día, quería que siguiera siendo así—. Muy bien, nos vamos, entonces.

No me dio tiempo de responder, solo tomó mi mano y cerró la puerta detrás de mí. Las gemelas nos esperaban en su coche.

Una sensación de gratitud se instaló en mi pecho. Esto era mucho más de lo que esperé tener nunca, y parecía una estupidez, considerando que era yo la que no quería celebrar nada, pero que fuese idea de ellas lo hacía diferente. Las únicas veces en que Lena había insistido en hacer algo no lo había hecho por mí, sino por la posibilidad de salir de fiesta.

—Sé que quedamos en que no harías nada, pero prometo que esto te gustará.

Ya en el coche, volví a sentir vergüenza por mi cara.

Las gemelas no desperdiciaron la oportunidad de molestarme. Estaba roja de vergüenza, pero a la vez me divertía.

—Me gusta que intentes cosas nuevas —dijo Zoe—, las pegatinas te dan una

vibra muy tierna.

—Parece que tuvieras cinco años —intervino su hermana. Aún estábamos estacionadas afuera de mi casa.

—Me las voy a quitar —bufé, enfurruñada en mi asiento; a mi lado, Leigh solo se reía.

Alcé una mano para cumplir con mis palabras, pero Leigh me detuvo.

—Déjatelas, se te ven lindas.

Por alguna razón, me puse aún más roja.

Estaba acostumbrada a que ella dijera ese tipo de cosas, pero eso no significaba que me dejase de dar vergüenza, sobre todo en frente de las gemelas, porque...

—Uy, bésense.

Justamente por eso.

—¿No se supone que deberíamos irnos? —preguntó Leigh.

Meg se concentró en echar a andar el auto y Zoe revisó algo en su celular, así que no nos prestaron mucha más atención. A ver cuánto duraba.

Después de al menos una hora de viaje y varias bolsas de frituras, me di cuenta de que no tenía idea de dónde íbamos.

—Sé que no te gustan las fiestas, los lugares cerrados o aglomerados —explicó Leigh—, así que recordé que tengo un tío que tiene una casa de campo y le pregunté si podíamos pasar el día ahí. Podemos comer afuera en la naturaleza, es un espacio abierto y tranquilo. Pensé que te gustaría.

—En realidad, *esperaba* que te gustara —Zoe se giró hacia nosotras, se le veía solo la cabeza debido al cinturón de seguridad—, dijo que, y cito textual, si no te gustaba, se tiraría de un puente.

—¡Eso no es verdad!

—Claro que no —coincidió Meg—, solo estabas un poco desesperada. No es lo mismo, ¿verdad?

Leigh las ignoró y me miró, esperando una respuesta.

Y, a decir verdad, me encantaba la idea. Pero amaba aún más saber que sí me conocía. Ese tipo de gestos eran los que uno debiese esperar en una relación —no el día de campo, sino el saber qué te gusta y qué no—, pero yo no estaba acostumbrada a eso, Lena no fue una amiga muy preocupada, mi madre tampoco, así que esto me hacía sentir feliz.

Quería sentirme así cada día, sin embargo, sabía que, por mucho que lo deseara, no era posible. Aun así, me prometí disfrutar este día lo que más pudiera.

—Me gusta. Me gusta mucho.

—Muy bien, ahora bésense —pidió Zoe, pero ni siquiera nos estaba mirando.

Leigh rodó los ojos, pero de igual manera me dio un beso en la mejilla y me atrajo a su cuerpo para abrazarme. Nos mantuvimos de esa forma el resto del

camino.

Llevábamos alrededor de una hora y media de viaje cuando llegamos a nuestro destino.

Era un lugar que no conocía, casi parecía estar abandonado. No se veía nadie. La única construcción que había era una casa vieja al fondo del sendero rodeado de árboles por el que Meg estaba entrando.

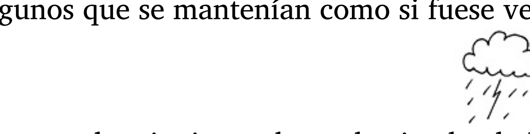
—Es lindo —dije.

Moría por bajarme y poder sentir el aire libre de contaminación. Siempre quise vivir en un lugar así de tranquilo. La verdad es que odiaba vivir en la ciudad. Había demasiada gente, demasiado caos.

Meg se detuvo frente a un portón y obligó a Zoe a ir a abrirlo, así que aproveché para apearme del auto con ella y ayudarla.

El aire se sentía limpio, cerré los ojos y tomé una gran bocanada. Era relajante. También estaba helado; el día estaba algo nublado, pues se acercaba el invierno, así que agradecí haberme puesto una sudadera gruesa.

Luego de abrir al portón, nos fuimos caminando por un pequeño camino hasta que llegamos a la casa, que parecía más una cabaña que otra cosa. Era pequeña y de madera, tenía un solo piso y, aunque se veía vieja, parecía bien cuidada. No sabía quién era el tío de Leigh, pero de seguro tenía hijos, pues había un columpio colgando de un gran árbol junto a la casa. El suelo estaba lleno de hojas marrones que habían caído de los árboles, sin embargo, había algunos que se mantenían como si fuese verano. Era un paisaje hermoso.



Pasamos las siguientes horas haciendo el almuerzo y, después, comiendo.

La casa adentro era acogedora, era toda de madera rústica y se notaba que tenía varios años encima. La pintura de las paredes estaba algo desgastada, al igual que algunos de los muebles.

La idea inicial, según Leigh, era comer afuera en una manta que habían traído, pero hacía mucho frío, así que terminamos almorzando alrededor de la mesa que había en el pequeño comedor.

Habíamos hecho pizza porque, bueno, ninguna tenía la suerte de ser muy hábil en la cocina.

Cuando estábamos terminando de comer, Zoe sacó su celular y se aclaró la garganta.

—Ha llegado la gran hora —anunció; la miré con curiosidad, pero también con cautela, las gemelas eran impredecibles—. Es obvio que hoy no es un día cualquiera. ¿Cómo lo iba a ser? Si un día como hoy, hace diecisiete años, nació nuestra querida Pajarito.

Se me apretó el estómago. Ya había llorado con el regalo de Avery, no quería llorar de nuevo.

Se puso de pie.

—Con Meg te preparamos una pequeña sorpresa. Ella debiese estar hablando a mi lado, pero sabemos que la única con carisma soy yo.

—Ni siquiera sabes lo que significa esa palabra.

Zoe se giró hacia su hermana, completamente indignada.

—¡Claro que lo sé!

—Dímelo, entonces.

—El carisma es el entusiasmo —dijo con completa seguridad, luego nos miró a nosotras—. ¿Verdad?

—Casi —respondió Leigh.

Me reí.

Esa sensación de gratitud volvió a asentarse en mi pecho y se expandió por todo mi cuerpo. Amaba a ese par. La primera vez que vi a Leigh provocó algo inmediato en mí, y cuando continuamos hablando sabía que iba a terminar siendo importante para mí, para bien o para mal, pero jamás creí que pasaría lo mismo con las gemelas. El cariño que sentíamos era completamente inesperado, y creo que eso era lo más bonito de nuestra amistad.

—En fin, no importa —se arregló un tirante de la jardinera amarilla que llevaba puesta y alzó el celular—. Como te decía, te preparamos una sorpresa. Es pequeña, pero espero que te guste. Te presentamos *Las 10 razones por las que estamos agradecidas de que June haya nacido.*

Intenté evitarlo, de verdad que sí, pero mis ojos no tardaron en llenarse de lágrimas.

—Razón número uno y la más obvia —pronunció Zoe con una voz profunda demasiado falsa—: es una persona increíble. Razón número dos: es única en su especie, y, aunque busques por todo el mundo, jamás encontrarás a alguien como ella. Razón número tres: hace feliz a Leigh. Razón número cuatro: nos hace felices a nosotras. Razón número cinco: es graciosa sin darse cuenta —carraspeó—. Razón número seis: nos encontró en el momento en que más la necesitábamos. Razón número siete: hace de este mundo un lugar mejor. Razón número ocho: enamoró a Leigh. Razón número nueve: nos bendijo con su amistad. Y, finalmente, razón número diez: tiene un hermano que está buenísimo. Amén.

—¡Zoe! —se quejó Meg—. Eso no estaba en la lista.

—¿Qué? Pero si lo escribiste tú.

Debía parecer una loca riéndome y llorando al mismo tiempo. Definitivamente este era el mejor cumpleaños de mi vida.

—Creo que voy a llorar —avisó Leigh, me giré para mirarla y tenía los ojos brillosos.

—¿Y? ¿Qué tal? —preguntó Meg—. Sin tener en cuenta lo de tu hermano, obvio.

—Eso, sigue haciéndote la tonta.

—¿Oyen eso? Creo que entró un insecto… —miró a su hermana—. Ah, no, solo es Zoe diciendo bobadas.

—Ya quisieras… —Zoe rodó los ojos, se sentó y me miró con una sonrisa—. ¿Entonces?

—Creo que es de los mejores regalos que he recibido en mis diecisiete años —respondí, mientras usaba una servilleta para secarme las lágrimas.

—Aw... Ven aquí —dijo Zoe. Se puso de pie y rodeó la mesa para darme un abrazo—. Te queremos mucho.

—Yo también.

Me separé de ella y me sequé las lágrimas. Meg me estaba sonriendo. En cierto modo, ella era más parecida a mí: no solía decir lo que sentía ni era efusiva, pero la conocía lo suficiente como para entender qué significaba aquella sonrisa.

Minutos más tarde, fue Leigh quien se puso de pie.

—No quiero opacarlas, pero ha llegado la hora de mi regalo —se giró hacia mí y me extendió su mano—. ¿Quieres dar un paseo?

—Uh... eso significa que se...

—Oh, cállate de una vez por todas, Zoe —se quejó Meg, y no tuve tiempo para ponerme roja porque Leigh me tomó de la mano y me arrastró afuera.

Era la tercera vez que me hacían eso en el día.

Recorrimos caminando el sendero por donde habíamos entrado, íbamos tomadas de la mano y en silencio.

Fui yo quien lo rompió.

—¿Sabías lo de esa lista? —pregunté con curiosidad.

Leigh se rio.

—No, no tenía idea. Sabía que harían algo, ya sabes cómo son, pero no pensé que sería algo así. Fue un detalle lindo, ¿verdad?

Asentí.

—Sí... —sonreí.

Fue mucho más que eso para mí, ella lo sabía. Había muchas maneras de decirle «te quiero» a alguien, y lo que hicieron las gemelas era una de ellas. Parecía una fantasía, pero era real. Esa era la mejor parte. Ellas eran mis amigas de verdad.

Luego de un par de minutos, decidimos sentarnos en el pasto, a orillas del sendero y debajo de un árbol sin hojas.

—¿Recuerdas el premio del concurso? —asentí—. Bien. ¿Y recuerdas esa canción que dije que grabaría? —volví a asentir—. Pues grabé otra.

Ni siquiera sabía que había ido a grabar, no me había hablado nada sobre eso. Me removí sobre el pasto, nerviosa.

—¿Por qué?

—Porque quería darte esto.

Sacó su celular y sus audífonos del bolsillo de sus pantalones, la vi desbloquearlo y rebuscar algo entre sus archivos, mientras que me comenzaban a sudar las manos. De pronto el aire limpio fue demasiado para mis pulmones, que se sentían demasiado llenos.

Me pasó los audífonos y me los puse. Me estaba mirando a los ojos cuando le puso *play*.

La canción comenzó con unos acordes en guitarra y luego fue acompañada por un piano. Era lenta, suave y delicada.

Y luego se unió la voz de Leigh.

Cerré los ojos justo después de verla sonreír.

Un poco de alcohol,
el mundo me daba vueltas,
te vi entre todos esos rostros sin nombre.
Lo supe incluso en ese instante.

Sabía exactamente a qué se refería.

Yo también, quise decirle, *yo también te vi entre todos esos rostros sin nombre*.

Y tuve miedo de dar el paso que me llevó a ti, pero siempre supe que retroceder no era una opción.

Fuiste tú quien sostuvo las piezas rotas, las recolectó y las volvió a unir.

Abrí los ojos cuando ella me rodeó con sus brazos y apoyó su cabeza sobre mi hombro.

Me haces sentir viva otra vez, enciendes ese fuego que creí extinto,
tal vez podamos ayudarlo a crecer,
porque cada vez que ríes, mi corazón se detiene.
Podría acabar con el mundo si me lo pidieras.
Sé que esto también es nuevo para ti, pero cerremos los ojos y olvidémonos del resto.
Destino,
a esto le llaman destino.

La voz de Leigh se escuchaba suave, casi susurrada. Era una de esas canciones que escucharías cuando quisieras que un momento fuera especial, como este.

Alguna vez creí que el amor dolía,
me dijeron que, si no ardía, no era real,
pero nadie me dijo que podía sanar.
Ahora sus palabras se convirtieron en una mala broma,
porque te quiero y estoy de una pieza.

Después de esa estrofa, la letra se repetía. Me acerqué más a Leigh mientras la escuchaba cantar sobre ese destino que tanto maldije en un comienzo.

Destino, destino, destino.

Mi destino era sentirme en la cima del mundo en ese momento.

Y luego, mi destino sería caer y caer y caer.

—Feliz cumpleaños, Pajarito —susurró Leigh en mi oído.

Me estremecí.

Definitivamente estaba en la cima.

41. Cierre

Closure - Taylor Swift

Presente
Dos meses más.

Me gustaría decir que se hace más fácil, pero no es cierto. Cada día escuece igual que el anterior y el tiempo avanza de una manera alarmante. Creo que todos entendimos que no se detendrá por nadie, ni por los que estamos aguantando la espera ni por Leigh. Los días seguirán pasando, se convertirán en semanas y luego en meses, y será así hasta que ya no quede ni una gota de esperanza, hasta que todo se termine, para bien o para mal.

Tengo muchísimo miedo, pero es un miedo diferente al que sentí antes. Ahora es más crudo, lo siento cada noche cuando me duermo viendo el celular, temiendo recibir una llamada cargada de malas noticias; lo siento en las mañanas cuando me levanto esperando encontrarme con una buena noticia y no hay nada; lo siento en la escuela cuando salgo de mis clases e, instintivamente, voy a buscarla y no la encuentro; lo siento cuando me pasa algo bueno y no puedo contárselo; lo siento cuando le hablo y no responde... Lo siento a cada hora del día.

Intento seguir con mi vida, o lo que queda de ella, pero no siempre puedo hacerlo. Aunque haya hecho avances con la terapeuta y haya accedido a medicarme —no sin antes haberlo pensado casi por un mes. El miedo a depender de los medicamentos jamás se irá—, aún hay días en que me encierro en mi habitación como en los viejos tiempos, antes de Leigh, y lloro hasta quedarme dormida porque la extraño tanto que mi corazón es polvo dentro de mi pecho por todas las veces que se ha roto.

Ya ni siquiera puedo verla todos los días. Quise mantener el ritmo, pero se me hace infinitamente difícil verla conectada a cables, delgada y pálida, apenas con vida. No puedo soportar verla y no escuchar su voz. He reproducido tantas veces sus canciones y audios que me los sé de memoria. Aun así, cuando no la veo, la culpa me carcome por dentro. Así que, de todos modos, salgo perdiendo.

Hoy es un día en el que decidí visitarla y, a decir verdad, no está saliendo como esperaba. No quería quedarme demasiado tiempo para no encontrarme con sus padres, pues ya no sé qué decirles, ambos se ven miserables, y no hay nada que yo pueda hacer para hacerlos sentir mejor.

Sin embargo, no es con ellos con quien me encuentro, sino con Lena.

Otra vez.

Al principio la ignoro y sigo mi camino, pero ella me detiene a la fuerza.

—Por favor, necesito hablar contigo —es lo que dice.

Tenso mis labios con disgusto, pero luego me doy cuenta de que, si no cedo ahora, tendré que hacerlo en algún momento en el futuro. Lena no es de las personas que aceptan una negativa por respuesta. No me dejará tranquila hasta que acceda a hablar con ella. Mejor terminar con esto ahora mismo.

Así que, aunque no tengo nada que decirle, asiento y dejo que me lleve a la cafetería del hospital. No pedimos nada, solo nos sentamos ahí una frente a la otra sin decir una palabra. Lena se mira las manos todo el rato, incapaz de verme. Lleva el cabello rubio ceniza, el rosa ha de haberse desteñido hace mucho tiempo, está maquillada, aunque apenas se le nota. Es ligero. Algo en ella se siente diferente, pero no sé qué es, o si estoy en lo correcto siquiera.

Al cabo de unos minutos, decido que estoy harta de este estúpido silencio.

—¿De qué quieres hablar, Lena? No tengo mucho tiempo.

Ella por fin me mira e inspira hondo antes de hablar.

—Lo siento, June. Lo siento mucho.

Me tenso y me llevo las manos al regazo para ocultar los temblores que comienzan a sacudirlas.

No es la primera vez que me lo dice, pero aun así me pilla con la guardia baja.

Cuento hasta diez y regulo mi respiración con disimulo antes de responder.

—¿Qué es lo que sientes, Lena? —pregunto, me esfuerzo en parecer calmada, pero la verdad es que mis ojos ya están comenzando a picar.

No responde de inmediato. Se lleva una mano a la boca y se mordisquea las uñas, nerviosa. Me pregunto cuántas veces ha intentado disculparse en su vida. Nunca pensé en Lena como una persona que pide perdón por sus actos, más bien siempre fue de las que espera que el resto entienda por qué hiere a los demás, sin responsabilizarse por nada.

—Todo. Todo lo que te hice.

—¿Por qué? ¿Para sentirte mejor contigo misma? —no puedo evitar preguntar. No quiero pensar lo peor de ella, pero me lo pone difícil.

Lena baja la vista, imagino que para escoger bien su respuesta. Pero eso es todo lo que necesito. Si se lo tiene que pensar, ¿qué tan reales son sus palabras?

—No te quiero mentir, June. No lo haré —dice luego de un rato, y vuelve a sorprenderme—. Me siento horrible por todo lo que te hice, sobre todo después de todo lo que te ha pasado.

—Estás aquí por lástima —digo. Ella se tensa al escucharme y vuelve a mirarme.

—Estoy aquí porque de verdad me arrepiento, June. Puedes llamarlo como quieras, pero de verdad siento mucho todo lo que te hice, lo que dije, el acoso... Todo. No quiero darte excusas, pero me sentía muy sola. Mi padre se olvidó de mí, mi madre apenas estaba en casa, los amigos que tenía solo aparentaban serlo, August estaba conmigo porque era divertido, no porque realmente me quisiera, pero tú... tú siempre estabas ahí. Y yo fui una mierda contigo.

No sé qué decirle. Todo lo que dice es... verdad. Qué bueno que lo

reconozca, pero es demasiado tarde.

—No debí quedarme.

—No, no debiste, pero lo hiciste, y eso me hizo sentir importante, ¿sabes? Pero también me hizo sentir poder sobre ti, me gustaba hacer lo que quisiera contigo y saber que volverías. Es... es enfermo, ¿verdad? Ese poder, esa superioridad que sentía contigo me hacía sentir menos miserable, ser cruel contigo me hacía sentir mejor conmigo misma.

No tardo en sentir las lágrimas que corren por mis mejillas. Agradezco que no haya mucha gente cerca.

—¿Y esperas que te perdone por todo lo que hiciste así como así? Me llenaste de inseguridades, me hiciste sentir que nadie me querría, me quitaste un montón de cosas —mi voz se quiebra un poco, es inevitable que los recuerdos vuelen por mi cabeza—. Dejaste que el idiota de August me acosara, que me hiciera sentir insegura y que le contara a todo el mundo algo que le dije en un momento de vulnerabilidad que él mismo provocó. Me hiciste muchísimo daño, Lena. Tuvieras las razones que tuvieras, no puedes esperar que haga como si nada. Te quería —me seco las lágrimas en un movimiento brusco—, te quería muchísimo, pero la June que aguantaba todo y se quedaba en silencio ya no existe. No te necesito y, en definitiva, no te debo nada.

—Por favor —dice, mientras su voz también comienza a temblar—, solo quiero que aceptes mis disculpas. Eso es todo.

Lo dice como si no fuera nada, como si fuera mi deber perdonarla por lo que *ella* hizo. No es que no la entienda, una parte de mí comprende la lógica que había detrás de su comportamiento, pero también existe la parte de mí que está llena de heridas que aún sangran.

—Sé que, de alguna manera, eres una víctima, pero no eres la víctima de mi historia, sino de la tuya. Y no puedo hacer algo que no siento solo porque me lo estás pidiendo, sea para tener tu conciencia limpia o no. Lo lamento, pero no puedo perdonarte, no tengo por qué hacerlo. Tal vez en el futuro, pero no ahora. Me lastimaste, Lena, eso no se borra tan fácilmente —digo, tomo una bocanada de aire que llena y limpia mis pulmones y luego la boto—. Pero, si te sirve de consuelo, ya no estoy molesta ni te guardo rencor. Y esta conversación sí me hizo sentir mejor, porque me doy cuenta de que soy capaz de ponerme a mí primero y escoger lo que quiero hacer.

Me da una última mirada cargada de tristeza antes de dirigir sus ojos hasta sus manos sobre la mesa y dejar caer sus hombros en señal de derrota.

Me siento mal por ella, pero creo en cada una de las palabras que dije. No puedo hacer algo que no quiero, aún más sabiendo que todavía siento dolor por lo que ella hizo.

No sé si eso me hace egoísta, pero esta es la persona que soy, e intento aceptarme como tal.

Me pongo de pie, lista para irme.

—Busca ayuda, Lena, creo que la necesitas.

—Lo sé —susurra cuando comienzo a alejarme.

Me dirijo hacia donde iba en un inicio, y mientras camino me doy cuenta de

que aún tengo una conversación pendiente.

Lena buscó darle un cierre a nuestra historia y, aunque no resultó como esperaba, lo intentó.

Yo también debo intentar cerrar la historia con mi madre, debo descubrir si la puedo perdonar o si nuestra relación es irrecuperable, lo necesito, al igual que ella.

42. Decisiones

The Scientist - Coldplay

Pasado

Me acerqué a la ventana para ver cómo caían los copos de nieve.

Había llegado el invierno crudo, como nunca lo había visto. Esta era la segunda vez que nevaba y hacía un frío terrible, el ambiente se sentía sombrío y lúgubre, como si un manto gris hubiese cubierto el mundo.

O tal vez era solo mi cansancio hablando.

Había vuelto a dormir poco debido a las pesadillas. No sabía cómo hacer que pararan; no las tenía cada noche, pero siempre que me preparaba para dormir lo hacía temiendo lo que iba a encontrarme en mis sueños.

A diferencia de las veces pasadas, en cuanto regresaron las pesadillas le conté de inmediato a Leigh. No tenía ningún sentido intentar ocultárselo, además, no quería hacerlo. No quería que pensara que no confiaba en ella, porque no era así, y, a decir verdad, tampoco quería cargar con esto sola.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos y me hizo dar un brinco de susto. Me giré para abrirla, pero la persona del otro lado se adelantó.

Sonreí en cuanto la vi, sin poder evitarlo.

—¿Sabes que tocar la puerta no tiene sentido si la vas a abrir de todos modos? Pude haber estado cambiándome de ropa.

Leigh me miró con una media sonrisa y se quitó el gorro de lana empapado mientras entraba a la habitación. Su pelo estaba algo húmedo y su delineado ligeramente corrido.

—Eso suena como algo bueno.

Observé cómo se quitaba el abrigo rojo, sus guantes negros y la bufanda del mismo color. Estaba abrigadísima, debajo tenía un suéter marrón y se alcanzaba a ver una camiseta gruesa de cuello alto de color beige, llevaba un pantalón gris y botas negras.

—Vas a dejar todo mojado —me quejé antes de que dejara su ropa húmeda sobre la cama. La tomé para llevarla abajo a que se secara—. Espérame aquí.

Me estaba dando la vuelta cuando me tomó del brazo.

—No me has dicho *hola* —señaló con el entrecejo fruncido.

—Hola —respondí a modo de burla, me solté y salí de la habitación sonriendo.

Me encantaba molestarla.

Abajo me encontré con Avery preparándose un café en la cocina.

—¿Está mamá? —le pregunté asomándome por la puerta. Él negó con la cabeza.

—¿Por qué preguntas?

—Es que estoy con Leigh...

Aún no le había dicho nada a mi madre sobre la verdadera relación que tenía con Leigh. Lo habíamos hablado varias veces, pero siempre llegaba a la conclusión de que no quería hacerlo. Sabía que debía; después de todo, Leigh venía todo el tiempo, en algún momento se iba a enterar, pero, aun así, una parte de mí temía qué fuese a decir. Mi madre no parecía ser una persona conservadora ni nada por el estilo, pero siempre encontraba algo malo en mí y me daba miedo darle algo con lo que hacerme daño.

Un malestar parecido a la angustia se me instaló en la boca del estómago.

—Lo sé, ¿quién crees que le abrió la puerta?

—Qué gracioso —respondí—. Ya sabes a lo que me refiero.

Avery me miró con una mueca triste, casi imperceptible, y asintió. Suponía que no le hacía mucha gracia que no confiara en mamá, pero también entendía la razón que había detrás de aquello.

—De todas maneras, no creo que llegue pronto. Llevaron a Lucas al cine y luego seguro pasarán a comer.

Hacía una semana que estábamos de vacaciones, y ahora que Lucas estaba todo el día en casa, se aburría muchísimo. Tenía demasiada energía. Lo sacaban a pasear cada vez que podían, como a un perrito muy inquieto.

Asentí y continué con lo que iba a hacer. Acerqué una silla a la estufa y acomodé la ropa de Leigh para que se secara.

De vuelta, cuando llegué a mi habitación, la puerta estaba cerrada.

—¿Leigh? —la llamé, extrañada.

—Contraseña —respondió, e inevitablemente rodé los ojos.

Leigh era como una niña.

—Ábreme la puerta —respondí.

—Contraseña incorrecta.

—Es mi habitación.

—Contraseña incorrecta —repitió, luego la escuché reír y caminar por la habitación—. Esto es lo que ocurre cuando no me dices *hola*, Pajarito.

—¡Pero si te lo dije!

—No me refería a ese tipo de *hola*.

—Leigh, no seas ridícula.

—¡Contraseña incorrecta!

Apoyé mi frente en la puerta. Me parecía una estupidez, pero decidí seguirle el juego.

—*Leigh es la mejor.*

—Gracias, pero contraseña incorrecta.

—¿Qué tienes, cinco años? —me quejé.

—¡Contraseña incorrecta!

—Me voy a ir —anuncié—. Y es una pena porque traía comida.

No tardó más de cinco segundos en abrir la puerta.

—¡Qué decepción! —dijo al ver que no traía nada conmigo.

Me reí al ver su rostro.

Di un paso hacia ella y la tomé del rostro para besarla. La pillé desprevenida, pero rápidamente tomó el control del beso, sin embargo, me separé antes de que pudiera profundizarlo.

Y me costó. Siempre me costaba separarme de Leigh cuando nos besábamos.

—¿Contenta? —pregunté, aún no le soltaba las mejillas, estábamos tan cerca que podía sentir su respiración sobre mi rostro.

—No —respondió, y volvió a besarme.

Sin embargo, fuimos interrumpidas por Avery.

—Podrían cerrar la puerta, ¿no creen? —dijo. Me separé de Leigh y me lo encontré con un café en la mano mirándonos con una mueca.

—Esto mismo te haré si algún día te encuentro con Meghan —lo amenazó Leigh a mi lado.

Noté el momento exacto en que Avery cambió su semblante. Antes parecía divertido, aunque fingiera que no, pero ahora se veía triste, derrotado, como si Leigh hubiera tocado una fibra sensible.

Porque lo había hecho.

—Bien por mí, ya que eso no pasará —se rio, pero fue una risa vacía.

Miré a Leigh y le di un apretón en el brazo para que no dijera lo que fuera que estaba a punto de decir, pero nunca me hacía caso. O tal vez no entendía mis señales.

—¿Lo hizo? —preguntó, en verdad sorprendida.

¿Hacer qué?

—Supongo que sí. Cierren la puerta, gracias —respondió Avery, y continuó su camino hacia su habitación.

Me giré hacia Leigh. Ella cerró la puerta y luego me devolvió la mirada.

—¿Hacer qué? —pregunté, esta vez en voz alta.

Leigh se sentó en la cama, apoyando su espalda en la pared, y me hizo una señal para que la imitara. Me senté frente a ella.

—A Meghan le gusta Avery, es obvio, pero le dijo que no sentía nada por él y que solo era el hermano de su amiga. O eso dijo que haría. Seguro lo hizo.

No le respondí. En vez de preguntarme qué había llevado a mi amiga a actuar de esa manera, lo primero que pensé fue *¿por qué no me lo contó a mí también?*. ¿No se suponía que eso hacían las amigas?

¿No confiaba en mí?

¿Alguna vez había hecho algo para que confiara en mí?

Me mordí el labio de manera inconsciente y dirigí la mirada hacia el cobertor. No quería pensar en eso, hace tiempo no tenía ese tipo de temores, las chicas me hacían sentir segura, pero aun así…

Me obligué a pensar en otra cosa y me dije que seguro no me lo dijo porque Avery es mi hermano, quizás se le hizo incómodo hablar de él conmigo. Sin embargo, el pensamiento de que Meghan no confiaba en mí se quedó junto a mí, por más irracional que fuera.

Volví a mirar a Leigh.

—¿Por qué lo hizo?

Leigh también se había puesto triste. Primero Avery, luego yo y ahora ella. Miré hacia la ventana. Afuera también estaba gris. El mundo estaba opaco.

—A Meg le cuesta confiar en las personas, pero no de la misma forma que a ti. Ella no confía en los hombres, específicamente. Actúa como si nada le afectara, pero lo que pasó con su profesor la marcó de alguna manera —se encogió de hombros con desgano—. Supongo que cree que se está protegiendo.

Hice una mueca.

La entendía. Cuando alguien te decepcionaba o te hacía daño era difícil no pensar en que todos harían lo mismo. Ocultarte o poner muros que te separaran del resto era la mejor manera de mantenerse a salvo, pero no siempre funcionaba.

No pude evitar recordar cuando, meses atrás, hacía todo lo posible por ocultarme y alejarme de Leigh porque temía dejarla entrar en mi vida y salir lastimada, o al revés. Aún me aterraba que nos hiciéramos daño, pero suponía que ya no había nada que hacer al respecto.

No respondí, no tenía nada que decir.

Estuvimos un largo rato en silencio, hasta que Leigh volvió a hablar, ya de mejor ánimo.

—Debo contarte algo. Más bien, preguntarte algo —dijo. Sonaba entusiasmada. Ni siquiera me dejó responder—. Iremos a pasar Navidad y Año Nuevo a casa de mis abuelos, me preguntaba si... ¿quieres venir?

Faltaban dos días para Navidad. No me interesaban mucho las festividades. Casi siempre las olvidaba, pero este año había comprado regalos para Leigh y las gemelas. Había obligado a las tres a prometerme que los abrirían justo el día de Navidad, no antes. Estaba casi segura de que Zoe ya lo había abierto.

—¿A casa de tus abuelos? Pero si no los conozco.

—Uhm... esa es la idea de que vayas.

Me lo pensé. Realmente consideré aceptar. La June de hace unos meses hubiese rechazado la oferta de inmediato porque las personas y lugares nuevos la ponían nerviosa, temía no gustarles, no encajar... pero ya no era la misma, y, si no tuviese otros planes, hubiese aceptado.

Pero no podía.

Había estado pensando mucho en las pesadillas y su verdadero significado. Siempre ocurría lo mismo, a veces veía la escena desde la perspectiva de la niña y otras veces podía verme a mí misma, como mera espectadora. La idea de Leigh ya no me parecía una locura. No podía evitar cuestionarme toda mi vida. ¿Por qué no recordaba tantas cosas de mi infancia? ¿Por qué esta familia parecía tener tantos secretos? Aquellas preguntas tampoco me dejaban dormir. Y estaba harta de todo eso, de esperar a que pasara y no hacer nada. Estaba harta de no dormir, de no tener respuestas y tener que conformarme. Quería saber qué demonios había pasado.

Así que había tomado la decisión de hablar con mi madre. Sabía que era la única persona que podía darme respuestas. Estaba aterrada de lo que pudiera encontrar, pero no quería quedarme con dudas toda mi vida. Y necesitaba

aprovechar este momento de valentía, porque era posible que en unos días más ya no quisiera enfrentarme a ella. Me conocía. En cuanto las pesadillas pasaran, volvería a decirme que no era nada.

Tomé la mano de Leigh y la llevé a mi regazo.

—No creo que pueda ir, Leigh. Lo he pensado mucho y creo que debo hablar con mi madre…

—¿Sobre tus pesadillas? ¿Estás segura? —asentí, ella se enderezó y se acercó a mí—. ¿Cuándo lo harás?

Me encogí de hombros.

—Cuando se me dé la oportunidad, supongo. Quiero estar aquí. Siento que luego ya no querré hacerlo y necesito saber de qué se trata todo esto. Estoy tan cansada… —mi voz se fue apagando poco a poco y Leigh me rodeó con sus brazos.

—Puedo quedarme, tal vez…

—No —la interrumpí—, no es necesario. Puedo hacerlo sola. Quizás no sea nada, quizás…

Apoyé mi cabeza en su hombro. ¿A quién quería engañar? Era imposible que aquello que ocurría en mis pesadillas fuera nada. Había querido creer lo contrario, pero, fuera lo que fuera, no era producto de mi imaginación. Era real.

—Eres muy valiente, Pajarito.

¿Lo era? Yo no lo creía, pero tampoco quise contradecirla. Es más, dejé que me lo repitiera todas las veces que quisiera, porque eso me hacía sentir valiente, aunque no lo fuera.

Leigh se fue un día antes de Navidad. Me entregó un regalo que me obligó a abrir ahí mismo porque quería ver mi reacción. Era una pulsera de plata con un dije de un pájaro. Me reí cuando lo vi y más tarde lloré cuando me di cuenta de lo mucho que significaba ese apodo para mí. En verdad era un pajarito asustado de la vida, y me preguntaba si algún día podría atreverme a extender las alas y volar a donde yo quisiera ir.

Apenas dormí esos días, por las pesadillas y porque no podía dejar de pensar en qué pasaría cuando me parara frente a mi madre y le pidiera respuestas. ¿Sería sincera? ¿Cómo sabría yo que estaba siendo sincera? ¿Qué pasaría después? Tenía muchísimo miedo, pero no podía seguir aplazándolo.

Había decisiones que dolerían de cualquier manera, hacerlo o no hacerlo había dejado de ser el problema principal, sino qué era lo mejor para mí. Por primera vez en muchísimo tiempo me planteé seriamente aquella pregunta. Quería hacer lo que era mejor para mí, aunque eso significara que mi vida se tambaleara.

Lástima que no solo se tambaleó, sino que se destruyó.

Recibí llamadas de Leigh para Nochebuena y Nochevieja. Primero para decirme que le había gustado el anillo con un arcoíris grabado que le había regalado —se me habían ido todos mis ahorros en eso—, y segundo, para

desearme un feliz año y avisarme que pasaría unos días más donde sus abuelos, por lo que no nos veríamos cuando habíamos acordado hacerlo.

Aquello último no me sentó tan bien. Eso significaba que, cuando hablara con mi madre, Leigh no estaría. Tendría que hacerlo sin que ella estuviese conmigo.

—Mi padre siempre dice que mamá es su persona —me había dicho—. Honestamente, creía que era una estupidez, pero lo entiendo. A veces conoces a alguien y todo encaja. Eso es lo que me pasó contigo, Pajarito... Creo que eres mi persona. Eres mi persona. Feliz Año Nuevo.

Quise responderle algo igual de significativo, pero solo me quedé al otro lado de la línea intentando controlar mis lágrimas.

La mayoría del tiempo no sabía cómo expresarme con palabras, y a Leigh la quería tanto que me dolía no poder hacerlo, pero siempre estuve segura de que ella sabía lo que sentía. Y tal vez así era, pero jamás dejaré de pensar en que debí decirle que también era mi persona, que la amaba y que quería que estuviéramos juntas el año siguiente y el siguiente y el siguiente. Debí decírselo con palabras. En cambio, solo dije:

—Feliz Año Nuevo, Leigh. Te quiero. Te quiero mucho.

Fue la última vez que me escuchó decirle que la quería. Al día siguiente me armé de valor y busqué a mi madre.

Luego todo se fue a la mierda.

43. Pedazos

God Must Hate Me - Catie Turner

Pasado

Bajé la escalera sosteniendo mi celular con las manos temblorosas y la respiración agitada mientras veía el último mensaje que Leigh me había enviado. Quería echarle la culpa al frío, pero la verdad es que la temperatura baja era lo último que me importaba en ese momento. No. Lo que me tenía así era lo que me esperaría abajo en la cocina.

Había llegado el momento de hablar con mi madre.

Dos días atrás había sido Año Nuevo; me convencí de que debía esperar a que no fuera época de celebración, pero ya lo había aplazado demasiado. Hoy me había levantado y, de alguna manera, sabía que debía hacerlo. No habría un momento perfecto, debía entenderlo de una vez por todas.

Di un par de pasos más y clavé los pies en la puerta de la cocina. Estaba abierta. Sabía que mamá andaba por ahí haciendo quién sabe qué para cenar. No me importaba. Nadie tendría hambre después de esto.

Una parte de mí supo que aquello saldría mal incluso antes de entrar a la habitación.

Mi madre estaba de espaldas. Llevaba pantalones café, un suéter beige con cuello alto y sobre la ropa tenía un delantal con motivos florales con alguna frase cliché de delantales. No se dio cuenta de que ya no estaba sola, siguió lavando trastos mientras esperaba a que algo se terminara de cocinar en el horno.

Olía a algo dulce y cítrico.

Se me terminó de revolver el estómago y una intensa necesidad de vomitar me invadió.

—¿Mamá? —le hablé antes de que me diera media vuelta y me fuera a encerrar a mi habitación.

Ella detuvo lo que estaba haciendo y se giró. Me gustaría decir que me miró con un gesto amable que me invitaba a hablarle, pero aquello no pasó.

Me miró y apretó los labios, como si mi presencia fuera una molestia, y tal vez lo era.

Las dudas comenzaron a atacarme por milésima vez en el día.

¿Qué estaba haciendo?

¿Esto era lo correcto?

¿Estaba realmente preparada para lo que vendría después?

No tenía la respuesta a ninguna de esas preguntas.

—¿Qué pasa? Estaba ocupada —respondió, y de nuevo no estaba el tono afectivo con el que les hablaba a Avery o a Lucas.

¿Qué le había hecho?

Me mordí el labio inferior mientras me debatía sobre si continuar o rendirme y quedarme con la duda para siempre. Estuve a punto de irme, pero me obligué a permanecer ahí.

Necesitaba saber la verdad, necesitaba respuestas.

Me lo repetí mil veces mientras abría la boca para responderle.

—Quería preguntarte algo… —ella afirmó su cuerpo en el lavaplatos y me hizo un gesto afirmativo para que continuara hablando. El problema era que no sabía cómo hacerlo. No sabía qué decir—. Es sobre un sueño que tuve…

Alzó una ceja, e inmediatamente comencé a sentirme ridícula.

—Hija, no sé nada sobre los significados de los sueños, si es eso sobre…

—No —la interrumpí—. No es eso. O sea, no del todo. No fue un sueño. Fue una pesadilla.

Su semblante cambió, aunque intentara ocultarlo. Se cruzó de brazos como si estuviera protegiéndose de algo, me miraba con precaución y curiosidad al mismo tiempo.

—¿Qué clase de pesadilla? —preguntó, y por un momento creí que había escuchado mal, porque sonaba en verdad… preocupada. Se me hizo un nudo en el estómago.

¿Por qué no podía ser siempre así? Me dolía que me tomara por sorpresa algo que debiese dar por sentado. Era mi madre, debía preocuparse por mí, pero ¿por qué nunca lo demostraba?

¿Qué había pasado?

Con cada minuto que pasaba, mis dudas crecían, ya no podía soportarlo.

—Una donde estabas tú. Y Avery. Y yo. Y alguien más.

El silencio inundó la cocina. El olor dulce comenzaba a transformarse en uno más pesado y amargo, pero mi madre no demostró darse cuenta.

—¿A qué quieres llegar? —preguntó finalmente, su voz sonaba distante, pero de una manera forzada.

Quizás ella no me conociera en lo absoluto, pero yo sí la conocía. Al menos, creía conocerla.

Mis labios comenzaron a temblar mientras intentaba encontrar las palabras para explicarle lo que pasaba. Pero no las encontraba. Era como si hubiese olvidado cómo hablar.

Decidí que debía soltarlo. Así como no había momentos perfectos, tampoco había palabras perfectas.

—Llevo mucho tiempo teniendo la misma pesadilla, mamá, ya ni siquiera puedo dormir en las noches. En ella estás tú con un hombre que no conozco y él… te hace daño. Luego Avery me saca de ahí y la pesadilla se termina. Pero hay muchos gritos y llantos y no sé qué significa —terminé de hablar con la voz rota. Ella no me estaba mirando, sus ojos enfocaban el suelo. Di un paso hacia ella. Decírselo había despertado algo en mí, aquello que también se despertó

cuando me enfrenté a Gus por última vez. Estaba molesta y agotada—. ¿Qué significa, mamá?

No respondió.

Se quedó en silencio, y eso me confirmó que mis sospechas —o las de Leigh— habían sido ciertas.

—¿Mamá?

Mis ojos comenzaron a escocer. El silencio me dolía. Todo lo que mi madre me estaba negando se había materializado en una daga que me había dado justo en el pecho.

Me dolía muchísimo.

—¿Qué significa? Estoy muy cansada de esto, mamá. ¿Por qué no me respondes?

Me sorbí la nariz, pero no me molesté en secar mis lágrimas, pues sabía que sería en vano.

—No sé de qué estás hablando —se dio la vuelta y fingió que continuaba lavando la loza.

Aquello terminó de romperme.

—Mamá, por favor... —mi mano se cerró con fuerza alrededor de mi celular.

¿Por qué me hacía rogarle de esta manera? No era justo.

Di otro paso hacia ella.

—Nunca te he pedido nada —mi voz sonaba rota, lastimera. Odiaba esto. Odiaba tener que humillarme—. Solo te estoy pidiendo que me digas la verdad. Sé que no es solo una pesadilla. Sé que siempre ha habido algo en esta familia que está mal. ¿Tiene que ver conmigo?

Se detuvo otra vez, dejó caer un plato con más fuerza de lo necesario y se rompió en el lavaplatos. Lo único que se escuchó fueron los pedazos de porcelana estrellándose en el frío metal.

—¿Alguna vez serás sincera conmigo? —cuestioné.

Abracé mi cuerpo con mis brazos; ahora era yo quien se estaba protegiendo, aunque, honestamente, no había mucho de mí que no estuviera hecho trizas ya.

Rota. Rota. Rota.

—Lo siento... —se dio la vuelta con lentitud, sus ojos estaban anegados en lágrimas, pero no sentí pena por ella, porque no sabía qué debía sentir—. No se suponía que tú...

Otra vez silencio.

—¿La pesadilla es real? —me atreví a preguntar. Ella no me lo diría por su cuenta. Asintió—. ¿Todo?

—No sé qué más soñaste, pero supongo que sí —respondió mientras intentaba secarse las lágrimas con las mangas de su suéter.

Aquello que estaba en el horno había empezado a oler a quemado.

Observé su rostro por largos segundos, en un vano intento de descifrar qué más ocultaba. Sus ojos estaban rojos, al igual que su nariz y labios. Se veía mayor, había cansancio reflejado en los pliegues de su piel; ahí habitaba una historia que yo no conocía y no sabía si quería conocer.

—¿Por qué…? ¿Por qué no recuerdo nada?

Por más que lo intentara, no había nada, salvo huecos en mi memoria. Era como si mi infancia no hubiese existido. Se había esfumado.

—Tuviste suerte, June. Tuviste más suerte que nosotros.

Nosotros.

Pensé en Avery y mi corazón dolió aún más.

—No entiendo —lloriqueé. Me abracé más fuerte y retrocedí unos centímetros—. No entiendo nada.

Ella se secó una última lágrima y se dejó caer en una silla en la isla de la cocina. Ya no estaba llorando, más bien se veía como alguien que había sido derrotada.

¿Cómo me veía yo?

—Después de que murió tu padre, caí en depresión y tuvimos una muy mala situación económica. No sabía cómo criar sola a dos niños —soltó una risa seca —. Luego conocí a un buen hombre. Al menos, aparentaba serlo. Era bueno contigo y Avery, nos cuidaba, y yo necesitaba eso. Nos fuimos a vivir con él y… cambió. Me hizo mucho daño. A los tres. Primero comenzó a tratarme mal verbalmente, luego físicamente, hasta que intentó golpear a Avery. Yo… no sé qué más quieres escuchar, June, pero esa es la historia. Fui una mala madre —su voz se rompió y el llanto regresó—. Lo siento, June. No pude protegerlos.

Su mentón temblaba, al igual que todo mi cuerpo. No era el frío, eran el dolor, las mentiras, el silencio, los recuerdos que aún no lograba encontrar, la parte de mi vida que había sido robada, que había sido ocultada. Eran sus palabras. Era la historia de nuestra familia que no podía recordar.

¿Es por eso que tenía ataques de pánico? ¿Acaso todo lo que estaba dañado en mí era producto de aquello que no recordaba?

Una parte de mí quiso quedarse con ella y hacerle más preguntas, pero también quería salir de ahí y estar lo más lejos posible de la persona que lloraba desconsolada sobre la mesa.

Me di la vuelta con la intención de subir a mi habitación y encerrarme ahí. Pero entonces pasó algo que me desestabilizó.

Comencé a recordar.

Fragmentos de mi infancia comenzaron a invadir mi mente, estaban borrosos, era todo demasiado confuso. Había un hombre alto, había gritos, lágrimas, abrazos desesperados, dolor. Había mucho dolor.

Era una niña.

Solo era una niña.

Antes de llegar a la escalera, colapsé en el piso. Ahogué un grito, me llevé las manos a la cabeza y lloré en silencio en el suelo hasta que mi rostro dolió.

¿Cómo podía hacer que parara?

Necesitaba que se detuviera.

Mi corazón amenazaba con abrirme un agujero en el pecho, no podía respirar. Una parte de mí no quería seguir respirando y eso me asustó. Aquel pensamiento se quedó conmigo hasta que la pantalla de mi celular se iluminó dejando ver el nombre de Leigh.

Me estaba llamando.

Me planteé no contestarle, pero sabía que no podía hacer esto sola, la necesitaba conmigo. Temía estar sola más tiempo. No podía contar con mi madre, no podía contar con Eric, y no quería ver a Avery y afrontar la realidad que compartíamos.

Así que respondí. Su voz atravesó el parlante en cuestión de segundos.

—No contestaste mis mensajes y me preocupé. ¿Qué tal todo con tu madre?

Lo único que pude emitir fue un sollozo que me desgarró la garganta.

—Leigh... No puedo. No puedo.

—June... ¿Qué sucedió? No me asustes.

—Por favor, ven. No puedo. Te necesito.

Me dolió darme cuenta de que sin ella no sería capaz de acallar todos esos pensamientos oscuros que estaban invadiéndome.

—Estoy subiéndome al auto. ¿Dónde estás? —le respondí que estaba en casa—. Estaré ahí lo más rápido que pueda, ¿vale? No salgas de ahí, por favor. Espérame. Te amo.

Eso fue lo último que escuché antes de cortarle. Ni siquiera procesé aquello último. Simplemente lo dejé pasar porque no importaba en ese momento. Nada importaba.

Me quedé ahí en el piso hasta que se me hizo insoportable continuar en ese lugar. Aún podía escuchar el llanto de mi madre; ella no vendría a ayudar y no había nadie más en casa. No podía quedarme ahí.

Me levanté de manera torpe y busqué un abrigo. Estaba ida, cegada por todo lo que estaba sintiendo en ese momento. No pensé en nada más. Solo sabía que debía salir de ahí.

En cuanto puse un pie afuera, el frío mordió mi piel. Aún quedaba un poco de nieve y estaba comenzando a lloviznar, era casi de noche. En otro momento hubiese vuelto, hubiese pensado en que era mala idea salir con ese clima y a tal hora. Pero en ese momento nada de eso me importó.

Cerré la puerta y esperé un momento; nadie me siguió. Otro pedazo de mi ser se desprendió y cayó hecho trizas, tal como lo había hecho ese plato momentos atrás.

Después de unos minutos caminando, descubrí que el frío me estaba ayudando a mantener mi mente en blanco. Si me concentraba en el viento helado, en la lluvia y el suelo resbaladizo, ya no dolía tanto.

Era una ilusión, pero me aferré a ella.

No sé por cuánto tiempo caminé, no tenía un rumbo fijo, probablemente solo di vueltas en el mismo lugar. Solo volví a la realidad cuando mi celular comenzó a sonar de nuevo.

Lo saqué como pude del bolsillo de mi abrigo, tenía los dedos congelados, apenas pude apretar el botón para contestar.

Era Leigh otra vez.

—¿Dónde estás? —fue lo primero que preguntó.

Miré a mi alrededor, pero en verdad no veía nada, mis lentes estaban empañados y mojados.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —sonaba tan preocupada que dolía—. Llegué a tu casa, pero no abrió nadie. ¿Por qué saliste?

—No lo sé —respondí, comencé a llorar otra vez.

—June, amor, respira. Por favor, respira conmigo.

Me mantuvo largos minutos intentando controlar mi respiración. Podía escuchar que estaba manejando, debí preocuparme de que manejara hablando por teléfono, pero no lo hice.

Debí preocuparme…

—Ahora, mira a tu alrededor y dime dónde estás.

Le hice caso, me quité los lentes y me di cuenta de que había una farmacia en la esquina. Se lo dije.

—De acuerdo, espérame ahí, ¿vale? Pasaré por ti lo más rápido que pueda.

Escuché que aceleró.

—Mierda —exclamó.

Recién ahí mis sentidos se encendieron y me di cuenta de que algo iba mal.

—¿Leigh? —le hablé, mi voz era inestable, pero conseguí alzarla lo suficiente como para que escuchara.

No respondió.

Lo siguiente que escuché fue otra maldición y el sonido de las ruedas derrapando.

Ahí fue cuando mi mundo terminó de hacerse pedazos.

44. Familia

Take Control - Kodaline

Presente

Irónicamente, estamos en la misma situación y lugar.

A la vida le encanta burlarse de mí.

El tiempo se encarga de hacerme pasar por lo mismo una y otra vez.

El tiempo...

Sacudo la cabeza y me enfoco en la persona que me mira con ojos dubitativos.

Después de darle demasiadas vueltas y conversarlo mucho con Danielle, siento que estoy lista para tener esta conversación de una vez por todas.

Estamos las dos en la cocina, sentadas alrededor de la isla, una frente a la otra.

Mi madre separa sus labios para hablar, y yo estoy dispuesta a escucharla luego de mucho tiempo.

Siento un hueco en el estómago, tal como aquella noche antes del desastre; tengo mucho miedo de lo que me vaya a decir. Jamás le he temido a mi madre, pero sí a sus palabras. Sin embargo, sé que, si no tenemos esta conversación, ninguna de las dos podrá avanzar. Supongo que las dos necesitamos algún tipo de cierre.

Aunque, ¿cómo se cierra algo así?

No importa. Le prometí a Danielle que escucharía. Se lo prometí a Leigh la última vez que estuve con ella en el hospital. Me lo prometí.

—Lo siento, hija —es lo primero que dice.

¿Cuántas reconciliaciones han comenzado con un «lo siento»?

Aunque no se siente como una reconciliación.

Se siente como la ruptura final.

Un final.

—¿Por qué? —pregunto, tal como aquella noche.

Hay lágrimas en sus ojos verdes. Los mismos ojos que me han mirado con desdén incontables veces, con desaprobación, nunca con amor. Los mismos ojos verdes que me devuelven la mirada en el espejo, pero que ven el mundo de una manera completamente diferente.

Una parte de mí teme que de nuevo no quiera responder, pero, al cabo de unos segundos, aclara su garganta.

—Sé que todo ha sido muy confuso para ti. No puedo imaginar lo que se

siente recordar algo de una manera tan abrupta, descubrir partes de tu vida que no sabías que existían... —aprieto los labios y lucho para no desviar la mirada—. Luego ocurrió el accidente y... ha sido mucho. No te culpo si me odias, pero créeme cuando te digo que te lo oculté para protegerte. Lo haría de nuevo si pudiera.

Aprieto las manos sobre mi regazo para intentar calmar los temblores.

Me gustaría decir que la entiendo, y en parte lo hago, pero ¿cómo puede no darse cuenta de todo el daño que su decisión me causó? Crecí con vacíos, pensando que había algo mal en mí, que era defectuosa. Me limité a esconderme y a esperar al día en que ya no pudiera más porque temía que nadie me entendiera, que lo que sentía dentro de mí no tenía sentido. La ansiedad, los ataques de pánico, todas esas lágrimas que nadie vio... quizás todo eso pudo haberse evitado. Tal vez lo hubiera entendido de una manera diferente. Quizás me habrían dado la ayuda que necesitaba.

Pero ¿cómo le hago entender?

Además...

—No has respondido a mi pregunta —la miro a los ojos y sé que entiende a qué me refiero.

Necesito saber por qué, si tanto deseaba protegerme, se comportó de una manera tan fría conmigo.

Una parte de mí conoce la respuesta, pero no quiero aceptarlo. No hasta que salga de su propia boca. Tengo el derecho de saberlo.

Intenta limpiarse las lágrimas con las mangas de su camiseta, y en el proceso se le corre el maquillaje y se le forman manchas negras bajo los ojos.

Me duele la imagen de ella en este momento, su dolor me escuece el pecho, lo que le hizo aquel hombre fue algo horrible, algo que nadie debiese vivir, ni ella ni Avery ni yo. Aun así, sigo molesta. Tal vez lo esté por mucho tiempo. Tal vez nunca deje de estarlo.

Estira su mano, pidiendo tomar la mía, que está escondida bajo el mesón. Al principio no quiero dársela, pero termino cediendo. ¿Qué sentido tiene negárselo?

Ella se aferra a mi mano, intenta conservar una cercanía que jamás existió. Y dejo que piense que aquel contacto significa algo, que sigo con ella, pero la verdad es que siempre hubo un abismo entre ambas, una distancia que no hace más que crecer y crecer.

—Eres mi hija y te amo —sé lo que dirá, lo sabía antes de que las dos nos sentáramos frente a frente, y aun así siento que el corazón se me desprende del pecho—, espero que jamás pongas eso en duda, pero quieres que sea sincera y eso es lo que haré.

Asiento, más por inercia que por otra cosa.

—Al principio me decía que alejarme de ti era lo mejor que podía hacer, pues temía que cualquier cosa te hiciera recordar, pero... —hace una pausa y me da un apretón—. Pero en el fondo odiaba la idea de que tú no recordaras y nosotros sí. Sé que nunca fue tu culpa, sin embargo, parecías vivir ajena a todo el dolor que nos atravesaba a diario. Avery tuvo muchas pesadillas; si no fuera

por Eric, no sé si estaría aquí… y tú nunca lo supiste. Nunca fui una buena madre contigo, eras una niña y me necesitabas… Pero no sabía qué hacer con aquello que sentía por ti.

Retiro mi mano.

Dolió más de lo que me había imaginado.

No me engañaré a mí misma diciendo que no me lo esperaba, pero aun así…

—He pasado toda mi vida culpándome, tratando de adivinar qué había hecho para que me odiaras así. No puedes decir que viví ajena a todo porque no es justo —escupo. Las palabras se atoran en mi garganta y las lágrimas anegan mis ojos—. No es justo.

Me llevo las manos a la cara y me derrumbo en esa silla. Pronto siento los brazos de mi madre rodear mi cuerpo. Es lo que debió hacer esa noche. Un gesto tan simple que pudo evitar tantas cosas. Ahora, en cuanto me estrecha, me doy cuenta de lo mucho que me hubiese servido un abrazo de ella meses atrás, incluso años, pero en este momento ya no tiene sentido.

Me aparto de ella y me mira dolida, pero no es mi culpa.

—Esto no lo podemos arreglar por nuestra cuenta. Esta familia necesita más que unas simples disculpas. *Yo* necesito más que una disculpa. Pero gracias por ser honesta conmigo —es lo último que le digo antes de salir de la maldita cocina.

Me doy cuenta de que algunas historias no terminan en un vivieron felices por siempre, a veces ni siquiera acaban, y esta es una de ellas.

Subo las escaleras en busca de mi hermano. No soy la única persona que necesitó un abrazo en algún momento, Avery también.

Dios, pobre Avery. Era solo un niño.

Entro a su habitación y es como si me hubiese estado esperando.

Inmediatamente pienso en el collar que me regaló, en la mitad de la mariposa que no usé por temor a perderla, al igual que la pulsera de Leigh, pero que ahora no me quito jamás.

Nuestros corazones siempre están juntos.

Da un paso hacia mí y me arrojo hacia él para abrazarlo. Tengo un nudo en la garganta.

—Siento mucho que hayas pasado por todo eso. Odio haberlo olvidado mientras que tú eras incapaz de hacerlo. Perdón por no estar ahí. Prometo que vamos a superar esto juntos. Los dos. Eres mi familia.

—Estoy bien —trata de tranquilizarme, pero sé que no lo está por la forma en que sus hombros comienzan a sacudirse.

Se aferra a nuestro abrazo. Avery finalmente puede dejar de aparentar ser fuerte por mí.

Yo era su último obstáculo.

Ahora los dos podemos comenzar a sanar.

Ojalá Leigh estuviera despierta para ver todo lo que he logrado, pero aún no pierdo la esperanza. Soy la única que mantiene la fe.

45. Vacío

The Night We Met - Lord Huron

Presente

Me despierto con un malestar en el estómago, y aquella molestia me acompaña por el resto del día; cuando me despido de Avery para ir a la escuela, cuando recibo la nota de mi último examen y cuando las gemelas se acercan para contarme que por fin han cerrado su semestre y podrán graduarse.

La vida de Leigh se paralizó hace casi siete meses, pero la nuestra no.

Nuestra vida ha continuado como siempre. Bueno, no, como siempre no, eso es imposible. Simplemente seguimos haciendo lo que se supone que debemos hacer: estudiar, pasar de curso, tener salud, ser felices… Aquello último es lo más difícil. Por mucho que lo intente, y aunque haya mejorado un montón, no sé cómo ser feliz sabiendo que ella no puede serlo.

—¿Quieres quedarte en nuestra casa hoy, June? —pregunta Zoe mientras las tres salimos del edificio; me sonríe, pero hay algo que se apagó en esa sonrisa hace mucho tiempo, le falta esa chispa que la caracterizaba—. Celebraremos que por fin acaba esta tortura, con helado, pizza y películas.

—Para mí aún no se acaba —señalo.

Y para Leigh tampoco.

El malestar en el estómago empeora. Quiero irme de aquí lo antes posible.

—Solo es un año —le resta importancia—. Entonces, ¿vienes?

No lo pienso mucho y niego con la cabeza.

—Iré al hospital —las gemelas se miran por unos segundos, como si intentaran comunicarse algo. Lo hacen a menudo, así que no les presto atención.

Hubo un tiempo en el que apenas iba, se me hacía insoportable verla y no poder hacer nada, pero comencé a visitarla seguido nuevamente. Encontré un equilibrio; mi vida no se basa en las visitas al hospital, pero tampoco la evito como lo hice antes.

—¿Ahora? Nosotras iremos un rato, si quieres vamos juntas —propone Meg.

No me sorprende. Han estado yendo todos los días desde hace casi una semana y no he preguntado por qué, aunque han estado más calladas de lo usual, no las he visto discutir ni una sola vez, y eso es muy extraño en ellas.

—De acuerdo. Podemos ir a su casa luego de eso —propongo, ellas vuelven a mirarse entre sí y luego asienten. De nuevo, no le doy importancia.

El camino al hospital lo hacemos en silencio, y no debiese molestarme, pero no escuchar sus habituales parloteos hace que el estómago se me revuelva aún

más.

Extraño como eran las cosas antes. Siempre había risas, peleas estúpidas, conversaciones sin sentido… Ahora ya no hay nada más que nuestro intento por seguir adelante.

Cuando nos bajamos del vehículo, me recorre un escalofrío por todo el cuerpo, a pesar de que hace calor porque casi es verano.

¿Por qué siento que algo va mal?

Llegamos al lugar donde tienen a Leigh en unos minutos. Ya no es el mismo que antes, pues la cambiaron cuando se dieron cuenta de que no iba a despertar pronto. Eso ocurrió hace casi un mes, y fue realmente duro para todos; aún puedo ver los ojos del padre de Leigh cuando me lo contó. Está roto por dentro, no queda nada del hombre cálido que era, por mucho que intente aparentar que sigue igual. No sé qué sería de él si no estuviera Elizabeth.

Al menos se tienen el uno al otro. Es un consuelo.

La madre de Leigh sale de la habitación con unos papeles en la mano y una expresión que hace que se me suba la bilis.

Me detengo en seco. Sé que algo ha pasado.

Las gemelas continúan caminando hasta que se dan cuenta de que no las sigo, y me miran con un signo de pregunta en la cara. No sé si han visto lo mismo que yo o fingen no haberlo hecho.

En cuanto Elizabeth nos ve, se acerca. Intenta secarse las lágrimas y recomponerse, pero no lo logra. Es la misma mujer con el alma rota de hace unos segundos.

—¿Qué ocurre? —es lo primero que pregunto, no me importa ser maleducada, solo quiero que me diga que todo está bien y que solo son imaginaciones mías.

Pero no lo hace.

Elizabeth le hace una señal a Zoe y ella se va a la habitación donde tienen a Leigh. Solo quedamos las tres en un pasillo vacío y demasiado iluminado, hace que me ardan los ojos, ¿o esas son las lágrimas?

—¿Qué pasa? —repito.

Antes de que me dé cuenta, mis manos comienzan a temblar. No puedo evitar imaginarme lo peor, que Leigh…

No. No puede ser eso.

—June —dice y luego toma una gran bocanada de aire—, hemos tomado una decisión.

Las siguientes palabras las pronuncia con mucho cuidado, pero aquello no es impedimento para que me rompa entera.

Otra vez. Cuando apenas estaba intentando unir las piezas que quedaban de mí.

Me giro hacia Meghan con los labios entreabiertos, solo para confirmar que ella ya lo sabía. No me mira. No es capaz de hacerlo.

La van a desconectar.

Dejará de respirar.

Leigh…

Mi Leigh morirá.

—¿Cómo…? —intento hablar, pero no puedo encontrar las palabras.

¿Cómo es posible que hayan tomado esa decisión?

¿Cómo pueden rendirse?

¡Estamos hablando de Leigh!

—June… —Elizabeth da un paso hacia mí, pero retrocedo.

—¿Por qué? —mi voz suena rota.

Las lágrimas han empapado todo mi rostro y los temblores se apoderan de mis brazos.

Meghan aún no es capaz de mirarme.

—¿Cómo son capaces de…? ¡Es su hija! Es Leigh, es… No pueden. No pueden hacerlo.

Me giro hacia mi amiga.

—¿Estuvieron de acuerdo? —no responde—. ¿Cómo pudieron?

Por fin alza su mirada hacia mí. Está llorando.

—Necesita descansar, June. Merece descansar. Todos merecemos descansar.

Sus palabras me llegan como flechas directo al pecho.

—Leigh merece tener una familia que no se rinda y que luche por ella —respondo, demasiado alterada como para detenerme a escuchar sus razones—. Solo tiene dieciocho años, le están quitando la oportunidad de vivir.

Elizabeth retrocede un paso, completamente destrozada, para luego irse.

Y no me sorprende.

Supongo que huir siempre es lo más fácil.

Siempre supe que se parecía a mí.

Meghan intenta acercarse, pero la aparto. No quiero verla. No quiero que me toque.

—¿Hace cuánto lo saben?

—Casi una semana.

Una semana.

Me quedo viéndola unos segundos sin decir nada. Las lágrimas siguen surcando mis mejillas. Siempre pensé que sería yo quien les haría daño, nunca imaginé que algún día estaría mirándola de esta manera, con tanto resentimiento. No pensé que dolería tanto.

—Te odio. Los odio a todos.

Meghan se aleja como si la hubiera golpeado. No me importa. Quiero hacerle daño, quiero que sienta lo mismo que estoy sintiendo yo, quiero…

Mentira. No quiero que sufran, no soporto verlas siendo miserables, pero, en este momento, mi lado racional está siendo acallado por todo el dolor que siento y que he venido acumulando todos estos meses.

—Nunca se los voy a perdonar.

—June, por favor, tienes que entender… —da un paso hacia mí.

—¡¿Qué mierda quieres que entienda?! ¡Se va a morir! Leigh se morirá… —me llevo las manos a la boca, sorprendida de haberlo dicho en voz alta.

Solo hace que duela más, que sea más real.

Meghan intenta llegar a mí, pero a último momento desiste y se queda

parada frente a mí con los ojos empapados y los labios temblorosos.

La garganta me quema de solo verla.

—¿Acaso crees que es capaz de vivir, así como está?

Un silencio sepulcral inunda el pasillo.

Se me hace insoportable seguir escuchándola.

Me doy la vuelta y comienzo a caminar sin rumbo, ni siquiera miro adónde voy, las lágrimas nublan mi visión. Estoy tan perdida como me siento.

Me abrazo el cuerpo, hace calor, pero tengo mucho frío. Siento algo muy parecido a lo que sentí cuando lloraba en el piso de mi casa, con la diferencia de que ahora no tengo a Leigh para que me ayude a calmar esos pensamientos.

Abro una puerta y comienzo a subir una escalera, pero no sé a dónde me lleva. Solo subo peldaño tras peldaño, con el rostro cubierto de lágrimas y siendo incapaz de controlar los espasmos que sacuden mi cuerpo.

No puedo respirar. ¿Es por el esfuerzo de subir las escaleras o porque estoy perdiendo el control?

¿Qué dijo Danielle que debía hacer? No lo puedo recordar.

En algún punto me encuentro con otra puerta y me doy cuenta de que iba camino a la azotea, pero está cerrada.

¿Debería agradecerlo?

Me afirmo en la pared fría y dejo caer mi cuerpo hasta hacerme un ovillo en el suelo.

¿Acaso crees que es capaz de vivir así como está?

Las palabras de Meghan se reproducen una y otra vez en mi cabeza, no sé cómo detener su voz. Me llevo las manos a los oídos, como si eso pudiera hacer que todo se detenga, pero no ocurre. Su voz solo se incrementa, el dolor se hace aún más insoportable y... mierda, nunca me había sentido tan sola y rota.

¿Es cierto que estoy hecha para romperme hasta que ya no quede nada de mí?

¿Por qué en mi vida es todo tan gris? ¿Dónde quedaron los arcoíris? Se supone que después de la tormenta sale el sol, pero en mi vida no hace más que llover y llover y nunca tengo con qué protegerme.

Siempre estoy a la deriva y expuesta a la lluvia.

No sé cuánto tiempo más permanezco ahí. En algún momento cerré los ojos, solo los abro cuando escucho pasos por la escalera.

Es Zoe.

Se acerca con cautela, y no puedo evitar sentirme horrible por lo que le dije a Meghan, pero sería incapaz de retractarme en este momento.

—Te encontré —dice—. Sé exactamente cómo te estás sintiendo —vuelve a hablar con la voz temblorosa, se queda parada frente a mí e intento mirarla, pero no puedo hacerlo.

—Me duele mucho —lloro.

¿Por qué la vida es tan cruel?

Leigh merece vivir, el mundo merece tenerla muchos años más, se merece que la descubran, que sea feliz, que disfrute de su vida, que las personas conozcan su música...

Su arte.

Leigh tenía una mirada que gritaba sus ganas de comerse el mundo, pero resultó ser al revés.

No me doy cuenta de lo que estoy haciendo hasta que debo apartar los ojos por el brillo de la pantalla de mi celular. Con las manos temblorosas, busco entre los archivos para dar con lo que estoy buscando.

Segundos más tarde, comienzan a sonar por los parlantes del móvil unos acordes de guitarra y la voz de Leigh.

Zoe y yo lloramos en silencio mientras la escuchamos, porque es lo único que nos queda de ella. Lo más cerca que estaremos de tenerla con nosotras.

La vida y las personas me han quitado demasiadas cosas, pero nadie puede quitarme su voz y sus palabras.

Me llevo el celular al pecho y nos imagino en el día de mi cumpleaños, tan felices, ajenas al dolor, al tiempo y al hecho de que estábamos destinadas a esto.

Y, de repente, es como si estuviera conmigo otra vez. Siento sus dedos sobre mi mejilla y su respiración sobre mi boca. Me mira con esos ojos color miel que me volvieron loca desde un comienzo y esa sonrisa que me cortó la respiración la segunda vez que la vi.

Me dice que estaré bien, que soy su persona.

Pajarito.

Está aquí, conmigo.

Hasta que ya no lo está y el vacío se apodera de mí.

46. Un final a medias

Two Birds - Regina Spektor

Presente

No puedo dejarla ir, pero es la única opción que tengo.

Sé que no hay nada que pueda hacer para cambiar esto. El destino no se trata solo de encontrar al amor de tu vida y ser felices hasta la eternidad, no es solo buena suerte; también se trata sobre el dolor, los obstáculos y las decisiones que jamás dependieron de ti.

Porque es cierto, así como no tuve opción al enamorarme de Leigh, tampoco tengo elección ahora.

Debo hacerlo.

Así que suelto la mano de Avery y abro la puerta, dejándolo atrás.

La habitación está completamente iluminada. Hay una silla, las máquinas que pronto dejarán de funcionar y, en el centro, está ella.

Pálida, delgada y agotada.

Me acerco con cautela.

He tenido días para pensar en lo que le diré, pero ahora no sé cómo pude pensar que las palabras podrían expresar todo lo que siento por ella, lo malo y lo bueno.

Tomo la silla, la acerco a la camilla y me siento.

No soy yo la que hace todos esos movimientos. Esto jamás hubiese sido mi elección.

Saco mis audífonos de cable y mi celular del bolsillo de mis pantalones. Le preparé una *playlist*, tal como ella lo hizo conmigo. Quiero que la escuche cuando ocurra, quiero que me sienta con ella hasta el último momento, porque ella estará conmigo hasta que dé mi último suspiro.

Acomodo un auricular en su oreja y me dejo el otro para mí.

La primera canción en reproducirse es *Fix you* de Coldplay, la escuchamos en silencio. Me la imagino con los ojos cerrados moviendo su cabeza al ritmo de la música, sintiendo cada palabra, cada acorde, cada instrumento.

Luego suena *This love* de Taylor Swift. Canciones que me recuerdan a ella. Letras de lo que siento, historias sobre lo que fuimos y pudimos haber sido.

Tomo su mano y la miro.

—Quiero que sepas que estoy aquí contra mi voluntad —digo, y no sé de dónde saco las fuerzas para hacerlo, porque cada palabra arde como el infierno—. Si tuviera la opción de escoger, jamás me despediría de ti.

Comienza a sonar *Come out and play* de Billie Eilish.

—Sé... —continúo, pero se me hace un nudo en la garganta. Tengo el rostro empapado, los ojos hinchados de tanto llorar—. Sé que es egoísta pedirte que luches hasta el final. En las películas, se supone que debieses despertar si lo pido, pero sé que no pasará. Si fuera por ti, hubieses despertado la primera vez que te lo pedí.

Acaricio su mejilla opaca con el dorso de mi mano, intento memorizar sus rasgos por última vez, pero esta Leigh no es la verdadera. Sus ojos están cerrados, su piel está descuidada, tiene las mejillas hundidas y los mechones de pelo, que en algún momento fueron rojos, ahora están de un horrible amarillo.

Esta no es la Leigh que quiero recordar.

La persona que quiero recordar está llena de cicatrices, pero siempre se las arregla para regalar sonrisas. Esa persona habla con pasión, es elocuente y atrevida. Es luz.

—Sé que debes estar muy cansada, así que no seré egoísta esta vez. Si tengo que dejarte ir, lo haré si eso significa que vas a descansar por fin. Yo quise darme por vencida muchas veces, así que lo entendería. Puedes dejar de luchar, Leigh, no temas por ninguno de nosotros.

La canción anterior termina y empieza *Mikrokosmos* de BTS, en honor a Lucas.

—Me encantaría tranquilizarte y asegurarte que estaré bien, pero no sé si podré estarlo. Siento mucho dolor, tengo muchas grietas que no sé si algún día se repararán, pero puedo prometerte que lo intentaré. Cuidaré de las personas que amas, sobre todo de las gemelas, aunque siga molesta con ellas.

Se me escapa un sollozo, hago uso de toda la fortaleza que he logrado encontrar en mí para continuar.

—Todos vamos a perder una parte valiosa de nuestra vida, puede que el dolor jamás se vaya, pero me esforzaré por vivir mi mejor vida, intentaré encontrar algo que me apasione; tal vez pruebe escribir, como tú me dijiste, quizás mis pensamientos puedan transformarse en algo más grande. Creo... —respiro hondo, se me vienen a la cabeza todas las veces que he hablado con Danielle sobre esa libreta y el miedo que siempre me dio que alguien la leyera— que me he conciliado con la parte de mí que necesitaba escribir sus pensamientos oscuros para que no la alcanzaran...

Intento sonreír. Sé que ella estaría orgullosa de mí. *Sé que lo está.*

—Así como tú me encontraste en esta vida, haré todo lo que esté a mi alcance para encontrarte en la siguiente. Mi único consuelo es que en otro universo seremos felices juntas. Te amo, Leigh. Ojalá hubiésemos tenido más tiempo. No puedo arrepentirme de haberte conocido y amado, incluso sabiendo lo que vendría después, así que espero que no sientas ningún tipo de arrepentimiento. Si esto era todo lo que estabas destinada a vivir, con lo bueno y lo malo, espero que haya valido la pena.

La música continúa reproduciéndose mientras lloro en silencio a su lado. Es un tipo de llanto diferente; es resignación mezclada con rabia y mucho, pero mucho amor.

—Gracias por hacerme feliz.

Me inclino hacia ella y beso su frente. Me mantengo varios segundos en esa posición, sin saber cómo lo haré para apartarme. Todo me ata a ella, la música, los recuerdos que tenemos juntas y que me han mantenido cuerda todos estos meses, su piel… todo.

Finalmente, no sé cómo, pero me separo. Le acomodo el otro auricular y dejo mi celular junto a su mano.

Una vez me dijo que la música es su alma.

Yo creo que la música es ella.

Me pongo de pie y le doy una última mirada antes de girarme, tomar todas las piezas de mi corazón, que se acaba de volver a romper, e irme.

—Hasta pronto.

Con la mano temblorosa, tomo el pomo de la puerta y la abro. Al otro lado hay médicos y seres queridos esperando. Busco a Avery con la mirada y me lanzo hacia él cuando lo encuentro. Mi hermano me recibe en sus brazos y me estrecha con amor, pero no es suficiente para calmar toda la tormenta que se desata en mi interior.

Nada será suficiente, pero mantendré mi promesa.

Lloro por largos minutos, escucho voces y más llanto.

Luego de mucho tiempo, cuando Avery me estrecha más fuerte, sé que ha ocurrido, que una parte de mí ha dejado de existir.

Suelto un grito que debe haber partido el mundo en dos, pero no, la única que se rompe soy yo. Mi destino siempre fue estar rota, así es como debo aprender a vivir. No hay un final feliz, ni siquiera hay un final, solo un punto intermedio.

Ese es mi lugar. Entre la felicidad y la miseria, entre la vida y la muerte, entre el amor que Leigh me dio y el dolor que me provoca su partida, entre tormentas y arcoíris.

Fin

Agradecimientos

Antes que todo, quiero contarles algo.

Esta historia comenzó luego de un viaje donde se me ocurrió escuchar una *playlist* de Sabrina Carpenter. Hubo una canción que me llamó mucho la atención por la letra y la estructura: *Fix me up*, y gracias a esa pieza musical es que surgió el final que acaban de leer.

Así que, de alguna manera, terminó donde empezó. Siempre supe que sería de esta forma.

Este libro es en honor a todas las historias inconclusas, a las personas que han perdido partes de sí mismas y que han debido construir sus vidas sabiendo que tienen fracturas en el alma que, probablemente, nunca puedan sanar. Ese es un nivel de valentía que pocas personas poseen; seguir adelante a pesar de lo fácil que sería rendirse; continuar, aunque el dolor sea insoportable, es difícil. Así que esto va para todas las personas que luchan constantemente, como June.

Ahora sí, los agradecimientos como tal.

Cuando comencé la historia de June y Leigh jamás pensé que llegaría a tanta gente y, por lo tanto, puse mucho de mí en los personajes. Saber que se identifican y conectan con ellos me hace sentir menos sola en este mundo tan extraño. Escribir *Entre tormentas y arcoíris* me salvó de muchas maneras, así que estoy inmensamente agradecida de todos ustedes, que han llegado hasta este punto conmigo.

Gracias, lectores.

Gracias a Yani, por no permitir que me rindiera; a Jo, Ari, Jesu, Chío y Javi, por creer en mí incluso cuando yo misma no lo hacía; a Kath, por animarme a enviar el manuscrito; a mi mamá, por apoyarme aunque no tenga la mínima idea de las cosas que escribo; a mi familia, a quienes han seguido, ya sea desde cerca o a través de una pantalla, esta gran travesía y a todas las personas involucradas en este proyecto.

Y, por supuesto, no sería yo si no agradeciera a los artistas que me inspiraron en incontables noches mientras escribía. Taylor, Namjoon, Seokjin, Yoongi, Hoseok, Jimin, Taehyung y Jungkook, gracias por su arte.

Finalmente, gracias a mí por arriesgarme.

Encuéntranos en...

